BIBLIOTECA CLÁSICA.

ANTOLOGÍA

DE

LÍRICOS INGLESES

Y ANGLOAMERICANOS

R. 2009

BIBLIOTECA CLÁSICA

TOMO CCXXXIV

ANTOLOGÍA

DE

LÍRICOS INGLESES

Y ANGLOAMERICANOS

COLECCIÓN Y COLABORACIÓN

DE

MIGUEL SÁNCHEZ PESQUERA

4-A-10
1º

TOMO I

MADRID
LIBRERÍA DE LOS SUCESORES DE HERNANDO
Calle del Arenal, núm. 11.

1915

ES PROPIEDAD

MADRID.—Imp. de los Suc. de Hernando, Quintana, 33.

A mi querido amigo el docto catearático y eminente literato D. Juan Luis Estelrich, por cuya feliz iniciativa se publica este libro.

El Colector.

INTRODUCCIÓN (1)

I

INGLATERRA

La verde Inglaterra, la *merry* England (2), como dicen otros, será siempre una región poética; comarca de praderas siempre cultivadas, cortadas de hayas, matizadas de ganados, navegadora, manufacturera, opulenta, con un pueblo de trabajadores que

(1) Libros consultados y explotados: *Historia de la literatura española, francesa, inglesa e italiana en el siglo XVIII,* por don Anselmo Alcalá Galiano. — *Estudios sobre literatura política y costumbres de nuestros días,* por D. Juan Valera y Alcalá Galiano. — *Historia de las ideas estéticas en España,* por D. Marcelino Menéndez y Pelayo. — *Estudio sobre Longfellow,* por D. Víctor Suárez Capalleja. — *Musa bilingüe,* por D. F. J. Amy. — *Nouveaux Lundi,* C. A. Sainte-Beuve. — *Histoire de la littérature anglaise,* H. Taine. — *Originaux et Beaux Esprits,* E. Forgnes. — *The Family Library of Poetry and songs,* by W. Cullent Bryant. — *Études sur la littérature contemporaine,* pour Edmond Scherer. — *The relations between Spanish and English literature,* by James Fitzmaurice Kelly.

(2) Alegre Inglaterra.

al enriquecerse la enriquecen. Hablar de su literatura es hablar del Océano que la circunda. Al objeto que nos proponemos no es del caso remontarnos a sus orígenes diciendo que comienza con los himnos sajones de Cœdmon y las baladas de Robin Hood —personaje leyendario—. Después de la conquista de los normandos, la lengua inglesa deja sus límites imprecisos; ya es *norma loquendi,* y el primer libro que llama nuestra atención son los cuentos de Cantorbery de Chaucer, tan semejante, aunque no tan escabroso, a nuestro arcipreste de Hita, por quien el colombiano Restrepo afirma que nuestra lengua construyó su humorístico laberinto de aventuras, cuentos y amores, en donde asoman, como en las cornisas de las catedrales góticas, monstruos risueños, emblemas de las fuerzas primarias de la naturaleza.

La obra clásica en la historia de la literatura inglesa es, sin duda, la de Hipólito Taine. Cuando se expresa guiado por una imaginación de poeta, su palabra es alada, intensa, encantadora; pero cuando recuerda que se debe a un sistema; cuando Inglaterra, en las teorías etnológicas de nuestro autor, es esencialmente el país húmedo y la tierra y la atmósfera están saturadas de agua, y que todo es debido a la raza, el medio y el momento, siendo el humano pensar un producto químico como el azúcar y el vitriolo, no podemos amarle tanto como le admiramos. El libro más regocijado del mundo, el *Quijote,* fué escrito en la prisión de Argamasilla. *Pablo y Virginia,* la novela más ideal, fué escrita en medio de la corrupción del siglo XVIII. Cuando nuestro Balmes se

revuelve airado contra los que afirman que el hombre es hijo de las circunstancias, no podemos pensar sin sonreírnos en la teoría de la raza, el medio y el momento.

Pope, de quien tan despectivamente habla Taine, distingue las diversas épocas de la poesía inglesa con cuatro nombres: Chaucer, Spencer, Milton y Dryden. Entre Spencer y Milton, fuerza es colocar a Shakespeare a la cabeza de la potente pléyade dramática. El mismo Pope merece dar nombre a una sexta época, y la séptima proclama a Byron el primero entre todos por el vuelo y esplendor. Mas no es con nombres e individuos—dice Sainte-Beuve—que se escribe ahora la historia de poemas y literaturas: el individuo no es más que el heraldo, el vocero de una cantidad de sentimientos e ideas que flotaban y circulaban vagamente en torno suyo. No es, como dice un genio de nuestros días cuando pregunta: ¿Qué es un gran poeta? Es una galería por donde el viento pasa; el poeta no es la resultante ni un simple foco reflector: tiene su espejo propio, su mónada individual y única; tiene su nudo y su órgano, a través del cual todo lo que pasa se transforma, y quien al devolverlo combina y crea; pero el poeta no crea sino con lo que recibe.

Geoffrey Chaucer (1328-1400), por su genio, su educación y su vida, pudo y quiso pintar el mundo caballeresco y las cortes suntuosas que brillan en sus *Cuentos de Canterbury*. Noble, gentilhombre del rey, negociador de bodas reales, cuñado del duque de Láncaster, llamado a los consejos de la corona, fun-

dador de una familia que se enlazó después con la real, embajador en las cortes de Florencia, Génova, Milán y Flandes, constituían tales elementos para Chaucer una educación distinta de la de los libros. Conoció a Petrarca y tal vez a Bocaccio, y fué autor y testigo de los más bellos y trágicos espectáculos.

Chaucer para Taine es un joyero con las manos llenas de perlas y bujerías, diamantes deslumbradores y ágatas vulgares, negros azabaches y rosas de rubíes, todo lo que la historia pudo amontonar despedazado y roto, o pulido por la corriente de los siglos y por el gran hacinamiento de la memoria humana; tiene en las manos un largo atavío, matizado de veinte colgantes y mil facetas, y que por su brillo, variedad y contrastes puede atraer y contentar los ojos más ávidos de diversión y novedad.

Simultáneamente figuran Gower, Lydgate, Oclive, artistas de escaso fruto, flores pasajeras y frágiles, ramas mustias y ramas muertas. Tal fué la literatura de esta época. Howes refundió *El Palacio de la Fama* de Chaucer, y un cierto poema alegórico y amoroso imitado del *Roman de la Rose*. Barcklay tradujo *El espejo de las buenas maneras* y *La nave de los locos*, poema este último que, al par de la *Danza de la Muerte*, traducido por Lydgate, son bufonadas amargas y alegrías tristes que en manos de comediantes y poetas corrieron entonces por Europa.

Entre el ciclo de Chaucer y el de Spencer hallamos poco en la literatura inglesa; aquella edad sólo produjo versificadores obscuros y narraciones escritas al modo de franceses e italianos, que Chaucer

reconoce como sus maestros. Entre ellos citaremos a Skelton, que fué algo así como nuestro Vicente García, cura de Vallfogona.

Y llegamos al Renacimiento. Es su representante Felipe Sydney con su *Arcadia* y sus sonetos al estilo italiano, que, como Garcilaso, muere de muerte heroica. Después el conde Surrey, llamado justamente el Petrarca inglés, como el cantor de *Laura,* el más antiguo de los humanistas y el primero de los escritores, importa un nuevo estilo, traduce los libros de *La Eneida,* y en la prisión de Windsor traduce *El Eclesiastés,* desengañado acaso de su vida galante y caballeresca. Mas sobre todos descuella Edmundo Spencer, autor del *Calendario del Pastor,* de las versiones de Petrarca y de Du Bellay, y por último, del renombrado poema *La Reina de las Hadas.* Fué tan gran poeta como desgraciado; una revuelta de Irlanda le quemó la casa y dentro a su hijo, muriendo de miseria y de dolor. Fué poeta de corazón: en él todo sale de allí; las circunstancias no han hecho más que perfeccionarle la materia; él las ha transformado, y no ellas a él; dió más de lo que había recibido. Filosofía y paisaje, ceremonias y espectáculos, esplendores de la campiña y de la corte, en cuanto pinta o piensa, imprime su nobleza interior. Alma enamorada de la belleza sublime y pura, platónica por excelencia, que nacida en el seno del naturalismo toma de él su savia, mas le supera acercándose al misticismo, y por un esfuerzo involuntario asciende para desplegarse hasta los confines de un mundo más alto. Por lo demás, Spencer

es poeta creador y soñador de la manera más natural y sostenida. Fantasmagórico, elegante, ideal, uniendo la fuerza hasta en la gracia, nada en pleno lago y boga como un cisne en su elemento.

Tal es el llamado «poeta de los poetas», especialmente en sus himnos al amor y a la belleza celeste, *aquella hermosa lámpara de cuyos celestes rayos procede la luz que inflama a los amantes, luz que no puede extinguirse ni decaer, porque cuando expira todo aliento vital volverá a su nativo planeta como partícula que es del más puro de los cielos.* Según Menéndez y Pelayo, el amor que Spencer decanta es el mismo *Amor de los Diálogos,* de León Hebreo, o de *El Cortesano,* de Baltasar Castigliane; el amor alma del mundo, fuente de toda vida, armonía de las esferas, luz que penetra toda criatura.

Los reinados de Isabel y Jacobo I constituyen el siglo de oro de la nación británica, no obstante esas enfermedades periódicas del pensamiento humano, que como el *oidium* de la vid, se llaman gongorismo, culteranismo y *eufuísmo,* y a que los mismos preclaros ingenios de aquellos días pagaron tributo.

En aquella edad afortunada de la literatura inglesa, surgió otro más grande que Spencer. Su más alta representación fué Shakespeare. Pero lo más extraño en su vida es la indiferencia que parece haber experimentado por su reputación de autor dramático. Con solícito esmero publicó sus poemas y sonetos, y nunca sus obras teatrales, ni dejó a sus herederos disposición alguna a este respecto. Acaso estimó su labor como trabajo de *pane lucrando,* y de aquí que haya

sido conjetural y controvertido su nombre como autor dramático. En los actuales momentos, el célebre crítico dinamarqués Jorge Brandes se ha trasladado a Londres al solo objeto de reintegrar a Shakespeare en la propiedad de sus dramas y salvarle de la segunda acometida que los atribuye a Francisco Bacon.

Aun hay más: un escritor belga que nos ha dado a conocer D. Julián Juderías, designa como el anónimo autor del grandioso teatro shakesperiano a lord Rowland. ¿Qué decir de tales aseveraciones? Basta leer los versos en que Ben Johnson lo llama su maestro e iguala a Shakespeare a los más grandes trágicos de la antigüedad, para demostrar lo que sus contemporáneos pensaban de él. El epitafio en que Milton no expresa solamente su admiración por el difunto, sino que le llama un hijo de Memoria y un heredero de la Fama, justifica que la generación siguiente no era más insensible que nosotros a las bellezas de Shakespeare.

«Si Shakespeare — dice Scherer — merece colocarse por encima de sus contemporáneos, es porque los ha superado en la nobleza de sus sentimientos, en la rectitud y elevación de las ideas.» No hay nada, hasta el carácter enigmático de Hamlet, que no se explique del modo más natural del mundo por las virtudes del poeta (1). Shakespeare habría sido incapaz de cometer una muerte a sangre fría; aun cuando las cir-

---

(1) En el Ayuntamiento de Londres, y en el pasado año de 1914, se ha descubierto un acta en que William Shakespeare toma bajo su protección a una joven desvalida. — *(N. del C.)*

cunstancias le sugiriesen como un deber la venganza, habría vacilado y retrocedido. Pues bien: Shakespeare ha infundido sus propios sentimientos a Hamlet, pues ha venido a ser el tipo por siempre memorable de la irresolución. Gœthe, Schlegel y otros tantos se han fatigado inútilmente, porque han olvidado que un gran poeta es un hombre honrado, y que el hombre honrado se pinta necesariamente en sus obras.

Se ha admirado en Shakespeare al poeta sencillo y al poeta profundo. La libre fantasía y el alto saber. No han cesado de creerle el genio único e incomparable. Víctor Hugo dice: «El roble tiene el aspecto extraño, el ramaje nudoso, el follaje sombrío, la corteza áspera y ruda, pero es el roble, y es en virtud de todo eso que es roble.»

Decididamente, el culto a Shakespeare se ha convertido en superstición.

Nunca genio alguno se entregó al arte con más suprema indiferencia, por toda otra cosa que no fuese el arte mismo. A los ojos de Shakespeare, el drama es resultante de un espejo colocado ante la naturaleza, y donde ella se refleja bajo sus aspectos más diversos. Y tal es, en efecto, la impersonalidad del gran poeta, que es imposible deducir la menor enseñanza sobre sus ideas, carácter y pasiones. Shakespeare ha trazado una multitud de caracteres, todos diferentes y vividos, sirviendo la fisonomía más distinta a la realidad más risueña y al más alto valor ideal y poético.

Su última obra, *La Tempestad,* en la que se ha

creído ver el adiós que Shakespeare dirige al público y testamento dramático del poeta, ha sido inspirada en una de las *Noches de invierno*, de Antonio de Eslava, pamplonés, transformado el argumento por la vara mágica de su genio.

Él lo ha sentido y comprendido todo; nadie ha vivido más, ni más ha observado, ni ha reproducido mejor el mundo externo, siendo al mismo tiempo el más lírico de los poetas.

Él expresa bajo forma acabada, en una poesía inimitable, todas las emociones del corazón; él dice cosas como ningún otro, de una manera extraña y sorprendente. Tiene increíbles profundidades e increíbles delicadezas de intuición. Surge de sus escritos emanación de sabiduría. Parece que las discordancias se borran y se funden en una superior armonía. Shakespeare ha ensanchado el dominio del alma, y no creemos que hombre alguno haya llevado más al acervo común de la humanidad.

El más bello y complicado genio poético de Inglaterra es, sin duda, Milton, que aparece después del Renacimiento cristiano como una flor del puritanismo atenuado, discípulo de Spencer y de Italia, saturado de idealismo platónico y cristiano y, a pesar de todo, profundamente inglés en sus rudísimas controversias teológicas y políticas, y todavía más inglés que hebreo en el vuelo de su inspiración bíblica. Lo describe Taine en estos términos:

«Inmensa ciencia, lógica cerrada y pasión grandiosa, tal es su fondo. Tiene espíritu lúcido e imaginación limitada. Incapaz de turbación y de metamorfo-

sis. Concibe la más alta de las bellezas ideales, pero no concibe más que una. No ha nacido para el drama, sino para la oda. No crea almas, sino construye razonamientos y siente emociones. Emociones y razonamientos; todas las fuerzas y todas las acciones de su alma se juntan bajo un sentimiento único: lo sublime; y el amplio río de la poesía lírica corre fuera de madre, impetuoso, terso, espléndido como una onda de oro.

»Nutrióse en la lectura de Spencer, Drayton, Shakespeare y Beaumont, de todos los más brillantes poetas, y la onda áurea de la edad precedente, aun que empobrecida en torno y agotada en sí misma, se extendió como un lago, deteniéndose en su corazón.»

Y para el autor de la *Historia de las ideas estéticas*, el poeta del *Comus*, del *Lycidas*, del *Penseroso* y del *Allegro;* el que escucha «la armonía de las sirenas celestiales que sentadas sobre las nueve esferas hacen rodar el mundo en cadencioso giro que no pueden percibir los oídos mientras no se purifiquen», es el mismo sombrío y terrible poeta puritano que grabó con buril de fuego los combates de los ángeles y las desesperaciones de Satanás vencido.

Por una parte, todas las curiosidades de la inteligencia, las investigaciones del lenguaje, los refinamientos del gusto, la poesía con su mitología, el culto de la antigüedad pagana, la falsa sabiduría y los falsos dioses, los madrigales, los cuentos, el teatro. Por otra, el ardiente sectarismo, los fanatismos niveladores, llenos del odio de Satanás y de sus pompas, complaciéndose en largas preces e inflamadas

plegarias, entregado a los dogmas de la predestinación, de la caída y de la justificación hasta convertir a Inglaterra en un nuevo pueblo de Israel. Tales son las inspiraciones contradictorias que se disputan a Milton, a las que se entrega sencillamente y sin esfuerzo; poeta elegante y polemista apasionado, admirador de Petrarca y Shakespeare, intérprete sutil de textos bíblicos, enamorado de la antigüedad pagana y del genio hebreo, siendo todo ello a la vez un problema histórico y un enigma literario.

Hay, pues, en su *Paraíso perdido* un poema y una teodicea. Por desgracia, estos dos elementos, que responden a las dos tendencias a que obedece su siglo, no pudieron fundirse. Lejos de eso se rechazan, y resulta de la proximidad una larga contradicción, que se extiende a toda la obra, altera su solidez y compromete su valor.

Es *El Paraíso perdido,* en opinión de Scherer, un poema falso y fastidioso. No hay un lector, entre ciento, que pueda leer sin sonreír los libros nueve y diez, o leer sin bostezar los libros once y doce. Es inaguantable; es una pirámide en equilibrio sobre su vértice; es el más espantable de los problemas, resuelto por el más pueril de los medios.

Y, sin embargo, *El Paraíso perdido* es inmortal. Vive por algunos episodios por siempre célebres, a diferencia de Dante, que es preciso leer todo entero si se quiere comprender verdaderamente las bellezas. A Milton hay que leerlo a retazos. Pero estos fragmentos son parte del patrimonio de la humanidad; la invocación a la luz, el carácter de Eva, la descrip-

ción del paraíso terrestre, la mañana del mundo, los primeros amores, son otras tantas obras maestras. Los discursos del príncipe del infierno son de elocuencia incomparable.

El Paraíso está sembrado de magníficos versos. La poesía de Milton es como la esencia misma de la poesía. El autor parece no pensar más que en imágenes, y estas imágenes son grandes y altivas como su alma. Tiene para las cosas la palabra encontrada y única. Conocemos sus *tinieblas visibles*. Si quiere pintar la noche, nos muestra las hadas a orillas del bosque:

> Mientras arriba la luna
> siéntase árbitra y más cerca de la tierra
> hila su pálido curso.

En el diluvio, el sol brilla sobre la extensión de las aguas, y comienza a hacerlas evaporar:

> Y el claro sol, sobre su vasto espejo acuoso,
> mira ardiente, y las frescas ondas van retirándose a lo largo
> cual después de la sed.

La paz sucede a los combates, y...

> La broncínea garganta de la guerra ha cesado.

La casta dicha de los esposos se pinta en úna palabra:

> Se *emparaisan* uno en brazos del otro.

No lo hemos dicho todo al citar algunos versos de Milton. No sólo tiene la imagen y la palabra: tiene también el período, la larga frase musical, un poco recargada de ornamentos y llena de inversiones, pero

arrastrándolo todo en su soberbia ondulación. Tiene, en fin, y sobre todo, no sé qué de sereno y vencedor: la igualdad sostenida, la potencia indomable. Dijérase que nos envuelve entre los pliegues de su ropaje y nos lleva consigo a las regiones eternas en que habita.

Con palabras de Macaulay, diremos que en Milton hay algo de maravilloso, pero nada lo es tanto como la composición del más gran poema épico de los tiempos modernos en un siglo desfavorable a la poesía. Casi estamos seguros de poderlo atribuir a la ceguera del poeta. Sabemos que la imaginación es tanto más activa cuando el mundo exterior le está vedado. En el sueño, sus ilusiones son perfectas; ellas producen todo el efecto de las realidades. En la obscuridad ve siempre más claro que a la luz. Los que se divierten en levantar castillos en el aire, lo saben por experiencia.

Estamos en el período de la Restauración. Las costumbres explican que la literatura ha venido a ser obra de estudio, no de inspiración; empleo del gusto, no del entusiasmo; fuente de distracciones y no de emociones. La corte trajo consigo la conversación, la obligación de parecer instruído y de tener buen gusto, todos los hábitos de salón, que son fuentes de literatura clásica y que enseña a los hombres el arte de bien hablar. Es la era de los poetas metafísicos, según frase de Johnson.

Fué Dryden, para Macaulay, uno de aquellos escritores en quien la edad de la imaginación sigue a la edad de la observación y de la reflexión en vez de

precederla. Su imaginación se parece a las alas del avestruz, que le ayudan a correr aunque no le permiten sostenerse en el aire.

Cuando intentaba sublimes vuelos, se tornaba ridículo; mas cuando se limitaba a una región modesta, sobrepujaba a sus rivales. Dryden poseía admirable talento, del que abusó algunas veces, y buen juicio, del que a veces desoyó las advertencias. Puede decirse que triunfó en una provincia secundaria del arte, pero en ella ha triunfado por modo superior; con espíritu más independiente y un más cálido deseo de lo mejor y de lo muy bueno, y con más profundo respeto de sí mismo, habría podido llegar en el camino que le estaba abierto a la absoluta perfección.

El ideal de Dryden nunca fué muy alto ni muy inaccesible, consistiendo antes en una brillantez aparatosa y en un despilfarro de colores y onomatopeyas, que en una grandeza sobria y enérgica. De cuya rigurosa sentencia sería preciso exceptuar en gran parte las sátiras políticas de su vejez, en las cuales tuvo Dryden muy austera y varonil inspiración, no excedida hasta hoy en lengua inglesa.

El Dryden poeta, en las odas y traducciones vale más que el Dryden preceptista.

El reinado de Ana fué casi como el de Isabel: afortunado para la literatura inglesa, imitando con cierta independencia la de Luis XIV. Entre los poetas figuraba Gay, autor de triviales idilios, fabulista mediano aunque ingenioso, sin la elegante ciencia de Fedro ni la inimitable naturalidad de Lafontaine. Brilló en

aquella época Alejandro Pope, mirado como el príncipe de los clásicos ingleses. Si bien en Pope se ve poco el estudio de la naturaleza, consideraba al hombre con preferencia a la naturaleza animada. Era excelente para pintar las ridiculeces de los hombres y sus pasiones, pero las pasiones sociales. Sentía poco y, por consiguiente, ignoraba bastante el efecto que producen los grandes espectáculos de la creación en el alma. A los veintiún años publicó su *Ensayo sobre la crítica,* verdadero código del clasicismo francés del siglo XVIII. Es vulgarísimo y superficial en su crítica. Pope tiene más poesía de estilo y más talento de invención satírica que Boileau. Pope, que se tenía por clásico puro, tradujo a Homero a la francesa, es decir, en versos pareados, en tanto que Cowper lo hizo en verso libre. Pero donde se remonta más, por ser más alta la naturaleza del argumento, es en el *Ensayo sobre el hombre,* en que sostiene la doctrina de que todo acaece para lo mejor en el mejor de los mundos posibles; que toda discordia, una tempestad, un terremoto, es una armonía secreta que no conocemos, doctrina que en su *Cándido* combatió Voltaire con su sangrienta acostumbrada burla. Hay filosofía en parte verdadera y en parte falsa. Es una especie de deísmo y optimismo como se estilaba entonces, tomado de Rousseau y de la teodicea de Leibnitz, pero templado y arreglado al uso de los hombres de bien. Es autor Pope del *Robo del rizo,* una leyenda en estilo noble en que lord Petre corta un rizo de los cabellos de una beldad a la moda, la Srta. Arabella Fermor. Se trata de hacer de una friolera una epopeya,

con invocaciones, apóstrofes, intervención de seres sobrenaturales y máquina poética; contrasta la solemnidad del estilo con la pequeñez del asunto, muy semejante a *La Mosquea*, de Villaviciosa. Escribió también *La Dunciada o el imperio de la estupidez*, que acomodó a nuestra lengua D. Alberto Lista, substituyendo estúpidos ingleses por españoles tontos.

Nunca se gastó más talento para producir más fastidio. Pope quiso vengarse de sus enemigos literarios, y canta *La Necedad*, augusta diosa de la literatura, hija del Caos y de la Noche eterna, pesada como su padre y grave como su madre.

Su *Epístola de Eloísa a Abelardo* es muy sentida y original, no tomada del francés, como supone Alcalá Galiano. No hay que confundirla con la de Colardeau.

Su traducción de *Homero* ha sido superada por Chapman, y su prefacio es una excelente crítica para su época. Por algún tiempo fueron muy celebradas su *Ilíada* y *Odisea*, y aun hoy están miradas como obras de mérito en que está bien entendido el texto, pero ignorado el espíritu de los poemas griegos. Como fiel traslado del clasicismo heleno, no merece el *Homero* de Pope lugar preferente, antes bien, sirve para demostrar cuánto se apartaba el clasicismo de aquellos días del verdadero clasicismo de la antigua Grecia.

Pope, que, como hemos dicho, fué tratado por Taine con injusticia y marcado disfavor, es reputado como el poeta perfecto de su nación. Tiene gran parecido con D. Leandro Fernández de Moratín y algo con Martínez de la Rosa. No vemos que sea motivo

para tanto desdén el que tuviera poco que agradecer a la naturaleza, siendo estevado o patizambo, como lord Macaulay. Taine lo deprime en conjunto, y cuando le reconoce alguna buena cualidad, no lo hace sino con toda clase de salvedades. Pope fué un verdadero poeta, y, no obstante los defectos físicos, una de las más delicadas y hermosas organizaciones que hayamos conocido.

Era católico e indiferente en política; decía, como Claudiano, que la mejor de las repúblicas es un buen príncipe, y Cromwell le parecía un criminal ilustre condenado a la inmortalidad.

Poeta de gran sentimiento, de corrección y elevado estilo fué Gray, cuyo *Cementerio de Aldea* dió a conocer Gastón en Francia y el insigne Vedia entre nosotros, y mucho nos extraña que Alcalá Galiano para este poeta sea tan parsimonioso en la alabanza. Todos los versos de la aludida poesía son tan hermosos como éstos:

> Cuantas veces la espiga ya madura
> dobló a sus hoces la cerviz dorada;
> cuantas otras la gleba inerte y dura
> rompió su reja y quebrantó su azada.

Celebrado también, aunque ya en olvido, fué Young, eclesiástico y cortesano; perdió su esposa y los hijos de ésta, y aprovechó su desgracia para escribir meditaciones en verso sobre la vida, el tiempa, la amistad, el triunfo del cristiano. Sin duda hay relámpagos de ingenio en el poema de sus *Noches*, que tuvo imitadores en España. Gravedad y fanta-

sía no faltan, pero se ve que las busca y pronto se descubren, y lejos de la melancolía que quería aparentar, su ingenio e imaginación resultan grotescos.

Otro de los poetas que en aquella época florecieron fué Jacobo Thomson, el autor de *Las Estaciones*, poema lleno de verdadero espíritu poético, aunque ampuloso, prolijo y falto de gusto. En Thomson había fuego, y más que fuego, sensibilidad y ternura; pero sólo por curiosidad de historia literaria se recuerdan hoy los poemas descriptivos de Thomson y Akenside. Como preludio del romancismo asoma ya el ficticio Osián.

Por último, Macpherson cierra esta época con su poema falsificado. Un vivo sentimiento del paisaje escocés, grande, frío, triste, la lluvia en la colina, el alma que tiembla al viento, la bruma en el cielo, lo vago de un mundo que cada soñador halla en sí, sus propias emociones y sus tristezas filosóficas, hazañas y generosidades caballerescas, héroes que van solos a combatir un ejército, vírgenes fieles que mueren sobre la tumba de su amado, estilo apasionado, colorido y que aparenta ser tosco; tal es la obra de Macpherson, que entusiasmó a nuestras abuelas, y no sólo a ellas, sino a Herder, Napoleón, Goethe y Cesaroti. Pero el célebre Samuel Johnson, figura tan compleja y digna de estudio en la crítica inglesa, dió un toque de atención y se descubrió la amable y amada superchería.

Henos ya en pleno período romántico, representado el romanticismo descriptivo en Southey, en Walter Scott y Moore, y el filosófico en Wordsvorth

y Shelley, como asomó entre nosotros con García Gutiérrez y Hartzenbusch; en Francia, con Hugo, Lamartine, Musset y Gautier, y en Alemania, con Gœthe, Schiller, Ruckert y Heine. Aparecen en escena la Edad Media y el feudalismo, la civilización extinta y lejana, el Renacimiento, la Arabia, el Indostán y Persia; Southey con *Thalaba, Don Rodrigo* y *La maldición de Kehama,* Moore con su *Lalla Rookh* y su novela egipcia *El Epicúreo.* En todos estos poemas sólo se advierte el decorado; los sentimientos son pura ficción, sentimientos de ópera, dice Taine; los autores no son más que hábiles manufactureros; las ideas no nacen del corazón, sino del cerebro; hay talento, pero no genio. Para escribir un poema indio, según el aludido historiador francés, precisa ser panteísta de corazón, un poco loco y habitualmente visionario; para escribir un poema griego hay que ser de corazón politeísta, pagano en el fondo y naturalista de oficio. Por ello Heine habló tan bien de la India, y Gœthe, de Grecia.

Walter Scott nos presenta un mundo moderno iluminado por el lejano sol poniente de la caballería. Resucitó la época feudal; erigióse él mismo una mansión con almenadas torres. Su mayor placer fué referir los usos inocentes de los personajes de sus novelas, la manía de los cachivaches en el anticuario, la vanidad arqueológica en los barones, las chocheces en la noble vejancona. Dió a Escocia con su nombre derecho de ciudadanía en la literatura, con sus paisajes, monumentos, casas, cabañas, personajes de toda edad y estado; admirable en sus poemas

del *Lord de las Islas*, *La Dama del Lago* y *Marmión;* pero al aparecer Byron se sintió eclipsado, no volvió a rimar y se dedicó a la novela con aplauso de Inglaterra y del mundo literario.

Después de Shakespeare, no ha tenido Inglaterra poeta más grande que Byron. En la segunda parte del gran poema de Gœthe, la crítica moderna ha creído ver en el hijo de Fausto y Helena, Euforión, la personificación del autor de *Manfredo*. ¿Era clásico? ¿Era romántico? Era clásico por la intención; ponía sobre su cabeza a Pope y Addison; los enemigos a quienes combatía, románticos eran; procuraba guardar las tres unidades de sus no representables dramas; pero su vida de aventuras, los argumentos de sus obras y su gloriosa muerte en Misolonghi, ¿no son esencialmente románticos? Nada había de dramático en su genio; al contrario, era la antítesis de un gran poeta dramático. Sus diálogos lo son en la forma solamente; en el fondo son soliloquios: una discusión con un solo espíritu inquieto y escéptico. Las preguntas y respuestas son objeciones y soluciones que pertenecen todas a un carácter; «después del más severo análisis—dice Macaulay—quedará de los poemas de Byron muchas cosas que no perecerán sino cuando la lengua inglesa desaparezca».

Profundo, inimitable era en las descripciones y en las meditaciones. Pasemos en silencio su vida y su historia y los desdenes de que ha sido objeto hasta después de muerto, ya que sus cenizas no reposan en la abadía de Westminster. Se hizo culpable de la falta que menos se perdona: había sido alabado con

exceso, y el público, con su justicia acostumbrada, hizo pagar a lord Byron la locura de sus propias embriagueces.

«Los entusiasmos de la multitud—dice el escritor a quien seguimos — se parecen a la pérfida maga de *Las mil y una noches,* que no sólo se contentaba con despedir a sus amantes cuando los cuarenta días de su ternura habían expirado, sino que les condenaba a expiar bajo formas repugnantes y crueles penitencias el crimen de haberla agradado un solo instante.»

Wordsworth pertenece a la reacción contra la escuela clásica, la que personifican los grandes nombres de Dryden y de Pope, la que representan todavía honrosamente los nombres de Johnson, Gray y Goldsmith, y ha echado sus raíces hasta en pleno período romántico con Campbell, Roger y el mismo Byron. Pero si Wordsworth ha sido el más notable de los innovadores, no fué, por cierto, el primero. Este puesto pertenece, sin duda, a W. Cowper, cuyo principal poema, *The Task*, data de 1785, que indudablemente hace época en los destinos de la poesía. Notable es que este solitario de dolorida alma, que se hallaba en los confines de la locura y del genio, pudiera imprimir sello tan incontestable a la literatura de su país.

«Puede representarse—decía Cowper—el corazón de un cristiano en la aflicción, como en la alegría, atravesado de espinas, y, sin embargo, coronado de rosas. Tengo la espina sin la rosa. Mi rosa es una rosa de invierno; las flores están marchitas, pero la espina queda.»

Otro ingenio influyó sobre el ánimo de Wordsworth,

y sirve para explicarlo: Roberto Burns. *La Biblia* y *Las Baldadas*, coleccionadas de Percy, fueron la única educación poética de este genio rudo y semisalvaje; es uno de los poetas más próximos a la naturaleza y más verdaderamente populares que hayan existido. Después se hizo revolucionario y casi socialista, y, por último, afectado, escribió versos académicos; su vida disipada acabó en el *delirium tremens*. «Mi peor enemigo soy yo mismo — decía —. Hay dos criaturas que envidio: un caballo a galope que atraviese una selva de Asia, o una ostra en una costa desierta de Europa: el uno no tiene un deseo que no satisfaga; la otra no tiene ni deseo ni temor.»

Wordsworth pertenece, en definitiva, al movimiento de renovación poética que dejó tan gloriosa huella en la literatura de su país el primer cuarto del siglo XIX. Vivió larga vida; formó parte del grupo de los lakistas con sus amigos Southey, Coleridge y Wilson. «Se parece en la sinceridad y en la naturalidad a Cowper, en el arte de encontrar poesía en las cosas más tristes, en cierta monotonía familiar o casera; pero Wordsworth tiene una inteligencia más profunda de la naturaleza, mayor elevación y trascendencia en sus concepciones, y al mismo tiempo un abandono y un prosaísmo sistemático de dicción que está lejos de ser una belleza, pero que es una nota característica y, por decirlo así, la marca de fábrica de todas sus inspiraciones. Cierto vago sentido, medio religioso medio panteísta, lleno de obscuridad, de fervor y de misterio, se une en Wordsworth con una especie de simplicidad infantil o de rusticidad igna-

ra que llega a degenerar en artificio retórico. La sensiblería y el alarde de candor, así como el espíritu moralizador y sentencioso, estropean a la continua los versos de Wordsworth, sin exceptuar su célebre poema *Excursión* ni sus mismos admirables sonetos.» (*Historia de las ideas estéticas*, de M. y P.)

Tuvo sus admiradores y adeptos; tuvo también sus rivales; unos lo exaltan como el profeta de una religión poética nueva; otros ridiculizan el género; pero estas controversias muestran que ocupa y apasiona la opinión, lo que ya es una gloria.

El byronismo era demasiado violento, y no era lo suficiente para responder a las verdaderas necesidades del alma. Después de esta orgía de sentimientos exagerados, había sed de sinceridad y sencillez. El predicador de este nuevo evangelio no se hizo esperar. Fué hacia 1825 la segunda época de Wordsworth.

Se creyó haber hallado en él la última palabra del arte. Gozó más de quince años de una gloria que palideció después, pero pura y legalmente adquirida.

Lo mismo que Byron había sucedido a Scott obrando sobre los espíritus con un estímulo más enérgico, y lo mismo que Wordsworth había atraído por el contraste de la sencillez y la salud las imaginaciones estragadas por el byronismo, Wordsworth acabó por parecer insuficiente. Necesitábase un pensamiento más amplio y una fantasía más brillante.

Resucita entonces la fama póstuma de dos ingenios: Shelley y Keats. Ambos llegaron a ser profetas y jefes de escuela. El primero pereció en el golfo de Spezia en 1822, a los treinta años, pero la rara precocidad de

su genio nos dejó poesías, poemas y obras de género diverso. Dominaba en ellas insoportables tendencias humanitarias y socialistas. Su alma sencilla y generosa estaba poseída de un mundo gobernado por la juventud y la razón. Todavía estaba en la Universidad cuando desafió a los ortodoxos de su país. De aquí el reñir con su familia, un matrimonio desacertado, la persecución, la pobreza.

Enrique Taylor describe así la índole poética de Shelley:

«Imaginación más potente y más expansiva, Shelley era, no obstante, inferior a Byron, por la ausencia de cualidades prácticas, de habilidad literaria, sin las cuales no puede existir en nuestra época poesía acabada. Traicionado por el deseo de perfección en los menores detalles, de dar a cada verso aislado un valor independiente, a cada palabra un poder y un esplendor particular, Shelley se esforzaba en juntar toda realidad a los fenómenos naturales de que se constituía pintor y mostrárnoslos tales como nunca nuestros órganos visibles los han abarcado. Escribía o parecía escribir según este principio: que ningún asunto pudiera prestarse a la poesía si, descompuesto de antemano, desprendido, aislado de sus relaciones naturales, no llegaba al lector en estado de visión o de quimera.»

Todo poeta, según él, debía ser un vidente extático, un fascinador deslumbrante... De allí aquellos versos que producen en la imaginación el efecto de un líquido embriagador, pero que no dejan tras sí ni recuerdo distinto ni impresión profunda.

Contemplad en todo su brillo, al final de un día estivo, el horizonte abrasado por los últimos fuegos del sol, o leed una de estas vagas y deslumbrantes concepciones: la enseñanza y el provecbo serán los mismos. Desde que cerráis el libro, desde que el autor desaparece, el prestigio cesa, los fantasmas se borran, la impresión producida en la memoria sobrevive apenas a la impresión producida sobre los sentidos.

Sería largo transcribir los ditirambos póstumos que hoy se dedican a Percy Byshe Shelley, apellidado por Taine «uno de los mejores poetas de este siglo». Reproducimos las citas que hace Menéndez y Pelayo a este respecto. «Aunque se le quite a Shelley — añade Swinburne — su fe sublime, su heroica abnegación, su amor a la justicia y alto ideal, todavía continuará siendo uno de los mejores poetas de todos los siglos.» Y mucho antes había dicho el sagaz y prudentísimo Macaulay: «Es para nosotros muy dudoso que ningún poeta moderno haya poseído en tan alto grado como Shelley las cualidades más excelsas de los grandes maestros antiguos. Las palabras *bardo, inspiración,* que parecen tan frías y afectadas cuando las aplicamos a otros escritores modernos, tienen exactitud perfecta cuando se las aplica a Shelley; su poesía no parece obra de arte, sino de inspiración. Y la opinión general hoy en Inglaterra le reconoce superior a Byron por la fuerza y elevación de pensamiento, por el consorcio más íntimo y profundo con la naturaleza, por la gracia ideal, la opulencia del ritmo y la plenitud de la armonía.»

John Keats, algo más joven que Shelley, murió antes que él. Todavía no tenía veintiséis años. Su entusiasmo por la naturaleza es en verdad sincero, y sin embargo es trabajoso; su sencillez no es fingida, pero tiene algo de premeditada, y por consiguiente de exagerada. Tiene un sentimiento particular de la naturaleza, y este sentimiento es de una intensidad extraordinaria. En su oda *A Grecian Urn* es un parnasiano, y se advierte la tendencia de Carducci, en Italia; de Chenier, en Francia; de Leopardi, en Italia; de Manuel Cabanyes, en España; de hacer con pensamientos nuevos versos antiguos, y con una vetusta aljaba dar en un blanco nuevo, según la hermosa frase de Pindemonte.

Mas no se crea que la poesía moderna de Inglaterra se detuvo en Shelley. Nada hay definitivo en el arte ni nadie puede jactarse de haber dicho en cosa alguna la última palabra. Keats y Shelley no han sido eclipsados por Tennyson, pero en cierto modo subió en hombros de aquéllos, y hasta cierto punto rayó más alto. «Si no es más que Shelley—dice Scherer—el natural vigor de la poesía de Tennyson, es más puro, su labor de orífice más ingeniosa, más exquisita; su obra, en fin, en su conjunto es de una variedad más admirable.» Tennyson tiene una ciencia conocida del ritmo, los más raros recursos de lenguaje, la distinción, las habilidades, los registros, todos los refinamientos; es autor de trozos líricos que no tienen semejante en lengua alguna, unos de morbidez infinita, otros vibrantes como el cuerno del caballero, y «sólo una cosa le falta — dice el ya

citado escritor—, el aletazo, que arrebata a Ganimedes al empíreo y lo arroja palpitante a los pies de Júpiter». Es demasiado culto, completo, terso; abarcó todos los géneros y en todos ha triunfado. Pero hay en la pasión ardores; en el pensamiento, turbaciones; en la vida, bancarrotas del ideal que la nota de Tennyson no acierta a expresar.

Oigamos a Forgues: «La realidad se confunde, se amalgama en Tennyson con el sueño; de él toma las proporciones flotantes, el carácter sobrenatural. Nada de preciso ni de palpable.»

En sus poesías eólicas, las mujeres son silfos; las pasiones, entidades a la alemana, abstracciones musicales; la descripción, a veces admirable, un espejismo pronto a desvanecerse. Una vez que otra el realismo inglés amanece en este caos vaporoso.

Y en opinión de Taine, el laureado poeta no ha hundido toscamente su pie rudo en la verdad y la pasión: se desliza en lo más elevado de tiernos y nobles sentimientos; ha recogido en la naturaleza y en la historia lo que había de más alto y amable. Eligió sus ideas, cinceló sus palabras, igualó con artificio sus éxitos, y la diversidad de su estilo, los placeres y la perfección de elegancia mundana, en medio de la cual lo leemos.

Después de Tennyson han brillado en estos últimos tiempos Roberto Browning, a quien se ha tildado de obscuridad, y Carlos Algernon Swinburne, aristócrata de nacimiento, revolucionario de ideas; está lleno del soplo de la antigüedad griega. Algunos han creído ver parecido en este ingenio con

Edgard Poe. Swinburne es a veces tenebroso y magnífico. Es más grande que Poe por el lirismo, por la multitud de imágenes que vuelan como pájaros incontables de todo tamaño y raza, de toda forma y matiz, tan variados, que apenas se les distingue, y solamente seguimos en el espacio la gran nube cambiante de impuros vapores, mientras que el cuentista americano le es superior por su prodigioso don de claridad, de orden y de composición, que llena sus misteriosos asuntos de incomprensible terror. Tras él viene Dante Gabriel Rosseti, el príncipe de los estetas, y Rudyard Kippling, de quien incluímos dos poemas de sentencioso y filosófico estilo, sin que podamos decir nada del de Roberto Bridges, que últimamente ha sido elegido poeta laureado, porque estas personalidades en los momentos de su elección suelen ser muy controvertidas, y sólo el tiempo acrisola y aquilata su valer.

NOTA DE ÚLTIMA HORA.—Entre Tennyson y el Dr. Bridges en la sucesión de los poetas laureados de Inglaterra, se cuenta Alfredo Austin, que nació en 1835. Fué laureado en 1896 y murió en 1913. Fué un distinguido periodista en asuntos de política extranjera. Sus obras en verso se titulan *English Poems, English Lyrics, Songs of England.* Esta última es la más perfecta de todas. *The garden I love,* en prosa, es muy apreciada. Fué muy discutido como poeta, pero era bastante popular. Su obra literaria oficial gustaba a la reina Victoria. Taine dijo de él que poseía el don de la visión tranquila y grandiosa. Su desgracia es, dicen otros, que sucedió a Tennyson.

II

ESTADOS UNIDOS

Puede afirmarse, sin temor de equivocación, que la literatura de los Estados Unidos sólo data del pasado siglo; la mayor parte de sus poetas nacieron en la última década del siglo XVIII, a excepción de Benjamín Franklin, autor de la poesía *Papel,* y de Timoteo Dwight, que compuso un poema histórico, descriptivo y didáctico titulado *La colina de Greenfield,* mezcla confusa de géneros diversos, pero superior en invención y movimiento a las rapsodias de época anterior.

No ignoramos que el primer libro de versos que se publicó en 1640 en las colonias inglesas del Norte de América fueron los *Salmos,* obra de tres pastores puritanos; que poco después una poetisa, Ida Iradstreet, componía un poema con el nombre de *Los cuatro elementos;* que a John Adams juzgan los naturales digno de emular con los mejores del antiguo continente, y con él Felipe Frenean, Ricardo Alsop, Daniel Humfrey y Joel Barrow; pero crítico tan eminente como el insigne poeta Bryant no los ha juzgado dignos de figurar en su selecta antología, que tenemos a la vista, menos los ya citados Franklin y Dwight. Así es que creemos haber confirmado nuestra aseveración.

«Escuela que se funda en la memoria y en la imitación, está destinada a la muerte—dice el docto Suárez Capalleja», a quien seguimos en su notable estudio sobre Longfellow. Y así sucedió a esta de los siglos XVII y XVIII, hasta que despertó el genio americano, dando sus primeros vagidos en quejumbrosas elegías y funerarias odas. Percival, en 1830 cantaba la tisis. Peabody no quiere ser llorado cuando muera, porque considera la muerte como genio tutelar del mundo y su esperanza. De esta necromanía nació el sublime poema de William Cullen Bryant *Thanatopsis* o inspección de la muerte, lleno de consoladora filosofía, hondamente sentido y altamente pensado. Lo escribió a los diez y ocho años, y como dice el señor Amy, es joya literaria del parnaso universal. Separóse después de este camino, siendo el primero en inspirarse en la naturaleza y en la sociedad que le rodeaba, como se revela en su poema *Las edades*, en 1821 (1), época en que brilla en todo su esplendor la literatura americana. Al mismo tiempo se dieron a conocer Ricardo Enrique Dana con su poema *El Bucanero;* Lydia Sigourney y María Brooks, poetisas dignas de todo encomio; Fitz Green Halleck, que Capalleja proclama el Quevedo y el Heine de Norte-América, y por último el delicado médico poeta Oliverio Wendel Holmes. Sus poesías deben a su profesión de médico cierta precisión descriptiva, y especialmente el signo y la firmeza del método empírico.

---

(1) Por sus virtudes cívicas, Bryant fué apellidado el primer ciudadano de la República.

Primo de Bryant fué Enrique Wadsworth Longfellow, el poeta más traducido por hispanoamericanos, y por ende el más amado. Como nuestro objeto no es esbozar biografías, sino emitir juicios a la ligera, diremos que su reputación se afirmó con la *Leyenda dorada*, tomada de un cuento latino de Jacobo de Vorágine, del que hemos traducido un episodio, *El monje Félix*, que se encuentra también entre las obras del P. Yepes. Después se dió a conocer con un drama, *El estudiante español*, que sólo comprueba que su vocación no le llamaba al teatro. Algo mejor recibidos fueron *Los amores de Miles Standihs;* John Endicott, que es una exacta pintura de las persecuciones de los puritanos a las sectas disidentes, y Giles Corey, que se funda en procesos de hechicería muy frecuentes en Norte-América todavía a fines del siglo XVIII.

Durante la guerra de Secesión ocupó sus ocios en el poema *Cuentos de una Hostería*, en donde un estudiante de Padua, un judío de Alicante, un siciliano, un teólogo de Cambridge, un poeta y un músico de Noruega, refiere cada cual su leyenda. Pero el género en que más sobresale Longfellow es el lírico, uniendo la ternura a la energía, la delicadeza a la vehemencia de sentimientos, que expresa en imágenes ora vivas y graciosas, ora patéticas y atrevidas. Hablen por nosotros sus poesías *Excelsior, La escala de San Agustín* y el *Salmo de la Vida*, de la que poseemos hasta ocho traducciones. Todas terminan en un rasgo, una expresión original y con frecuencia muy bella. Predomina en el poeta la idea de la acción,

de la voluntad, del deber a través de ayes y fatigas.

Evangelina es la obra maestra y gloria de la literatura americana, idilio inmortal que con *Herman y Dorotea, Pablo y Virginia* y *Mireya* perdurarán a través de los siglos, y aun cuando Philarete de Chasles sustenta que lo que falta a *Evangelina* es la pasión, el erudito asturiano responde que todas las grandes pasiones, como los grandes dolores, son mudos, pues

> El río, cuanto más lleno,
> oculta mejor su fondo,
> y a medida que es más hondo,
> aparece más sereno.
>
> A. L. DE AYALA.

Puso fin a su labor épica con *Hiawatha,* el héroe o semidiós indio precursor del cristianismo, poetizando en ella los orígenes de la joven América, prestándole la aureola de ilustre genealogía, colocándola entre las razas más dignas de la humanidad. «El canto de *Hiawatha*—dice Montegut, citado por su biógrafo—es la obra más perfecta que hasta ahora ha producido Longfellow.» Un soplo de la naturaleza ha pasado por estas páginas; suscita, por decirlo así, y hace temblar sus imágenes como el viento oscila y hace temblar las hojas de los bosques. La melodía de los versos, rápida y monótona, se parece singularmente a las voces de la naturaleza, que jamás se cansa de repetir los mismos sonidos. El sentimiento de la naturaleza que reina en este poema, es a la vez muy refinado y familiar. El poeta sabe prestar como un moderno voces a

todos los objetos materiales, y, sin embargo, a pesar de esta sensibilidad poética, jamás se extasía en minuciosas descripciones. Su poema, hecho con arte exquisito, participa también de dos caracteres: es *homérico* por la precisión, sencillez y familiaridad de las imágenes; es moderno por la vivacidad de las impresiones y por el soplo completamente lírico que recorre todas las páginas.

De esta mezcla nace un sentimiento enteramente especial, un poco artificial y arcaico, pero singularmente exquisito y raro, bastante parecido al que hacen experimentar otras tentativas análogas de grandes poetas modernos pretendiendo reproducir la vida y el espíritu de los tiempos pasados, ciertas baladas de Gœthe, por ejemplo, o ciertos poemas de Enrique Heine.

Y sin embargo, nosotros creemos que Longfellow es una vasta erudición puesta al servicio de una gran sensibilidad. *El reloj de Nuremberg*, *El campanario de Brujas* y el *Pegaso* son los telares donde borda sus ideas. Filiberto Soupé opina con nosotros al decir que como poeta original no podría, sin insostenible hipérbole, ser agregado a la gran familia de los genios superiores; no se cierne, a manera del águila, a través de los espacios, ni posee el soplo omnipotente que electriza a las masas, ni aquel *os magna sonaturum* de que habla Horacio; no busquemos en él un discípulo de Homero o de Sófocles, de Dante o de Shakespeare o de Milton. Apenas se aproxima a Byron o Gœthe; Crabbe y Wordsworth, Burger, Uhland, Manzoni y Pellico son sus verdaderos hermanos en inteligencia.

Un sueño moderadamente vago, una melancolía dulce y quejumbrosa, sobriedad y elección en las descripciones, cierta tendencia a la alegoría, moralidad pura y exquisita, tales son los caracteres principales de esta musa juvenil y virginal, cuya sonrisa nada tiene de forzado, cuyas lágrimas nada tienen de amargo y que se nos aparece con la palma en la mano y la aureola en la frente. No se debe exigir de él aquella mirada penetrante, aquella profundidad de pensamiento, aquella amplitud de desarrollo que caracterizan a algunos reyes de la inteligencia; pero no se puede desconocer que posee talento y gusto; principalmente dulzura, gracia, *un no sé qué* de agrado y encanto, sensibilidad contenida, imaginación que se modera; en fin, medida en todas sus cualidades... En vez de dar rienda a su fantasía, de lanzarse por cualquier cosa a los cuatro vientos y de reunir, so pretexto de invención, monstruos y quimeras, se contenta con concepciones posibles, con combinaciones razonables, con leyendas que tienen un fondo de verdad o de verosimilitud. Su sueño delicado y amable no degenera en sutileza de mala ley; huye de digresiones, de alambicadas abstracciones y de vanidosas excursiones a través de las nubes. En sus versos es justo el sentimiento, sincera la melancolía; no hay notas falsas, ni exceso, ni pretensiones, ni disimulo, y en ellos no se encuentra ninguno de esos versos lacrimosos que perpetuamente corren por el papel en inagotable ola de elegías.

Diez meses después de Longfellow, nacía John Greenleaf Whittier, en Haverhill, el cuáquero poeta.

Poseemos las obras completas de este insigne vate, la edición de Oxford. Contiene sus narraciones y poemas leyendarios. — Poemas de la naturaleza. — Poemas personales. — Poemas circunstanciales. — La tienda en la ribera. — Poemas antiesclavistas. — Cantos de labor y propaganda. — Poemas subjetivos y recordatorios. — Poemas religiosos. — A la puesta del sol, poesías. — Apéndice 1.°: Primeras y no coleccionadas poesías. — Apéndice 2.°: Poesías halladas entre los papeles de Whittier. Piensa más alto y siente más hondo que Longfellow. El autor de *Pepita Jiménez* nos ha dado a conocer una poesía llena de unción y de piedad, que es un verdadero salmo (1). En muchas antologías hemos visto reproducida su balada *Mand Muller* y su canto *A la palma (Palm-tree)*.

Su docto biógrafo, el literato portorriqueño señor Amy, nos hace saber que su morada en Amesbury ha sido adquirida por la Whittier Home Asociation, formando las acciones de esta Sociedad un Club, cuyos miembros visitan periódicamente la quinta, y celébranse allí con ceremonias conmemorativas los natalicios del poeta.

Edgard Allan Poe. ¿Quién no conoce al inmortal autor del *Cuervo* y las *Historias extraordinarias*? El malogrado vate colombiano Carlos Arturo Torres tradujo la mayor parte de sus poesías en su residencia de Londres. «Cuando la lluvia y el viento con desoladas ráfagas azotaban los vidrios de las venta-

(1) *Luz y tinieblas.*

nas y gemían entre las tinieblas como desolador espíritu de invierno; cuando la nieve cubría blandamente la tierra con su silencioso manto de blancura y los carbones del hogar sobresaltan con una crepitación súbita o fascinan con evocadoras fulguraciones de sus rojas miradas, la imaginación tendió el vuelo hacia las «platónicas riberas» de lo desconocido y de lo sobrenatural; de ahí la enseñanza de donde brota la poesía fantástica, poesía de invierno, de sombras y de soledad, que nos dió a conocer nuestro inolvidable amigo.»

Consagremos también un recuerdo al también malogrado y aplaudido traductor del *Cuervo,* D. A. Pérez Bonalde.

Por lo que respecta a las *Historias extraordinarias,* de Poe, el prologuista de la colección nos dice que ha recorrido en triunfal carrera el Nuevo Mundo, ha salvado el Atlántico y marcha por lo mejor de Europa, traducida a todas las lenguas, y devorada, que no leída, por todas las clases de la sociedad. Ha pasado ya por las manos del sabio y del ignorante, del letrado y del guerrero, del joven y del anciano, de la mujer y del niño, y en todas partes excita la misma emoción y arranca igual aplauso. ¿Cómo explicar la universalidad de su triunfo? Si es obra científica, ¿por qué gusta a las mujeres? Si es obra de imaginación, ¿por qué agrada a los sabios? Si procura retratar las virtudes o los vicios de una nación determinada, ¿por qué se lee en tan diversas naciones? Si trata de escudriñar otra vez más los misteriosos pliegues del corazón humano, ¿qué puede decirnos que no haya dicho

ya esa pléyade de novelistas que, infatigables mineros, han sondeado todos sus abismos?

El sello de lo contradictorio y lo extraordinario que reune en la obra es también el sello peculiar y distintivo del genio de su autor, que marcó los días de su existencia como las páginas de su libro, porque su vida fué un poema de genio y miseria, de gloria y abyección, así como sus cuentos una mezcla de lógica y absurdo, de ciencia y de novela.

Sentimos no poder acostarnos a la opinión de los que tienen a Walt Whitman como un genio originalísimo. Su colección de composiciones filosófico-poéticas rompe en su fondo y forma con todos los preceptos hasta entonces universalmente acatados. Esta confesión de su biógrafo nos basta. Nos recuerda Whitman a la última manera de Víctor Hugo: sus constantes antítesis, sus saltos funambulescos, su estilo cortado, su gesto de vidente, y nada más. Pero Víctor Hugo será siempre el autor de los *Cantos del Crepúsculo*, de las *Voces interiores*, y cuenta que hemos podido apreciar la mayor parte de la obra de Whitman precisamente por un poeta uruguayo, que ha vertido en excelente prosa castellana las poesías del extravagante poeta, y no es Armando Vasseur, que así se llama, de nuestro parecer. Estimulado Whitman por los ensayos de Emerson, había soñado muchas veces con una forma lírica capaz de descender a los más nimios detalles cotidianos y de remontarse a todas las plenitudes espirituales sin caer en la prosa ni en la poética tradicionales. Era un artista análogo al que describe Baudelaire en el pró-

logo de sus poemas en prosa. La diferencia radica en los distintos temperamentos con que uno y otro tentaron su realización. Cláusulas de ritmo clásico y sobria adjetivación en el francés; frases grandilocuentes, redundantes y bárbaras en el americano.

A su lado Hugo, Lecomte de Lisle, Swinburne, Carducci, Junqueiro, Rapisardi, parecen poetas regionales. En verdad que no podemos hacernos solidarios de tales ditirambos, por más que Whitman haya sido traducido al italiano, al alemán, al francés y al castellano.

Edmundo Clarence Sledman. Tal es el nombre del que los neoyorquinos han llamado el banquero-poeta, como los ingleses a Roger. Como el filólogo Cuervo, ha tenido primero que crear una posición para poder dedicarse después al placer de hacer lindos y delicados versos. Su libro *Victorian poets* es ya obra clásica en la misma Inglaterra. Es autor de la Biblioteca Angloamericana, verdadera enciclopedia que constituye la empresa más colosal que se haya acometido en este terreno, y por último ha formado otra antología que, si no ha superado a la de Bryant, habrá tenido considerables aumentos. Lástima que el señor Amy, por quien admiramos *El reloj de sol* y *Toujours amour*, no nos brinde con *Los amantes provenzales* y la *Inexplorada tierra*, del vate del Connecticut.

Valera nos ha dado a conocer al último de los grandes poetas norteamericanos, James Russell Lowal, con su poema *Reco*, de marcado sabor helénico, que parece soñado y escrito entre las abejas del Ática y los plátanos de Academo.

No terminaremos esta ligera reseña sin llamar la atención sobre la preferencia que los norteamericanos dan a asuntos españoles. Ticknor, la historia de nuestra literatura; Prescott, la vida de Isabel la Católica; Longfellow traduce las coplas de Jorge Manrique; Wáshington Irving, los cuentos de la Alhambra; Underhill, la literatura española en la Inglaterra de los Tudores; A. Rennert da a conocer los romances pastoriles españoles, y el millonario Huntington, al fundar la Hispanic-Society, se constituye en editor de nuestros libros raros y curiosos.

III

TRADUCCIONES

«Sería empresa tan factible fundir una violeta en un crisol para descubrir el principio formal de su color y de su aroma, como intentar trasfundir de un idioma a otro las creaciones de un poeta. La planta ha de brotar de su semilla o no tendrá flores, y esta es la pesadumbre de la maldición de Babel.»

SHELLEY.

«Traducir poesía del inglés al castellano — dice el insigne Valera — es harto difícil, y que es imposible a veces, cuando se pretende hacerlo con sujeción perfecta al original y por no menos conciso estilo. Los traductores que se ciñen mucho a la lètra, además de dar tormento al idioma y de estropearle, suelen ser infieles al original, cuyo sentido dejan sin traducir, lo cual no es hallar la verdadera expresión del sentido, que se queda por allá como traspapelado y oculto.»

Por primera vez se presenta en castellano la más dilatada compilación de aquel idioma. Entre los tapices vistos al revés de que habla Cervantes y la *bella infiel* que mencionan los cronistas de la época de Luis XIV, hay un término medio. Yo quisiera que

tan bello original fuese mío; pero como no puede ser, le daré la mitad de mi espíritu—dirá un traductor—; y así es como una feliz interpretación es hija de una tentativa de plagio en un corazón honrado. Si sacrificamos el color para conservar el contorno, ¿qué queda de una pintura cuando el color ha desaparecido?

Por fin sale a luz esta obra; placer de viejos es la erudición. Hemos consagrado a la literatura inglesa los días que nos restan de vida. La circunstancia de una larga permanencia en Cuba y Puerto Rico, donde a la continua se vive en contacto industrial y espiritual con los Estados Unidos, nos allanaron el camino. Acaloramos esta idea en Coruña, e invitados por nuestro docto e inolvidable amigo Menéndez y Pelayo, acudimos a su biblioteca de Santander, en donde compulsamos material abundante, y más luego en la Biblioteca Nacional y Ateneo de Madrid. Después el valioso concurso de D. Juan Luis Estelrich, sin cuya positiva intervención dormiría este trabajo perdurable sueño, y contingente recibido del colombiano don Ruperto Gómez, de Díez Canedo y amigos de las Antillas, han dado cima a esta labor tanto tiempo acariciada.

Largo tiempo fué desconocida entre nosotros la literatura inglesa, porque en los días de nuestro siglo de oro no éramos los traductores, sino los traducidos, y es visto que en todo tiempo y aun a pueblos ajenos a su dominación, el vencedor impuso su idioma, sus costumbres, su moda y su mentalidad. Y no faltaron lazos de conexión entre nuestra literatura y la inglesa. No hemos de remontarnos con el ilustre Fitz Mauri-

ce Kelly, en su notable discurso pronunciado en 1910 ante la Universidad de Liverpool, a buscar el nexo de ambas literaturas en Roberto de Retines, el más antiguo traductor del Corán, que al fin se domicilió en España y murió de arcediano de Pamplona, ni con Miguel Escoto, que pasó algún tiempo en Toledo traduciendo los filósofos árabes, aunque otra cosa diga insidiosamente Rogerio Bacon atribuyendo su faena a moros que por modo mercenario le hicieron el trabajo, ni con el libro de *Los Gatos*, de autor anónimo, pero de indudable origen inglés.

La más antigua traducción que conocemos es una del siglo XV: *La confesión del amante*, de Gower, contemporáneo de Chaucer, hecha por Roberto Paino, canónigo de Lisboa. Está manuscrita en El Escorial, y es obra bastante voluminosa. Fué traducida al finalizar el siglo XIV por Juan de Cuenca, de Huete, y después de cinco siglos de obscuridad ha sido impresa hace tres años en Leipzig.

Por nuestra parte, algunas obras dilataron su influjo y fama hasta Inglaterra, como las del obispo de Mondoñedo, *La Guía de Pecadores*, *Diana de Montemayor*, *Consideraciones de Juan Valdés*, *Cárcel de Amor*, etc., casi todas conocidas por mediación de las lenguas italiana y francesa.

En los siglos XVI y XVII no se registra en España versión alguna de historia y literatura inglesa, a no ser alguna obra teológica que no hace al caso, porque el elogio que de la vida y obras del canciller Tomás Moro hizo el divino Herrera, debió tener su fuente de consulta en alguna obra latina de Stapleton

al decir de Fitz Maurice Kelly, así como el material para *La corona trágica* lo obtuvo Lope de Vega del libro latino de Jorge Coan sobre María Estuardo. Hay versiones de Juan Adoeno Owen, autor de epigramas latinos, y Gabriel del Corral tradujo *El Argenis*, de Juan de Barclay, que utilizó Calderón para su *Argenis y Poliarco* en 1637, y no hay más rastros de que la literatura inglesa penetrase en España.

Mas promediado el siglo XVIII, Ignacio de Luzán tradujo algunos fragmentos en prosa de *El Paraíso perdido*. Estos ensayos, según afirma el docto catedrático de Liverpool, fueron desconocidos del amigo de Luzán D. Luis José Velázquez, pues en los *Orígenes de la poesía castellana* asevera que la versión de Alonso Dalda de *El Paraíso perdido*, que permanece inédita, es lo único que del inglés tenemos. Como todo el mundo, Velázquez ignoraba la versión de Juan de Cuenca de *La confesión del amante*.

Poco después el coronel Cadalso tradujo trozos del poema de Milton, y en sus *Noches lúgubres* imitó las *Noches de Young* como en sus cartas marruecas *Las cartas chinas de Goldsmith*. De Escoiquiz tenemos una versión de la obra de Young, así como también la del gran poema del Homero britano, pero tan desdichadas como todas las empresas poéticas del preceptor de Fernando VII. Algo mejor es lo que de la obra de Milton nos dejó el compostelano D. Benito Ramón Hermida, magistrado de Zaragoza y diputado a las Cortes de Cádiz. Existe una versión de *El Paraíso perdido* de D. Antonio Palazuelo, jesuíta de los expulsos de Carlos III, y otra del *Ensayo sobre el*

hombre, de Pope, impresión de Venecia en 1780. De Jovellanos tenemos el primer *Canto del poema miltoniano,* y por D. Leandro Fernández de Moratín fué admirado Hamlet entre nosotros.

No conocemos los pasajes que de Addison tradujo Quintana, pero sí *El duque de Viseo,* cuyo asunto está tomado del *Castillo de los Espectros,* drama sin interés de Gregorio Mathew Levis. Ya en los albores del pasado siglo se deja sentir la influencia de la literatura inglesa. Alberto Lista, como hemos dicho, imitó *La Dunciada.* Blanco White, poeta estimable entre nosotros cuando se llamaba José Blanco y Crespo, es autor del mejor soneto inglés. Don Luis Munárriz nos da a conocer a Blair. El conde de Noroña traduce *El festín de Alejandro,* de Dryden, que con igual fortuna interpretaron Maury, Tapia y Olloqui. Las poesías orientales de Noroña no proceden del inglés, sino de versiones latinas de William Jones.

La *Carta de Eloísa a Abelardo,* de Maury, es realmente traducción de la de Pope; se imprimió en Málaga en 1810. La atribuída a Marchena no es suya, sino de D. Vicente Santibáñez, y no es traducción de Pope, sino del francés. En el primer tercio del pasado siglo, *Macbeth* aparece en nuestra escena en admirables versos de García Villalta, sin que nadie se explique la silba con que fué recibido.

Período fecundo fué el pasado siglo, encaminado a la finalidad que hoy nos ocupa. Longfellow interpreta a maravilla a Francisco de Aldana y a Lope de Vega. Lockhart, el yerno de Walter Scott, nos da gallarda muestra de conocer nuestro romancero. Ro-

berto Southey, con su poema de *Don Rodrigo*, proporciona asunto a Zorrilla para *El puñal del Godo*. Trueba y Cosío abandonan nuestro idioma para escribir novelas en inglés. Shelley traduce *El mágico prodigioso*. Vedia, en *El Comus*, de Milton, y en *Parisina*, de Byron, nos brinda con magistral poesía. Lope Gisbert nos revela en los *Idilios*, de Tennyson, las dotes de buen literato en ambos idiomas. Núñez de Prado, que, como algunos de su familia, sigue la misma orientación sobre estudios ingleses; los versos de Roselló, dignos son del autor de la *Profecía del Dante*, y Teodoro Llorente ya sabemos que fué abeja de oro que libó en el jardín de todos los pueblos (1).

Ni nos ha faltado el concurso de americanos: aporta su contingente Andrés Bello, el gran legislador de nuestro idioma, traduciendo de Byron *Los dos Foscari*, *Marino Faliero* y *Sardanápalo;* José Joaquín Olmedo, el diputado ecuatoriano a las Cortes de Cádiz y cantor de Bolívar, el *Ensayo sobre el hombre*, de Pope; Miguel Antonio Caro, tan caro a la décima musa de las traducciones; los hermanos Sellén, esos dioscuros que brillan con luz nítida en el cielo de Cuba; el cantor del Niágara, y tantos otros; pero sólo queremos hablar de los que duermen el eterno sueño.

Por indicación de Menéndez y Pelayo hemos llama-

---

(1) No hemos podido obtener ninguna versión de nuestro inolvidable amigo D. Eduardo Benot. Todos nuestros esfuerzos se han estrellado ante la incuria de los deudos.

do a la poesía *Osiánica* poesía del siglo XVIII, y es exacto el calificativo.

No somos tan duros con Macpherson. Abdicar del propio ingenio, que era mucho, en aras de un personaje mitológico, no merece desprecio. Es una mixtificación que sólo provoca una sonrisa. Bastante tiempo fué el ídolo de grandes ingenios. Don Pedro Montengón hizo una versión de los poemas *osiánicos Fingal* y *Temora*. El abate Marchena fué el primero que los dió a conocer bajo seudónimo, y la edición de Filadelfia de las poesías de D. Juan Nicasio Gallego incluye el *Fingal* y el *Minona*. El abogado vallisoletano Ortiz pagó también tributo de admiración al supuesto bardo del siglo III. Al despedirnos del siglo XVIII no podemos menos de citar, con palabras del autor de la *Historia de las ideas estéticas*, a D. José Calderón de la Barca, muy docto en literatura inglesa, que dirigía el *Memorial Literario* en 1789. Se declara partidario de la cultura británica, pone en las nubes a los dramáticos de la Restauración, especialmente a Vambrugh y a Congreve, porque si es verdad que no son la escuela de las buenas costumbres, son por lo menos la del entendimiento y del buen gusto cómico; encuentra los caracteres dé Wicherley más fuertes que los de Molière, y aunque no se atreve a admirar sino con muchas restricciones las farsas monstruosas y gigantescas de Shakespeare, hombre de ingenio vehemente y fecundo, y repite las chanzas de Voltaire sobre la escena de los sepultureros, de *Hamlet*, y todavía llama la atención sobre las bellezas de *Otelo* y otros monstruos brillantes producidos

por la imaginación del gran trágico, y lo que es más digno de notarse, acierta a encerrar en una comparación feliz los caracteres del genio poético de los ingleses, *semejante a un árbol silvestre que brota hacia todas partes con suma fuerza, pero muere en cuanto alguien intenta oprimir su naturaleza y podarle como los árboles del Retiro o de Versalles.*

El ilustre Fitz Maurice Kelly, en su ya citado erudito discurso, nos alude con inmerecido elogio y hemos quedado comprometidos ante el mundo literario de no dejar inédita esta labor, que verá la luz pública gracias a la perseverancia de la santa amistad.

MIGUEL SÁNCHEZ PESQUERA.

NOTA

En la presente obra puede notarse deficiencia de poetas de los siglos XVI y XVII; pero téngase en cuenta que nuestro propósito ha sido, más que formar una antología completa, brindar una colección donde no falte ningún traductor español o hispanoamericano, y creemos haberlo conseguido, pues a sabiendas sólo ha escapado a nuestra pesquisa *El rizo robado,* de Pope, traducido por D. Graciliano Alfonso, doctoral de Canarias, a principios del pasado siglo, y uno o más cantos del *Childe Harold,* de Byron, por el venezolano Arístides Calcaño.

LÍRICOS INGLESES
Y ANGLOAMERICANOS

SARA HOWER ADAMS
(Inglaterra.—1805-1848.)

CERCA DE DIOS [1]

Más cerca, ¡oh Dios!, de ti
anhelo estar,
aunque en acerba cruz
me haya de alzar.
Con gozo aun entonces
mi canto será así:
Más cerca, sí, más cerca,
mi Dios, de ti.

Si peregrino voy,
y en soledad
me envuelve, puesto el sol,
obscuridad,
aun sobre duro lecho,

(1) Himno que cantaron, al hundirse, los náufragos del *Titanic*. — *(N. del C.)*

los sueños para mí
serán que estoy más cerca,
mi Dios, de ti.

Sabré que al cielo va
mi dirección,
que penas o placer
tus dones son;
vislumbraré tu trono
y ángeles veré allí,
llamándome más cerca,
mi Dios, de ti.

Con piedras de aflicción,
al despertar,
pensando en ti alzaré
sagrado altar;
y mis tribulaciones
lazos serán que aquí
me retendrán más cerca,
mi Dios, de ti.

Y cuando a tu mansión
me llamarás,
estrella, luz y sol
dejando atrás,
volando alegre al cielo
iré cantando así:
Más cerca, sí, más cerca,
mi Dios, de ti.

J. B. Cabrera.

JOSÉ ADDISON
(Inglés, 1672-1719.)

PLACERES DE LA IMAGINACIÓN

¡Oh! Dichoso el mortal a quien ni el canto
de mágica sirena,
emblema de la sórdida lujuria,
ni del vil oro el seductor encanto,
ni de mentido honor la insana furia,
lograron distraer de las dulzuras
y mágico embeleso que atesora
naturaleza en todas sus hechuras.
Si no a todos es dado
alcanzar de la vida la alta cima;
si está a muchos vedado
gozar de los tesoros con que mima
la caprichosa suerte al vano orgullo;
si pocos han logrado
la púrpura vestir que honra a los reyes,
ella a todos protege con sus leyes,
y con ricos tesoros,
y con vida feliz y fin dichoso,
recompensa al mortal que humilde acata
de su código santo el don precioso.
Si las ruidosas pompas hoy disfruta

que brindan las ciudades,
tranquilo goza luego en una gruta
del encanto que dan las soledades.
Los suntuosos adornos que tachonan
de la regia mansión las anchas salas,
los prodigios del arte que amontonan
los arcos, las columnas, las estatuas,
de oro y mármol talladas,
aunque estén destinadas
tan sólo a alimentar locas pasiones,
plácidas sensaciones
ofrecen por doquiera a sus miradas;
para él la primavera
derrama su rocío
y cubre de verdor la fértil era;
para él el rojo estío
de oro y carmín esmalta la pradera;
no el céfiro en las ramas es mecido,
ni espesa nube al sol roba su brillo;
no salta el pajarillo
de rama en rama en busca de su nido,
ni entona sus süaves melodías,
sin que encuentre su pecho enternecido
gozo cabal, divinas armonías,
que de orden y prudencia
norma y ejemplo prestan a su vida,
y en ellas, reposada su conciencia,
del buen vivir la ciencia halla escondida.
Pero si desprendida de la tierra
su aérea fantasía eleva al cielo
y logra descorrer el denso velo

que cubre los arcanos que él encierra,
¡cuán grande su sorpresa!, ¡cuál su pasmo!
al contemplar la mano que sostiene
su orden interno y sus destinos pesa,
cuya increada ciencia,
y su justicia y corazón clemente,
su fuerza omnipotente
proclaman a porfía
la claridad del día,
la ola que revienta
en el escollo, el ruido de los vientos,
el bramido del trueno en la tormenta,
la Creación con todos sus portentos.
En todo encuentra el hombre retratada
de su divino autor la sacra imagen;
y su alma, enajenada
de gozo y de contento,
escucha de su voz el sacro acento,
que le inspira su amor y que le enseña
a ser grande como él, fuerte y activo,
y tierno y compasivo.
De este modo es que el hombre que contempla
obras tan grandes y prodigios tantos,
de Dios las miras, los designios santos
comprende, y a su gusto su alma templa.

Ramón Ramírez.

(*Biblioteca de escritores venezolanos contemporáneos*, ordenada con noticias biográficas por José M. Rojas, ministro plenipotenciario de Venezuela en España. — Caracas-París, 1875.)

LA INMORTALIDAD

Sí, Platón, es verdad: inmortal llama
es el alma, y Dios sólo el que la inflama.
¿Cómo explicar sin ella este recelo,
el honor de la Nada, el fuerte anhelo
que a los siglos sin fin la mente lleva?
Por ella sólo es dable que se atreva
mi espíritu a romper la vil cadena
que le detiene en esta inmunda arena,
y dejando este cuerpo miserable,
ansiar la eternidad inexplicable.
¡La eternidad!... ¡Oh voz dulce y terrible!
¡Oh luz, obscuridad y abismo horrible!
¿Qué soy? ¿En dónde estoy? ¿De qué procedo?
¿A cuál mundo que ignora mi denuedo
me va a llevar el trance de la muerte?
¿Cuál será de mi espíritu la suerte?
¿Qué me guardáis, abismos tenebrosos?
Si existe un Dios, los justos son dichosos.
Sin duda ha de existir; yo soy su hechura;
él imprimió en mi ser su imagen pura;
él es el que abismar sabe al perverso.
Mas ¿en qué tiempo? ¿Cómo? ¿En que universo?
En este mundo vil la virtud llora
al pie de una arrogancia destructora;
la inocencia ante el crimen se anonada
y la sola fortuna es laureada.
Para un César tan sólo fué formado
este globo infeliz tan encomiado...

Salgamos de esta cárcel ponzoñosa;
sin sombras te veré, verdad hermosa,
tú que en el mundo estás siempre escondida;
la muerte es despertar, sueño es la vida.

Antonio Gironella.

(Posías sueltas, de D. Antonio de Gironella (parte segunda).—Barcelona, imprenta y librería politécnica de Tomás Gorchs; 1851 (páginas 822-823).—En endecasílabos pareados semejantes tiene el monólogo de Hamlet, con el título de *El suicidio,* y en silva el *Himno al sol,* de Osián. No valen gran cosa.

MARK AKENSIDE

(Inglés, 1721-1770.)

LO SUBLIME EN LOS OBJETOS NATURALES Y MORALES

(De los placeres de la imaginación.)

Tiende, ¡oh mortal!, tu vista: allá la encumbra,
do innumerables soles y planetas,
y diamantinos globos, sin tropiezo,
girando van por el inmenso espacio.
¿Acaso, dime, tan grandiosa escena
de majestad, que inflama y enajena,
así ensancha tus nobles pensamientos,
como cuando radiante se levanta
de entre la nube de patriotas Bruto
de dar el golpe tan fatal a César,
y alzando el brazo, cual eterno Jove,
que airados rayos contra el crimen lanza,
gritando llama a Tulio, y el acero
purpurado blandiendo, salve, dice:
¡Oh padre de la patria! Ya en el polvo
postrado está el tirano, y Roma es libre? (1).

José Luis Munárriz.

---

(1) Sánchez Barbero, Cienfuegos, Quintana y otros escritores del mismo grupo literario colaboraron en las adiciones de la *Retórica* de Blair, traducida por D. José Luis Munárriz, el cual apenas hizo más que poner su nombre en ellas. — Menéndez y Pelayo, *Historia de las ideas estéticas*, tomo III, volumen 2.° — *(N. del C.)*

TOMÁS BAYLEY ALDRICH

(Portsmouth, N. H.—1836 ...)

ORIENTAL

Cuando va el sultán Zamán
a la ciudad de Ispahán.

No bien dobla atrás dejando
las tupidas datileras
y del palacio traspone
ya la trigésima puerta
del harén la favorita,
que en lugar de nombre ostenta
por mote «Rosa en Capullo»,
prepara una lauta fiesta
en la mejor de sus salas.
Sazonados con especias,
ya los helados circulan,
y cordiales, dulces, cremas
de azucaradas pirámides,
manzanas sirias, conservas
de membrillos otomanos,
de orientales cepas vinos,
que ofrecen nubianas siervas;
carnes y costosos peces,

cuanto el paladar desea,
de aquellas puertas de cedro
vieron pasar dentro y fuera.
En el umbral esparcidas,
anémonas y violetas,
con surtidor de colores,
sonantes fuentes recrean.
Desata el negro cabello
la favorita morena,
y las uñas y los labios
tiñen de rosada henna;
y flores lleva en la boca,
¡ay!, pero la rosa aquélla
no para el dueño florece
ni para el señor pompea.

No para el sultán Zamán,
cuando se ha ido a Ispahán.

Y danzas y palmoteos
de Samarcanda las bellas,
como en un país de hadas,
tejen cual tupida niebla,
y en voluptuosos deliquios
las redondas lunas tersas
arden del pecho atezado,
y arde en sus ojos y venas
toda la sangre de Oriente,
y en aquel edén que llena
quemado sándalo y mirra,
«Rosa en Capullo» se sienta

en diván sérico y rojo,
y el vino que paladea
es de vides de Astrakán,
árabe amante con ella.

Y esto pasa si Zamán
va a la ciudad de Ispahán.

Así, cuando extrañas luces
brillan en la noche densa,
frente a una casa vecina
suele murmurar mi lengua:

Un incauto Sha Zamán
va camino de Ispahán.

M. S. Pesquera.

RICARDO ALISON

(Inglés, nacido en el siglo XVI.)

CANCIÓN

Es un jardín, ¡oh niña!, tu semblante,
do el blanco lirio y el rosal se juntan;
es un bello y celeste paraíso
que en todos frutos deleitoso abunda:
hay cerezas que nadie comprar puede
hasta que luego salten de maduras.

Cerezas que son marco de dos hilos
de perlas orientales, que figuran,
cuando amorosa risa los enseña,
róseos capullos que la nieve abruma.
Comprar no puede el rico esas cerezas
hasta que luego salten de maduras.

Sus ojos velan cual callados ángeles;
cejas, cual ramas, trazan una curva,
amenazando con cruel mirada
al ojo o mano que de audaz presuma.
Y las santas cerezas son esquivas
hasta que luego salten de maduras.

M. S. Pesquera.

BERNARDO BARTON

(Inglés, 1784-1849.)

AL MAR

Inmenso, libre, espléndido, espumoso,
revestido de gloria y majestad,
atrás dejas los siglos victorioso,
imagen de la obscura eternidad.

Brillan el sol, la luna y las estrellas
sobre tu undoso manto, y nada más;
los secretos no exploran que tú sellas,
ni el hondo abismo en que durmiendo estás.

El iris que te adorna con sus galas;
las naves que te cruzan mil a mil;
la sorda tempestad que abre tus alas,
ráfaga breve son, juguete vil.

La tierra, con sus valles y montañas,
obedece sumisa al hombre-rey;
tú a sus ojos ocultas tus entrañas,
nadie a tu voluntad impuso ley.

Si tan grande te ostentas, Oceano;
si sola tu presencia da estupor,
¿quién podrá imaginar la diva mano?,
¿quién mirar faz a faz el Hacedor?

Miguel Antonio Caro.

(Colombiano.)

WILLIAM BLAKE
(Inglés, 1757-1827.)

EL GIRASOL

¡Oh girasol, que sigues del tiempo la jornada,
y hora por hora atisbas los avances del sol,
y esa comarca buscas, tibia, rica y dorada,
que el viajero incansable tiñó con su arrebol!

Cuando al joven excita la inquietud del deseo
y a la virgen que saca de la tumba el trofeo
un sudario de ensueños con trama de tisú,
¡oh girasol, de entrambos la cándida ternura
busca la misma altura
y el mismo cielo de oro en el que sueñas tú!

A. Balbín de Unquera.

HORACIO BONARD

(Inglés, nacido 1808; fallecido ¿?)

TODO POR JESÚS

En Jesús mis pecados
declino por entero,
porque él es el cordero,
sin mácula, de Dios.
Tomándolos por suyos,
de todos él se encarga,
y de la horrible carga
liberta al pecador.

A Jesús mi delito
presento confiado,
pues él por mí ha pagado
sobre la cruz, lo sé.
Con su preciosa sangre
lavar mis manchas puede,
de modo que no quede
sombra de ellas siquier.

A Jesús mi pobreza
declárole, y encuentro
socorro; él es el centro
de toda plenitud;

su amor, la medicina
que mis dolencias cura,
y él sólo me asegura
del alma la salud.

A Jesús mis pesares
confío y mis dolores,
mi llanto y sinsabores,
mis dudas y temor.
A tales sufrimientos
me ofrece lenitivo,
y toma compasivo
su parte en mi aflicción.

En Jesús el reposo
encuentro para mi alma,
que anhela dulce calma,
cansada de sufrir.
Su diestra cariñosa
me abraza, y en su pecho
reclino satisfecho
mi frente, y soy feliz.

Del buen Jesús bendigo
su sacrosanto nombre,
de Cristo dado al hombre,
del santo Emanuel.
Cual plácido perfume
del céfiro llevado,
su nombre venerado
se esparce por doquier.

Como Jesús deseo
ser manso y amoroso,
humilde, generoso
y lleno de bondad.
Como Jesús deseo,
en él siendo adoptado,
ser hijo bien amado
del Padre celestial.

Y con Jesús ansío,
dejado el triste suelo,
morar allá en el cielo
por toda eternidad;
para cantar sus glorias
uniéndome a los santos,
para aprender los cantos
del coro angelical.

J. B. Cabrera.

JOHN BOWRING

(Inglés, 1792-1672.)

DIOS [1]

(Del poeta ruso Derzhavin Gavrul Romanovitz.)

¡Oh tú, eterna unidad, cuya presencia
llena el espacio, el movimiento rige,
brilla inmudable sobre el raudo fondo
del tiempo asolador; Dios sin segundo,
ser sobre todo ser único y trino!
Incomprensible, inexplorable, agotas
contigo solo la existencia entera;
tú abrazas, tú diriges, tú mantienes
el universo. ¡Oh ser a quien el hombre
Dios apellida, y lo demás ignora!
Podrá osada medir la humana mente
del Oceano los profundos senos;
sus arenas contar, contar los rayos
que se exhalan del sol; mas no hay medida,
no hay peso para ti. ¿Quién romper pudo
el velo en que ocultaste tus arcanos?
La centella más pura, más brillante

---

(1) Esta poesía también ha sido puesta en verso por D. Jaime Martí Miguel.

de la razón humana, aunque se encienda
en tu sagrada luz, vencer no puede
la inmensa obscuridad de tus decretos.
Piérdese en ella el pensamiento altivo,
como el instante que pasó se pierde
en la insondable obscuridad... Tú fuiste
quien a la primer nada llamó caos,
y existencia después. En ti principio
tuvo la eternidad; único origen
eres tú de la luz y la armonía;
toda beldad, toda existencia es tuya;
tu palabra es creadora; el universo
lleno está de los rayos de tu lumbre;
tú eres, fuiste y serás glorioso, grande,
dador del ser, sostenedor del mundo.

Rodeaste el universo no medido
con tu cadena augusta, y le inspiraste
el soberano aliento; tú reuniste
el principio y el fin, sabio, enlazando
la dulce vida a la forzosa muerte.
Cual de la ardiente llama se desprenden
centellas voladoras; de tu seno
los soles y los mundos se exhalaron,
y cual bullendo entre la luz febea
mil átomos fugaces de oro bullen
alrededor de la argentada nieve;
así la hueste alada de los cielos
resplandece cantando tu alabanza.

Cuantas antorchas que encendió tu mano
vagan infatigables por la esfera,
obedecen tu voz, muestran tu gloria

con beldad elocuente y giro activo.
¿Qué sois, brillantes astros? ¿Sois columnas
de lúcido cristal, raudales de oro,
lámparas de éter puro u otros soles
que mil y mil sistemas iluminan?
¿Y qué son para ti? Lóbrega noche
comparada al fulgor del mediodía;
menos que gota para el mar inmenso.
Y yo, mortal, ¿qué soy? Mil y mil mundos.
La innumerable hueste del empíreo
aumentada a miríadas, brillando
con cuanta gloria el pensamiento alcanza,
¿qué son en tu presencia? Solamente
un átomo insensible; y yo, la nada.

Nada soy; mas tu lumbre bienhechora,
traspasando los orbes, a mi pecho
llegó también; tu espíritu divino
en mi espíritu brilla, como el rayo
puro del sol en la delgada bruma.
Nada soy; mas yo vivo, y a ti anhelo
en alas del deseo; por ti animo,
aliento y crezco, y en tu amor confío
y aspiro hasta tu solio soberano;
y pues yo existo, ¡oh Dios!, sin duda existes.

Moderador del orbe, tú dirige
mi pensamiento a ti; tú lo refrena
y de mi errante corazón sé guía.
Átomo hundido en el inmenso mundo,
yo soy algo, Señor, pues tú me hiciste.
Entre el cielo y la tierra colocado,
último ya de los mortales seres,

estoy cercano a la mansión dichosa,
cuna del ángel, y en el linde mismo
do empieza del espíritu la patria,
yo completo la escala de los seres;
de la materia el último celaje
se pierde en mí, y a mí se sigue luego
el espíritu puro. ¡Yo soy polvo,
y mandar puedo al rayo; yo monarca
y esclavo, insecto y Dios! ¿Cuál fué mi origen?
¿Cómo existió esta máquina admirable,
tan misteriosamente concebida,
tan portentosamente organizada?
Nada sé; sólo sé que un poder sumo
dió al embrión humano ser y vida
que él de sí mismo recibir no pudo.
¡Oh palabra creadora, fuente eterna
de la vida y del bien, alma del alma!
¡Oh Dios de mi salud! Tu amor, tu lumbre,
de su brillante plenitud mi pecho
de un inmortal espíritu llenaron.
Él vencerá a los reinos de la muerte;
él ceñirá las nobles vestiduras
de sacra eternidad; y levantando
sobre la tierra vil sus santas alas,
volverá a ti, su autor, su inmensa fuente.
¡Oh esperanza inefable! Si no dignos
son de ti los humanos pensamientos,
tu imagen, que en los ánimos grabaste,
te pague el homenaje de alabanza.
Sólo así, ¡oh eternal sabiduría!,
¡oh infinita bondad!, sólo así puede

mi humilde pensamiento a ti elevarse.
Admiro el universo, noble hechura
de tu diestra; tus leyes obedezco;
adoro tu grandeza, y cuando voces
ya faltan a mis labios habla el alma,
de gratitud las lágrimas vertiendo.

Alberto Lista.

LOS GOCES DEL HOGAR

¡Oh, cuán dulces!; ¡oh, cuán puros
son los goces del hogar!
Sale el sol, la noche cierra,
y ellos vivos siempre están.

Tiene el mundo sus placeres,
es su fruto acerbo asaz;
en la dicha oculta hallamos
más dulzura y más verdad.

De los montes el torrente
raudo baja y fiero al par;
más fecundo el arroyuelo
mudo valle riega en paz.

Los afectos de la vida
son incierta claridad;
más de cerca y sin mudanzas
brilla el astro del hogar.

El edén de nuestros padres,
¿qué viajero halló jamás?
De tus lares en el centro
nuevo edén podrás gozar.

Las delicias de la gloria
no entrevió ningún mortal;
la familia venturosa
breve cielo goza ya.

Miguel A. Caro.

MARÍA GOWEN BROOKS

(Medford-Massachusets. — 1795-1845.)

CONTRARIEDAD

Lo dijo el vate: Dios no forma el alma
sin compañera: erráticas mitades
que va engarzando cada vez que anhela
dar a su plan de gloria más realce.

Mas se oponen espíritus malignos
al encuentro simpático, y combaten
espacio, tiempo, circunstancia y hado,
a un corazón de un corazón distante.

Cual la paloma de Palmira, deja
en Antioquía la nativa margen,
y sólo arriba a los amargos lagos
del desierto rendida y jadeante.

Así el alma en los yermos de la vida,
por el raudal inexplorado arde
de intacto amor, desesperada bebe
en lo más cerca y nunca donde place.

M. S. Pesquera.

ISABEL BARRET BROWNING

(Inglesa, 1809-1861.—Era esposa del no menos célebre poeta Roberto Browning.)

SONETO

Si amarme quieres, sólo amor te mueva.
No digas: La he de amar porque me agrada
su celestial sonrisa, su mirada,
su voz, su pensamiento, que se eleva

como el mío, y al alma mía lleva
grata emoción. Que, la emoción pasada,
pudiera ser por ti menospreciada;
tal amor no triunfara en toda prueba.

Ni nazca tu cariño del encanto
que hallas tal vez al enjugar mi llanto:
quizá por ti olvidara mi dolor,

y me olvidaras tú, feliz al verme.
Ámame por amor; así quererme
podrás en una eternidad de amor.

Enrique Díez Canedo.

ROBERTO BROWNING

(Inglés, 1812-1889. — Inglaterra ha celebrado su centenario en 1912.)

MEMORABILIA

¡Visteis a Shelley, le visteis de cerca,
y os habló él, y vos le respondisteis!
¡Oh, qué extraño parece todo esto!
Y, sin embargo, vos vivíais antes
de aquel momento, y en vida seguisteis.
¡Y yo, que sólo de pensarlo siento
profunda conmoción, os muevo a risa!

Un páramo crucé que, ciertamente,
nombre tenía y objeto en el mundo...;
y yo de tantas millas no recuerdo
más que un lugar; aquel en que una pluma
me hallé, caída entre las zarzas: era
una pluma de águila. De todo
lo demás nada sé, nada recuerdo...

Enrique Díez Canedo.

LA DUQUESA MUERTA

FERRARA

En aquella pared, ved el retrato
de mi Duquesa muerta; se diría
que vive; prodigioso lo reputo.
Aquí está como un día Fra Pandolfo
la pintó con sus manos. Para verla,
¿sentaros no queréis? De intento dije
Fra Pandolfo, que nunca vió un extraño,
como sois vos, en la figura, el hondo
y apasionado y serio encanto suyo,
sin volverse hacia mí (pues la cortina
que la cubre y por vos he descorrido,
nadie la toca sino yo) ganoso
de preguntar, si osaba, cómo el raro
prodigio vino aquí; ya en otros muchos
vi tal curiosidad. Señor, no sólo
de su esposo el aspecto en las mejillas
de la Duquesa, tonos tan alegres
ponía. Fra Pandolfo bromeaba
con frecuencia diciendo: «La mantilla
de mi señora cae demasiado
por la fina muñeca»; o bien: «El arte
pierde toda esperanza, que impotente
será para copiar ese desmayo
de suavidad que muere en su garganta.»
Galanterías de tal suerte fueron
bastantes para dar a sus mejillas

esos alegres tonos. Era el suyo
un corazón — no sé cómo decirlo —,
un corazón propenso a la alegría
y a todo encanto fácil. Encontraba
gozo en todas las cosas, y sus ojos
en todo se posaban. Todo grato
para ella, señor: mis agasajos
en su pecho; las luces del Poniente;
las cerezas que un necio le traía
del huerto, adulador; la mula blanca
sobre la que, de la terraza en torno,
cabalgaba; cualquiera, cualquier cosa
su rumor o su elogio merecía.
Daba gracias a todos — ¡bien, de alguna
manera!, no sé cómo —, y mi regalo,
de novecientos años de nobleza,
con el don de cualquiera equiparaba.
¿Quién vituperaría tan ligera
frivolidad? Si yo tuviera ingenio
— que no lo tengo — en el hablar, muy claro
le hubiera dicho: «En esto justamente
me disgustáis, y en esto; erráis en esto;
pasáis en esto de la raya.» Y ella,
si al verse corregida no mostraba
su agudeza ni excusas os pedía,
vituperio existiera, y vituperio
no admito yo. Señor, sonreiría,
sin duda, al verme tolerar; empero,
¿quién toleró de una sonrisa libre?
Siguió aquéllo. Con una orden, todas
de una vez acabaron las sonrisas.

Vedla aquí como en vida. ¿Sois gustoso
de levantaros? Descender podemos
junto a nuestros amigos. Os repito
que la notoria esplendidez del Conde,
vuestro señor, es buena garantía
de que todas mis justas peticiones
de dote atenderá. Mas os declaro
que la sola hermosura de su hija
me aficiona. Señor, bajemos juntos.
Ved el Neptuno aquél, que va rigiendo
un caballo de mar. Una bicoca
no del todo vulgar: obra de Claudio
de Insbruck, en bronce para mí fundida.

Enrique Díez Canedo.

WILLIAM CULLEN BRYANT

(Cunnington-Massachusets.--1794-1878.— Este insigne poeta americano, primo de Longfellow, es el autor de la antología que a la continua hemos explotado: *The Family Library of Poetry and song being choice selections from the best poets, english, scottish, irish and american,* etc.)

EL CADÁVER DEL SALVAJE

(Dedicado a mi amigo Juan Anillo.)

¡Devolvedle, por Dios, su sepultura!
Sus restos colocad solemnemente
bajo el espeso manto de verdura
de la selva que hollara libremente...
El hombre pensador un culto rinde
del hombre a los despojos, y se humilla
ante la dura muerte...; y esa arcilla
que el soplo del Eterno por morada
escogió, para siempre ya es sagrada.

Bajo esos restos, rudo palpitaba
un noble corazón, y en ese rostro
una mirada heroica fulguraba.
Del Eterno la imagen más grandiosa,
el hombre primitivo, ¿qué ha dejado

de su existencia libre y generosa?
¡Reliquias que la muerte ha transformado!
¡Dejadlas que reposen bajo el bello
verde ramaje de la selva umbría,
hasta que brille en los futuros siglos
de eterna redención el claro día!

Ni el aire de las grandes poblaciones
él respiró, ni conoció sus artes:
formado de elementos primitivos,
más íntimas también sus relaciones
fueron con la inmortal naturaleza;
más profunda, mayor su simpatía,
con la perenne y sin igual belleza
del cielo azul y de la selva umbría.
Ni los rayos del sol ni los helados
vientos del Septentrión, en su existencia,
tuvieron la tiránica influencia
que en nuestros blancos cuerpos delicados.
Él arrostraba el huracán violento
que nos hace temblar, y desafiaba
de la cascada el raudo movimiento,
y a sus hirvientes ondas se confiaba.

Amaba la feraz naturaleza,
que para el libre indígena atesora
la dicha, y el sustento y la riqueza;
los árboles prestábanle morada,
el estrellado cielo era su guía,
y hasta la muda tierra le advertía
del pérfido enemigo la llegada.

¡Noble raza, veloz desparecida
con sus vírgenes selvas centenarias!
Sobre el polvo de cien generaciones
alzamos nuestras ricas poblaciones.
Es la tierra del indio nuestra patria,
y nuestros sus dominios usurpados.
Ricas mieses nos dan sus verdes prados,
y apagan nuestra sed sus ondas puras.
Y pues fueron de todo despojados,
¡quédenle al menos, ¡ay!, sus sepulturas!

Francisco Sellén.

ESTACIONES PARA AMAR

¿Cuál para amar es la estación propicia,
preguntas, caro amigo?
¿Cuándo las bellas menos resistencia
oponen a Cupido?
A menudo las niñas las palabras
escuchan de cariño.
¡Ojalá que los hombres fuesen siempre
en el amor más finos!

Ama cuando de músicos alados
se oye el cantar divino;
cuando exhalan las flores más tempranas
su perfume dulcísimo;
cuando en luz, en aromas y en colores
alza natura un himno

de amor, entonce a la doncella tímida
muéstrale tu cariño.

Ama cuando en el fúlgido verano
el sol ya se ha dormido
en el ocaso, y brillan las estrellas
en el azul purísimo;
cuando la luna cándida ilumina
el bosque frondosísimo;
ama, que hará nacer la dulce hora
sentimientos dulcísimos.

Ama cuando en otoño los matices
la montaña han teñido;
cuando millares de hojas secas flotan
en el plateado río;
esta escena le muestra que los días
de amar son fugitivos:
que debe, mientras ella y tú sois jóvenes,
aceptar tu cariño.

Y ama cuando el bóreas helado
azota cruel los vidrios;
cuando en el ancho hogar chisporrotea
el fuego alegre y vivo;
cuando de tempestad se oyen los tristes
pavorosos rugidos,
mucho más dulce encontrará la historia
deliciosa y sin par de tu cariño.

V. de Arana.

(Leyendas del Norte, págs. 313 y 314.)

EL VALOR DEL TIEMPO

Consagren otros vanamente al giro
fugaz de tus instintos llanto acerbo;
por años ya difuntos no suspiro,
mas los que van de paso absortó observo.

Vedlos llegar trayendo en su equipaje
ya dicha breve, ya dolor profundo;
como en aura estival tenue celaje,
bajo ellos mira transformarse el mundo.

En ayes prorrumpir porque temprano
la edad provecta os sorprendió traidora,
es cual pedir, traspuesto el meridiano,
que a lucir vuelva sonriente aurora.

El excelso ideal que en lontananza
vislumbro, ¿despedir será forzoso?
¿Habré de renunciar a la esperanza
que el porvenir nos brinda generoso?

¡El porvenir! Destino harto inclemente
sería el que a mi pecho arrebatarle
lograra, ¡oh lenitivo del presente!
No, no es posible que de ti me aparte.

Bien venga el raudo giro que a porfía
presta a natura variedad amena;
la luz turnando de afanoso día,
con la noche de paz y sombras llena;

los meses, que al rozar la sien radiosa
del cándido querub, cuyo ceceo
es música a mi oído, en su alma ansiosa
rasgos imprimen que anhelante leo;

los años, que en su curso al pueblo mío
conducen con pie firme al ardua meta
de virtud y saber y poderío,
para norma y orgullo del planeta.

Su brazo varonil, sostén robusto
será de hermanos débiles que gimen
aún irredentos, y a su ceño augusto
los monstruos temblarán que al hombre oprimen.

Cierto vendrá la nieve; seré viejo.
No importa. Mi sitial de veterano
iré a ocupar, y me dirá el espejo
si luzco bien las canas del anciano.

Y entonces de esas canas el armiño,
sin mancha alguna que al honor ofenda,
la blanda mano de filial cariño
suavizará de mi vejez la senda.

Huye, pues, huye, ¡oh tiempo silencioso!,
que es bendición tu presurosa huída;
así el bien no es jamás empalagoso
ni eterno el mal que amarga nuestra vida.

Contigo, del ayer entre la bruma
nuestras penas sepúltanse, y tras ellas,

cual de una imagen que el artista esfuma,
dejas tan sólo las borrosas huellas.

Francisco Amy.

EL SOL DE MAYO

El sol de mayo envuelve en esplendores
prado y selva, de nuevo floreciente;
mas la que a honrar venía estos verdores,
con sonrisa aún más pura y más fulgente,
en soledad reposa
bajo la helada losa.

En larga copia, blancas flores bellas
asoman del camino en las orillas;
la que con mano que envidiaban ellas
cogiendo iba y juntando florecillas,
en soledad reposa
bajo la helada losa.

Los pájaros, al aura brilladora,
esparcen sus concentos matutinos;
la que con voz más dulce y más canora
convidóme tal vez a oír sus trinos,
en soledad reposa
bajo la helada losa.

La música del año que amanece,
la florida estación, me causa enojos;

mi espíritu se anubla y entristece,
las lágrimas asoman a mis ojos;
que ella, ¡ay de mí!, reposa
bajo la helada losa.

Miguel A. Caro.

LA VOZ DEL OTOÑO

Murmurando a la contina
sopla alada ventolina,
y retostadas y rojas,
cual copos de luz, las hojas
remolina.

Ya mustia campiña rasa,
ya el árbol que el sol abrasa,
roza en blando movimiento;
doquier de otoño el aliento
corre y pasa.

Sobre el musgoso arroyuelo
susurra, y saluda, al vuelo,
la última desierta flor,
que lánguida y sin color
mira al cielo.

Y a rapaces bullidores
llega, y besos voladores
les da en ojos y mejillas;
y deja atrás sus cuadrillas
y clamores.

Y a lago y selva remota
va triscando, y alborota
el más recóndito nido,
do entre peñas escondido
raudal brota.

Ni en la granja se guarece
que alegre ninfa embellece,
ni en concavidad repuesta;
huye, y la cima traspuesta
desparece.

Di, ¿no te causa pesar
nunca haber de reposar,
blanda brisa, ni en laderas
de los montes ni en riberas
de la mar?

Perenne inquietud te asiste;
para agitarte naciste,
sin cesar, de Oriente a Ocaso;
aura que detiene el paso
ya no existe.

Pienso que dejando lloras
mil formas encantadoras;
que, doquiera que resbalas,
con tus levísimas alas
mal desfloras.

Miguel A. Caro.

LA PATRIA AMERICANA

¡Oh madre de una raza prepotente,
amable aun en juventud rïente!
Envidian tu esplendor y de él se asombran
otras que sienten de la edad los daños;
miran tus verdes años,
y con escarnio o con desdén te nombran.

A tus mejillas concedió la aurora
el rosicler que tus montañas dora;
tus pasos, no es más raudo el ágil vuelo
del ciervo indócil que tus selvas hiende;
y la esperanza esplende
en tus ojos, radiantes cual tu cielo.

¿Qué te importa la burla o la impostura,
si en medio de tu prole estás segura?
Tus émulos no saben cuán querida
eres tú; cuál tus hijos, de ti en ruedo,
combatieron sin miedo,
hasta rendir el último la vida.

Cegados por su orgullo, ellos ignoran
cuánta virtud tus gentes atesoran;
cuán cándidas doncellas, cuán gentiles
sus valles, como flores, embellecen;
qué fuertes pechos crecen,
como tus robles, en tu suelo, a miles;

qué cordial acogida en haya agreste
brindan tus soledades del Oeste;
cómo hay guardada fe y verdad reinante,
cuánto el hombre es amado y Dios temido,
ya en selvático nido,
ya donde su onda el mar rompe sonante.

Libertad te custodia, y nunca cierra
paso a los oprimidos de la tierra;
da al perseguido sombra en tus vergeles,
trabajo al infeliz, pan a su boca;
cuando a tus lindes toca,
detiene el despotismo sus lebreles.

¡Oh joven madre! Aun mostrarás tu seno
de nuevo encanto y abundancia lleno.
De fuerzas potentísimas te dotan
los años, que se impelen, voladores;
tu faz gana esplendores,
riquezas más y más a tus pies brotan.

Más fúlgido y glorioso a cada instante
será tu aspecto, y te alzarás gigante;
y si hacer osan a tu nombre agravios
tus hermanos mayores, a tu vista
su desdén no resista,
y el necio sonreír muera en tus labios.

Miguel A. Caro.

LOS HÉROES DEL SETENTA Y SEIS

¿Qué de héroes no brotó la áspera sierra
cuando el clamor agudo
de libertad estremeció la tierra,
y apercibió los brazos a la guerra
el rústico membrudo?

De roca a roca horrísono resulta
de un mar al otro el trueno;
río que aun hoy su cabeza oculta,
también clamando guerra se sepulta
en selvático seno.

Del agrio risco y montaraz vertiente
descienden campeones;
las márgenes de abismo hondo y mugiente,
los valles donde duerme agua riente,
de sí lanzan legiones.

Cual si, al soplo de Dios, de hórrido encierro
saliese el mundo inerte
a vida más pujante, y llano y cerro
vomitase tropel de hombres de hierro
a desafiar la muerte,

despide al paladín, y no se inmuta,
la que hoy por vez primera
del hijo tierno el sonreír disfruta,
y la madre también, con faz enjuta.
¡Oh!, llorar crimen fuera.

A la saña responde atroz la saña;
y cual lluvia fecunda
que en abril los floridos campos baña,
corre la sangre, y toda la campaña
en raudales se inunda.

Trueca la Muerte el litoral entero
en tierra libre y santa;
saltó en pedazos roto el yugo fiero.
¡Nunca más pondrá aquí dueño extranjero
la sacrílega planta!

Miguel A. Caro.

HIMNO DE LA CIUDAD

No sólo en yermo llano,
ni allá en selvoso apartamiento esquivo,
el pensamiento humano
puede a Dios contemplar presente y vivo,
ni sólo oye tu acento
donde la onda retumba y silva el viento.

También aquí presente
yo te adoro, Señor; aquí te miro,
donde bulle la gente,
con vasta resonancia y vario giro,
entre muros, do ufana
puso su sello audaz la industria humana.

Tu luz, vertida a mares
del combo cielo, la ciudad inunda;

penetra en los hogares;
espacio lleno de aire nos circunda.
Por ti el mar sus tributos
nos da, y las costas sus preñados frutos.

Goza vital aliento
tanto agrupado ser, y a ti lo debe;
y el sordo movimiento
de inmensa multitud que habla y se mueve,
tu alto poder proclama,
cual tormenta que zumba o mar que brama.

Y a la hora del descanso,
cual duerme la alta mar, cesa el tumulto;
y aquel silencio manso,
obra tuya también, te ofrece culto.
Tú, soberano dueño,
de la inerte ciudad guardas el sueño.

Miguel A. Caro.

FANATOPSIS

Para el mortal que reverente admira
la Creación, a su visible forma
el entusiasta corazón uniendo
con vínculos de amor, vario lenguaje
natura emplea. En horas de alegría,
ecos le brinda de ventura y gozo,
con risas mil de indeficiente halago;
y en las amargas horas

que emponzoña la fúnebre tristeza,
blandamente en el ánima insinúa
de su doliente amigo
una voz melancólica, süave,
que la profunda agitación calmando,
en corriente apacible sus ideas
plácida mueve. Cuando el pensamiento
de los instantes últimos del hombre
en tu agobiado espíritu cayere,
como la escarcha en florecilla blanda,
y el sombrío ataúd y la agonía
congojosa, y el hórrido sepulcro
en negra perspectiva te amenacen
y de terror temblando desfallezcas,
sal pronto a la campiña, bajo el ancho
pabellón de los cielos, y allí escucha
la misteriosa voz que se desprende
de la tierra y las aguas, del abismo,
de los aires sin fin. En breve plazo
— dirá la oculta voz — el sol ardiente
que alumbra todo en su triunfal carrera,
ya no te alumbrará; bajo el helado
terruño en que tu forma se escondiere
por pocos años, o en el mar salobre
que un momento la abrigue, al fin tu imagen
se perderá también. La madre tierra
que alimentó tu vida, tus despojos
reclamará; los elementos mismos
de tu existencia material, disueltos,
volverán a su seno; y ya perdida
tu identidad con el peñasco rudo,

o el terrón insensible que el labriego
acaso y su esteva desmorona,
se irán a confundir. El roble añoso
con su raíz horadará tu arcilla.

Pero no solitario
al vasto lecho de quietud eterna
descenderás, ni un tálamo más regio
pudieras concebir. En él descanso
lograrás, en unión de los patriarcas
de la edad primitiva, de los reyes
y grandes de la tierra, de los sabios,
los héroes que los hombres divinizan
y las beldades que su pecho encienden:
los poderosos y los buenos, todos
en un sepulcro inmenso confundidos.
Los montes de granítico esqueleto,
antiguos como el sol; los anchos valles,
que yacen pensativos a su falda;
los bosques venerados; lentos ríos,
que fluyen majestuosos; arroyuelos
triscando leves por el verde prado,
que esmaltan en mil flores; y en contorno,
derramando, infinito allá en la bruma,
del hondo mar el lúgubre desierto:
he aquí la gran decoración del cuadro
solemne, inspirador de tu sepulcro.
El astro cuya luz engendra el día;
los luceros que brillan en la noche,
clara hueste sin número del cielo,
ardiendo están cual fúnebres antorchas

en los vastos dominios de la muerte.
Y en tanto vuelan sin rumor los siglos.
¿Qué son sino un puñado,
qué son los que se agitan en la tierra,
al lado de las tribus incontables
que duermen en su seno? A la mañana
pide sus áureas alas, y tu mente
vuele atrevida el arenal cruzando
de Barca, o bien divague en las florestas
que baña el Oregón, rumor ninguno
escuchando, a no ser el de sus ondas;
y allí en aquellos páramos, los muertos
también encontrarás; miles, millones,
en esas hoy profundas soledades,
de edad remota entre la opaca niebla,
cansados de vivir, la sien doblaron
al sueño entenebrido y sin aurora
que duermen todavía. Los difuntos
allí ocultan su reino solitario
y allí reposan. A tu vez, inmóvil,
con ellos dormirás, de los vivientes
silencioso alejándote — ¿quién sabe
si aun falto de un amigo que te llore? —,
y todo cuanto alienta, cuanto vive,
al fin se te unirá. Los venturosos
continuarán su risa cuando mueras;
los míseros su llanto; cada uno
corriendo seguirá tras el fantasma
favorito; a su turno, empero, todos,
la ilusión del capricho abandonando,
contigo irán para ocupar su lecho.

En larga procesión los canos siglos
pasarán, y los hijos de los hombres.
El que toca el cenit de la existencia,
doncellas y matronas, tierno infante,
o ya caduco y tembloroso anciano,
sin faltar uno solo,
tendidos a tu lado iránse viendo.
Por otros y otros más que al fin sucumban,
vive, pues, de tal modo, que al llamarte
Dios a seguir la muchedumbre inmensa
que al reino de las sombras impelida
va en eterno oleaje,
no llegues, ¡ay!, cual llega a su mazmorra
de noche, por el cómitre azotado,
criminal infeliz; en calma, erguido,
con firme paso, al contemplar sin nubes
el resplandor de la esperanza amiga,
al sepulcro desciendas, como suele
rendido labrador que llega ufano
a su lecho tranquilo, en él se arropa
y duérmese al instante,
olvidado entre plácidos ensueños.

Ignacio Mariscal.

A UN AVE ACUÁTICA [1]

¿Dó, a través del rocío,
mientras de vivos tintes baña el cielo

---

(1) Traducida igualmente por Ignacio Mariscal.

el moribundo sol, por el vacío
tiendes el raudo vuelo?

En vano atento el ojo
del cazador te atisba amenazante
al dibujarse en el espacio rojo
tu contorno flotante.

¿Buscas la orilla ignota
de lago agreste o de raudal lejano?
¿O el árido peñón que rudo azota
embravecido océano?

Un poder misterioso
existe que señala tu camino;
y el éter atraviesas anchuroso,
sola, mas no sin tino.

Tus alas todo el día
azotaron el aire en la honda altura;
y siguen sin descanso, aunque sombría
la noche se apresura.

Y pronto tu tarea
terminará; tu hogar apetecido
pronto verás; se agitará la enea
pronto sobre tu nido.

Por fin en lontananza
tu forma se perdió; pero en mi mente
grabaste provechosa una enseñanza,
y la tendré presente.

La misma Providencia
que así a tu vuelo audaz dió rumbo cierto,
mis pasos a través de la existencia
conducirá a buen puerto.

Francisco Amy.

LA MUERTE DE LAS FLORES

Llegaron ya los días melancólicos,
los más tristes del año,
de gemebundos cierzos, secos árboles
y amarillentos prados;
las yertas hojas hacinadas yacen
de la selva en los bajos;
ásperas crujen de la brisa al soplo
y de la liebre al paso.
El petirrojo y reyezuelo huyeron,
y del arbusto el gallo,
y grazna el ronco cuervo todo el día
del bosque en lo encumbrado.

¿Las flores dónde están; las lindas flores
que alegres admiramos
en más diáfana luz, más süave ambiente
sus gracias ostentando?
¡Ay! Todas ellas sobre el mustio hielo
sus pétalos regaron,
y en el humilde polvo se confunden
con los muertos que amamos.

Llueve do están; pero a la lluvia fría
de noviembre no es dado
hacer que otra vez vuelvan con sus tintes
a engalanar los campos.

Ha tiempo que de anémona y violeta
dobláronse los tallos,
y murieron orquídea y zarzarrosa
bajo el sol de verano;
mas la linda estrellada en la espesura,
y en la colina el cardo,
y el áureo girasol cabe el arroyo,
fueron de otoño encanto;
hasta que al fin, cual plaga entre los hombres,
las escarchas bajaron,
y perdieron la luz de su sonrisa
valles, montes y prados.

Y cuando a lucir vuelve, como suele,
día apacible y blando,
en que ardillas y abejas abandonan
su escondrijo ignorado;
cuando se oyen las nueces desprenderse
sin que se agite un ramo,
y relumbra a través del aire humoso
el arroyuelo claro,
busca el austro las flores perfumadas
que acariciara ufano,
y al ver que ya no existen, por los yermos
va triste suspirando.

Traigo entonce a la mente el ángel bello
que al cielo huyó temprano,
tierno capullo que creció inocente
y feneció a mi lado.
Al deponer sus hojas la floresta
llorosos la enterramos,
y fué triste pensar cuánto era breve
de su existir el plazo.
Empero no era extraño que dejase
este valle de llanto,
y pereciese al perecer las flores
botón tan puro y cándido.

Francisco Amy.

LINCOLN

Tardo en herir, a la clemencia presto,
¡oh varón fuerte, generoso y justo!,
que en el temor de Dios supiste, enhiesto
el acero esgrimir del pueblo augusto.

En torno de tu féretro, anhelante,
silencioso dolor el alma embarga,
y vese en cada tétrico semblante
de la ingente nación la pena amarga.

Terminó tu misión; pudiste al cabo
sublime realizar tu noble intento,
y las rotas cadenas del esclavo
serán tu más hermoso monumento.

Fué ejemplar tu existencia; tu partida
trágica, cruel, perpetuará tu nombre,
junto con los de aquellos que la vida
mártires dieron por honrar al hombre.

Francisco Amy.

CANTO DE LAS ESTRELLAS

Cuando nació la espléndida mañana
y el mundo despertó por la sonrisa
del poderoso Dios; cuando de grana
se tiñeron los reinos que sumidos
en la muerte y tinieblas se veían,
sintiendo estremecidos
el soplo del poder que del profundo
temblar hizo los ámbitos del mundo;
cuando encendidos orbes e inflamadas
esferas, a millares,
con la alegría y el poder se alzaron
de la primera juventud, lanzadas
en medio del espacio sin medida
para seguir las órbitas trazadas,
sus voces argentinas se reunieron,
almos coros cantaron,
y del más esplendente de los soles
he aquí las palabras que brotaron:
«¡Adelante, adelante! Con anhelo
bogad, bogad por el extenso cielo;
por los campos inmensos y azulados

que delante se extienden,
bogad, soles, seguidos de los mundos
que a vuestro alrededor marcan el vuelo;
y vosotros, planetas enclavados
por ley eterna a polos movedizos,
seguid con vuestras islas de verdura,
con vuestras blancas nubes y los rizos
de las olas del mar, mar parecido
de flamígera luz torrente flúido.
Sí; porque ya la gloria
arranca el velo que su faz cubría,
y, a través del espacio ilimitado,
se desborda la luz del nuevo día.
Boguemos, sí; que el aire transparente
mares de luz recoja, y la llanura,
por dar vida a sus flores y verdura.
Más allá de los vivos esplendores
vuestra marcha se extienda...
Seguid cantando, soles voladores,
vuestra risueña senda...
¡Mirad, mirad! Allá en el firmamento,
detrás de vuestra estela de diamantes,
en el azul celeste, ciento y ciento
estrellas ved, que brillan y florecen
al compás de su raudo movimiento;
ved cuál las plantas crecen
en su rodante mole, y cuál del viento
marcan el paso las inquietas olas,
y el arbusto pequeño,
cuando dobla a su paso el frágil leño.
Ved cómo el más brillante de los días

doquier sus rayos tiende,
y el arco de bonanza se suspende
en la atmósfera límpida y serena;
la luz de los crepúsculos desciende
rica en matices, y los mundos llena,
esparciendo después fértil rocío;
y entre ellos va la noche misteriosa,
mustia y velada con crespón sombrío.
¡Adelante, adelante! En vuestras selvas
y sus abiertas flores,
en los orbes que envuelve blanda brisa,
en las fuentes y mares brilladores,
a la luz de la aurora,
nacen vida y amor; miles de seres
a quien la luz colora,
respiran, de la noche se separan,
y al encontrarse con calor y vida,
dan, cual vosotros, al placer salida.
De juventud henchidos y belleza,
seguid vuestro camino;
seguid la marcha que los años guía,
astros y esferas de eternal pureza;
perduren el color y la alegría
que el raudo vuelo de la luz dilata
por la última región del alto cielo,
origen de aquel Ser que el rostro niega
tras un tupido velo
que a disipar vuestro fulgor no llega.

Aurelio Querol.

(*Museo Universal.*—Madrid, 11 de julio de 1868.)

ROBERTO BURNS

(Escocés, 1759-1796.—Es el poeta regional más insigne de la Gran Bretaña, como nuestro Gabriel y Galán, Vicente de Medina y otros.)

A UNA LIEBRE HERIDA

¡Oh cazador! Malhaya tu destreza
y el ojo pierdas para el mal certero.
Nunca un suspiro de piedad te alivie
ni hospedes nunca el júbilo en tu pecho.

Anda de prado y bosques peregrina,
vive de amarga vida el solo resto:
no te darán abrigo, pan ni gozo
la mies dorada y el follaje espeso.

Seguro asilo, inválida, procura
a tu lecho mortal, no a tu sosiego;
altos juncos que cubran tu cabeza
y a tu herida que sangra blando suelo.

Cuando cerca del Nith, sonoro río,
al alba o en la tarde eche de menos
tu festivo saltar en los crepúsculos,
yo tu destino lloraré funesto.

M. S. Pesquera.

JUAN ANDERSON

Juan Anderson, buen amigo,
cuando nos unió el afecto
ornaban tu tersa frente
rizos copiosos y negros.
Hoy está calva, y la arruga
marca los surcos del tiempo;
mas ¿qué importa? Dios proteja
a mi amigo Juan Anderson.

Juan Anderson, buen amigo,
juntos el límite excelso
subimos de la existencia;
más de un buen día fué nuestro,
y ya descender es fuerza,
juntos los dos, con pie trémulo,
para dormir allá abajo,
buen amigo Juan Anderson.

M. S. Pesquera.

CANCIÓN

De doquiera sople el viento
sólo el Poniente me agrada,
porque allí mi dulce amada
vive en grata soledad;
bosques y montes y ríos
nos separan tristemente,

mas tengo siempre presente
su peregrina beldad.

La miro en las frescas flores
coronadas de rocío,
y se goza el pecho mío
en contemplar su primor.
La escucho en el dulce canto
de las aves que gorjean
y entre ramas juguetean
en las horas de calor.

Apenas hay florecilla
que brote en ribera o prado,
y cuyo cerco pintado
van las auras a besar;
apenas canta un jilguero
entre la espesura verde,
sin que a mi bien no recuerde
y en su amor me haga pensar.

Soplad, mansos vientecillos,
y con alas vagarosas
entre las copas hojosas
el ramaje sacudid;
traed de los frescos prados
mil canciones regaladas,
y las abejas cargadas
a su asilo conducid.

Pero venga con vosotros
la niña linda y graciosa;

volvedme la joya hermosa
que es mi gloria y mi placer;
cuya sonrisa divina
disipa toda tristeza,
cuya modesta belleza
suspiro siempre por ver.

¡Cuántos gemidos ardientes,
cuántos votos de ternura
en la florida verdura
hemos cambiado los dos.
¡Qué gozo era el encontrarnos!;
el separarnos, ¡qué pena!,
en la noche, de horror llena,
que nos dijimos ¡adiós!

Sólo aquel poder que habita
del empíreo las mansiones,
y que ve los corazones
desde su trono inmortal,
puede saber cuánto quiero
a tan precioso tesoro,
y cómo rendido adoro
esta beldad celestial.

H. L. de Vedia.

LAMENTACIÓN

Luna pálida, que brillas
en el cielo silenciosa,
mientras el mundo reposa

dando tregua a su penar,
en mí ves al más mezquino
y más desgraciado amante,
que vagabundo y errante
no hago más que suspirar.

Paso en incesante vela
toda la noche sombría,
sin tener más compañía
que tu muerto resplandor;
viendo con dolor, al cabo
de mi necio y loco empeño,
que es la amistad sólo un sueño
y una ilusión el amor.

Triste contemplo, y sin gusto,
tu luz tibia, que ilumina
de la lejana colina
el indeciso perfil;
y miro triste tus rayos
quebrarse trémulamente
en la parlera corriente
del arroyuelo gentil.

¡Pobre corazón, que lates
con ímpetu tan violento,
descansa por un momento!
Y tú, ¡memoria tenaz!,
no con amargos recuerdos
me aflijas; tus iras calma,
y abre las puertas del alma
al reposo y a la paz.

No mitológicas penas
ni poéticos dolores,
ni de fingidos pastores
la fabulosa pasión
angustian el pecho mío
en tan acerbos momentos,
y con horribles tormentos
desgarran el corazón.

Los nombres de esposo y padre
aceptados y admitidos,
juramentos repetidos,
votos firmes que escuché,
y palabras ante el cielo
solemnemente empeñadas,
eran las prendas sagradas
de mi amor y de mi fe.

Estrechado entre sus brazos
con caricias seductoras,
¡cómo volaban las horas!,
mientras yo lleno de ardor
pedía al cielo riquezas
y oro y perlas del Oriente,
¡y por ella solamente,
solamente por su amor!

Alivio en vano pretendo
a mi pena y mi quebranto;
indiferente a mi llanto,
ya no hace caso de mí.

¡Y me desprecia la ingrata,
y es tanta mi desventura,
que tan divina hermosura
para siempre la perdí!

¿Será que abrigue en su pecho
un corazón tan helado,
tan a los gritos cerrado
del honor y la virtud,
que sin lágrima ninguna
sepulte en eterno olvido
al esposo prometido
de su tierna juventud?

¡Ay!, la senda de la vida,
si en ella clavo mis ojos,
la miro llena de abrojos,
de espinas sembrada está;
y sin una mano amiga
que la guíe y la defienda,
¿cómo en tan áspera senda
la infeliz caminará?

¡Aladas horas con ella
corridas en dulce juego,
cuanto más llenos de fuego
gozadas con más hervor!;
vuestro recuerdo en mi seno
era oculto y blando nido,
donde yo había escondido
los tesoros de mi amor.

Ora este seno, do apenas
cupo su imagen un día,
es morada de agonía
y espantosa soledad;
de mi difunta esperanza
muerto el postrer rayo veo,
sin que la luz de un deseo
alumbre la obscuridad.

Lanzando las negras sombras
raya la aurora en el cielo,
y crece mi desconsuelo
y es más honda mi aflicción;
las horas que en fila miro
melancólicas y largas,
se presentan tan amargas
que amargan mi corazón.

¡Cuántos ayes y suspiros
se exhalarán de mi seno,
de tristes recuerdos lleno!
¡Cuánto tengo que llorar
antes que el sol al Poniente,
resplandeciente y brillante,
imprima su beso amante
en las olas de la mar!

Si de padecer cansado
voy al solitario lecho
a que descanse mi pecho
de su angustia y su dolor,

para el alma atribulada
jamás alivio consigo,
y mi nocturno enemigo
me acosa con más furor.

Y si a mis ojos llorosos
su bálsamo el sueño envía,
la agitada fantasía
me presenta horrores mil;
y aunque el día es espantoso,
sin embargo, me consuela
del insomnio y de la vela
de una noche tan febril.

Blanca reina que iluminas
con tus rayos argentados
estos valles y collados,
¡cuántas veces, ¡ay de mí!,
ora en tímido silencio,
ora en plática sabrosa,
alumbró tu faz hermosa
nuestro amante frenesí!

¡Cuántas veces, en presencia
de las fuentes escondidas,
nuestras almas encendidas
en el fuego del amor,
de la noche en el silencio
se abrazaban mutuamente
a la lámpara fulgente
de tu claro resplandor!

¡Oh escenas en mi memoria
con hondos rasgos grabadas!
¡Escenas, ¡ay!, que, pasadas,
jamás tornaré a gozar;
que si intento en mi delirio
olvidar por un momento,
de nuevo abrasarme siento,
vuelvo de nuevo a llorar!

Por el valle de la vida
voy andando tristemente,
insensible, indiferente
a la pena y al placer;
pero siempre en mi tristeza
lloraré de noche y día
la traición y la falsía
de una pérfida mujer.

H. L. de Vedia.

LA AUSENCIA

Vencida del crudo invierno
la implacable y dura guerra,
ya vuelve a vestir la tierra
el manto primaveral,
y mece el soplo del viento
las frondosas espesuras,
donde brilla en gotas puras
el rocío matinal.

Mas lejos estando mi dulce María,
no hay nada que pueda mi pena calmar;
su risa, su boca, que perlas vestía,
sus ojos hermosos, ¿cómo he de olvidar?

Para mí en vano florecen
las violetas en el prado;
en vano el lirio nevado
esmalta el verde tapiz;
en vano en el bosque umbrío,
para aliviar mi quebranto,
entonan su dulce canto
el pardillo y la malviz.

Que lejos estando mi dulce María, etc., etc.

El gañán que está al arado
anima al buey, laborioso;
tras él, alegre y gozoso,
lanza el trigo el labrador;
sólo para mí es la vida
sueño amargo y aflictivo;
vivo, sí; mas sólo vivo
entre angustias y dolor.

Que lejos estando mi dulce María, etc., etc.

Juega el ánade lozano
entre las cañas del río;
en el matorral sombrío
cacarea la perdiz;
corta el lago majestuoso
del lago el cristal profundo;

todos gozan en el mundo,
yo soy sólo el infeliz.

Que lejos estando mi dulce María, etc., etc.

Tras de sus mansas ovejas,
que van dichosas pastando,
contento sube silbando
por la ladera el zagal;
yo le encuentro y, cuando veo
su alegría y su ventura,
con envidia y amargura
lloro mi suerte fatal.

Que lejos estando mi dulce María, etc., etc.

Del crepúsculo en las sombras
al jilguerillo pintado
que salta en el verde prado
inmóvil mirando estoy;
y al verle luego en los aires
que gorjea dulcemente,
como un espectro doliente
a mi cabaña me voy.

Ven, ¡oh invierno!; tu ronco bramido
haga al árbol desnudo temblar,
y del viento al furioso rugido
se alboroten las aguas del mar.

Tus horrores serán mi consuelo;
que negado mi pecho al placer,
triste siempre los campos y el cielo,
como mi alma, quisiera yo ver.

Que lejos estando mi dulce María,
no hay nada que pueaa mi pena calmar;
su risa, su boca, que perlas vestía,
sus ojos hermosos, ¿cómo he de olvidar?

H. L. de Vedia.

EL ADUANERO

Vino el diablo bailando
y tocando el violín,
y cogió al aduanero
y llevóselo al fin.

Y gritaba la gente gozosa:
«¡Jesús! ¡Qué contento, qué día feliz!
Demos gracias al diablo que, al cabo,
nos ha librado de tal golopín.

»El dorado y sabroso aguardiente,
sin cuyo regalo, ¿quién puede vivir?,
abundante y barato tendremos,
libre de las garras de tanto neblí.

Vino el diablo bailando, etc.

»Y el aroma del rico tabaco
que vemos en ondas azules subir,
gozaremos en nuestras cabañas,
sin que este canalla lo pueda impedir.

»¡Oh, maldito el primero que puso
tales invenciones, cosa tan ruin!

Manden los señores; gobiernen el mundo;
mas dejen al pobre siquiera vivir.»

Vino el diablo bailando
y tocando el violín,
y cogió al aduanero
y llevóselo al fin.

H. L. de Vedia.

FRAGMENTO

Al Norte dirijo mis ojos, cansados
del llanto incesante que amargo vertí;
mas el Norte y sus montes nevados,
¿que son?, ¡ay, Dios mío!, ¿qué son para mí?

En vano sus cumbres, que suben al cielo,
contemplo doradas de hermoso color;
que en ellas no pueden hallar su consuelo
mi pena profunda, mi acerbo dolor.

Pero miro hacia el rojo Poniente
cuando sola y triste me voy a acostar,
esperando vendrán dulcemente
imágenes bellas mi sueño a dorar;

que tengo al Poniente mi amante tesoro,
y vive en las tierras que están hacia allí,
el mancebo galán que yo adoro
y nos quiere a mi niño y a mí.

H. L. de Vedia.

CANCIÓN

Tras de aquellas colinas
donde corre el Cadagua
por entre amenos valles
y riscosas montañas,
el triste sol de invierno
escondió ya su llama;
y, pues declina el día,
voy a ver a mi Juana.

El viento del Oeste
con soplo helado brama;
el tiempo está lluvioso;
la noche muy cerrada.
¿Pero a mí qué me importa?;
bien envuelto en mi capa,
me marcharé a escondidas
para ver a mi Juana.

Es mi bien, mi tesoro,
esta linda muchacha,
con sincero cariño,
no con artes, ganada.
¡Oh, maldigan los cielos
la lengua envenenada
que quiso con lisonjas
engañar a mi Juana!

Su corazón es noble
como es bella su cara;

tan gentil e inocente
como hermosa y galana.
La fresca margarita
que, cariñosa, el alba
coronó de rocío,
no es más pura que Juana.

Soy labrador humilde
que habito estas montañas,
de pocos conocido
en toda la comarca;
pero nada me cuido
de amistades extrañas;
sólo quiero que, tierna,
me reciba mi Juana.

Es mi pobre fortuna
lo que mis brazos ganan,
y en modesto retiro
mi existencia resbala;
mas me ocupan muy poco
ni el oro ni la plata,
y soy bastante rico,
bastante, con mi Juana.

Dice mi amor que goza
contemplando sus parvas
y mirando en los valles
sus ganados que pastan.
Yo, guiando el arado
desde que asoma el alba,

no tengo más regalo
que acordarme de Juana.

Vengan, pues, cuando quieran
venturas o desgracias,
que espero resignado
vaivenes y mudanzas;
porque el solo cuidado
que me ocupa y afana
es vivir siempre amando
a mi bien, a mi Juana.

H. L. de Vedia.

EL CONVITE AL CAMPO

Ya del cazador los tiros,
y el viento apacible y manso,
anuncian las gratas horas
del otoño regalado;
y los zancudos chorlitos
van en bandadas volando
sobre la loma que el brezo
cubre con purpúreo manto.
Se oye el acento del mirlo
en lo espeso de los jaros,
y el colorín en la zarza
entona su dulce canto;
y las palomas torcaces
entre los árboles altos,
con presto y rápido vuelo,

del hombre esquivan los pasos.
Cada cual en este mundo,
de su inclinación guiado,
lo que halaga los deseos
con anhelo va buscando:
ama la perdiz los valles;
la becada, los pantanos;
el águila, las montañas;
los hondos ríos el pato;
la abeja busca las flores;
el corderillo, los prados;
el ciervo, las altas sierras,
y la cabra, los peñascos;
yo suspiro por la hermosa
cuyas gracias idolatro,
con cuyo aliento respiro
y en cuyos ojos me abraso.
Ven, ídolo de mi vida;
ven conmigo por los campos,
que ésta es la estación más bella
para gozar sus encantos:
el sol calienta la tierra
con sus cariñosos rayos,
y las nubes van corriendo
y hacen sombras por el prado;
mece una templada brisa
los trigos que, ya dorados,
se mueven en ondas leves
como el mar en el verano;
la parlera golondrina
se mece en el aire vago,

pronta a dejar nuestro suelo
por los valles africanos.
Todo es paz, reposo todo,
y el ambiente puro y blando
esparce en torno el aroma
que exhalan los ricos pastos
Contigo, querida mía,
me parece que los campos
son todavía más bellos
y que el cielo está más claro;
porque tu dulce sonrisa
hace más verdes los prados,
más cristalina la fuente,
los bosquecillos más gratos;
que no es más dulce y benigna
fresca lluvia del verano
a las flores agostadas
y a los sedientos rebaños;
ni más gustosa la sombra
al segador fatigado,
que tus gracias celestiales,
para mí, que te idolatro.

H. L. de Vedia.

EL ADIÓS DE MARÍA WHITSFORD

Por las marchitas arboledas,
María, hermosa, iba gentil,
dulce, cantando, y en los bosques
se oía el eco repetir:

«¡Adiós, laderas deliciosas;
adiós, oh dulce Ballochmill!
»Si en vuestros lechos invernales,
graciosas flores, hoy dormís,
renacerá vuestra hermosura
con las sonrisas del abril.
Aves que, mudas, en las ramas
secas y tristes hoy vivís,
ya cantaréis cuando estas selvas
nuevo verdor torne a vestir.
»Pero yo, ausente y desterrada,
no en estos campos, ¡ay de mí!,
veré ya más nacer las flores
ni oiré cantar al colorín.
¡Adiós, del Ayr lindas riberas;
adiós, oh dulce Ballochmil!»

Enrique L. de Vedia y Goosens.

Esta traducción, inédita según creo, está también inserta en el *Diario de un viajero en Escocia*, por Vedia.

El original le escribió Roberto Burns en dialecto escocés para pintar el dolor de María Whitsford cuando, por la estrechez a que se vió reducida su familia, tuvo que abandonar la casa paterna, por haberla vendido sir Allam Whitsford, cuya situación económica no podía ser más triste y angustiosa.

ORILLAS DEL DON

¡Oh plácidas orillas y frescas arboledas
del cristalino Don!;
¿cómo estáis tan risueñas, pacíficas y ledas
mirando mi aflicción?

Pintadas avecillas, en esta selva umbrosa,
¿cómo podéis cantar,
si veis que, lamentando mi suerte lastimosa,
no ceso de llorar?

Jilguero que revuelas del floreciente espino
sobre la blanca flor,
¡oh, cómo cuando al tuyo comparo mi destino
se aumenta mi dolor!

¡Mirando cuánto gozas, crecen las ansias mías,
crece mi amargo afán!
Que el verte me recuerda pasadas alegrías
que nunca volverán.

Mil veces, claro río, tus márgenes amenas
visité con placer,
por ver las madreselvas, las rosas y azucenas
su pompa entretejer.

Cada ave, enamorada, cantaba sus amores
en medio del verdor;
y libre el pecho mío de angustias y dolores,
cantaba yo mi amor.

Para gozar la esencia, tan rica y deliciosa,
del aura matinal,
contenta y descuidada cogí una fresca rosa
de un áspero rosal.

Mas, ¡ay!, que un falso amante con ánimo inclemente
pasando por aquí,
robó mi linda rosa, dejando solamente
espinas para mí.

Enrique L. de Vedia y Goosens.

También esta traducción se inserta en el mismo *Diario*.—(Notas de D. C. de Echegaray, cronista de las Vascongadas.)

BYRON

(Inglés, 1788-1834.—De este gran poeta sólo podemos decir que a bien poca costa pueden presentarse sus obras completas en verso castellano, pues casi todo está ya traducido.)

TRISTEZA

(En la muerte de su prima.)

Está la tarde triste y melancólica...
Ni tan sólo se agita
el céfiro en las hojas del vergel.
Yo he visitado tu recinto fúnebre,
¡oh dulce Margarita!,
y una flor dejo en él.

¡Ay! El terreno velo que tu espíritu
guardaba en este mundo de dolor,
mustio, pálido, inerte,
tendido está bajo funérea cúpula...
No pudieron valerte
la gracia ni el candor.

¡Si pudiera la muerte abrigar lástimas,
o sus decretos revocara Dios,
en amargo quebranto

no vertiera tu amante tiernas lágrimas,
recordando tu encanto,
que huyó, que huyó veloz.

Pero ¿por qué llorar? Su alma purísima
bebe en la fuente de la eterna luz;
a las santas moradas
con júbilo condúcenla los ángeles,
do hay palmas reservadas
de premio a la virtud.

¿Y presuntuoso el hombre irá en su vértigo
la eterna Providencia a demandar?
No en impía reverencia,
no en lucha tan audaz y tan sacrílega
la debida obediencia
podré al Cielo negar.

Mas siempre su virtud me será plácida,
y jamás su belleza olvidaré.
De su memoria lleno,
verteré al recordarla tiernas lágrimas,
y siempre, ¡ay!, en el seno
su imagen llevaré.

José Joaquín Borda.
(Colombiano.)

EL PRIMER BESO DE AMOR

Lejos de mí la ficción
que forja la fantasía
y embellecen a porfía

la esperanza y la ilusión.
Dadme la tierna mirada
que con luz del alma quema;
dadme la dicha suprema
del primer beso de amor.

Rimadores cuya mente
no tiene fuego ni brío,
y sólo en el bosque umbrío
cantáis del rabel al son,
si queréis con libre vuelo
subir a mayor altura,
probad, probad la dulzura
del primer beso de amor.

Si el dios de la poesía
vuestras cimas abandona;
si las nieves de Helicona
os niegan su inspiración,
decidlas adiós sin pena
y buscad inspiraciones
en las vivas emociones
del primer beso de amor.

Yo os detesto, obras de arte,
producto de una alma fría,
aunque alce la hipocresía
contra mí su torpe voz;
sólo adoro el sentimiento
que el corazón tierno agita,
cuando violento palpita
al primer beso de amor.

Vuestras escenas campestres,
vuestro tomillo fragante,
si divierten un instante,
dejan yerto el corazón;
las visiones de la Arcadia
y sus ensueños dorados,
¿qué son, qué son, comparados
al primer beso de amor?

No más repitáis que el hombre,
desque abre a la luz los ojos,
anda por senda de abrojos
luchando con el dolor;
una parte le ha quedado
del edén sobre la tierra:
es el deleite que encierra
el primer beso de amor.

Cuando la sangre se hiela
y no hay para el alma goces;
cuando en las alas veloces
del tiempo todo voló,
un recuerdo venturoso
nuestra memoria acaricia:
es la suprema delicia
del primer beso de amor.

César Conto.
(Colombiano.)

FRAGMENTO ESCRITO PARA DESPUÉS DE LA BODA DE MISS CHAWORTH

Montes de Eusley, erïales
de mi niñez candorosa:
¡cuál rugen los vendavales
sobre vuestra senda hojosa!

Ya nunca más la alegría
veré en vuestro amado suelo;
ya nunca más mi María
os convertirá en un cielo.

Ángel Avilés.

A M...

Oh! did those eyes, instead of fire.

Si mitigara un rayo de ternura
las rutilantes llamas de tus ojos,
amor más que mortal, en vez de antojos,
despertara tu célica hermosura.

De tu mirada indómita a despecho,
eres hermosa, y sin que amarte pueda,
tanta ilusión no abrigará mi pecho,
pues tu mirada indómita lo veda.

Al formarte natura en su fecundo
poder, temió su maternal anhelo

que, demasiado hermosa para el mundo,
te reclamara como suya el cielo.

Temió del cielo el hurto peregrino,
y a proteger la obra de su mano
puso en tus ojos de fulgor divino
un rayo oculto del amor humano.

El más audaz te admira y se recata;
igual belleza el siglo no conmueve;
si tu semblante encanta y arrebata,
a tus ardientes ojos, ¿quién se atreve?

De Berenice, en fúlgidas estrellas
trocada fué la cabellera obscura;
eclipsadas por ti quedarán ellas
si te remontas a su azul altura.

Los astros todos de tu luz suprema
serán no más umbráticos despojos,
y cada sol, girando en su sistema,
fuera sólo penumbra de tus ojos.

M. S. Pesquera.

A M. S. G.

I

Cuando sueño que me amas, tú, sin duda,
no extenderás tu cólera a mi sueño;
sólo en visiones de tu amor soy dueño;
huye mi dicha y lloro al despertar.

Ven, sueño, ven; mis miembros adormece
con tu licor de dulce adormidera;
aunque esta noche imite la postrera,
cuánta delicia voy a saborear.

II

Dicen que el sueño, hermano de la muerte,
es el emblema del destino humano;
ven, muerte, si el deleite soberano
que gozo aquí, del cielo imagen es.
¡Ah! Serena tu frente seductora,
y no juzgues tan grande mi ventura;
si en mis sueños te ofendo, la tortura
del triste despertar viene después.

III

Aunque sólo en visiones, tu sonrisa
logro tal vez, mujer fascinadora;
cuando ilusión tan grata se evapora,
¿no ves una expiación de mi pesar?
Huye el bello fantasma de la noche;
desierto queda mi nocturno lecho;
sombra, mentira todo fué; mi pecho
palpita solitario al despertar.

Abigail Lozano.
(Venezolano.)

A MARÍA, AL RECIBIR SU RETRATO

Esta débil imagen de tus gracias,
que la mano del arte dibujó,
disipa mi temor, y la esperanza
vuelve a animar mi pobre corazón.

En ella miro tus dorados rizos
vagando por tu frente en espiral,
tus dulces ojos, tu divino aliento,
de que cautivo me hizo tu beldad.

Y esos ojos también, ¡ay!, esos ojos
cuyas pupilas de celeste azul
flotan en ondas líquidas de fuego,
desafiando al arte con su luz.

El zafiro del cielo en ellos miro;
mas su rayo vital, ¿en dónde está?
¿Dónde esa llama que en su azul riela
como la luna en el dormido mar?

¡Oh dulce sombra al alma tan querida!
Así, yerta y sin vida como está,
a toda humana forma que respire,
siempre mi corazón te antepondrá.

Aquí sobre mi pecho, con ternura,
dudando ella de mí, te colocó;
ignoraba tal vez que era su imagen
cadena para atar mi corazón.

Mi talismán será..., bien sufra o goce;
mi pensamiento en ti se fijará,
y hasta exhalar el último suspiro,
mis ojos con amor te mirarán.

(Anónimo.)

ÓSCAR DE ALBA

¡Cuán pura y bella, en la desierta orilla
de sus añosas torres, Alba encumbra,
la blanca luna entre tinieblas brilla
y la callada soledad alumbra!

¡Cuántas veces su rayo tembloroso
hizo brillar las armas del guerrero,
cuando turbaba el lúgubre reposo
hueste ceñida de bruñido acero!

¡Cuántas veces el suelo enrojecido
con luz esclareció siniestra y fría,
cuando entre cien cadáveres tendido
el generoso paladín yacía!

Tal vez enamorado y moribundo,
los mustios ojos con fatal desmayo
triste apartaba del sangriento mundo,
para absorber su misterioso rayo.

En día más feliz, astro de amores,
oyó quizás su tímida plegaria,

y ahora son sus fantásticos fulgores
destellos de su antorcha funeraria.
. . . . . .

¿Dónde estáis, héroes de Alba? Marcial canto
no atruena ya la bóveda sonora:
la enlutó el tiempo con su negro manto,
y el silencio sombrío en ella mora.

¿Por qué festones pálidos de hiedra
son de esos muros las marchitas galas?
¿Por qué cual genios de animada piedra
gimen si bate el huracán las alas?

Cuando el viento del mar silba bravío,
ronco fragor, cual eco de una tumba,
exhala el seno del torreón vacío
y en las bóvedas lóbregas retumba.

¿Oís? De la tormenta al golpe rudo,
resuena en su interior largo lamento,
y al agitar de Oscar el férreo escudo,
¡ay!, de intenso dolor suspira el viento.

Llora porque no riza su bandera
sobre la excelsa cumbre del peñasco,
ni al negro airón de la gentil cimera
hace besar el reluciente casco.

Risueño fué de Oscar el primer día:
Ango, su padre, le estrechó en sus brazos;
lloró por vez primera de alegría:
¡tan dulces son de un hijo los abrazos!

Pendones desplegaban los donceles;
lucía en el alcázar regia pompa;
el pueblo oyó de los heraldos fieles
convocar al festín solemne trompa.

Y al escuchar el bélico sonido,
un anciano exclamó: «Bendita sea
la señal; es soldado el que ha nacido;
ese son es el son de la pelea.»

Huyó un año; en los góticos torreones
la trompa resonó; meció la brisa
otra vez oriflamas y pendones:
Ango vió de otro infante la sonrisa.

Y huyó el tiempo otra vez. Ango, dichoso,
vió crecer con sus hijos la esperanza;
les vió domar al potro caprichoso;
les vió blandir la vengadora lanza.

Y fué feliz mirando en la pradera
desparecer, cual rayo, sus trotones
tras ágil ciervo, en rápida carrera,
dejando atrás lebreles y peones.

Aun gozaban los juegos de la infancia,
y el guerrero laurel ciñó su frente;
pintada estaba en ella la arrogancia
y la osadía en su mirada ardiente.

De Oscar la negra y crespa cabellera
flotaba al soplo de la inquieta brisa;

cual los rayos del sol la de Alán era;
irónica y amarga su sonrisa.

La pupila de Oscar, viva y radiante,
era espejo de su alma apasionada;
la de Alán era fría, penetrante;
sus palabras, de miel emponzoñada.

Y ambos eran valientes; los sajones
temblaron de su espada a los destellos;
Oscar nunca temió a sus campeones;
pero, vencidos, apiadóse de ellos.

Jamás Alán así: como se lanza
sobre espantadas aves el milano,
voló rápida siempre su venganza
y el vencido infeliz le imploró en vano.

—

Bella como las luces de la aurora,
como la estrella de la tarde pura,
ángel de amor y de inocencia, Mora,
ostentó un día en Alba su hermosura.

Del feudo de Keneth rica heredera,
todos ansiaban obtener la mano
de la virgen de blonda cabellera,
y a la de Oscar la unió su padre anciano.

¿No oís que entonan cánticos nupciales
dos sacerdotes en solemne coro?
¿Las damas no miráis con ricos briales,
mantos de blanco armiño y broches de oro?

¿No veis centellear ferradas cotas,
y el sol que en los broqueles se retrata,
y el vaivén de fantásticas garzotas
sobre los cascos de bruñida plata?

Mas no fulguran lanzas; los aceros,
del rico cinturón penden ociosos;
los sones que escucharon los guerreros,
son del festín los ecos clamorosos.

¿Y Oscar? ¿No oyó la música sonora?
Ya el ardiente licor hierve en los vasos.
Vuelan las risas y el placer... ¡Es la hora!
¿Y Oscar? ¡Ah! Ya llegó; suenan sus pasos.

¡Oh! ¡No es él! Es su hermano. Estremecido
Ango, «¿Dó se halla Oscar — le dice —; dónde?»
Sentándose al banquete, «¿No ha venido?
No le he visto en la caza — Alán responde —.

»Quizás ligero gamo herir anhela
de la vecina selva en la espesura,
o en ligero bajel, suelta la vela,
rasga de las paviotas la llanura.»

Ango temblando exclama: «De mi lado
no le apartan las olas ni la caza.
¿Quién detiene un esposo enamorado,
si de aquí el corazón no le rechaza?

»Guerreros, devolvedme al hijo mío;
y tú también, Alán, corre a la selva;

las montañas cruzad, el bosque, el río;
no volváis a mi alcázar sin que él vuelva.»

Dijo. Al momento servidores fieles
se pierden en las crestas de los montes,
en la extensa llanura los corceles,
las naves en lejanos horizontes.

¡Oscar, Oscar, Oscar!, murmura el viento,
y Oscar repite, Oscar, la selva umbría;
si se apaga la luz del firmamento,
cien antorchas esparcen nuevo día.

La noche triste, lúgubre, callada,
de Oscar al grito agudo se estremece;
lo escucha al sonreírse la alborada,
y Oscar a sus destellos no aparece.

Tres días, ¡ah!, tres días de quebranto.
Ango ocultó la herida de su pecho.
¡Esperaba! Mas, ¡ay!, brotó su llanto,
y exclamó al fin en lágrimas deshecho:

«Ven, Oscar mío, a contener mi lloro.
¿Por qué matar de un padre la esperanza?
Devuélveme, Dios mío, mi tesoro,
o da un rayo de luz a mi venganza.

»Insepulto, del mar en la ribera,
ensangrentado yace el hijo mío.
Dícelo el corazón. ¡Ah! ¡Si mintiera!...
¿Será esto predicción o desvarío?

»No, no; esta idea que el dolor aborta,
mi corazón no quiero que taladre.
Vive, vive quizás, pero ¿qué importa?
¿Qué importa, si murió, para su padre?»

Así el anciano mísero decía;
mas el tiempo, ¿qué lágrimas no enjuga?
Quizás mañana brille la alegría
sobre la frente que el dolor hoy ruga.

Y hay una estrella que el pesar no apaga,
que del alma las nieblas ilumina;
Ango la vió brillar trémula y vaga.
¡Ay! ¿A quién la esperanza no fascina?

Y un año, en su monótona carrera,
la flor de esa esperanza fué agostando;
mas el olvido la tormenta fiera
trocó en las paces del sosiego blando.

—

Cual iris en las nieblas de su invierno,
el bello Alán fué su única ventura;
y el corazón de Mora, dulce y tierno,
palpitó al arrullar de su ternura.

Sintió del joven los cabellos de oro
besar jugando su nevada frente,
y exclamó, de amor trémula: «Te adoro.»
Y la imagen de Oscar surgió en su mente.

Aquel recuerdo heló su primer beso;
pero luego en su ausencia soñó agravios,

y miró al bello Alán, y en su embeleso,
huyó otro beso de sus dulces labios.

Vió esa pasión con gozo complaciente
Ango, y dijo al mancebo: «Si demora
su vuelta un año más tu hermano ausente,
al sacro altar conducirás a Mora.»

—

¡Qué lento el tiempo va día tras día
cuando sus horas cuentan los amantes!
Mas sonríe en sus rostros la alegría;
¿llegaron ya los plácidos instantes?

¿No escucháis otros cánticos nupciales
resonar en los góticos torreones,
y festivos clarines y atabales
henchir el viento de acordados sones?

Al brillante fulgor de cien hogueras
en los extensos patios del castillo,
¿las serranas no veis danzar ligeras
al compás del alegre caramillo?

Celebran el amor y los festines
en el regio salón los trovadores;
beben y ríen bravos paladines,
y les arrojan las doncellas flores.

Pero ¿por qué tan misteriosas tiende
aquel triste guerrero sus miradas?
Las clava en el hogar, y en él enciende
azules y siniestras llamaradas.

En sus pliegues le encubre negro manto;
rojo penacho al yelmo presta sombra;
ronca es la voz, cual eco de un encanto;
nadie escuchó su pie sobre la alfombra.

Suenan las doce. Al choque estrepitoso
de los vasos, en báquica porfía,
todos celebran al feliz esposo
con brindis de entusiasmo y de alegría.

De súbito el incógnito atraviesa
el poblado salón, de ansiedad lleno;
Ango lo mira y tiembla; el canto cesa,
y palpita de Mora el blando seno.

— Anciano—exclama—, al venturoso amante
aplaudid y cantad; yo no me opongo:
por él vacié mi copa rebosante,
pero a mi vez un brindis os propongo.

Mientras canta de Alán la dulce gloria
la inquieta muchedumbre enloquecida,
nadie enluta, ¡oh anciano!, tu memoria.
¡Hasta tu padre, pobre Oscar, te olvida!

— ¡Ay!—respondió, y humedecía el llanto
el rostro del anciano dolorido —.
¡Extranjero, he sufrido tanto, tanto!...
Murió mi Oscar o de su padre ha huído.

Desde su muerte o su ignorada fuga
he arrastrado tres años de agonía;

y hoy, cuando Alán mis lágrimas enjuga,
apagáis este rayo de alegría.

— Está bien — dice, y el fulgor incierto
del relámpago brilla en su mirada —.
¿Quién sabe si el que lloras aun no ha muerto?
¿Quién sabe dónde oculta su morada?

No llores, pobre padre, su partida;
su peregrinación no será eterna.
¡Oh!, si escuchase vuestra voz querida,
quizás tornara a la mansión paterna.

Llenad las copas de espumoso vino,
vosotros, sus antiguos compañeros;
cualquiera que haya sido su destino,
por un héroe brindad, nobles guerreros.

— Yo el primero seré — dijo el anciano —.
Nadie podrá igualar su bizarría. —
Y levantó con temblorosa mano
el vaso, do una lágrima caía.

— Buen brindis, ¡vive Dios! Joven esposo,
¿la copa no apuráis? ¿Turba la gloria
que hoy os brinda el destino generoso,
de vuestro pobre hermano la memoria? —

En el rostro de Alán, frío, se apaga
de la fiebre el ardor; fúnebre vela
pasmo de muerte su mirada vaga,
y el sudor de su frente se congela.

Tres veces levantar el vaso quiere,
y tres veces lo aparta de su boca,
pues su mirada otra mirada hiere
y la reta tenaz y la provoca.

— Joven, ¿lloráis? ¿Recuerdos de ternura
vuestro sensible corazón oprimen?
Os infunde el cariño gran pavura;
más no temblarais a la voz del crimen. —

Estremécese Alán a esta ironía,
y —¡Ojalá —exclama—, mi querido hermano,
gozar aquí pudieras mi alegría!... —
y tiembla y cae la copa de su mano.

«Aquí estoy — grita súbito un fantasma —.
¡Asesino! Te vi desde mi tumba.»
Relámpago fugaz a todos pasma,
y ¡asesino! la bóveda retumba.

Apágase en las lámparas la lumbre,
desparece el fatídico embozado,
y mira en su lugar la muchedumbre
espectro que se yergue agigantado.

Álzase negro airón en su celada;
mancha la sangre su desnudo pecho;
fija cual de la muerte es su mirada;
su sonrisa, de orgullo satisfecho.

Mira a sus pies a su rival tendido,
y luz sonriente en sus pupilas brilla;

sarcástico sonríe, y, conmovido,
ante el anciano dobla la rodilla.

El soberbio castillo se estremece;
retumba trueno lúgubre en sus salas;
brilla un rayo; el espectro desparece
del huracán en las potentes alas.

Cesa el banquete; muere la alegría;
Ango la vista con mortal desmayo
tiende, y arroja un grito de agonía,
y cae, cual si lo hubiera herido el rayo.

Y en sí vuelve y exclama: «¿Desvarío?
¡El fantasma! ¿Soñaba? ¿Estoy despierto?
Socorred, socorred al hijo mío.»
Inútil socorrer. ¡Estaba muerto!

—

Entre rocas, del mar en la ribera,
pereció el noble Oscar abandonado;
rizaba el huracán su cabellera,
y las plumas de un dardo ensangrentado.

¡Era el dardo de Alán! Armó insensata
negra ambición su diestra fratricida;
de envidia infame que el afecto mata
emponzoñó su espíritu y su vida.

Negra garzota ondea sobre un casco
y la flecha veloz el aire corta;
cayó al suelo el airón, manchó el peñasco
¡sangre, sangre de hermano! Mas ¿qué importa?

¿Qué importa, si de Mora vió los ojos,
y la amó, y humillado vió su orgullo?
¡Ay! ¿Por qué ocultará tantos abrojos
la flor de amor en cándido capullo?
. . . . . .

Tras denso velo de la niebla obscura,
de la tarde a los vagos resplandores,
se ve en el valle humilde sepultura:
ése es de Alán el tálamo de amores.

Lejos de allí se eleva el monumento
donde la raza de Alba en paz reposa;
mas el pendón de Alán no mueve el viento
ni su nombre veréis en tersa losa.

Ni alegre trovador, ni viejo bardo,
cantarán las hazañas de su vida.
¿Quién con canción venal o himno bastardo
osará celebrar el fratricida?

El arpa de la gloria yazga muda;
si alguien su cuerda en su loor pulsara,
al choque osado de la mano ruda,
partida en mil pedazos estallara.

Elogio no hay que a su recuerdo cuadre;
pues van tras él, cual eco soberano,
la maldición fatídica del padre
y el estertor del moribundo hermano.

Teodoro Llorente.

LA LÁGRIMA

Cuando el amor o la amistad debieran
a la ternura despertar el alma,
y ésta debiera aparecer sincera
en la mirada,
podrán los labios engañar fingiendo
una sonrisa seductora y falsa;
pero la prueba de emoción se muestra
en una lágrima.

Una sonrisa puede ser a veces
un artificio que el temor disfraza;
con ella puede revestirse el odio
que nos engaña;
mas yo prefiero para mí un suspiro
cuando los ojos, expresión del alma,
por un momento miro obscurecerse
con una lágrima.

El hombre surca el ignorado Océano
con el soplo del viento que lo arrastra,
en medio de las olas bramadoras
que se levantan;
se inclina..., y en las olas procelosas
que amenazantes a su nave avanzan,
mira el abismo, y a sus aguas turbias
mezcla una lágrima.

En la carrera de la noble gloria,
el valeroso capitán se afana

por ganar con su muerte una corona
en las batallas;
pero levanta al que postró en el suelo
y sus heridas compasivo baña,
una por una, en el sangriento campo,
con una lágrima.

Y cuando vuelve, henchido de ese orgullo
que hace latir el pecho que avasalla;
cuando teñida en enemiga sangre
cuelga su espada,
le recompensan todas sus fatigas
al abrazar a su consorte amada
y al darle un beso en sus mejillas húmedas
con una lágrima.

Dulce mansión de mi niñez perdida,
do la franqueza y la amistad gozaba;
donde en medio de amor vi deslizarse
las horas rápidas;
yo te dejé con hondo sentimiento,
volví hacia ti mis últimas miradas,
y apenas pude percibir tus torres
tras una lágrima.

Aunque no puedo repetir, como antes,
mi juramento a mi María cara,
a la que fuera para mí otro tiempo
fuego del alma,
tengo presente los felices días
en que, niños aún, tanto me amaba,

cuando ella contestaba a mis promesas
con una lágrima.

¿En otros brazos puede ser dichosa?
¿Tiene el recuerdo de su edad pasada?
Mi corazón respetará ese nombre
que tanto amaba.
Con un suspiro renuncié a la dicha
que en ella sola para mi soñaba,
y dije adiós a mi esperanza loca
con una lágrima.

Cuando al imperio de la eterna noche
tome su vuelo para siempre mi alma;
cuando mi cuerpo exánime repose
bajo una lápida,
si por ventura os acercáis un día
donde mi triste sepultura se halla,
humedeced siquiera mis cenizas
con una lágrima.

Yo no apetezco mármol..., monumento
que a la ambición la vanidad levanta;
manto suntuoso con que el necio orgullo
cubre su nada;
no darán sus emblemas a mi nombre
el falso orgullo ni la gloria vana;
lo que yo quiero, lo que pido sólo,
es una lágrima.

Gregorio Gutiérrez González.
(Colombiano.)

EL RECUERDO

¿Conque es cierto? En mis sueños, ¡ay!, tan sólo
es cierto que te vi;
la luz de la esperanza no embellece
ya más mi porvenir.
Pasaron ya nuestros felices días,
helados hoy al fin
por el soplo fatal del infortunio,
y la aurora feliz
de mi existencia obscureció la sombra.
¡Ay, todo lo perdí!
Esperanzas y amor, dulce alegría,
mi adiós hoy recibid.
¡Ay!, pudiera también a mis recuerdos
¡adiós! también decir.

Ángel Laso de la Vega

AL RVDO. J. T. BECHER

Me aconsejas que alterne con la gente;
negar no puedo que el consejo es bueno;
pero dado el estado de mi mente,
creo la soledad más conveniente,
y no desciendo a un mundo que condeno.

Si el campo de batalla o la tribuna
mis esfuerzos pidieran, ambicioso
quizás saliera por probar fortuna;

cuando pase mi infancia, lustre honroso
acaso busque digno de mi cuna.

Del Etna en las cavernas fuego ardiente
hierve oculto al que mira en las laderas;
terrible estalla al fin, voraz, rugiente;
ni lo puede apagar ningún torrente,
ni puede detenerse con barreras.

Así también, en mi interior, recelo
que arden ansias de gloria y esperanza;
si yo pudiera remontar mi vuelo
con las alas que al fénix dan pujanza,
entre llamas morir fuera mi anhelo.

Por la vida de un Fox o por la suerte
de un Chatam inmortal, ¿qué no osaría?;
todo peligro me encontrara fuerte;
sus vidas no acabaron con la muerte:
la gloria es sol que alumbra eterno día.

¡Mezclarme yo con todo ese rebaño
a la inconstante moda sometido!
¡Doblar mi cuello altivo ante un extraño!
¡Aplaudir el absurdo y el engaño!
¡Ser amigo del necio y del bandido!

Del amor los encantos y amarguras
ya probados, formaron mi experiencia;
de la amistad conozco las dulzuras;
el amor es causante de locuras;
mentir puede el amigo sin conciencia.

Y la riqueza, ¿qué es? Soplo de un día
si la móvil Fortuna frunce el ceño.
¿Y el título? Fantástico diseño
del ficticio poder que el alma ansía.
¿Y el renombre? Éste sí; con gloria sueño.

Si todavía mi alma no atesora
ese don de mentir, que es tan preciado,
¿por qué entonces vivir en la traidora
humana sociedad que el vicio adora?
Pase mi juventud, feliz, aislado.

E. Godínez.

LA ORACIÓN NATURAL

¡Oh padre de la luz, oh Dios del cielo!
¿Atiendes tú al gemir de la desgracia;
sus crímenes perdonas a los hombres,
del débil escuchando las plegarias?

¡Oh padre de la luz, tu gracia imploro!
Tú viendo estás lo negro de mi alma;
tú que al insecto miserable cuidas,
evita al pecador su muerte infausta.

No busco altar ni preste; sólo vivo
ansiando la verdad... ¿Dónde encontrarla?
Descubro ya tu omnipotencia, y lloro
de mi azarosa juventud las faltas.

Alce el devoto portentosa iglesia
que el fanatismo reverente acata;
el sacerdote, en interés del culto,
fomente las leyendas insensatas.

¿Puede encerrar el hombre a un Dios inmenso
en templo obscuro o bóvedas doradas?
Tu rico templo es el espacio libre,
la tierra, el mar y cuanto el cielo abarca.

¿Y así el mortal condenará a su hermano
porque con otra fórmula te ensalza?
¿Y creerá que ofendiéndote uno solo
castigas tú sin compasión la raza?

Si cada secta inventa un paraíso,
al infierno destina a sus contrarias,
porque te ruegan de distinto modo
y difiere en la forma su esperanza.

¡Ah!, reñirán por dogmas diferentes
que la razón a comprender no basta.
¿Podrá el gusano escudriñar el cielo
cuando en el lodo el infeliz se arrastra?

Y los que viven para sí, egoístas,
que en el inmundo crimen se encenagan,
¿podrán por su fe sola quedar limpios
y vivir para siempre en tu morada?

¡Gran Dios!; no quiero Biblias ni profetas;
tu ley en la Creación se ostenta clara.

Confieso que soy débil y perverso,
mas mi oración del pecho se derrama.

Tú, que rigiendo el curso de los astros
por infinitas sendas y distancias,
de polo a polo con robusto cetro
en la extensión del universo mandas;

tú, que arrojaste al hombre en este mundo,
de donde cuando quieres lo arrebatas,
en tanto que yo pise el triste suelo,
tiéndeme, ¡oh Dios!, tu mano sacrosanta.

A ti, Señor, levantaré mis ojos
en próspera fortuna o suerte ingrata;
tu sola voluntad será mi aliento,
que tengo sólo en tu piedad confianza.

Cuando este polvo al cieno regresare,
si quedan a mi espíritu sus alas,
¡con cuánto ardor tu nombre bendiciendo
he de lanzarme hasta besar tus plantas!

Mas si este pobre espíritu la suerte
del cuerpo ha de sufrir en tumba helada;
si ha de morir mi todo, mientras viva
elevaré a tu trono mis plegarias;

que, agradecida a tu bondad patente
la humilde musa, con amor te canta.
Yo espero, ¡oh Dios!, que al término del viaje
mi torpe vida encontrará tu gracia.

Ignacio Mariscal.

INSCRIPCIÓN EN LA TUMBA DE UN PERRO DE TERRANOVA [1]

Cuando algún altanero hijo del hombre
por entre el polvo de la tumba cae,
no por su gloria, por su noble origen,
labradas urnas le consagra el arte;
y cuando todo concluyó, se mira
sobre la tumba donde el muerto yace,
no lo que ha sido, lo que ser debiera
el hombre aquel de barro deleznable.

El pobre perro, el abnegado amigo
que hasta la mano que le azota lame;
el primero que da la bienvenida,
que nos defiende con valor salvaje,
y cuyo noble corazón es siempre
nido de sentimientos inmortales;
que goza alegre con los goces nuestros
y se siente infeliz con nuestros males;
el pobre perro... desgraciado muere,

---

(1) El gran lord Byron tenía decidida afición a los perros. Cierto día — según refiere Castelar — se vió atacado de rabia su perro favorito; cuidólo con espantoso peligro de ser mordido, y cuando murió consagróle un epitafio, como si hubiera muerto parte de su corazón. En 1811, la muerte de la autora de sus días y de sus mejores amigos le había agobiado hondamente; hizo su testamento, y a sus legatarios «imponíales como una obligación imperiosa un entierro obscuro para su cadáver en el jardín de Newstaid; pero sin molestar ni incomodar a su perro, allí enterrado». — *(N. del T.)*

sin que un recuerdo le dedique nadie,
sin que una piedra su sepulcro adorne,
sin que un poeta su grandeza cante;
y hasta en el cielo se le niega el alma
que noble tuvo en el mundano valle,
mientras el hombre, despreciable insecto,
se llama libre y perdonado y grande.
¡Oh débil hombre, deshonrado vives!
Entre la negra esclavitud, cobarde,
y corrompido en el poder tirano.
¡Quien te conoce debe despreciarte!
Asco tan sólo tu presencia causa;
que son, ¡oh masa de miseria y carne!,
tu amor, lujuria; tu amistad, perfidia;
tus sonrisas, hipócritas, falaces;
tus palabras, engaño, y tu existencia,
¡ah!, nada más que por el nombre, grande.
Tienes igual por miserable al bruto,
y cada bruto puede avergonzarte.
Los que pasen y miren esta tumba,
¡adelante seguid!, que no honra a nadie
de aquellos seres por los cuales lloran
los que asimismo se titulan mártires.
Para marcar los restos de un amigo,
que esta sencilla piedra se levante:
«Sólo un amigo conocí..., mi perro,
y aquí descansa. ¡Descubríos, mortales!»

M. Bolaños Cacho.

VERSOS ESCRITOS EN UNA CALAVERA QUE FORMABA UNA COPA [1]

No te espantes; no creas que mi mente
se ha extinguido; en mí ves que aún vida existe;
mas mi cráneo, distinto a otro viviente,
lo que ofrece de sí jamás es triste.

Viví y amé; bebí cual tú, y he muerto;
mis huesos repudió la madre tierra.
Lléname; no me dañas, no por cierto;
más baba el labio del gusano encierra.

Mejor es contener brillante vino
que ser morada de gusanos viles;
mejor guardar este licor divino,
que en sucio fango alimentar reptiles.

Donde brilló mi inteligencia alta,
deja que hoy otro, con beber, la herede.
Cuando la luz de la razón nos falta,
¿qué como el vino reemplazarla puede?

Bebe, por tanto. Cuando tú y los tuyos,
cual yo, desciendan al sepulcro yertos,
te substraerá de los enigmas suyos
quizá otra raza, y brindará a los muertos.

---

(1) En esta copa solía beber el poeta en sus festines. Esta poesía ha sido también magistralmente traducida por Bolaños Cacho.

¿Por qué no? Si en la vida, que es tan breve,
nuestras cabezas dan tan malas cosas,
limpias de polvo y de gusano aleve,
esta suerte tendrán: ser provechosas.

Antonio Ledesma.

RECUERDOS

No me recuerdes, no, las dulces horas,
aunque pasadas, ¡ay!, siempre queridas,
cuando en celestes dichas voladoras
se enlazaron por siempre nuestras vidas.
Ese recuerdo retará al olvido,
hasta que en doble tumba,
por la implacable muerte al fin vencido,
nuestro anhelar sucumba.

Ni yo puedo olvidar, ni tú tampoco,
aquellos días, cuando en blando juego
tus rubios rizos destrenzaba loco,
y tu pecho latía, y poco a poco
prendía en él mi fuego.
Aun en aquellos éxtasis te admiro:
tu seno hinchaba desigual suspiro,
y tu labio, callando, amor decía;
en mi pecho tu frente reclinada,
centelleaban, al fin, tus dulces ojos,
luchando en tu mirada
las caricias y enojos,

hasta que tierna, perdonando agravios,
tu voluntad doblada al dulce peso,
cedía en mi embeleso,
y ardiendo se buscaban nuestros labios,
cual si expirar quisieran en un beso.

Entonces, ¡ay!, extática y tranquila,
entornabas el párpado divino,
velando el globo azul de la pupila;
y la pestaña obscura
parecía en tu rostro alabastrino
pluma de cuervo sobre nieve pura.

Aun soñé anoche, idolatrado dueño,
que nuestro amor antiguo renacía,
y fué de aquel ensueño
más grata la ilusión al alma mía
que si gozase, al resplandor del día,
positivo favor de otra hermosura:
a los ojos más bellos
que anima la pasión con sus destellos,
vence, aun soñada, tu pupila pura.

No me recuerdes, no, las dulces horas
que, aunque pasadas, ¡ay!, la fantasía
renueva encantadoras;
no me recuerdes, no, tan dulces horas
hasta que, envueltos en eterno olvido,
nuncie la losa fría
que nuestro doble ser yace extinguido.

Teodoro Llorente.

EL PASADO

Hubo un tiempo... ¿Recuerdas? Su memoria
vivirá en nuestro pecho eternamente...
Ambos sentimos un cariño ardiente;
el mismo, ¡oh virgen!, que me arrastra a ti.
¡Ay! Desde el día en que por vez primera
eterno amor mi labio te ha jurado,
y pesares mi vida han desgarrado,
pesares que no puedes tú sufrir;

desde entonces el triste pensamiento
de tu olvido falaz es mi agonía:
olvido de un amor todo armonía,
fugitivo en su yerto corazón.
Y sin embargo, celestial consuelo
llega a inundar mi espíritu agobiado,
hoy que tu dulce voz ha despertado
recuerdos, ¡ay!, de un tiempo que pasó.

Aunque jamás tu corazón de hielo
palpite en mi presencia estremecido,
me es grato recordar que no has podido
nunca olvidar nuestro primer amor.
Y si pretendes con tenaz empeño
seguir indiferente tu camino...
obedece a la voz de tu destino,
que *odiarme* puedes; *olvidarme*, no.

Antonio Sellén.
(Cubano.)

¿LLORARÁS SOBRE MI TUMBA?

¿Y llorarás cuando la muda huesa
guarde mis restos? Dímelo otra vez;
empero si te aflige tal promesa,
calla, no quiero verte padecer.

Mi alma está triste, mi esperanza muerta;
la sangre fluye helada al corazón:
fuera de ti, no habrá quien llanto vierta
sobre la tumba en que descanse yo.

Mas de mis penas tras el velo denso,
un rayo de consuelo veo lucir,
y olvido mis pesares cuando pienso
que palpitó tu corazón por mí.

Yo bendigo esa lágrima piadosa
que de tus dulces ojos veo rodar;
doblemente querida y más preciosa,
para que yo no pueda ni aun llorar.

El sentimiento que te arranca llanto
pudo un día agitar mi corazón;
mas ya ni la belleza tiene encanto
para el que sólo a padecer nació.

Y sin embargo, ¿llorarás, señora,
sobre mi tumba? Dímelo otra vez;

mas si ese voto te entristece ahora,
calla, no quiero verte padecer.

César Conto.
(Colombiano.)

EN EL ÁLBUM DE UNA SEÑORITA

Cual suele en mármol sepulcral escrito
un nombre detener al pasajero,
pueda en aquesta página mi nombre
fijar tus ojos, ¡ay!, por los que muero.

Míralo, cuando ya de ti apartado
no te pida mi amor más recompensa;
de mí te acuerda como muerto, y piensa
que aquí mi corazón queda enterrado.

José María Heredia.
(Cubano.)

VERSOS ESCRITOS EN EL GOLFO DE AMBRACIA

Del cielo aislada en el azul profundo,
brilla de Accio en el mar la luna hermosa;
en estas olas, por Cleopatra odiosa,
perdióse el cetro del antiguo mundo.

De ambición, el frenético demonio
dió aquí sepulcro a miles de romanos,

y tantos sacrificios hizo vanos
por seguir a su amada el vil Antonio.

Perdona, Lisi; que mi voz severa
no excite de tu pecho los enojos:
perder no puedo un mundo por tus ojos,
mas ni por todo un mundo te perdiera.

José María Heredia.

LA VIRGEN DE ATENAS [1]

¡Adiós, virgen de Atenas! Ya te dejo.
Devuélveme, por Dios, mi corazón...
Si lo has tomado, ¡oh virgen!, para siempre,
toma el resto también, toma mi amor.
Oye mi adiós de llanto y agonía:
¡yo te amo, te amo, vida mía!

Por esa hermosa cabellera de ángel
que mece y riza un viento enamorado;
por tus pestañas, cuya negra franja
te besa las mejillas, dueño amado;
por tus ojos, que un Dios envidiaría,
¡yo te amo, te amo, vida mía!

Por tus labios de amor, que yo codicio;
por ese talle esbelto y seductor;
por esas flores que en su idioma dicen

---

(1) Traducida también por J. Martí Miquel.

lo que teme expresar humana voz;
por el sagrado amor que nos unía,
¡yo te amo, te amo, vida mía!

¡Adiós! Te dejo ya, virgen de Atenas,
sola... en tu corazón. ¡Ah!, piensa en mí
doquier que me acompañen tus cadenas;
la mía quedará cerca de ti.
Cesar de amarte, ¡ah!, no, luz de mi día;
¡yo te amo, te amo, vida mía!

A. Lozano.

EL HUERTO DE LAS ROSAS [1]

(Autor anónimo; traducida al inglés por Byron, del romaico.)

En el huerto, al entrar, de las rosas,
¡oh amada, oh bellísima Haideé!,
vine a ver dónde tú te reposas,
y en ti a Flora y al alba adoré.

Yo te imploro, mi bien, yo te amo,
y al decirte tan dulce verdad
tu ira temo; temblando reclamo
para mí tu amorosa piedad.

Si a la rama del árbol natura
le da frutos, aroma y calor,

---

(1) Traducida también por A. Lozano.

en tus ojos el alma fulgura,
en tu cuerpo derrama esplendor.

Mas si Amor me abandona y no presta
sus encantos al yermo pensil,
dame luego cicuta funesta,
más fragante que rosa de abril.

Exprimiendo su horrible veneno,
su amargura en la copa pondré;
pero dulce ha de ser en mi seno,
porque libre de ti moriré.

¡Cuán en balde pretendo, enemiga,
que me salves de tanto dolor!
En tus brazos mi pena mitiga;
dame, ingrata, la muerte o tu amor.

Amazona que armada caminas,
para ti combatir es vencer;
con saetas me heriste divinas;
a tus plantas me hiciste caer.

Moriré, si en mi herida no empleas
tu sonrisa, que sabe curar.
Esperanzas me diste... ¿Deseas
esperanzas en duelo trocar?

En el huerto entraré de las rosas,
¡oh amada, oh falsísima Haideé!;
y tú ausente, y las flores hermosas
ya marchitas, mi mal lloraré.

Juan Valera.

DESPEDIDA

Tu dulcísimo beso, vida mía,
mi labio guardará limpio y seguro,
hasta que al tuyo, en venturoso día,
pueda volverlo inmaculado y puro.

Tus ojos, que el dolor hoy humedece,
siempre igual han de ser al amor mío;
la lágrima que en ellos resplandece
no llorará mudanza ni desvío.

Prenda mi fe de tu cariño estrecho
no exige, dulce bien, ni necesita;
ni he de llevar memorias junto al pecho,
que sólo por tu amor arde y palpita.

Tampoco a pluma entregaré, impotente,
el afán con que mi ánimo batalla.
¿Qué vale la palabra balbuciente,
si mucho sufre el corazón y calla?

Día y noche, en bonanza y en tormenta,
mi espíritu, por siempre ya rendido,
devorando el afán que lo alimenta,
su amor eterno llevará escondido.

Teodoro Llorente.

A UNA SEÑORA QUE LLORABA [1]

Hija de estirpe real, llora el oprobio
de un señor, y de un reino la miseria.
¡Dichosa tú si con el llanto puedes
borrar las faltas que tu padre ostenta!

Llora, porque tus lágrimas son puras,
propicias a estas islas en sus penas.
¡Cada lágrima tuya en lo futuro,
pago del pueblo en las sonrisas tenga!

E. Godínez.

A UN CORAZÓN DE CORNERINA ROTO

¡Infeliz corazón! ¿Cómo ha ocurrido
que así te hayas hendido en dos fragmentos?
¿Tantos desvelos por cuidarte han sido
vanos, como lo son los juramentos?

Así, partido, tu belleza ostentas;
te quiero más al verte destrozado;
pues tu dueño ve en ti que representas
su propio corazón despedazado.

E. Godínez.

---

(1) La princesa Carlota.

LA CADENA Y EL LAÚD

(Melodía turca.)

Yo te dejé un laúd y una cadena;
linda cadena, armónico laúd;
mi alma veraz y de perfidia ajena
ni aun presumió tu aleve ingratitud.

Secreto encanto en ellos escondido,
por que tu fe velasen, puse yo;
tu falacia en mi ausencia he conocido:
ambos cumplieron su deber, tú no.

La cadena era fuerte, mas debía
al tacto de otras manos estallar;
melodioso el laúd, mas no podía
a otro que a mí su vibración prestar.

Di, pues, al que a tu pecho ha substraído
esas prendas de amor, que dé al laúd,
que enmudeció al tocarlo, su sonido,
y vuelva a la cadena su virtud.

Ella está rota y el laúd no suena;
cual tú mudaron a la vez los dos.
¡Pérfido corazón, frágil cadena;
silencioso laúd, adiós, adiós!

J. A. Calcaño.
(Venezolano.)

A UNA DAMA QUE ME PREGUNTABA EL ORIGEN DEL AMOR

«¿Qué origen tiene el amor?»,
es tu pregunta cruel.
Léelo en todos los ojos:
nace... desde que te ven.

¡Ay, mi corazón me dice
su fin! ¿Lo quieres saber?
Languidecerá muriendo
y me enterrarán con él.

Antonio Chocomeli Codina.

A GINEBRA

El azul de tus ojos, puro y suave;
tu larga cabellera,
tu frente pensativa y demudada,
donde el dolor impera
sin desesperación, tranquilo y grave,
tal sello de tristeza
imprimen en tu faz y movimiento,
que si yo no supiera con certeza
que en esa alma tan pura
sólo se anidan puros pensamientos,
de fijo creería
que algún pesar mundano lo envolvía.

Tal del pincel de Guido,
del genio que se inspira en la hermosura,
nació la Magdalena
cual tú nos apareces; por ventura
la eres muy superior, porque en tu pena
no hay culpa que ser deba perdonada
ni que te cause enojos;
en ti unidos virtud, remordimiento,
éste no expía nada
ni aquélla tiene que sufrir sonrojos.

Jaime Martí Miquel.

¡ADIÓS! (1)

¡Adiós! Y si este adiós por siempre fuere,
¡adiós por siempre, adiós por siempre, sí!
En vano, en vano tu desdén me hiere;
nunca serás odiosa para mí.

¡Oh!, si arrullar pudiera yo este seno
que arrullaba en dulcísimo vaivén
tu sueño melancólico y sereno
que de hoy más nunca batirá tu sien;

si rasgarlo pudiera, y a tus ojos
mostrar el fuego inmenso que arde en él,
se templaran entonces tus enojos
y fueses menos rígida y cruel.

---

(1) Ha sido también traducida por Heriberto G. de Quevedo.—*(N. del C.)*

Gustosa escuchas el rumor del mundo,
que a ti te aplaude y me reprueba a mí;
pero no ves, en tu rencor profundo,
que eso te hiere de rechazo a ti.

Aunque extraviado, criminal o insano
rompiese yo de nuestro amor la fe,
¿por qué se escoge, para herir, la mano,
la misma mano que feliz besé?

¡No te envanezcas! Mira; lentamente
socava el tiempo y mina la pasión;
pero no se destruye de repente
un amor que ha incendiado el corazón.

Ciega estás hoy de rabia y de venganza,
mas sientes que amas, sientes que amarás;
muerta está para mí toda esperanza,
pero yo siento que amo, que amo más.

Hay una voz que lleva a nuestro lecho
el luto y el dolor: ¡Separación!
Esta voz repercute en nuestro pecho
como un grito de muerte y de aflicción.

Un mar inmenso, lóbrego, sombrío,
en medio a nuestras vidas correrá;
y un lecho viudo, solitario y frío,
con tibio rayo el sol calentará.

Cuando a tu hija, como tierna madre,
des dulces besos; cuando empiece a hablar,

haz que repita el nombre de su padre,
aunque él ya nunca puédala escuchar.

Cuando sonría cariñosa al verte,
cuando te bese en su infantil candor,
¡piensa en quien ora siempre por tu suerte;
piensa en quien fué dichoso con tu amor!

Y si en su faz encuentras el semblante
del esposo que abate tu crueldad,
sofocando tu cólera un instante,
me darás un recuerdo, ¿no es verdad?

Tú conoces sin duda el extravío
de mi impetuoso, ardiente corazón;
pero no sabes que un dolor impío
prensa mi seno y turba mi razón.

Doquier que estás se apaga mi esperanza
al aliento letal de tu rencor;
¡pero doquier que estás, tras ti se lanza
buscando el rastro de un perdido amor!

En vano anhela el corazón la calma,
por tu desdén hollada su altivez;
despreciado por ti, siento que mi alma
débil fallece en triste languidez.

¡Esto es hecho! ¡Esto es hecho! Inútilmente
mis súplicas haré. Todo acabó;
¡pero hay recuerdos fijos en la mente
que no sofoca la venganza, no!

¡Adiós por siempre! Todo cuanto he amado
y cuanto puedo amar lo pierdo en ti;
me siento solo, triste, desolado,
y es la vida un martirio para mí.

Domingo Díaz Granados.
(Colombiano.)

A AUGUSTA

Nublan tinieblas lóbregas el mundo;
su luz apaga la razón sombría,
y la esperanza un rayo moribundo
vierte en falsa vereda y me extravía.

Cayó la noche sobre el alma, y cuando
lucha funesta el corazón me parte,
mi maldecido afecto desdeñando,
el débil duda, el egoísta parte.

Huyó la suerte, y el amor con ella;
su dardo asesta sobre mí la ira;
sólo en ti veo la propicia estrella
que sin ocaso en mi horizonte gira.

¡Bendiga Dios tu inmaculada lumbre
que, cual de un ángel la mirada pura,
constante brilla en la cesleste cumbre
entre mis ojos y la noche obscura!

Cuando con turbios pliegues de vapores
velen tu resplandor pálidas nieblas,

más brillantes irradia tus fulgores
y vívida desgarra las tinieblas.

Vele siempre por mí tu alma serena
y mi odio calme o a la lid me aliente:
temo más a tu voz, que dulce suena,
que al estruendo del mundo maldiciente.

Cual tronco inmóvil eres, que el ultraje
firme contrasta del airado viento,
y cimbrea gallardo su follaje,
que presta sombra fiel a un monumento.

¡Silben los euros; la borrasca zumbe!
De la tormenta en las horribles horas
tu frente, árbol amigo, no sucumbe,
y hojas marchitas sobre mí tú lloras.

Jamás el rayo vengador que acaso
ya amenaza mi sien, hiera tu frente:
si alumbra a la virtud sol sin ocaso,
verás siempre ese sol resplandeciente.

Rotos los lazos todos de mi vida,
sólo tu casto afecto nadie trunca.
Tu corazón padece, mas no olvida;
¡tu pecho es tierno siempre, débil nunca!

Por mí ese pecho con amor profundo
latirá cuando a todo esté ya muerto;
¡y mientras tú embellezcas este mundo,
no será, no, ni aun para mí un desierto!

Teodoro Llorente.

A ISABEL

Hay una vida mística enlazada
tan cariñosamente con la mía,
que del destino la inflexible espada
ninguna o ambas deberá cortar.
Una beldad existe que mis ojos
siempre la ven con mágica delicia;
de día sabe disipar enojos;
de noche, ensueños dulces inspirar.

Hay una voz tan pura y melodiosa,
que al oírla mi pecho se enajena;
no acompañados de esa voz hermosa,
célicos coros no quisiera oír.
Hay una faz cuyo rubor explica
la historia de mi amor en su mejilla;
y al despedirse, pálida, publica
más amor que me es dado proferir.

Hay un labio que el mío ha comprimido
y que antes otro labio no estrechó;
juró hacerme feliz, y envanecido,
mi labio lo comprime y otro no.
Hay un seno, todo él es propio mío,
do mi cabeza enferma reclinó;
una boca que ríe si yo río,
ojos que lloran cuando lloro yo.

Dos corazones hay que en vibraciones
de dulcísima unión se corresponden,

y dicen en acordes pulsaciones:
o juntos palpitar o fenecer.
Dos almas hay que ven tan dulcemente
la vida deslizar..., que al separarse...
¿Al separarse? ¡Ah, no!; que eternamente
una sola esas almas han de ser (1).

A BALTASAR

I

¡Oh Baltasar! De la nocturna fiesta
retorna al fin; mas, ¡ay!, no sumergido
en tu fatal letargo. ¿Sobre el muro
brillar no ves los signos que te anuncian
tu infortunio seguro?
Herido por el cielo,
de su trono rodó más de un tirano;
y tú, entre todos el peor, que siembras
de placer y molicie tu camino,
escrito está: morir es tu destino.

---

(1) Por fin, a la erudición del notable literato venezolano P. de Arizmendi debemos el haber dado con el nombre del traductor de esta famosa poesía. Se llamaba D. José de Urcullu. La publicó un periódico anunciador de la casa editorial Ackerman, de Londres, a mediados del pasado siglo; de allí pasó a la Gramática Vingut, sin nombre, propagándose tan gloriosamente. Era bilbaíno. — *(N. del C.)*

II

Desprende, sí, las rosas de tus sienes,
donde se ostentan hoy blancos cabellos;
de juventud la espléndida guirnalda
no debe ya resplandecer en ellos,
ni la regia diadema en que empañado
cada brillante fué. Cual vil juguete,
arroja el cetro que por ti llevado
rige esclavos no más, en cuyo seno
germina el odio, y a morir aprende
como sabe morir todo el que es bueno.

III

¡Oh tú, infeliz, que en la eternal balanza,
tan temprano, ¡oh dolor!, pesado fuera!;
espíritu sin fuego,
marchito por el hielo de la muerte,
antes que tu alma juventud huyera,
y cuya mísera envoltura es sólo,
¡ay!, una masa vil de polvo inerte.
Ya para ti, a quien lanza
un instinto brutal entre la escoria,
y regir a los hombres no supiste,
ni vivir ni morir, hoy deplorando
tu inútil existencia,
lágrimas sólo tiene la Esperanza.

Mercedes Matamoros.

UN SUEÑO

I

Doble es la vida del mortal : el Sueño
tiene también su misterioso mundo,
que en los inciertos límites se extiende
de la Vida y la Muerte, o lo que, ilusos,
llaman así los hombres. Él gobierna,
de fantásticos seres, reino mudo,
cuyas visiones, cual nosotros, vida
tienen y aliento y lágrimas, y agudos
dolores sufren y placeres gozan.
Al pensamiento humano dan impulso
ellas secreto, y a la par engendro
de nuevas sombras los azares duros
de nuestra suerte son. Nuestra existencia
divide el vago sueño : sus obscuros
cuadros en nuestra mente vida cobran,
y cual heraldos mira del futuro
sus sombras el espíritu medroso.
Del pasado recuerdos importunos
o del velado porvenir sibilas,
el alma rinden al pesado yugo
del placer y el dolor. De su capricho
juguete es nuestro ser, y su conjuro
evoca, los que hielan nuestra sangre,
pavorosos fantasmas del sepulcro.
¿Fingidas sombras son o ciertos seres?
¿Son también vanas sombras los confusos

recuerdos de otra edad? ¿Son de la mente
soñadora ilusiones? Da robusto
aliento el alma a imaginarios seres,
que de espléndidos orbes los augustos
recintos pueblan y su vida vence
de la vida del hombre el breve curso.
Yo os diré la visión que en el letargo
mi sueño perturbó; funesto augurio
quizás, o fiel memoria, que compendia
luengos años en rápido minuto.

II

Dos sombras vi risueñas. Dió sus rosas
la juventud a su semblante. El musgo
leve hollaba su pie de alta colina.
¡Colina pintoresca! En el fecundo
llano se pierde su tendida falda,
y de enlazada cordillera el último
promontorio parece; mas no, inquieto,
ruge a sus pies el piélago iracundo.
Bello y gozoso panorama extiende
horizonte sereno en torno suyo.
En mar de espigas y ondulantes selvas
de desparcidas chozas viejos muros
pardos se elevan, y sobre ellos vagan,
en tenues espirales, nubes de humo.
Coronan la colina añosos árboles
que, formados en círculo, sus rudos
troncos levantan, y a su sombra, inmobles,
el mancebo y la virgen en profundo

silencio miran, ella el cuadro inmenso
que a sus pies se dilata, cual su fiero
semblante hermoso, y él la faz divina
de la doncella. Breves, mas no en número,
son sus años iguales. Cual la luna
que naciente destácase en el turbio
confín del horizonte, en la alborada
brilla la virgen de su abril fecundo.
Un niño es el doncel; mas ya su pecho
voraz consume el fuego prematuro
de temprana pasión. La azul pupila
del ángel que contempla taciturno
su alma inflamó, que alienta sólo y vive
para su amor. Ella es su voz; si el húmedo
labio de rosas abre, estremecido,
su melodioso acento escucha él mudo.
Sólo por ella ve : de su mirada,
que de celestes tintas baña el mundo,
va su mirada en pos. Ya en sí no vive;
vive en ella tan sólo. Cual tributo
dan los ríos al mar, sus pensamientos
van a morir al pensamiento que único
consuela su alma ansiosa. Si oye el timbre
sonoro de su voz; si al blando impulso
del viento volador, le roza un pliegue
de su flotante falda, en hervor rudo
su sangre late y borrascoso cambia
el color de su faz, y aun el oculto
motivo ignora de su interna lucha.
El tierno pecho de la niña, duro,
cerróse a los afanes del mancebo.

En él mira un hermano; mas no pudo
dar a su amor más que fraterno afecto.
Sola en la tierra, de linaje augusto
vástago solitario, ella su amigo
le nombra. Mas ¿por qué vago disgusto
siente a ese nombre su infeliz amante?
A ese del corazón enigma obscuro
respuesta el tiempo dió, respuesta amarga.
¡Ella amaba también! Otro su triunfo
logró feliz, y en la fatal colina
mira a lo lejos si el erial inculto
galopando atraviesa el que anhelante
su amador espolea noble bruto.

III

Trocáronse las sombras de mi sueño.
De altivo alcázar ante el viejo muro,
embridado corcel jinete aguarda;
y en oratorio que al divino culto
los siglos consagraron, solo, triste,
pálido, pensativo, con adusto
aspecto, el mozo el pavimento hiere
con paso desigual. Meditabundo
siéntase; oprime su crispada mano
la leve pluma, y rápido y convulso
escribe, y luego entre sus manos trémulas
la frente dobla, que inclinara el mustio
dolor, desfallecida. Ya se levanta
y el pliego que escribió rompe iracundo
con rencor ciego, y de benigno llanto

ni una gota humedece su ojo turbio.
Calma aparente su inquietud esconde,
y oye tranquilo que el umbral robusto
huella del viejo alcázar con pie leve
la reina de su amor. Cándido y puro
es de sus ojos el destello, y ríe
dulce al mancebo. ¿El torcedor agudo
que es su tormento, ignora? No; ella sabe
— el amor escondido nunca estuvo
a la más inexperta de las niñas —
que es por él adorada, que es el núcleo
su imagen de sus locos pensamientos,
que es infeliz; mas, ¡ay!, hasta qué punto
dolor y amor llegaron, aun ignora.
Él se levanta y con gentil saludo
ceremonioso a la doncella tiende
la mano, que ella oprime, y brillan súbitos,
del triste mozo en la sombría frente,
lúgubres pensamientos que en tumulto
loco se agitan, y cual vagas sombras
nebulosas disípanse. Confuso
deja caer la mano de la bella
y cortés pasa el mozo. ¿Su adiós último
es aquel a su amada? Con sonrisa
que apacible y serena no es augurio
de eterna despedida, se separan.
Cruza con paso rápido el obscuro
portal; oprime osado los ijares
del volador corcel; sin fijo rumbo
lejos corre, y tornar ya no le vieron
del viejo alcázar los altivos muros.

IV

Trocáronse las sombras de mi sueño.
El niño es hombre ya. Donde los rústicos
bosques región selvática decoran,
busca una patria, y su alma a los fecundos
rayos del sol tranquila se despliega.
Ya no es quien fué ayer; el mar sañudo,
la agreste sierra y el tendido llano
cruzar le ven, indiferente al mundo.
Múltiples perspectivas miro en torno,
y pasan y disípanse y descubro
siempre su imagen solitaria en ellas.
Y pasan, y por fin vano refugio
buscar le miro del candente rayo
que vibra vertical el sol de julio;
los fatigados miembros extendiendo
al pie de las columnas que el orgullo
alzó y al nombre sobreviven, rotas,
del que labró ambicioso el mármol duro,
duerme, y en torno los camellos pacen.
Cabe sonoro manantial, algunos
de noble raza indómitos caballos,
ligan a firme tronco dobles nudos.
Suelta al viento la túnica flotante;
guardián de árida tez y rostro enjuto
vela, y sus toscos camaradas yacen
en rojo suelo de verdor desnudo.
Y sobre ellos dilátase el espacio,
tan sereno, tan diáfano y tan puro,

que la sombra de Dios se transparenta
en el azul del firmamento augusto.

V

Trocáronse las sombras de mi sueño.
La amada del mancebo al blando yugo
rindió del himeneo el albedrío.
Es de su esposo apasionado culto
el idólatra amor; y lejos goza
del desdeñado mozo, en el seguro
asilo de su hogar felices días,
viendo crecer, cual vírgenes capullos,
sus risueños infantes, dulces hijos
de la Hermosura. Mas ¿por qué cual nuncio
de interna lucha y comprimido anhelo
su faz signo fatal nubla importuno?
¿Por qué velan sus húmedas pupilas
los párpados caídos, cual si el turbio
raudal del lloro contener quisiera?
¿Cuál es su interno afán? Contempla suyo
cuanto en el mundo anhela, y del que un día
loco la amaba, el pensamiento impuro
y la esperanza criminal no pueden
ser a su honor inmaculado insulto.
¿Cuál es su interno afán? Ni ella amó nunca
al doncel, ni a su amor inoportuno
dió pábulo jamás. No; ser no puede
su inocente memoria el que sañudo
en su alma herida sin piedad se ceba,
buitre devorador en ella oculto.

VI

Trocáronse las sombras de mi sueño.
Ya volvió el peregrino : ante el augusto
altar le miro, y a su lado hermosa
desposada gentil. Es noble orgullo
de la beldad su rostro peregrino;
mas no es el sol que iluminó fecundo
de su infantil amor los dulces sueños.
Ante el ara, sombrío y taciturno,
luchar él siente en su atrevido pecho
las emociones que en combate rudo,
en el sacro oratorio del antiguo
alcázar, sufrió un día, y brillan súbitos,
cual brillaron entonces, en su frente
lúgubres pensamientos que en tumulto
loco se agitan, y cual vagas sombras
nebulosas disípanse. Convulso
duda; mas pronto reprimió su anhelo,
y con sereno rostro y con seguro
acento dice un «sí» que niega su alma.
Y todo vago gira en torno suyo :
templo y altar, esposa y sacerdote,
ve disiparse, y a sus ojos turbios
el hogar aparece de su infancia,
y el del altivo alcázar viejo muro,
y el amado aposento, el día, la hora,
la colina, las sombras del crepúsculo,
y la que estrella fué de su destino.
Y todos esos cuadros, en confuso

vaivén, entre la luz y su pupila,
corren veloces. ¿Para qué, importuno,
la pompa turba del solemne instante
el de ya muerta edad, aspecto mudo?

VII

Trocáronse las sombras de mi sueño.
La amada del doncel — ¿quién la luz pudo
así extinguir de su beldad? —; la amada
del doncel sufre la que ignora el mundo
dolencia oculta, que emponzoña su alma.
De la razón burlando el roto yugo
libre vuela su espíritu, y sus ojos
con sobrehumana luz brillan adustos.
En región tenebrosa su alma reina;
su fantasía, lóbrego conjunto
de desacordes pensamientos, tiende
en su vaga extensión vuelo inseguro.
Locura llamó el hombre a su dolencia;
mas, ¡ay!, en alma noble, acerbo fruto
es la locura del dolor. Él presta
luz radiante y profética a los mustios
ojos que el llanto empaña. Es la locura
entonces claro prisma que, desnudo
de engañadores velos, el espectro
de la verdad nos muestra, y los ocultos
arcanos revelando, brotar hace
la horrible realidad a su conjuro.

VIII

Trocáronse las sombras de mi sueño.
De nuevo el peregrino taciturno
la tierra cruza solitario, muertos
o en lucha ya con él todos los suyos.
Blanco a las flechas del dolor, en su alma
hincaron el Rencor y el Odio injusto
hierro acerado, y ponzoñosa mana
la fuente donde el néctar libó puro
del amor y la vida. Cual un tiempo,
del celebrado Ponto el rey astuto,
el de nocivas pócimas nutrido,
la ponzoña letal bebe seguro;
la que a los hombres todos muerte fuera,
para él es vida. Escala los robustos
peñascos, de los montes fiel amigo;
contempla las estrellas, y el nocturno
silencio oye las pláticas que entabla
con el velado ser que anuncia el mundo.
Y le dicen los astros su secreto,
y del cielo en los ámbitos profundos
a sus ojos la noche abre su libro;
y la voz que habla en el abismo obscuro
le dice, revelándole su arcano:
«Sé, cual las sombras de mi reino, mudo.»

IX

Y la visión se disipó. Y absorto,
yo la verdad del pavoroso augurio

hoy pensador medito. Ambos amantes,
tras vida escasa de agitado curso,
lloran, él desdichado, ella demente,
el infausto rigor de su infortunio.

Teodoro Llorente.

TINIEBLAS [1]

Soñé; pero no todo cuanto os diga
fué la ilusión fatídica de un sueño:
se extinguió el sol brillante, y las estrellas,
entre las nieblas del espacio etéreo,
rodaron sin claror, y sujetada
la tierra, fría y ciega, al astro muerto
ya de la luna, entre las densas sombras
bogó azotada por los negros vientos.
Llegó, pasó, y volviendo la mañana,
no el día, alegre la siguió. Ante el miedo
de una muerte sin gloria, los humanos
sus mutuos odios al olvido dieron,
y de un frío egoísmo el alma herida,
sólo de luz les conmovió el deseo.
Anchas hogueras centellearon: trono,
cabañas, regio alcázar, sacro templo,
todo encendido, cual distantes faros,
rojo brillaba con intensos fuegos.

---

(1) Poseemos las versiones de este poema del cubano don José María de Heredia y la de D. Tomás Aguilós. — *(N. del C.)*

Y aun, por verse otra vez, de las ciudades
agitaron los hombres el incendio,
y en torno de los muros congregados,
luz aun prestóles su abrasado techo.
¡Dichosos los que al pie de los volcanes
la amenazante llama convirtieron
en antorcha esplendente!... Una esperanza,
harto vencida por temores ciertos,
quedaba al mundo : los sagrados bosques.
Quemáronlos también. Sus troncos viejos,
pábulo de las llamas, de hora en hora
trocáronse en cenizas, y con seco
estallido final, su último rayo,
antes de hundirse en las tinieblas, dieron;
y a su muriente lampo, reflejado
en la frente del hombre, aun más su aspecto
lúgubre pareció... Quién, prosternándose,
llanto vertía de sus ojos pérfidos;
quién, apoyado el rostro en las cruzadas
manos, en vano sobre el labio seco
fingir sonrisas intentó... Corrían
unos en torno amontonando objetos
que alimentasen la insaciable hoguera;
otros giraban, tímidos, al cielo
los espantados ojos y las sombras
vían tan sólo, como manto denso,
como sudario fúnebre extendido
sobre la tumba de los mundos muertos;
y luego, hundidos en el polvo, alzaban
su voz blasfemadora y sus lamentos.
Lanzaba el buho su agorero grito,

moviendo cerca de la tierra el vuelo,
y con inútil ala el viento hería;
tímido y tembloroso el carnicero
tigre tornóse, y azorado el áspid,
olvidando su dardo y su veneno,
enlazóse a los hombres... La audaz guerra,
suspendida un instante, sus violentos
furores renovó : sólo con sangre
compróse el pan, y de los otros lejos,
cada hombre iba a devorar su presa;
despareció el amor y un sentimiento
sólo agitó a la tierra : el de una muerte,
próxima y con dolor. Duro el asedio,
del hambre desgarraba las entrañas;
el hombre vió los insepultos huesos
del hombre y los dejó; se devoraron
los flacos a los flacos, y a sus dueños
los perros atacaron; sólo uno,
más que los otros fiel, defendió el cuerpo
de su señor de las rapaces aves,
del voraz bruto y del mortal famélico,
hasta que en torno sucumbieron todos;
y él mismo, desdeñando su alimento,
perenne, alzando plañideros gritos,
murió, la mano del señor lamiendo
que tantas veces le halagara. El hambre
despobló el mundo tras combate lento,
y sólo dos mortales enemigos
vivos quedaron en inmenso pueblo:
cerca de los tizones humeantes
de un ara se encontraron, removiendo

las cenizas aun cálidas; sus manos,
frías y descarnadas, hueco abrieron
y a alzar probaron vacilante llama
al débil soplo de su escaso aliento;
brotó por fin, pero al volver los ojos
hacia el lampo fugaz, ambos a un tiempo
dieron un grito y sucumbieron ambos,
horrorizados de su mutuo aspecto,
sin descifrar a cuál de los dos era
a quien el hambre, aun más, trocó en espectro.

El mundo fué un vacío inmensurable:
la ancha comarca, el populoso reino,
todo en confusa masa convertido,
sin gentes, sin verdor, sin tibio suelo
do germinase el árbol, caos inmoble
de obscura muerte fué. Ríos, océanos,
calmados lagos se durmieron mudos;
nada turbaba su silencio eterno...
Las naves, sin marinos, en las aguas
perdiéronse, y el mástil altanero
cayó y cayó, sin remover las olas,
que en la tumba del mar muertas yacieron.
La luna, que su impulso presidía,
no las alumbró más, y el manso viento,
estancado en la atmósfera y marchito,
con blando soplo las llevó en silencio
y en el caos perdiéronse...
¡Tinieblas!
¡Tinieblas nada más fué el universo!

Vicente W. Querol.

IMITACIÓN DE LORD BYRON

Nadie sonríe en torno; nadie enjuga,
si trabajo, el sudor; si gimo, el llanto;
si el enojo la frente acaso arruga,
nadie tiembla de espanto;

ni muelle brazo que mi sien apoye
tras las faenas del penoso día;
nadie los ecos de mis rimas oye
con blanda simpatía;

nadie a la puerta, exánime, si tardo,
cuenta las horas implorando al Cielo;
y yo de nadie la venida aguardo
para calmar mi anhelo.

No hay ser viviente, si el dolor me abruma,
que vigorice el abatido pecho;
una huella no más dobla la pluma
del solitario lecho.

Pues ora, huelgue el corazón. Ya rotos
los vínculos están; y ya pareces,
Fortuna, blanda a los ardientes votos
frustrados tantas veces.

Sepa quien puso en la turbada frente,
mezclada con el mirto la amapola,
cuánto placer sin ella el alma siente,
y sépalo ella sola.

Gocemos ambos: ella en el tumulto
de pasiones que excita su belleza;
yo, consagrado al misterioso culto
de la naturaleza.

J. J. de Mora.

A ***

I

Ni pronuncio, ni escribo, ni aun murmuro
tu dulce nombre, grato al corazón;
un crimen pronunciarlo me parece,
y encierra su sonido honda aflicción;
pero el llanto que baña mis mejillas
testigo es fiel que siempre te dirá
cuántos profundos pensamientos moran
de mi pecho en la triste soledad.

II

Para nuestra pasión, breves muy breves,
mas no para la paz del corazón,
aquellas horas fueron, que por siempre
pasaron entre el goce y el dolor.
Arrepentidos — nuestra fe abjuramos —,
quisimos nuestros lazos desatar;
separarnos pensamos, y corrimos
de nuevo nuestros lazos a anudar.

III

Reine en tu pecho sólo la alegría;
sólo en mi corazón reine el pesar;
olvídame por siempre, sí, ¡por siempre!;
olvídame — ¡si quieres olvidar! —.
Mas, ¡ay!, el corazón que ha sido tuyo
morirá a su recuerdo siempre fiel;
no podrá quebrantarlo el universo,
aunque te muestres sin piedad con él.

IV

¡Inexorable para el necio altivo,
en medio de su más negro rencor,
humilde sólo para ti, constante,
ha de latir mi humilde corazón!
Y nuestras horas, ¡ay!, serán más gratas,
más bellos nuestros días han de ser,
teniéndote a mi lado eternamente,
que teniendo los mundos a mis pies.

V

Tan sólo de tu amor una mirada,
un suspiro tal vez de tu pesar,
el premio o el castigo que yo anhelo
mi dicha o mi desgracia han de fijar.
Que en hora buena los extraños rían
si a su fallo me quiero resignar.
¿Qué esperan ellos de tus labios? ¡Nada!
¡Pendiente de ellos mi ventura está!

Antonio Sellén.

ESTANCIAS

Nuestros paseos nocturnos
no los prolonguemos más
a tan avanzadas horas,
aunque el corazón leal
siempre sea tan amante
como ahora, y a brillar
venga en el cielo la luna
con la misma claridad.

Que la espada, con el uso
la vaina suele rozar,
como el alma gasta el pecho;
que el corazón cuanto más
ama, por tomar más fuerza
necesita descansar;
y hasta el amor, del reposo
siente la necesidad.

Aunque la noche se hizo
para sentir, para amar,
y el día para el amante
presto siempre llegará,
nuestros paseos nocturnos
por el parque secular,
a tan avanzadas horas
no los prolonguemos más.

Antonio Chocomeli Codina.

ADIÓS A INGLATERRA

¡Oh patria de mis padres, patria mía,
célebre por tu noble bizarría,
grande por tu arrogancia y tu valor!
Abandonado y triste ya me alejo,
y los placeres y esperanzas dejo
que tu suelo en un tiempo me brindó.

¡Adiós, de libertad madre querida!
Tanto el dolor envenenó mi vida,
que hasta la libertad ya me cansó.
¡Cálmate, corazón! A dura ausencia
el destino implacable te sentencia
y sus fallos aprueba la razón.

El Dios que vió mis dudas y temores
y que testigo fué de mis errores,
sólo ese Dios comprende cuánto amé;
mas ya se disipó tan dulce encanto,
y de ese amor hasta el recuerdo santo
se borra con mis lágrimas de hiel.

¡Con qué radiosa claridad brillaron,
pero, ¡ay!, con cuánta rapidez volaron
los momentos de amor y de placer! :
cual cometa veloz que tierra y cielo
ilumina al pasar con raudo vuelo
y es nuncio de desgracia y lobreguez.

Recuerdos de embeleso y de ternura,
de inefable placer, cuya dulzura

no debe ya mi corazón probar,
dejad al miserable desterrado
a su propio destino abandonado;
no aumentéis su tormento, por piedad.

¿Dónde podrá librarse el alma mía
del dolor que la acosa noche y día,
del recuerdo que siempre vivo está?
¡Nunca! Un dolor como el dolor que siento
no puede mitigarse ni un momento
al influjo de un bálsamo falaz.

¡Quién pudiera atajar ese torrente
que arrebata en su rápida corriente
las memorias del bien que huye de mí!
La esperanza su luz consoladora
me mostrará, tal vez, como la aurora
de un risueño, dichoso porvenir.

¡Ah! ¿Tiene la embriaguez virtud secreta
para hacer olvidar, y la saeta
puede arrancar que hiere el corazón?
¡Oh, no! Que el vino, si por un instante
adormece el dolor, aún más punzante
deja en el seno su aguzado arpón.

¿Pueden, acaso, el tiempo y la distancia,
o los goces de torpe intemperancia,
mis amargos recuerdos disipar?
Si huyo hasta el polo, allí la imagen bella
veré de mi adorada; allí está ella
burlándose, insensible, de mi mal.

La brisa de la tarde, murmurando
en mi oído su acento dulce y blando,
que siempre conmovió mi corazón,
acaso con su llanto humedecida,
lágrimas a mis ojos también pida
que rieguen el altar de nuestro amor;

y en los ensueños de la noche umbría,
y en mis delirios cuando ostente el día
su esplendor importuno para mí,
se extasiará mi mente en tu hermosura
con la ilusión, burlando mi ternura
y engañando mi amante frenesí.

¡Huid, huid, fantasmas pavorosos
que turbáis mi razón! Sueños hermosos,
seductoras imágenes, pasad;
no vengáis a aumentar mi desventura,
quimeras que ha forjado la locura;
visiones del dolor, dejadme en paz.

La adorada mujer, la amante esposa
que de Dios ante el ara misteriosa
mis juramentos de lealtad oyó,
¿cómo puede romper sagrados lazos
y luego devolver, hecha pedazos,
al esposo la prenda que él le dió?

Tal vez, en un momento de extravío,
al amor ofendí; mas mi desvío
supe al instante mismo reparar,
y besé, de mi falta arrepentido,

el inocente corazón herido
antes de oírle quejas exhalar.

La frente se inclinó, que siempre alzada
llevé; mi voz, al mando acostumbrada,
una súplica humilde murmuró;
mi orgullo enmudeció; te amaba tanto,
que sólo con mis ruegos y mi llanto
pensé alcanzar la gracia del perdón.

¿Por qué entonces, mi bien, esa funesta
falta, que tantas lágrimas me cuesta,
ha de ser de mi vida el torcedor?
¿Cómo puede borrar las impresiones
que deja en los sensibles corazones
hondamente grabadas el amor?

Entre el agravio que provoca ira
y el amor que piedad al alma inspira,
¿debió sólo el orgullo decidir?
Tu corazón, a la crueldad extraño,
¿debió darme el horrible desengaño
de probar su rigor tan sólo en mí?

Cuando a tus plantas, abatido y triste,
imploraba perdón, ¿cómo pudiste
tus tiernos sentimientos dominar,
y viéndome sufrir como sufría,
mostrarte indiferente a mi agonía
y hasta la compasión hacer callar?

Dime: al notar que nuestra tierna hija,
con su mirada en tu mirada fija,

te halagaba con dulce sonreír,
¿no sentiste un impulso, uno siquiera,
de maternal amor, que respondiera
a su caricia tímida, infantil?

Ese seno, ¡ay de mí!, tan tierno un día,
que sólo para mí tiene falsía,
que sólo a mi penar es desleal,
¿no sintió el escozor de la amargura
cuando a aquella inocente criatura
rechazaste con áspero ademán?

Sólo a mis ruegos, sólo a mis gemidos,
inhumana cerraste los oídos
que la súplica abiertos siempre halló;
y mi voz dolorida, lastimera,
que hasta las Furias conmovido hubiera,
sin respuesta, sin eco se perdió.

¿Y piensas, piensas tú, mujer querida
— pues aun eres la vida de mi vida
y a ti sólo amo y sólo pienso en ti —,
que con la ausencia el corazón olvida,
que acaso el tiempo curará tu herida
y que puedes, como antes, ser feliz?

¡Estéril esperanza, vano empeño!
Estériles y vanos, como el sueño
que en la noche nuestra alma deleitó,
y que se desvanece de repente
desde que el sol despide en el Oriente
los tenues rayos del primer albor.

La ilusión volverá, cuando algún día
descubra tu agitada fantasía,
de la hija en el rostro encantador,
las hermosas facciones de la madre
y las facciones del esposo y padre
que en misterioso enlace unió el amor.

De sus mejillas el gracioso hoyuelo,
sus ojos melancólicos, que el Cielo,
por que fueran como él, tiñó de azul;
su balbuciente voz, ¡ay!, todo en ella
conservará de nuestro amor la huella
y te hará suspirar con inquietud.

Entonces, aunque el mar ondisonante
abra abismos sin fin; aunque levante
su terrible barrera entre los dos;
a pesar del abismo y las tormentas;
aunque tú no me llores ni me sientas,
yo a tu lado estaré, mi dulce amor.

¡Ay! No fué tuya, no, la mano impía
que hirió mi corazón y el alma mía
con crueldad inaudita desgarró.
Los que así nuestras almas separaron,
no a mí tan sólo, a ti también te odiaron,
y no hay para su crimen expiación.

Mi corazón en su mortal congoja
marchito quedará, como la hoja
arrancada del tronco nutridor:
cuando al impulso de huracán violento

cede y sucumbe el roble corpulento,
nunca recobra su vital vigor.

Errante voy; mi vida se abandona
al caprichoso azar; pero ¿qué zona
podrá volverme la perdida paz?
¿Qué clima, qué región, qué extraño suelo
un instante siquiera de consuelo
podrá ofrecer a mi incurable mal?

¡Ay! Con qué lentitud para el que llora
mueve el tiempo su rueda voladora,
horas marcando de inquietud y afán,
cuando el mundo sus mágicas escenas
muestra con variedad y puede apenas
el teatro de las lágrimas cambiar.

Víctima del amor que arde en mi seno
y del rencor y del orgullo ajeno,
errante voy, sin patria, sin hogar:
es más feliz el ave que hace nido
en las grietas de un muro derruído
que otras aves no le han de disputar.

Errante voy, buscando algún encanto
que mitigue el dolor, que enjugue el llanto
y me haga mis desgracias olvidar;
mas busco en vano: abandonado y solo,
del Septentrión hasta el opuesto polo
ni una mirada encuentro de piedad.

¿Qué corazón suspira si suspiro?
¿Quién conmigo delira si deliro?

¿Quién su llanto a mi llanto juntará?
¿Quién responde a mis ayes de agonía?
¿Qué ser amigo me hace compañía
en mis noches de insomnio y soledad?

Y tú también, mientras aciaga suerte
me condena al tormento de no verte,
hija de mi alma, prenda de mi amor,
cuando ensayes tu voz, tu primer paso,
aprenderás a detestar, acaso,
lo que te ordena amar el mismo Dios.

La vil malicia ofenderá tu oído
contándote con celo mal fingido
los vicios de mi loca juventud;
y mis faltas, mi error exagerando,
tal vez conseguirá su odio nefando
que a tu padre aborrezcas por virtud.

Si al eco de mi cítara infelice
alguna vez el corazón te dice:
«Es mi padre; mi padre debe ser»,
quizá te cause mi recuerdo enojos
y avergonzada niegues a tus ojos
una lágrima que iban a verter.

Pero en mi patria alguna voz sincera
no faltará que acaso te refiera
la historia fiel de lo que he sido yo;
y «No maldigas — te dirá — su nombre:
si fué culpable, piensa que era hombre,
y las faltas de un hombre cometió».

Tales fueron mis faltas; mas la envidia,
en liga criminal con la perfidia,
con la triste malicia y el rencor,
las revistió con un ropaje horrendo,
en su hipócrita lástima mintiendo
lo que no sintió nunca : ¡Compasión!

¡Todo, todo acabó! Su voz acallan
las violentas pasiones que batallan
por dominar mi altivo corazón.
Herido y calumniado me someto
del orgullo al tiránico secreto;
mas rompo el yugo de ultrajado amor.

Y tiendo el vuelo como el ave errante
que va a buscar a una región distante
el nido que en su patria no encontró;
veloz cual las inquietas golondrinas,
audaz como las águilas andinas,
mas triste como el buho gemidor.

Iré a juntarme donde nace el día;
a las alegres danzas, a la orgía
y a los goces de opíparo festín;
entre las copas hallaré el olvido
que borre de mi pecho dolorido
la imagen de la hermosa que perdí.

¡Adiós, tierra gloriosa cual ninguna;
tierra feliz do se meció mi cuna,
donde dichoso un tiempo me llamé!
Pueden las tempestades azotarte,

mas no abatir tu espléndido estandarte
ni doblegar tu indómita altivez.

¡Esposa, hija y amigos, patria mía,
adiós por siempre! Ya mi fantasía
con falaces hechizos no engañar.
¡Adiós! Voy a buscar otras regiones
donde haya compasivos corazones;
voy a tierras extrañas a llorar.

La recia tempestad de nuevo estalla
y una vez más con el dolor batalla
en lucha desigual mi corazón.
Debo luchar, y cuando al fin sucumba,
hallaré por lo menos en la tumba
el reposo que el mundo me negó.

César Conto.

LA MUJER

Semejante a la noche
de estas comarcas,
donde el cielo estrellado
nubes no empañan,
así se ostenta
la mujer en el mundo,
tranquila y bella.

Todo lo que más suave
tiene la sombra;

todo lo que más dulce
la luz aborta,
hay en su rostro
y en la luz que despiden
sus bellos ojos.

Báñalos una dulce
claridad tierna
que al esplendor del día
el cielo niega;
luz suave y tenue,
crepúsculo de un alma
que languidece.

Sombra de más y acaso
rayo de menos,
la gracia onduladora
de sus cabellos
destruye y mata,
como flor que los rayos
del sol abrasan.

Bajo su frente pálida
juega sereno
y alegre en tal morada
el pensamiento,
segura prueba
y señal elocuente
de su pureza.

La encarnada mejilla
de cutis suave;

la sonrisa que anima
aquel semblante;
sus tintas bellas
de una dulce alborada
de primavera,

todo revela un alma
bella y tranquila,
que la virtud sin mancha
lleva por guía;
alma inocente
que en paz con todos vive,
con todos siente.

Jaime Martí Miquel.

IMITACIÓN DE LORD BYRON

Luzbel creyó que el orbe de la tierra
su personal esmero requería;
sube y observa la demencia impía
que arma a los hombres en nefanda guerra.

Sangre a ríos inunda valle y sierra;
roba el cañón la claridad del día;
muere en los brazos de la madre fría
la prenda cara que su dicha encierra.

Y en tan atroz desorden y locura,
al homicida, al robador exalta
gloria falaz con alabanza impura.

Luzbel de un brinco al hondo Averno salta.
«Nuestra victoria — dice — está segura;
arriba, por ahora, no hago falta.»

J. J. de Mora.

EL ÚLTIMO CANTO EN GRECIA [1]

Pues a otros conmover ya no te es dado,
es tiempo, corazón, de reposar;
ya no puedo como antes ser amado;
sin embargo, le queda al desgraciado
el consuelo de amar.

Ya se acerca al ocaso mi existencia;
ya las flores y frutos del amor
no me embriagan con su grata esencia:
el cansancio, el dolor, la indiferencia
mi patrimonio son.

Como isla volcánica desierta,
que otro fuego no enciende, mi alma está;
su llama, antes voraz, hoy casi muerta,
apenas brillo da, cual luz incierta
de antorcha funeral.

Ya del amor los goces, la ternura,
la esperanza, los celos, el temor,
pasaron para mí; ya su dulzura

---

(1) Traducida también por Gregorio Gutiérrez González.

no probaré; tan sólo su amargura
a mi alma le quedó.

Mas no debe tan triste pensamiento
de ese modo turbarme ni hoy ni aquí,
do la gloria levanta un monumento
a los valientes que con noble aliento
sucumben en la lid.

¡Grecia, la gloria, el campo, la bandera,
cuánta grandeza miro en derredor!
El espartano, en la hora postrimera,
sobre el escudo al expirar, no era
tan libre como yo.

¡Despierta! Grecia no, que está despierta.
¡Tú, aliento de mi ser, despierta ya!
Piensa en tu raza y a imitarla acierta;
mira la senda de la gloria abierta;
síguela, hazte inmortal.

Sofoca al fin el fuego renaciente
de la pasión, indigna edad viril,
que para ti ya debe indiferente
ser el ceño o la risa complaciente
de la beldad gentil.

Si lloras hoy al recordar la historia
de la pasada edad, ¿por qué vivir?
¡Al campo a combatir! Si la victoria
te niega su laurel, morir con gloria
es muy dulce morir.

Digna es de ti la tumba del soldado,
cuanto menos buscada honrosa más:
búscala en este suelo que es sagrado;
escoge el sitio y duerme el sosegado
sueño de eterna paz.

César Conto.

LIRIOS DEL RHIN

Estos lirios te envío, ¡amada mía!,
aunque sé que mucho antes que los toquen
tus lindas manos, estarán marchitos.
Mas no por eso los rechaces dura;
pues que los he cuidado tiernamente,
porque iban a encontrar, de tus hermosos
ojos, la dulce, angelical mirada,
y a hacer que tu alma busque aquí a la mía,
cuando los veas lánguidos y mustios
y sepas que en la margen se cogieron
del sacro Rhin, y que, de amor en prenda,
mi corazón al tuyo los ofrece.

V. de Arana.

(*Leyendas del Norte*, pág. 347.)

A YANTEA [1]

(Dedicatoria del poema Childe-Harold.)

I

Ni en los lejanos climas que recorrió mi planta,
patria de la Belleza que el mundo cree sin par,
ni en la visión que en sueños al corazón encanta,
y al ver que sólo es sueño tenemos que llorar.

II

Tu copia nunca he visto, despierto ni dormido;
y ¿cómo con palabras tu hechizo describir?;
para el que no te mira, ¿tuvieran un sentido?;
para el que ve tu rostro, ¿qué pueden añadir?

III

¡Ah! ¡Quiera Dios que cumpla tu bella primavera
lo que promete, y siempre conserves tu esplendor;
tan bella como pura, tan pura cual sincera,
imagen (sin las alas) trasunto del Amor!

IV

¡Que exceda tu inocencia de virgen la esperanza!,
mientras la que hoy dirige tu hermosa juventud

---

(1) Siendo la «Dedicatoria a Yanthé o Yantea» una versión excelente del Sr. Ledesma, la substituímos, sin embargo, por la no menos bella de A. Lozano, a fin de dar mayor participación a firmas de traductores.—*(N. del C.)*

ve en ti, de su futuro, brillar en lontananza
el iris, cuyas tintas disipan la inquietud.

V

Dichoso yo mil veces, Peri del Occidente,
porque mis años marcan el doble de tu edad;
y así mis ojos pueden tranquilos ver tu frente,
y sin amor, sin riesgo, fijarse en tu beldad.

VI

Dichoso, porque nunca veré tu decadencia,
ni tu cadena al cuello, cual otros, llevaré;
y, libre del destino que impone tu presencia,
de amor la eterna angustia por ti no probaré.

VII

Permite que esos ojos de cándida gacela,
que al par de la modestia reflejan la altivez,
cuyo mirar subyuga y el corazón desvela,
las páginas de Harold recorran esta vez.

VIII

Y dales la sonrisa que en vano te pidiera,
si más que amigo tuyo me fuera dado ser;
por qué te las dedico tu labio no lo inquiera;
sobre mi frente un lirio sin mancha quiero ver.

IX

Tu nombre en estos versos irá siempre enlazado;
y mientras ojos tiernos atraiga mi cantar,

será visto el primero y el último olvidado:
nadie podrá ese nombre de Harold separar.

X

Si, cuando ya no exista, pensando en esta ofrenda,
pulsar el arpa amiga de tu infantil beldad,
¿qué más pedir osara, de gratitud en prenda,
la voz de la Esperanza? ¿Qué menos, la Amistad?

A. Lozano.

LA PEREGRINACIÓN DE CHILDE-HAROLD

Canto primero.

I

¡Oh tú, a quien Helas celestial origen
ha dado; Musa cuyo ser o nombre
debes acaso a la invención del vate,
te han humillado en tantas ocasiones,
al invocarte las modernas liras,
que hasta la mía con temor invócate!
Mas yo he pisado las sagradas márgenes
de tu fuente famosa, sí; en las noches
he suspirado en el altar de Delfos,
donde tan sólo su murmullo se oye.
Pero callemos...; despertar no debe
las nueve Musas mi cantar discorde,
para adornar esta sencilla historia,
este poema tan humilde y pobre.

II

Allá en la isla de Albïón vivía,
en otro tiempo, indiferente joven,
el que atractivo en la virtud no hallaba,
pasando el día en bacanal desorden,
e interrumpiendo con ruidosas fiestas
la muda calma en la apacible noche.
¡Ay!, en verdad que pervertido estaba
en las orgías y profanos goces;
pocos objetos su atención fijaron
sobre la vasta redondez del orbe,
a exceptuar la sociedad impúdica,
el vicio audaz y los amigos torpes.

III

Aqueste joven Childe-Harold llamábase.
¿Cuál fué el origen de su cuna y nombre?
No me conviene descubrirlo; baste
saber que acaso era glorioso y noble,
que acaso ilustre en otro tiempo fuera
su estirpe; mas que basta se desdore
un solo descendiente y se degrade,
para por siempre mancillar un nombre.
Ni cuanto saca a relucir la heráldica,
ni la prosa florida y las ficciones
más lisonjeras del poeta, pueden
actos indignos conseguir que honren.

IV

Asemejado a esos insectos fútiles
que, a los rayos del sol, trazan veloces

círculos, Childe-Harold, en sus alegres
pasatiempos, apenas los temores
pudo abrigar de que, al huir los días,
viniera el infortunio y sus ciclones.
Mas ni aun pasado de su vida el tercio,
aun en la bella primavera, el joven
sintió algo más que el infortunio mísero,
la saciedad que al corazón corroe:
cobró aversión a su nativo suelo,
y triste y solitario parecióle.

V

La hez del vicio consumido había,
sin sus efectos meditar entonces;
por mil bellezas suspiró, aunque sólo
a una entregó su corazón y amores,
y ésta jamás pertenecerle pudo.
¡Ay!, feliz ella que escapó de un hombre
en cuyos brazos profanado hubiérase
tanta virtud, y que trocase en torpes
deleites pronto su esplendor divino,
sus bienes disipando en los horrores
de los placeres, desdeñando al cabo
la paz del alma y del hogar el goce.

VI

Tenía Harold el corazón enfermo;
quería huir de su fatal desorden,
y alguna vez en sus sombríos ojos
brilló una gota transparente y móvil,
lágrima audaz que de repente helaba

el frío aliento de su orgullo; viósele
vagar aislado por lejanos sitios,
en tristes y profundas abstracciones;
por fin resuelve abandonar su patria
por otros climas, tras del mar salobre;
hastiado ya del mundanal deleite,
quizás suspira por desdichas dobles;
mas solamente por cambiar de escena,
bajado hubiera a las eternas noches.

VII

Harold partió de su castillo un día;
era éste vasta y venerable mole
que parecía desplomarse pronta,
mas la lograban mantener inmoble
fuertes columnas. ¡Oh mansión monástica,
así obligada a presenciar innobles,
vergonzosos excesos! Do tenía
en otro tiempo religiosa orden
su morada, llegaban las de Pafos
hijas a ensordecer con sus canciones.
Podido hubieran sospechar la vuelta
de su pasada buena edad los monjes,
si es que no mienten las antiguas crónicas,
ni han calumniado a tan devotos hombres.

VIII

No obstante, a veces en ruidosa fiesta,
de la algazara en el mayor transporte,
se reflejaba dolorosa angustia
sobre la frente del hastiado joven,

cual si el recuerdo de fatal querella,
o de pasión burlada, en ocasiones
se despertase de repente a herirle.
Nadie sabía aquel secreto. Entonces
muchos tampoco penetrar quisieron
su oculto arcano, pues Harold los dones
no prodigaba de franqueza amiga,
y sufría en silencio sus dolores;
fuere cual fuere su profunda pena,
ni buscaba consuelos ni expansiones.

IX

No era amado por nadie, pues los frívolos
amigos suyos, disolutos jóvenes,
si en los festines lisonjeros éranle,
nunca abrigaban sentimientos nobles;
nadie le amaba, sí; ni aun sus más caras
concubinas tampoco; la hembra dócil
sólo el poder y la riqueza busca,
y acude sólo al veleidoso goce;
cual a la blanca mariposa, atrae
la luz dorada a las hermosas. Vióse
que el don que el Cielo les negó a los ángeles,
Mamón, en cambio, en su poder, logróle.

X

Tenía Harold una amorosa madre;
no la olvidó ni de ella despidióse;
también tenía una adorada hermana,
mas no la vió, pues a las dos huyóles.
Si amigos tuvo, no abrazó a ninguno;

no le juzguéis un corazón de bronce;
vosotros, ¡ay!, los que de amor sabéis,
tampoco ignoraréis que estos adioses
destrozan siempre el corazón, crueles,
de los que esperan sus pesares borren.

XI

Palacio, quintas, sonrientes damas,
las que alegraron sus ruidosas noches,
y cuyos ojos azulados, blondos
cabellos, manos cual la nieve, a un monje
hubieran hecho vacilar; su copa
de ricos vinos espumosa al borde,
cuanto le pudo cautivar un día,
todo lo deja, sin que su alma ahogue
suspiro triste, por cruzar los mares,
correr las costas del Oriente inmóvil,
y atravesar la abrasadora línea
que fin a entrambos hemisferios pone.

XII

Las velas sueltas a los vientos hínchanse,
de Childe-Harold al anhelar responden,
y éste parece entusiasmado al verse
lejos del suelo que existencia dióle.
Las blancas rocas, las britanas playas
desaparecen de su vista, informes;
entre la espuma de las olas piérdense,
entre las olas de la mar se esconden.
Acaso Harold, de sus proyectos locos,
al verse aislado, arrepintióse entonces;

mas ocultó su pensamiento tétrico
y ni una queja de su labio oyóse,
mientras algunos derramaban lágrimas,
impropias de esforzados corazones,
o ya acusaban a los vientos rápidos
que no escuchaban sus dolientes voces.

XIII

En el momento de ocultarse el astro
rey de la luz, entre la mar salobre,
Harold tomó su resonante arpa,
pues sin testigos de su acción creyóse,
e hizo vibraran con vigor sus cuerdas,
por sacar inarmónicos acordes.
Pulsa su mano el instrumento hebraico
para cantar en la vecina noche.
Volaba el barco con sus blancas alas;
detrás dejaba los britanos montes,
y ya inspirado Childe-Harold, al viento
y al mar, sentido aqueste adiós cantóles :

El adiós de Childe-Harold. (1)

I

¡Adiós, adiós! El húmedo elemento
mi ribera natal oculta ya;
mugen las olas y suspira el viento,
mientras chillando la gaviota va.

(1) Intercalamos el «Adiós» traducido por Manuel de la Peña, prefiriéndolo al de L. Huidobro y al de Muntadas.

El sol, que se avecina al Occidente,
nuestra fija mirada lleva en pos;
¡adiós, natal ribera, sol fulgente;
adiós te digo, patria mía, adiós!

II

Pronto ese sol alumbrará otro día
con sus rayos de oro y carmesí,
y veré mar y cielo todavía,
mas no veré la tierra en que nací.
Solitario mi alcázar me figuro,
frío el hogar y la tristeza en él;
silvestre hierba crece por el muro;
tal vez mi perro aúlla en su dintel.

III

—Ven, pajecillo, ven; ¿por qué tus ojos
arrasados en lágrimas están?
¿Temes del mar los fáciles enojos,
o causa tu temor el huracán?
¡He!, cesa de llorar; ve cuán velera
es nuestra nave, y sólida a la vez;
ni el más ágil halcón volar pudiera
con mayor gallardía y altivez.

IV

—Silben los vientos, hínchense las olas
en buen hora; temibles no me son;
mas no extrañéis, señor, que acá, a mis solas,
sienta el alma transida de aflicción.

Que a mi padre dejé, y estoy ausente
de mi madre, la madre de mi amor,
y tengo dos amigos solamente:
vos aquí, y en los cielos al Señor.

V

Mi padre con ternura me bendijo,
empero no con íntimo pesar;
mas mi madre, viviendo sin su hijo,
no dejará, lo sé, de suspirar.
—Basta; basta, sensible pajecillo,
bien sientan esas lágrimas en ti;
y a tener yo tu corazón sencillo,
nunca cesara de llorar así.

VI

Ven, acércate aquí, bravo escudero;
¿qué indica, di, tu palidez mortal?
¿Temes las iras del francés guerrero,
o te infunde pavor el temporal?
—¿Y piensas tú que tema por mi vida?
No; tan débil, sir Child, no puedo ser;
mas recordar a una mujer querida
hace al esposo fiel palidecer.

VII

Ella y mis hijos pequeñuelos moran
junto a tu alcázar, que hacia el lago da;
y si por mí los inocentes lloran,
¿cómo acallarlos ella logrará?

—Basta, buen servidor; no sin motivo
padece así tu conyugal virtud,
y en tanto yo, con ánimo más vivo,
me alejo y río, libre de inquietud.

VIII

¿Quién fía de la esposa o de la amante,
por más que llore viéndonos partir?
Otros habrá que enjuguen al instante
sus peregrinos ojos de zafir.
No me aflige la dicha ya pasada,
ni del peligro próximo la faz;
lo más cruel es que no dejo nada
de arrancarme una lágrima capaz.

IX

Y ahora estoy aquí, solo en el mundo;
el mar, el ancho mar bajo mi pie;
¿y en quién pensar con interés profundo,
cuando a nadie un suspiro deberé?
Tal vez mi perro gima, y gima en vano,
hasta comer de algún extraño el pan;
y cuando vuelva un día no lejano,
sus dientes con furor me morderán.

X

Contigo iré corriendo, barco mío,
por este inmenso, líquido cristal,
dejándome llevar a tu albedrío,
como no sea a mi región natal.

¡Salud, ondas azules y espumosas!,
y cuando ya distante esté de vos,
¡salud, desiertos, cuevas tenebrosas!,
y ¡adiós!, de nuevo, patria mía, ¡adiós!

M. de la Peña.

XIV

La tierra ha huído y el bajel camina;
vientos contrarios de tormenta azótanle
en la bahía de Vizcaya; pasan
cuatro días de angustias y temores;
mas al lucir el quinto, nueva costa
reanima los turbados corazones.
De Cintra se alza la montaña ante ellos,
y el Tajo caudaloso reconocen,
que corre y lleva de sus áureas aguas
el gran tributo que la mar absorbe.
A bordo sube un portugués piloto;
guía el bajel por fértiles regiones,
donde terminan la avanzada siega
algunos rezagados labradores.

XV

¡Dios mío! ¡Bello panorama, espléndido,
es el que ofrecen los preciados dones
de aqueste clima! ¡Cuán sabrosos frutos
en los árboles muestran sus colores!
¡Cuántas riquezas las colinas guardan!
¿Y las quisiera destruir el hombre
con mano impía? Cuando el Dios terrible
alce su faz contra los seres torpes

que así desprecian sus supremas leyes,
volcanizado por venganza doble
el suelo aqueste, los guerreros galos
huirán cobardes, morirán traidores.

XVI

¡Cuántas bellezas desde luego ofrécenos
Lisboa! Copia sus contornos móviles,
su dulce imagen, este hermoso río,
que no es preciso los poetas doren.
Sus anchos mares navegados vense
por mil bajeles, cuya fuerza impone
desde que Albión se convirtió en aliada
de Lusitania, cuyo orgullo innoble
besa la mano y a la vez detesta
al que de dura esclavitud libróle.

XVII

Mas al entrar en la ciudad, que brilla
al lejos como en célicas regiones,
el extranjero dolorido siéntese
ante su cuadro repugnante y pobre.
Como las chozas, los palacios mismos
tienen aspecto repulsivo; el hombre
yace entre el fango miserable y sucio,
aunque las plagas del Egipto ahóguenle.

XVIII

¡Pobre pueblo de esclavos, que naciste
bajo un clima tan bello! ¿Por qué, entonces,
naturaleza, a semejantes seres

les prodigaste tan divinos dones?
El vario aspecto de los valles Cíntricos
como un edén nos abre sus regiones;
¿qué mano puede con pincel o pluma
a la vista seguir, cuando recorre
con embeleso deslumbrantes sitios,
que representan y al viajero absorben,
cual del Elíseo que soñó el poeta,
las mil maravillosas descripciones?

XIX

Las altas rocas que en su cumbre ostentan
un convento; los viejos alcornoques
que con sus ramas un abismo cubren
cercado de malezas; de los montes
el musgo ennegrecido por los rayos
del sol ardiente; los pequeños bosques
que entre las sombras del profundo valle
lloran la ausencia de la luz; jirones
del terso azul del Oceano; frutos
áureos suspensos en ramajes móviles
y entre el follaje de naranjos verdes;
torrentes por peñascos saltadores;
la vid trepando a las colinas ásperas;
el sauce columpiándose a los bordes
de los arroyos cristalinos; todo
viene aquel sitio a embellecer acorde.

XX

Subid después por las torcidas sendas;
desde las cimas de los altos montes,

volved la vista a contemplar el nuevo,
más delicioso panorama; dóblense
vuestras rodillas en la ermita santa;
muestran al caminante austeros monjes
sus pequeñas reliquias, y refiérenles
sacras leyendas. El celeste azote
aquí abatiera a los impíos; cerca,
allá en la gruta de perpetua noche,
vivía Honorio conquistando el cielo,
haciéndose del mundo infierno enorme.

XXI

Mirad, trepando a los peñascos áridos,
las toscas cruces que sembradas nótanse;
no son piadosa devoción, son frágiles
muestras de crimen. Dondequier clavóse
de un asesino la alevosa daga,
se alza una cruz de carcomido roble.
Están cubiertos de recuerdos tristes
los anchos valles y escondidos bosques
en esta tierra, en que las leyes mismas
no dan amparo y protección al hombre.

XXII

En las laderas, en los hondos valles
se alzan palacios y arruinadas torres,
que en otros tiempos habitaron reyes
y las malezas entorpecen hoy;
mas entre tales dolorosas ruinas
aun quedan restos de esplendor. Ved dónde
brilla el palacio encantador del príncipe;

allí es también donde, ¡oh Vathek!, alzóse
tu paraíso, al olvidar que cuando
por el placer nos prodigó sus dones
y sus tesoros la riqueza, suele
la dulce calma retirar sus goces.

XXIII

De la montaña al delicioso abrigo
has rodeado tu mansión de flores,
mas hoy parece una fatal morada
en soledad y apartamiento al hombre.
Gigantes matorrales no permiten
sus pórticos cruzar, ni sus salones;
lección severa al corazón humano,
que en los palacios sus anhelos pone,
y enseña es vana la mundana pompa
del tiempo al flujo, en que naufraga y rómpese.

XXIV

He allí el palacio donde no hace mucho
han celebrado su reunión los próceres,
palacio odioso al corazón britano;
ved aquel diablo, aquel enano innoble
que ríe y lleva por diadema el gorro
de la locura. Con su capa lióse
de pergamino, y a su lado tiene
un sello y rollo, en que figuran nombres
muy conocidos del heraldo, y firmas
que aquél señala y de que, infame, mófase.

XXV

Es el convenio, aquel demonio mísero,
que se divierte con los vanos próceres
que de Marialba en el palacio albérganse;
jugó con ellos y a la par sorbióles
los sesos, si es que acaso los tuvieron,
trocando en duelo conquistados goces;
la necedad menospreció a la gloria;
sobre las armas y el valor irguióse
la astucia infame. Los laureles crecen
doquier, en vano, para jefes torpes.
¡Ay del conquistador, no del vencido
en Lusitania, en que engañado vióse!

XXVI

Desde aquel día y asamblea, ¡oh Cintra!,
la Gran Bretaña al pronunciar tu nombre
palidece; se turban los que empuñan
las riendas del Estado, y los colores
de la vergüenza en sus mejillas viéranse,
si es que pudieran abrigarla nobles.
¿Qué contará de esta traición la Historia?
¿Qué otros países pensarán? Entonces
los enemigos que vencidos fueron
trocáronse a su vez en vencedores,
en el palacio aquél, en que llegamos
ludibrio a ser de las demás naciones.

XXVII

Tales de Harold los pensamientos fueron
al recorrer los solitarios montes
en reflexiones abismado. Encántale
de aquestos sitios la beldad; mas tórnase
a su primer aspiración, cual ave
que emprende el vuelo que detuvo inmóvil.
En este tiempo a reflexiones hízose;
llegó a pensar con la moral acorde;
le echó la voz de la razón en cara
su edad pasada en sus locuras torpes,
y al contemplar la realidad sus ojos,
del rayo herido y sin su luz quedóse.

XXVIII

«¡A caballo, a caballo!», ardiente grita,
y por siempre abandona esta comarca
cuya hermosura cautivó su espíritu;
a un lado deja de su mente insana
los delirantes pensamientos; huye,
mas no del vicio o del placer en ansias.
Huye ignorando de su viaje el término,
y ante sus ojos surgen variadas
mil perspectivas, antes que se sacie
su sed de viajes, antes que la calma
reine en su corazón o la experiencia
le preste el eco de su voz sensata.

XXIX

Mas, ¡ah!, que Mafra detendrále un punto;
asilo de la reina desdichada
del lusitano, en su recinto unía
iglesia y corte, monjes, cortesanas.
A las misas seguían los banquetes.
¡Nefanda unión! ¡Aberración nefanda!
De Babilonia la ramera, empero,
ha levantado una mansión tan mágica,
que el hombre olvida la vertida sangre
y adora el crimen, cuya pompa engaña.

XXX

Harold pasea su mirada atónita
por ricos valles, cuya vista encanta.
¡Que no albergaran una raza libre!
En hora buena maliciosas almas
locura juzguen el viajar, y asómbrense
de que otros dejen su quietud, en ansias
de ver países y arrostrar peligros;
hay en el aire de la azul montaña
una delicia y manantial de vida
que nunca, nunca la pereza alcanza.

XXXI

Blanquea al lejos de los altos montes
la cumbre; valles de menores galas,
más desiguales, se suceden; hállanse
después llanuras, que se pierden, vastas.

Allá do alcanzan a mirar los ojos,
los reinos ven de la risueña España,
do los pastores apacentan esos
ganados mil de tan famosa lana.
Mas hoy es fuerza que su brazo se arme
a sus corderos defender; su patria
se ve invadida de enemigo odioso;
sus hijos corren a mortal batalla.

España en la guerra de Independencia: 1809.

XXXII (1)

Do la tierra del luso de cerca ve a su hermana,
¿qué pensáis que divide las dos rivales? ¿Suena
acaso entre una y otra, soberbia, soberana,
de un orgulloso Tajo, la rica y larga vena?
¿Áspera se interpone una Sierra Morena?
¿O estupenda muralla cual la que abraza a China?
Ni muros, ni hondos ríos, ni de montes cadena
el límite dudoso determina,
cual la que allá entre el galo y el español se empina.

XXXIII

Es sólo un pobre arroyo de diáfanos cristales,
que nombre apenas tiene, si bien va comprimido

---

(1) Por la misma razón dada al comienzo de este poema, substituímos desde la estrofa XXXII hasta la XLIII, traducidas por el insigne literato M. A. Caro, por ser el primero y único ensayo de estrofa spenseriana en nuestro idioma. En realidad, son alejandrinos. — *(N. del C.)*

en su lecho de flores por dos reinos rivales.
Apoyado en su báculo ve el zagal con descuido
en paz las crespas ondas rodar con blando ruido
entre pueblos que adversos ceban rencor insano.
No hay labriego en España que, a par de un duque
[erguido,
no mida la distancia entre un hispano
y el vil entre los viles, el siervo lusitano.

XXXIV

Arrástrase no lejos de esta débil frontera
del viejo Guadiana la corriente sombría,
con rumorosas aguas, acaudalada y fiera;
populares leyendas le dieron nombradía.
El sarraceno y godo, sobre su orilla un día,
cubiertos pelearon de armaduras brillantes,
y los fuertes cayeron, se heló la bizarría
y llevaron las ondas sollozantes
cadáveres mezclados y yelmos y turbantes.

XXXV

¡Oh romántica España, nación gloriosa y brava!
¿Dónde está el estandarte que enarboló Pelayo
cuando en su sed de sangre el padre de la Cava,
traidor, trajo a su patria de la venganza el rayo?
¿Adónde, de tus hijos, el victorioso y gayo
alarde de pendones? Brillaron las cristianas
cruces; las mediaslunas, con pálido desmayo
huyeron, y a las grutas más lejanas
llevó el eco los llantos de madres mauritanas.

XXXVI

Publican las hazañas obscuros trovadores,
y es, ¡ay!, el prez más bello que alcanza el heroísmo.
Cantará inciertas fechas voz de humildes pastores.
Cuando arcos y columnas trague el tiempo a su abis-
del cielo torna, Orgullo, la mirada a ti mismo; [mo,
salva una pobre cántiga de un héroe la memoria.
¿Huirás tú, en libro o mármol, del común cataclismo?
¿Sencilla tradición te dará gloria,
muerta ya la lisonja, maldecido en la Historia?

XXXVII

¡Al campo, hijos de España! Al campo vuestra dio-
os llama. Aquella antigua gentil caballería, [sa
al aire de su casco no da la pluma airosa;
la formidable lanza no blande cual solía;
hoy vuela en nubes de humo de ardiente artillería;
con el tronar del bronce, repite: «¡España, cierra!»
«¡Cierra, España!», repite, clamando noche y día.
¿Serás más débil hoy que cuando guerra
apellidó en las costas de la andaluza tierra?

XXXVIII

¿No escucháis los bufidos de bélicos corceles
y el choque y el estruendo? ¿No veis bajo la hoja
del sable cuál sucumben vuestros hermanos fieles
y cómo ya en arroyos su sangre el campo moja?
¡Volad a socorrerlos en su mortal congoja!
¡Oh, guerra a los tiranos y guerra a los sayones!

Encendiendo la muerte su llamarada roja,
postra a cada explosión mil campeones;
bate el furor la tierra y tiemblan las naciones.

XXXIX

He allí el gigante armado sobre los montes. Mues-
de su melena en sangre, cuajados los manojos, [tra,
y mortíferos dardos en la terrible diestra;
inquietos en sus órbitas, revuelve ora los ojos,
que abrasan donde miran; ya allí los clava rojos;
destrucción vigilante sus pies de bronce halaga.
Hoy lidian tres naciones para acopiar despojos
empapados en sangre ante la aciaga
deidad que pide sangre y en su vapor se embriaga.

XL

¡Por Dios, que es espectáculo hermoso a las mira-
[das
de quien ni amigos tenga ni tenga allí parientes!
¡Tantas ricas banderas de colores bordadas!
¡Tantas armas al rayo del sol resplandecientes!
Como perros de presa que rechinan los dientes,
al destrozo bramando la multitud se lanza:
¡pocos verán el triunfo de tantos combatientes!
Toca a muchos morir, y la matanza
sus víctimas, gozosa, a numerar no alcanza.

XLI

Confundidas tres huestes, ofrendas acarrean
al común holocausto; se alza oración extraña

en tres lenguas distintas; tres pendones flamean;
tres voces hay de triunfo: «¡Francia, Inglaterra, Es-
[paña!»
El agresor, la víctima y aquel que la acompaña
—que combate por otros y provecho no espera—,
cual si nunca a sus techos llegase impía guadaña,
dispútanse tu campo, Talavera,
por dar pasto a los buitres y riego a la pradera.

XLII

¡Oh víctimas, ya inertes, de una ambición insana:
¿qué os sirve, bajo el césped del campo de la liza,
la gloria que lo ilustra? ¡Recompensa harto vana!
Míseros instrumentos que un déspota destriza,
cuando de humanos miembros el camino tapiza,
que le conduce, ¿adónde?, ¡a un sueño! De las manos
de aborrecido César el cetro se desliza;
tierra suya no tienen los tiranos,
sino aquella do un día serán polvo y gusanos.

XLIII

¡Oh Albuera, oh nombre infausto! ¿Ni quién pen-
[sara un día,
cuando a caballo Harold cruzaba tu llanura,
que en término tan breve allí a encontrar vendría,
el retador guerrero, ingrata sepultura?
¡Paz a los que murieron! Vuele a la edad futura
de su valor la fama, no sin acerbo llanto.
Vendrán sucesos nuevos de gozo o de amargura;

tu nombre, Albuera, rodará entretanto
en versos de él no dignos, en pasajero canto.

Miguel A. Caro.

XLIV

Bastante hemos hablado de la guerra
y de sus hijos predilectos. Caigan
en su juego fatal, y por la gloria
la vida arriesguen. Sus cenizas pálidas
no volverán a reanimarse nunca,
aunque les diera su virtud la fama;
pero es cruel desengañar a aquellos
mercenarios dichosos que a la patria
honrar pretenden, y quizás su afrenta
más tarde fuesen, si vivir lograran,
yendo a morir en sedición mezquina
o siendo salteadores de moradas.

XLV

Harold camina solitario siempre
por ver Sevilla, que orgullosa se alza;
libre se encuentra del francés tal presa,
mas pronto la conquista se prepara
un camino de fuego, y de sus ricos
palacios mil de arquitecturas mágicas,
sobre las piedras marcará terribles
las huellas de sus pasos que devastan.
¡Hora de luto inevitable! En vano
se resiste al destino, cuando lanza
su raza audaz la destrucción famélica

sobre un país o una ciudad infausta.
Si revocables sus decretos fuesen,
Ilión y Tiro no cayeran; santa
triunfase siempre la virtud, y el crimen,
vencido, nunca prosperar lograra.

XLVI

Mas no previendo su cercana suerte,
los habitantes de Sevilla danzan,
y en fiesta, orgías, en alegres cantos,
en regocijos mil las horas pasan.
No es el hierro enemigo el que los hiere;
no el que suena el clarín de la batalla;
sí del amor el bandolín. Sevilla
jamás desiertos de locura humana
ve sus altares; sus nocturnas rondas
hace el desorden; reina acompañada
la seducción con sus secretos crímenes,
hasta el postrer momento, en sus murallas.

XLVII

No así sucede al campesino que huye
en busca de un refugio, con su cara,
trémula esposa, dirigir temiendo
lejos de sí sus húmedas miradas,
por el dolor de contemplar sus viñas,
que el fuego atroz del enemigo abrasa.
¡Pasó ya el tiempo en que al brillar la luna
bailaba al son de castañuelas rápidas!
Si los placeres que matáis pudieseis
por un instante disfrutar, monarcas,

de cierto tras la gloria no corrierais,
ni el eco ronco del tambor turbara
ya más el sueño, ni ignorase el hombre
lo que es la dicha que fugaz no acaba.

XLVIII

¿Cuáles son del robusto muletero
las coplas hoy? ¿Es el amor, su amada,
la Virgen de los cielos, lo que invoca
para alegrar su larga caminata?
No; sólo se oye el grito ¡Viva el rey!,
interrumpido por palabras ásperas
de maldición contra Godoy y el viejo
imbécil Carlos; contra la hora infausta
en que a su amante vió de negros ojos
por la primera vez, de las Españas
la hermosa reina, y la traición fraguóse
de su pasión adúltera y nefanda.

XLIX

En la llanura coronada al lejos
de peñascos, en que aún las atalayas
de los moros se ven, la tierra ha sido
de los corceles por doquier hollada;
el paso de enemigos nos demuestra
el césped abrasado por las llamas;
aquí acamparon; en el sitio aqueste
los guardias encendían sus fogatas;
aquí el valiente labrador que un día
tomó *la cueva del dragón*, repara

en unos sitios disputados tanto,
y muestra con orgullo esas montañas.

L

Cuantos halláis adornan su cabeza
con una escarapela de escarlata,
esto os dirá si el que a vosotros viene
es de la amiga o enemiga banda.
¡Ay del que se presente sin aquella
muestra de su realismo! Está aguzada
siempre la hoja del puñal, y el golpe
será imprevisto. Pronto de la España
arrojados serían los franceses,
si las ocultas y traidoras dagas
del sable el filo contener pudieran
e impedir el estrago de las balas.

LI

En la extensión que abarcan vuestros ojos,
cada roca presenta una artillada
batería mortífera, y obuses,
caminos destrozados, erizadas
trincheras, fosos, batallones bélicos,
almacenes allá cual nidos de águilas,
corceles ensillados al abrigo
de bálagos, pirámides formadas
de bombas, mil hogueras encendidas,
anuncian la explosión que se prepara.

LII

Aquel cuya mirada amenazante
bastó para arrollar tronos y tiaras,

antes de levantar su fuerte cetro,
cortos momentos se detiene y para.
Pronto sabrán abrirse sus soldados
paso a través de estas barreras vanas,
y obligado veráse el Occidente,
cual azote, a temerle. ¡Hermosa España!
¡Cuán triste será el día de rüina
en que veas tus hijos, a bandadas,
precipitarse en la mansión del sueño,
mientras se cierna el buitre de las Galias!

LIII

¿Es necesario, por ventura, muera
tu tan brillante juventud cual brava,
para saciar el ansia de un tirano?
¿No hay medio entre la muerte y la execrada
servidumbre, entre el triunfo y la rapiña,
o la inminente destrucción de España?
El Dios a quien adoran los mortales,
¿no oirá su voz, que su justicia clama?
¿Será el impulso del valor inútil?
Consejos sabios, el amor, la patria,
el ardor juvenil y el pecho indómito
de la madura edad, ¿no serán nada
para librar de su fatal destino
a esta tierra, que tantos amenazan?

LIV

¿En vano, acaso, la española virgen
colgó, muda, del sauce su guitarra?
Olvidando su sexo, del guerrero

viste la cota de brillante malla;
en sus peligros como el joven entra,
y el himno entona de marcial venganza.
La que a la vista de una herida sólo
quedaba un tiempo demudada y pálida,
y prorrumpía en temorosos gritos
al ver un ave de nocturnas alas,
contempla fiera y sin pavor los rayos
de innumerables homicidas armas
que, por encima de sangrientas víctimas,
pasan brillando, y cual Minerva, avanza
por sitios, ¡ay!, que de la guerra el Genio,
el propio Marte con temor pisara.

LV

¡Oh!, vosotros, que oiréis con noble asombro
la historia de sus bélicas hazañas,
si la habéis conocido en tiempos plácidos;
si admirasteis sus ojos, que aventajan
en negrura a su velo; si escuchasteis
su dulce, tierna voz, allá en su estancia;
si habéis visto su larga cabellera,
su talle aéreo y su divina gracia,
¿podido hubierais presumir que un día
de Zaragoza las almenas altas
la vieran sonreír ante el peligro
de la Gorgona amenazante, y rápida
a los soldados dirigir al triunfo
por senda angosta y de difícil marcha?

LVI

Su amante cae..., y ni aun siquiera rueda
por su mejilla inoportuna lágrima;
su jefe ha muerto..., y con valor ocupa
el puesto de él; sus huestes se desbandan,
y ella impide la fuga; el enemigo
es rechazado, y guía a la venganza.
¿Quién mejor que ella aplacará los manes
de aquel amante? ¿Quién podrá, irritada,
vengar, cual ella, la terrible muerte
de su jefe, y hacer que la esperanza
recobren los guerreros abatidos?
Cual ella, ¿quién allí se encarnizara
contra enemigos, puestos en huída
por débil hembra, en débiles murallas?

LVII

No, sin embargo, a raza de amazonas
son comparables las iberas damas;
para sus lazos el amor las hizo;
si a sus hermanos en valor igualan;
si entre sus huestes a mezclarse atrévense,
su ardor es ira de paloma blanda
que vuela y pica la alevosa mano
del que a su esposo amenazante amaga;
por su valor y su sin par dulzura,
son superiores y a la vez hermanan
más poderosos atractivos que otras,
y más ardientes, vigorosas almas.

LVIII

Impresos vense unos hoyuelos leves,
por el amor, en sus mejillas cándidas;
sus labios, nidos de fugaces besos,
diciendo están que del valor se pagan.
¡Qué encantos muestran sus altivos ojos!
Ni Febo la frescura y la fragancia
pudo a su tez arrebatar; sus rayos,
tintes les dieron que mejor encantan.
¿Quién buscaría en el helado Norte
hermosuras más célicas y pálidas?
Su esbelto cuerpo, sus redondas formas,
¡cuán acabadas y a la vez qué lánguidas!

LIX

¡Oh!, vosotras, poéticas regiones,
haréns de este país, en donde blanda
por ellas hago resonar mi lira,
pues no hay quien pueda resistir sus gracias,
con ellas comparad vuestras huríes,
a las que apenas respirar las auras
dejáis del cielo, por temor que vuele
Amor a ellas, de la brisa en alas.
Reconoced que del profeta vuestro
el paraíso encuéntrase en la patria
de esas celestes, adorables vírgenes,
por su belleza angelical y mágica.

LX

Y tú, Parnaso, al que contemplo ahora,
no en un ensueño ni en fingida fábula,

sino en tu agreste majestad, alzando
hasta las nubes tu mansión nevada,
¿quién verá extraño que mi canto invóquete?
¿No será dado al que, aunque humilde, se halla
de ti tan cerca, saludarte, aun viendo
que ni una Musa por tus cumbres pasa?

LXI

¡Con qué frecuencia en tus sagradas cimas
soñé! Jamás la inspiración más alta
sintió el que ignora tu glorioso nombre;
hoy te contemplo, y se avergüenza y calla
mi débil lira al recordar aquellos
que en otros tiempos te invocaron; pávida
la mente se estremece, y otra cosa
no puedo hacer que arrodillarme. No alza
mi voz el vuelo; pero allá, entre nubes,
te miro, al menos, satisfecha el alma.

LXII

Más feliz yo que los ilustres bardos
que el hado liga en apartadas playas,
¿veré sin emoción aquestos sitios
que otros, sin ver, en su delirio ensalzan?
Aunque en tu gruta no aparezca Apolo,
aunque tú mismo, en otro tiempo estancia
de Musas, sólo su sepulcro hoy seas,
aun reina un genio de benignas alas
que aquí suspira; en tu caverna duerme,
y silencioso o cadencioso pasa,

entre la brisa o el rumor dulcísimo
de tus corrientes, melodiosas aguas.

LXIII

Un día a verte tornaré. He cortado
mis cantos por rendirte una alabanza,
olvidando la España, sus valientes
hijos, sus hembras, su destino al alma
libre; tan caro mi saludo dite,
¡oh monte augusto!, derramando lágrimas.
Vuelvo a mi objeto; mas permite que antes
lleve una prenda, cual memoria amada:
del de Dafne, inmortal árbol, concédeme
sólo una hoja, y haz que la esperanza
del que te invoca, por hinchado orgullo
jamás se tome, ni arrogancia vana.

LXIV

No; de la Grecia en los mejores tiempos,
jamás hallaron tus pendientes áridas
tal de beldades a sus pies un coro;
ni cuando ardiendo con celeste llama
dejaba oír la Pitonisa el himno,
vió Delfos grupo de bellezas mágicas
más de inspirar los amorosos cánticos
dignas, que aquellas hijas de las playas
de Andalucía, respirando anhelos.
¿Por qué no habitan las florestas plácidas
que aún a la vista nuestra Grecia ofrece,
aunque sus glorias eclipsado se hayan?

LXV

Es muy bella Sevilla la orgullosa;
aún por su fuerza y su riqueza ensálzanla;
Cádiz, que al lejos en la costa mírase
más seductora, no al igual se alaba.
¡Corrupto vicio, tus senderos tienen
oculto encanto! ¿Quién huir lograra
de tu mirada, que fascina cuando
la joven sangre el corazón inflama?
Tú, que eres sierpe con cabeza de ángel,
doquier nos sigues, y tus formas cambian
para ofrecer tu engañador aspecto,
conforme al gusto del mortal que engañas.

LXVI

Cuando cayó desmoronada Pafos
del tiempo a impulsos — cuya rueda rápida
también arrastra a la deidad que es reina
del universo —, los deleites cálidas
zonas buscaron, como aquélla dulce.
Y Venus, fiel a la que fué su blanda
cuna, a la mar, la veleidosa Venus,
en Cádiz sólo levantó su estancia,
y sin pesar estableció su culto
en la ciudad de las murallas blancas.
En templos cien son sus misterios célebres,
y el vivo fuego en sus altares radia.

LXVII

De la mañana hasta la noche obscura,
desde la noche hasta que asoma el alba,

y en sobresalto una mirada arroja
a la ruidosa multitud que pasa,
óyense cantos y guirnaldas téjense,
juegos se inventan y locuras fraguan;
por largo tiempo los prudentes goces
ya despedid los que llegáis, pues nada
corta estas fiestas; aunque incienso elévese
en los lugares de devota calma,
las oraciones y el amor se juntan
y se reparten nuestras horas rápidas.

LXVIII

Llega el domingo. En tan cristiana costa,
¿cómo este día y su misterio acatan?
Se le consagra una solemne fiesta.
Callad; ¿oís al de robustas astas
rey de las selvas cómo muge, rompe
picas, por tierra con su fuerza brava
deja jinetes y caballos, bebe
vapor de sangre por sus fauces anchas,
y allá en la plaza resonantes gritos
segunda lucha con furor demandan?
La desbordada multitud aplaude
viendo en el suelo palpitar entrañas;
ni aún ha tornado la beldad sus ojos,
ni se ha fingido entristecida y pálida.

LXIX

¡Séptimo día! ¡Jubileo! ¡Oh Londres!,
tú lo comprendes y mejor lo ensalzas;

todos en ti, desde el patrono al último
joven artista, a respirar las auras
salen por toda la semana. Corren
simones, whiskys, cabriolés de varias
formas por esos arrabales tuyos:
Hampstead, Brentford y Harrow buscan, hasta
que más los coches caminar no pueden,
y objeto son de la envidiosa chanza.

LXX

Cruzan llevando engalanadas, bellas,
del Támesis las góndolas; las largas
barreras otras como ruta eligen;
suben de Richmond la colina a bandas
algunos; éstos hacia Were dirígense;
aquéllos buscan la ladera Highgate.
¿Sabéis por qué, de la Beocia, ¡oh sombras!,
del cuerno el culto se celebra y guarda
en gran respeto, y por su nombre juran
doncellas y galanes, y consagran
allá sus votos entre alegres músicas,
y hasta otro día libación y danzas?

LXXI

Los pueblos todos sus locuras tienen;
la tuya, ¡oh Cádiz!, a la nuestra en nada
es semejante. Del reloj apenas
las nueve suenan, en gentil mañana,
ya tus devotos habitantes oran,
con sus rosarios, a la Virgen sacra

—la sola en ti que en mi opinión es virgen—,
rogando impida tentaciones tantas.
Desde la iglesia hacia la plaza corren,
donde la horrible saturnal preparan,
y a ricos, pobres, jóvenes y viejos
el mismo impulso sanguinario lanza.

LXXII

La liza se abre en espacioso circo;
el pueblo ocupa las inmensas gradas;
apenas suenan los clarines, hueco
no queda ya para el que tarde avanza.
Allí ha llegado la grandeza toda :
las en amor habilidosas damas,
siempre dispuestas a curar heridas
que con sus ojos maliciosos causan.
No aquí el desdén, a los amantes tristes,
la muerte infiere, que con voz romántica,
por sus crueles y acerados dardos,
con gran frecuencia los poetas cantan.

LXXIII

Silencio guarda del concurso todo
la inmensa mole; sus cabezas alzan
cuatro jinetes con penachos blancos,
llevando picas y aun espuelas áureas;
sobre corceles arrogantes trotan
y se preparan para mil hazañas.
Inclínanse, y hasta mitad del circo
llegan, flotando sus bordadas bandas;

si en el combate se distinguen, logran
aplausos mil, y de divinas damas
sonrisas dulces. ¡Recompensa amable!
¿Qué más los reyes y el guerrero alcanzan?

LXXIV

Brillantemente ataviado, y siempre
de pie en el centro de la extensa plaza,
aguarda el ágil matador el punto
de herir al rey de las agudas astas.
Ha recorrido con prudente paso
el circo todo, por temer que haya
tropiezo opuesto a su veloz carrera;
combate lejos con su diestra armada:
es esto a todo lo que el hombre atrévese
sin el auxilio del caballo, y bárbara
muerte le lleva a recibir, no obstante.

LXXV

Sonó tres veces el clarín; ya dada
está la seña; ya el chiquero abrióse;
la muda expectación tiene clavadas
sus mil miradas en el ancho circo;
la fiera siente un latigazo y salta;
dirige en torno sus salvajes ojos;
golpea el suelo con sonora planta;
no en ceguedad al enemigo arrójase,
primero prueba sus terribles armas;
embiste a izquierda y a derecha; azota
con móvil rabo sus traseras ancas;

dilátanse sus irritados ojos
y lanzan chispas de ardorosas llamas.

LXXVI

Súbito para y sus miradas fija;
huye, imprudente, a preparar tu lanza;
llegó el momento de morir, si diestro
no evitas su furor; su cuerpo salvan,
ágiles, los corceles; muge el toro,
que siente el hierro; en sus ijares mana
la sangre a ríos; furibundo agítase;
le abruma nube de venablos; raudas
sobre él las picas se suceden, y óyense
bramidos roncos que el dolor le arranca.

LXXVII

Repuesto el toro, ni venablo y picas
ya le detienen; tentativas vanas
son los desvíos del corcel; inútiles
de los jinetes el arrojo y armas;
todo lo arrolla; en la empapada tierra
vese cadáver un caballo, y pasa
otro ya abierto, tras de sí arrastrando,
¡espectáculo horrible!, sus entrañas.
De muerte herido vacilante cruza
y del peligro a su jinete salva.

LXXVIII

Rendido ya, pero hasta el fin furioso,
el toro, inmóvil en la ardiente plaza,
de tanto fuerte luchador en medio,

se hace temer, aunque el dolor le amaga.
Este es el punto en que a cercarle vuelan
los matadores con sus rojas capas;
hace un esfuerzo y como el rayo arrójase;
¡furor inútil!; la traición le alcanza;
sus ojos cubre el encarnado trapo;
ya no hay remedio : va a morir, le matan.

LXXIX

El hierro hundido sobre el sitio queda
en que a la espina la cerviz se engrana;
párase, oscila, retrocede al cabo;
después es fuerza desplomado caiga,
entre los vivas, sin gemir siquiera
ni agonizar. Con aparato avanza
lujoso carro y su cadáver ponen
sobre él. ¡Oh fiesta, para el pueblo grata!
Cuatro corceles de veloz carrera
muerden sus frenos y al vencido arrastran.

LXXX

Tal es la loca diversión que atrae
a la dorada juventud de España;
acostumbrada a presenciar la sangre
hierve en su seno la fatal venganza
y hasta el dolor sin emoción contempla.
¡Qué de querellas los lugares manchan!
Aunque se junte un numeroso ejército,
aun hay bastantes españolas almas

que lejos, ¡ay!, del campamento, aguzan
mortal el hierro que a la ofensa clavan.

LXXXI

Mas ya acabó el reinado de los celos;
ya rejas no hay ni carceleras ávidas;
en el olvido del pasado duermen
esos grilletes de prisiones bárbaras
que el viejo esposo combinar solía
para guardar su prisionera. ¿Cuántas
mujeres, tal cual las de España, fueron
libres cuando antes de arrojar su lava
el volcán de la guerra, se las vía
la cabellera dividida en largas
trenzas, pisando con cadencia el césped,
en tanto el astro protector del que ama,
al campo ameno y a la danza amiga
prestaba el tinte de su luz de plata?

LXXXII

¡Ay! ¡Cuántas veces Childe-Harold amado
había, o bien imaginado amaba,
pues es el ansia del amor un sueño,
hasta que halló sin sensación su alma!
Nunca del Léteo las amargas ondas
bebido había, y del amor las alas
fué lo que al cabo comprendió era bello,
mientras belleza, juventud y gracia
le demostraron que veneno oculto
sobre las flores el placer derrama.

LXXXIII

Mas no es que encanto en la beldad no hallase;
como sabio admirábala. La humana
sabiduría, no tampoco a un pecho
priva quizás de inspiraciones castas.
Pero el delirio en el olvido muere,
y el vicio audaz, que entre deleites cava
su propia huesa, sepultado había
de Harold por siempre toda la esperanza.
Víctima triste del hastío, viendo
doquier tinieblas en su vida odiada,
como Caín, sobre su frente lívida
sello de eterna maldición llevaba.

LXXXIV

Mudo, expectante, ni al tumulto uníase
ni viólo siempre con la faz misántropa;
quizás mezclarse deseaba a veces
en su alegría y bulliciosas danzas,
mas su destino abrumador ni un punto
una sonrisa toleróle. Nada
logró, en efecto, mitigar su pena;
un día tuvo que ahuyentar sus ansias,
y al lado de una hermosa, pensativo,
improvisó estas rimas delicadas
a unos encantos cual los que otras veces
encadenaron con amor su alma:

A Inés. (1)

I

No, no sonrías a mi adusta frente,
que sonreír no puede ni desea.
¡Evite el Cielo, para ti clemente,
que también llores y que en vano sea!

---

(1) En lugar de estas estrofas, que fueron compuestas en Atenas el 25 de enero de 1810, y que, según Tomás Moore, contienen los más sombríos rasgos de tristeza que hayan salido de la pluma de lord Byron, nosotros hallamos estas otras en el primer borrador de esté Canto:

La Gaditana. (*)

I

¡Oh! Nunca me habléis ya del triste clima
de mi tierra natal, de sus beldades.
¿Habéis visto, cual yo, la hermosa Gades
y sus hijas de aspecto encantador?
No tiene, no, la gaditana virgen
ojos azules y cabellos rojos;
mas ¡cuánto sus cabellos y sus ojos
los superan en gracia y en color!

II

Ella al cielo robó, cual Prometeo,
la viva luz que, a su pesar acaso,
entre pestañas móviles de raso
destella su pupila sin cesar;
y al ver cómo resbalan por su frente

(*) En las primeras ediciones de Byron figuró esta poesía, que fué reemplazada por «A Inés». Aceptamos la versión «A Inés» de Teodoro Llorente, la cual ha tenido por traductores a la Avellaneda (imitación), Peña Cagiao, Ledesma, Belmonte Muller, Muntadas y Mariscal. De «La Gaditana» preferimos la de Peña. Poseemos otra versión de José Joaquín Borda.—*(N. del C.)*

II

No intentes conocer esta hez obscura
que así emponzoña mi angustiada vida;
ni quieras compartir una amargura
que ser no puede ni aun por ti vencida.

---

sus negros rizos, con donaire tanto,
parece que, sensibles a su encanto,
pretenden esa frente acariciar.

III

Tarde la inglesa a nuestro afán se rinde,
y ni aun rendida siente con ternura;
y si place a la vista su hermosura,
mucho insiste su labio en el desdén.
Pero nacida bajo un sol de fuego,
siendo el amor su ley, su dicha sola,
si el corazón os rinde una española,
¿quién en el mundo os amará tan bien?

IV

No sabe qué es ficción; no se deleita
viendo temblar a quien amor la ofrece;
si amor siente a su vez, o si aborrece,
no reserva el impulso natural.
Y tiene un corazón que cuando late
es ingenuo y cordial en su latido;
y aunque al vil interés nunca rendido,
¡os ama tanto y con firmeza tal!

V

Ni nunca la española enamorada
con fingida esquivez os da tormento;
que sólo anhela crítico momento
en que probaros su amorosa fe.
¿Amenaza a su patria el enemigo?
Ella al peligro con valor se lanza,
y armada lucha, hasta lograr venganza,
cuando morir a quien adora ve.

III

No es odio ni es amor lo que me aqueja;
no es ambicioso y contrariado anhelo
lo que mis horas anubló y me aleja
de cuanto fué mi amor o mi consuelo.

IV

Es, ¡ay!, que cuanto escucho y cuanto miro
tedio me inspira y ásperos enojos;
ya ni siquiera la beldad admiro;
ni aun fuego tienen para mí tus ojos.

V

Cual la columna de siniestra llama
que al pueblo hebreo encaminaba errante,

VI

Que a la luz del crepúsculo dudosa
muestre su garbo en el jovial bolero;
que al español o al árabe guerrero
celebre a la guitarra en su canción;
ya recorra las cuentas del rosario
con sus dedos tornátiles de nieve;
ya en el templo de Dios a Dios eleve
el himno virginal de la oración,

VII

siempre hechicera más y más, no es dado
verla una vez sin suspirar por ella.
Calle, pues, la mujer que, menos bella,
juzga delirio su amoroso afán.
Pueblos y pueblos cruzaré do viven
cien beldades y cien; mas—yo lo fío—
ninguna en ellos, pocas en el mío,
con las de Cádiz competir podrán.

M. de la Peña.

fulgor lejano me conduce y llama
y aun al morir lo miraré distante.

VI

¿Cómo a sí mismo escapará el proscrito?
El mundo en vano recorrer intento;
siempre me acosa el torcedor maldito,
el demonio fatal del pensamiento.

VII

Otros el goce insulso que me hastía
beben sin fin y su amargor no advierten.
¡Sueñen ellos con plácida alegría,
y nunca, al menos, como yo despierten!

VIII

¡Adiós! Recorreré la tierra entera.
Tendrá, entre penas mil, mi pecho herido
un consuelo; suceda lo que quiera.
¡Lo peor ya lo he visto y lo he sentido!

IX

¡No lo quieras saber! Tus dudas calma
y ten piedad de mi anhelar eterno;
sonríe sin rasgar el velo al alma,
si allí no quieres ver todo el infierno.

Teodoro Llorente.

LXXXV

¡Adiós, oh Cádiz!, y un adiós eterno.
¿Quién de tus muros la constancia olvida?
Tú sola fiel permaneciste, cuando
otros traiciones a su patria hacían.
Tú, la primera en proclamarte libre,
la última fuiste en sucumbir vencida,
y si entre horrores y peligros sangre
corrió en tus calles, de tus hijos, digna,
sólo un traidor despedazaste. Todos
nobles, excepto la nobleza misma,
fueron, y nadie del caudillo al carro
uncirse quiso, sino aquella mísera.

LXXXVI

Tales los hijos de la España muéstranse;
mas, ¡ay!, su suerte caprichosa gira;
por la anhelada independencia luchan,
y nunca hallaron libertad. Suspiran,
sin rey ha tiempo, por salvar su trono,
y cuando, huyendo la nobleza, expira
fiel el vasallo, del traidor en manos,
bendice un suelo a que su sola vida
debe. El orgullo la gloriosa senda
aun le señala; rechazado, aviva
su empuje en pos de libertad, y «¡Guerra!,
¡guerra a cuchillo!», enardecido grita.

LXXXVII

Vosotros hoy que conocer a España
queréis, leed de su hecatombe horrísona,

de sus combates la sangrienta historia.
Cuanto feroz nuestra venganza inspira
contra el extraño y enemigo, todo
allí esgrimióse contra Francia altiva.
Desde la corva cimitarra al pérfido
cuchillo, dardos de furor no había
que no blandiese el español en guerra.
¡Ojalá así su fraternal amiga
pueda salvarse, derramando sangre
de sus verdugos y opresor, y, digna,
cuantos injustos agresores haya,
tal recompensa por su acción reciban.

LXXXVIII

Mas ¿es posible la piedad no arranque,
por los que yacen en la tumba fría,
de compasión una furtiva lágrima?
«Ved asoladas las llanuras; tintas
en sangre aún las femeniles manos;
sirvan de pasto putrefactas víctimas
a hambrientos buitres; que sus calvos huesos,
ya desdeñados de las fieras mismas,
y los regueros de la sangre, dejen
recuerdo horrible en la feraz campiña;
así creerán nuestros valientes hijos
de aquesta lucha la verdad terrífica.»

LXXXIX

Aun no acabó, que del Pirene bajan
nuevas legiones. ¿Quién el fin precisa

de la contienda? Consternados, tienen
todos los pueblos sus miradas fijas
sobre la España. Si se hiciese libre,
más brazos, ¡ay!, a redención destina
que encadenaron sus Pizarros antes.
¡Extraño cambio! La preciada dicha
de las comarcas de Colón repara
de Quito el mal, mientras la patria, herida
del enemigo furibundo, es presa
y entre matanza y confusión se agita.

XC

Ni cuanta sangre Talavera empapa,
ni los prodigios de valor que altiva
vió Zaragoza, ni los mil cadáveres
allá sembrados en Albuera misma,
han conseguido que la España triunfe
con su derecho y libertad. ¿El día
cuándo será que de sus verdes campos
florezca al fin, cual el laurel, la oliva?
¿Cuándo el premio verá de sus hazañas?
¿Cuántas ha de alumbrar, ¡ay!, todavía
horas fatales de inquietud el Cielo,
antes que libre de invasores viva,
y de la ansiada libertad el árbol
su sombra preste a su grandeza altiva?

XCI

Y tú, mi amigo, pues mi inútil queja
sale del alma y en mi canto expira,

si el hierro, al menos, perecer te hubiere
hecho cual héroe en las guerreras filas,
sellara el labio por orgullo, y mudo
no me doliere. Pero tú a la fría
tumba desciendes sin laurel, de todos,
¡ay!, en olvido, aunque del alma mía
no; tú no puedes confundirte en esas
turbas ilustres de guerreras víctimas,
mostrando heridas en tu pecho. En tanto
la gloria, más que tu cabeza, indignas
otras adorna, ¿qué te hiciste para
la muerte hallar con placidez pacífica?

XCII

¡Oh tú, el más caro y entrañable amigo!;
tú, que consuelo al corazón traías
en su aislamiento y su dolor; en sueños,
cual otras veces, visitarme dígnate.
La nueva luz desatará mis lágrimas
al despertar; entristecida y tímida,
verás mi sombra de tu tumba en torno,
hasta que vuelva mi materia mísera
hacia esa tierra, nuestra propia madre,
y juntos yazgan en la paz que brinda,
el grato amigo que no existe, y este
que aquí le llora con ternezas íntimas.

XCIII

Aquí tenéis de Childe-Harold un canto.
Los que queráis saber a dó camina,

encontraréis de su doliente historia
el fiel relato en otro, si atrevida
la pluma del poeta lo trazase.
¡Ay!, ojalá que la severa crítica
no diga ya que con aquéste basta.
Si la paciencia no perdéis, un día
yo os contaré lo que encontró el viajero
en otros puntos, las sagradas ruinas,
los monumentos de felices siglos
en que la Grecia, en esplendor magnífica,
no era juguete de extranjeros pueblos,
ni en execrada esclavitud gemía.

Antonio Ledesma.

El canto del Suliota.

(Fragmento del Canto segundo.)

I

¡Tambor!, ¡tambor!, tu redoble,
crujiendo allá en lontananza,
llena al bravo de esperanza,
porque le anuncia la lid.
Al sentirlo en sus montañas
el ilirio, el chimariota,
el atezado suliota,
¿cómo su sangre no herir?

II

¡Oh!, que el suliota atezado
es de valientes modelo,

con su capota de pelo,
con su nevado ropón.
Vedle, a merced de las fieras,
su ganado abandonando,
y a la llanura bajando
como torrente veloz.

III

Quien ni al amigo perdona
leve ofensa recibida,
¿pudiera, acaso, con vida
al enemigo dejar?
No depondrá tal venganza
mi fusil, siempre certero;
que el blanco que yo prefiero
es el pecho de un rival.

IV

También Macedonia envía
su nunca vencida raza,
que a los bosques y a la caza
renuncia por esta vez.
Antes que el sable se embote
y cese la lid sangrienta,
las rojas bandas que ostenta
más rojas se han de volver.

V

Y de las costas de Parga
acude el pirata osado,

que a cautivar avezado
al pálido franco (1) está.
En la ribera dejando
los remos y las galeras,
a sus propias madrigueras
irá a buscarle de hoy más.

VI

¿Qué a mí: el placer, la riqueza?
Yo ganaré por valiente
lo que el débil solamente
puede con oro alcanzar.
Y mía será la virgen
con su luenga cabellera,
¡y cuántos por vez postrera
a sus madres dejarán!

VII

Yo adoro en sus verdes años
a la beldad. ¡Qué delicia,
si con pasión me acaricia!
¡Cuán dulce tiene su voz!
Venga, pues, a mi presencia,
y en su lira bien templada
cante la fatal jornada
do su padre feneció.

---

(1) Nombre genérico de todos los europeos en el Oriente y aun en la Oceanía.

VIII

Recordad cuando Prevesa
sucumbió, y el grito herido
del vencedor, y el gemido
de cien víctimas y cien.
Fuego y sangre y exterminio
por dondequiera sembramos;
pero no, que respetamos
las gracias de la mujer.

IX

¿Quién dijo misericordia?
¿A quién el temor arredra?
Duro ha de ser como piedra
el súbdito del Viní.
Desde el tiempo del Profeta,
nunca vió la media luna
jefe que en gloria y fortuna
rivalice con Alí.

X

Partió Monctar (1), y veloces
galopaban sus corceles;
y temblaban los infieles
ante su enseña marcial.
Cuando avancen sus delhíes (2),

---

(1) Hijo de Alí-Bojá.
(2) Soldados de caballería ligera del ejército turco.

luchando bizarramente,
de la moscovita gente
¡cuán pocos se salvarán!

XI

Selictar (1) muestra el alfanje
de nuestro príncipe noble;
tambor, tu bronco redoble
del combate señal es.
Montañas de donde ahora
hacia el llano descendemos,
o triunfantes volveremos,
o nunca más nos veréis.

M. de la Peña.

Fragmento del Canto tercero.

Se llora, sí, se llora; pero al cabo
asoma una sonrisa entre las lágrimas.
El árbol se marchita largo tiempo
sin que el herido tronco al suelo caiga;
no deriva el bajel, si la tormenta
el mástil y las velas no le arranca;
el madero se pudre y se deshace
en eterna vejez; el muro se alza
ruinoso, y permanece todavía
de pie junto a las torres desplomadas;
las implacables rejas sobreviven

(1) Nombre del sable del sultán y también del oficial que lo conduce.

al cautivo infeliz que aprisionaban,
y, a pesar de la nube tormentosa
que oculta el sol, el día no se apaga.
¡Ay!, así el corazón, roto y deshecho,
sigue viviendo en aparente calma.
Al romperse un espejo, en cada trozo
se ve mil y mil veces reflejada
igual imagen. Corazón que sufres,
¿no es esto mismo lo que a ti te pasa?
La existencia prosigue silenciosa,
sombría, sin color, pulverizada;
ya no hay sangre en las venas; se aproxima
el dolor; huye el sueño y la esperanza.
Llega, en fin, la vejez, y nadie, nadie
sospechar pudo de la horrible carga;
ningún signo denota el sufrimiento,
¡que estas cosas se sienten y se callan!

Antonio Chocomeli Codina.

A orillas del Rhin. (1)

(Del Canto tercero.)

I

Al pie de almenado risco (2)
que adusta tu sien eleva,

(1) Intercalados los siguientes versos en «La peregrinación de Childe-Harold», los hemos bautizado con el nombre vago que los encabeza, y lo propio hemos hecho con los que hemos llamado «El canto del Suliota». — *(N. del C.)*

(2) El castillo de Drakenfeld, hoy en ruina, domina el pico más elevado de «las siete montañas», a orillas del Rhin.

por entre lozanas vides
el ancho Rhin serpentea.
Aquí un cerro, engalanado
de florescente arboleda;
allí un vistoso plantío
que anuncia pingüe cosecha;
y cendales esparcidos
en una y otra ribera,
cuyos muros, a lo lejos,
galanamente blanquean.
¡Bello cuadro! Sólo falta,
para calmar su belleza,
que lo animases, bien mío,
con tu adorable presencia.

II

Zagalas de ojos azules
que este nuevo edén alberga,
tempranas flores me brindan
con faz plácida y risueña.
Allá en la altura, y en medio
de frondosidad espesa,
cien y cien torres feudales
trazan sus moles de piedra
rocas pendientes, y arcadas
en altiva decadencia
dominan esta llanura,
de verdes parras cubierta.
Pero lo que más deseo
eso en el Rhin no se encuentra,

y es tu mano entre las mías
¡para estrecharla con ellas!

III

Unos lirios que me han dado
te envío, mi dulce prenda,
y aunque ya estarán marchitos
antes que tú los poseas,
no los desdeñes por eso,
que si admití tal fineza,
sólo fué porque pensaba
a tus plantas ofrecerla;
porque sé bien que al mirarlos,
y cuando por dicha entiendas
que aquí esos lirios naciesen
al sol de la primavera,
que de un alma en ti cautiva
la fidelidad expresan,
quizás tú por mí suspires,
también amorosa y tierna (1).

IV

Corriendo va el noble río,
gloria de esta hermosa tierra,
y en sus múltiples rodeos

(1) Como si fuese una poesía aparte, esta estrofa también va en otro lugar traducida por D. Vicente Arana, y así lo consignamos para que no se juzgue inadvertencia nuestra. — *(N. del C.)*

más y más galas despliega.
¿Quién ambicionar podría
felicidad más completa,
que pasar aquí tranquilo
los días de su existencia?
Ni habría en el mundo todo
región para mí tan bella,
ni en que tanto se gloriase
la madre naturaleza,
si tus ojos con los míos
el curso del Rhin siguieran,
prestando así nuevo encanto
a sus márgenes amenas.

M. de la Peña.

El gladiador moribundo.

(Fragmento del Canto cuarto.)

Vióle tendido en la sangrienta arena;
en la nerviosa mano reclinada
la frente varonil, que si a la muerte
sin pesar se resigna, a la agonía
de su precaria suerte
opone de los bravos la firmeza;
lentamente doblega la cabeza
y de la abierta herida
rojiza sangre brota,
que cae gota a gota,
cual las que llora, perlas de rocío,
la casta aurora en el sediento estío.

El circo ante su vista, que se anubla,
como ensueño febril se desvanece,
y aun antes de que cese
la ronca grita con que aclama el pueblo
al rudo vencedor, del moribundo
la mirada se apaga,
y, lejos ya del mundo,
su decaído pensamiento vaga.

No le importa la horrible vocería
que los aires atruena; en raudo vuelo
cruza su alma la extensión remota,
y no lamenta la perdida vida
ni el premio apetecido,
ni siente desazón por la derrota.
Orillas del Danubio, su cabaña
contempla su salvaje fantasía:
juegan allí sus hijos, ignorantes
del hado de su padre; ve la esposa
perdida para siempre, y él en tanto,
a su bárbaro hogar arrebatado,
en sanguinaria justa
la vida rinde, pasto al depravado
placer de corte adusta.
Mas, ¡ah!, será vengado:
¡godos, alzad; vuestra inclemente saña
presto saciad en la ciudad augusta
que con negro baldón su gloria empaña!

Rafael Tamayo.

(Colombiano.)

Al mar.

(Fragmento del Canto cuarto.)

Vírgenes selvas, costa solitaria
ofrécenme placer y arrobamiento;
libre de intrusa gente o de contraria
música y sociedad, junto al mar siento.
Amo a los hombres, pero más la varia
naturaleza; al universo, exento
de cuanto he sido y soy, me identifico;
ni callo lo que siento, ni lo explico.

¡Tiende, tiende el oleaje azul obscuro
por tus vastas llanuras, Oceano!
De hierro, a domeñarte, y roble duro
mil flotas surcan tu extensión en vano;
tu paso por la tierra, mal seguro,
señala en ruinas el poder humano;
mas tu dominio cesa con la playa;
tu bárbaro rigor aquí desmaya.

En tu líquido espacio, toda ruina,
toda devastación es obra tuya;
de cuanta destrucción en ti maquina
el hombre audaz, queda no más la suya,
cuando gimiendo, cual burbuja indina
o gota de agua que de lo alto fluya,
desparece ignorado en el naufragio
sin féretro ni tumba ni sufragio.

No en tus sendas su rastro le conservas,
ni halla en tus campos su codicia precio;
álzasle y le rechazas. Su proterva
fuerza burlando, al cielo con desprecio
le arrojas : allá va entre espuma acerba
clamando a Dios, en alarido recio,
que esperanza de un puerto no le vede;
mas tú en tierra le estrellas... ¡Allí quede!

Los bélicos aprestos que fulminan
truenos y rayos a los fuertes muros
de ciudades, que en rocas predominan;
que con presentes males y futuros
de las naciones el reposo minan;
o en los dorados tronos inseguros,
que orgullosas metrópolis sustentan,
a los fieros monarcas amedrentan.

Los leviatanes de hiperbóreo encino,
cuya estructura, sólida y gigante,
a su hacedor—de barro muy mezquino—
hace asumir el título arrogante
de árbitro de la guerra y tu destino,
juguete, nieve son : tu ola espumante
vuélvelos, como orgullo de la armada,
o cual despojo, en Trafalgar, en nada.

Son tus costas imperios dilatados
do todo, menos tú, sufrió mudanza.
¿Qué es de Asiria y de Grecia ponderados?
¿Qué de Roma y Cartago a ver se alcanza?

Libres o de tiranos sojuzgados,
por igual los devasta tu pujanza.
Míralos en oprobio decaídos,
en áridos desiertos convertidos.

A férula extranjera, abominable,
esclavos o salvajes, obedecen;
mientras que tú, perpetuo, invarïable,
si no en las broncas olas que se mecen
jugando, miras que en tu faz instable
las arrugas del tiempo no aparecen :
tal cual la creación te vió en su aurora,
tal te contempla el universo ahora.

Glorioso espejo, del Creador retratas
la faz : en furia o calma, en fuego o hielo,
sin linde o fin sublime te dilatas;
trono de Dios de eternidad modelo,
monstruos cría tu limo, que arrebatas
con ímpetu; obedécente con celo
las zonas todas, y de polo a polo
temido avanzas, insondable, solo.

¡Siempre te amé! De mi niñez delicia
era ir, cual burbuja, en tus corrientes,
y jugar con la onda que acaricia
o se estrella bramando en los rompientes.
Grato era hasta el temor, si la malicia
te encrespaba del noto; en tus lucientes
crines, cual hoy, mi mano se enredaba,
y a ti como hijo tuyo me entregaba.

Casimiro del Collado.

EL GIAOUR [1]

(Fragmento de una historia turca.)

Ni un hálito siquiera la onda riza
que rueda al pie de la alta sepultura
do yace el ateniense (2); en la escarpada
roca, brillando, envía al marinero
el saludo primero
cuando torna a su hogar. ¡Cómo descuella
sobre la tierra que salvara en vano!
¿Cuándo, para terror de su tirano,
otro héroe igual ha de nacer en ella?

. . . . . .

¡Hermoso clima! Plácida sonríe
toda estación en esas fortunadas
islas que, si de lejos contempladas,
desde la altura de Colonna, el pecho
del que las mira ansioso
en deleite purísimo enajenan
y hasta en la soledad el alma llenan
de encanto misterioso.
La faz del Oceano,
dulcemente ondulada,
refleja el rico tinte de las cimas

---

(1) *Giaour* (pronúnciese *Yaúr)* equivale a «infiel», epíteto dado por los turcos a los que no profesan la religión mahometana.

(2) Suponen algunos que la tumba que se ve sobre las rocas del promontorio es la de Temístocles.

que en sus claros cristales
reproduciendo van las gayas olas
que bañan esas islas encantadas,
edenes de los mares orientales.
Y si, a momentos, transitoria brisa
turba la paz del líquido elemento,
o una flor de los árboles desprende,
¡cuán grato es cada aliento!,
¡qué fragancia suavísima trasciende!
Porque allí, ¡cuán ufana,
en valle, prado, o en vergel, la rosa,
del ruiseñor sultana (1),
la doncella por quien sus melodías
y sus canciones mil se oyen doquiera,
florece, y el rubor en su mejilla,
cuando su amante la enamora, brilla!
Del ruiseñor y del pensil es reina
la rosa, de los vientos respetada;
y de las nieves y punzantes hielos,
libre de los inviernos de Occidente,
de toda brisa y estación mimada,
al empíreo devuelve incienso puro,
la rica aroma de que fué dotada;
y, agradecida al Cielo, sonriente
ofrece el arrebol de su belleza
y el fragante suspiro da al ambiente.
¡Cuánta flor luce allí su gentileza!

---

(1) Los amores del ruiseñor y de la rosa son una fábula persa muy conocida. Uno de los nombres del ruiseñor es el de «Bulbul de las mil historias».

¡Cuánto boscaje que al amor convida!
¡Cuánta gruta al reposo,
que convirtió el pirata en su guarida!
Su barca, oculta en un recodo, acecha
la presa del pacífico viajero,
hasta que se oye resonar lejana
la guitarra de alegre marinero
y se muestra la estrella de la tarde;
entonces, deslizándose en silencio
con asordados remos, al abrigo
que da la sombra de saliente peña,
sobre su presa el pérfido enemigo
se arroja de repente y, despiadado,
trueca en gemidos la canción risueña.
¡Cuán singular!, que aquí donde natura
se complació en formar una morada,
cual si fuera a los dioses destinada,
y cuanta gracia existe y hermosura,
y gloria y esplendor, unirlas quiso
en este su encantado paraíso,
sólo del mal el hombre enamorado,
trueca todo en desierto desolado,
y pisotea, como airada fiera,
toda inocente flor, que ni siquiera
le demanda un instante
de arduo cultivo o de labor penosa
para su cáliz entreabrir fragante
en la bella región maravillosa;
sino que brota del fecundo suelo,
cual previniendo su fatiga, y, leda,
le pide dulcemente le conceda

vivir las horas que le ha dado el Cielo.
¡Cuán singular!, que aquí donde respira
todo contento y paz, fieras pasiones
abrazan los humanos corazones,
y el hombre a destruir tan sólo aspira,
cual si obtenido hubieran la victoria,
contra los serafines del Eterno,
aquellos que del solio de su gloria
lanzados fueron al profundo Averno
y en la sublime celestial alteza
imperaran las huestes del infierno.
¡Tan grande es el encanto, la belleza
de esta región, para el amor formada!
De sus tiranos, ¡tal la abominada
potencia para el mal y su fiereza!
Quien fijó la mirada en un cadáver
antes que del no ser la hora primera,
la primera, sombría, de la nada,
la postrera de angustias y de penas,
hubiese transcurrido, antes que el dedo
de la muerte, que nada intacto deja,
los rasgos y contornos destruyese
en que aun sobrevive la belleza,
y observó el aire angélico, tranquilo,
el éxtasis de paz que el rostro ostenta,
y aquellas líneas fijas y süaves
que la mejilla lánguida serpean;
y a no ser porque turbios, tristes ojos,
que ni llanto ni amor o fuego encierran,
o por la fría e inmovible frente,
en que la muerte y su glacial inercia

terror secreto al corazón infunden
del que afligido ansioso la contempla;
cual si esa vista compartir le hiciese
el lúgubre destino que le arredra,
del que apartar no puede las miradas,
¡ay!, y a no ser por esas tristes huellas
y estos funestos signos, una hora,
momento de ilusión, dudas tuviera
del poder destructor de ese tirano:
¡tan dulce, tan hermosa, tan serena,
la muerte misma en su primer aspecto,
y el último a la vez, se nos revela!
Así, con tal aspecto, a nuestros ojos
de esta región se ofrecen las riberas.
¡Es Grecia, sí; mas, ¡ay!, Grecia sin vida!;
tan triste, fría, inertemente bella,
que nos estremecemos al mirarla
viendo que ya un espíritu no alienta;
aquí en la muerte se halla aquel encanto
que ni un suspiro postrimer se lleva;
hay la belleza de funesto lustre,
que aun en la misma tumba no se altera,
de extinta animación postrer reflejo;
aureola evanescente que se ostenta
cabe las ruinas; última vislumbre
de un sentimiento que por siempre cesa;
la chispa de una llama, cuyo origen
acaso es celestial, que si flamea
y vierte luz en la dorada arcilla,
el calor de la vida ya no alienta.
¡Región de los valientes no olvidados!

¡Tierra que desde el monte a la llanura
fuiste de libertad hogar y asilo
o a la gloria ofreciste sepultura!
¡Santuario de inmortales! ¿Darse puede,
¡oh Grecia!, que esto sólo de ti quede?
Esas, responde, esclavo que te arrastras,
¿no son, di, las Termópilas famosas?
Vástago vil de aquellos hombres libres,
dime: ¿qué mar es ése, qué ribera
esa que baña la onda cristalina?
¡El mar y roca son de Salamina!
Álzate, y al recuerdo de su gloria
la antigua patria para ti reclama;
hazla tuya otra vez; arda en tu pecho
de tus abuelos la sublime llama;
y el que en la lucha desigual expire,
a su antiguo renombre
agregará también temido nombre
que a los tiranos hondo miedo inspire;
un nombre que de ejemplo y esperanza
sirva a los hijos, y con pecho fuerte,
al yugo vil, prefieran noble muerte;
que una vez comenzada
de libertad la lucha, traspasada
del moribundo padre como herencia
al hijo, aunque vencida con frecuencia,
acaba al fin por obtener victoria.
Tus campos, Grecia, de ello son testigos
y tú misma eres página viviente
de una gloriosa e inmortal historia;
y mientras en el polvo confundidos,

monarcas en pirámides sin nombre
yacen en densa obscuridad sumidos,
tus héroes, aunque el tiempo la columna
de sus sepulcros haya derribado,
tienen del patrio suelo en las montañas
un monumento más grandioso alzado;
y allí tu musa al extranjero muestra,
de tu gloria fanales,
las tumbas de esos héroes inmortales.
¡Cuán largo fuera referir, y cuánto
el alma llenaría de tristeza,
cómo a tanta ignominia y tal quebranto
descendió paso a paso tu grandeza!
Baste saber que nunca el extranjero
hubiera tu alma libre sometido,
si tú misma, primero,
no hubieses de tu altura descendido:
¡tu vil abatimiento abrió la vía
al déspota y su horrible tiranía!

¿Qué dirá quien tus playas hoy visite?
No una leyenda de tu antigua gloria,
no un tema excelso que a la lira arranque
cantos como entonó con noble anhelo
tu libre musa un día,
cuando el hombre era digno de tu suelo.
En vez de los altivos corazones
que tus valles nutrían;
de las almas que, intrépidas, habrían
a sublimes acciones
a tus hijos guiado, ¿qué contemplas?

Desde la cuna, ahora, hasta el sepulcro
los miras arrastrarse cual reptiles,
siendo, demás esclavos,
tristes esclavos de otros siervos viles (1).
Insensibles y a todo indiferentes,
pero no para el crimen; infectados
con los vicios que al hombre al bruto acercan;
sin tener las virtudes del salvaje,
ni alma libre, ni pecho valeroso,
mas desplegando en los vecinos puertos
la astucia proverbial y antiguas artes
que han hecho que su nombre sea famoso.
¡A extremo tal tus hijos han llegado!
¡Así al griego sutil se reconoce,
y tan sólo por esto es renombrado!
La libertad en vano intentaría
inflamar esas almas que a sus duras
cadenas están hechas, o las frentes
alzar, que, voluntarias a su yugo,
se humillan a los pies de su verdugo.
Mas tus dolores hoy yo no lamento,
aunque la historia que decir intento
es triste por demás, y los que oído
presten, comprenderán cuán lastimera
hubo de ser, y cuánto habrá afligido

---

(1) Cuando Byron escribió «El Giaour» (1813), Grecia estaba sometida a los turcos, y Atenas, como él mismo dice, era la propiedad del Kislar Aga (el esclavo encargado de guardar a las mujeres del serrallo), quien nombraba al gobernador de la ciudad.

al que la oyó narrar por vez primera.

. . . . . .

En el azul del mar, lejos y negra,
se adelanta la sombra de las rocas;
el pescador la toma por la barca
de pirata insular o de Mainota.
Temiendo por su esquife, cauto evita
el abra, si cercana, sospechosa;
y aunque abrumado ya con la faena,
rendido de fatiga, siendo ahora
un peso grave la abundante pesca,
lento, pero con mano vigorosa,
los remos mueve, hasta que al fin divisa
seguro puerto; inclina hacia él la prora,
y gozoso entra allí cuando comienza
la noche del Oriente esplendorosa.

. . . . . .

¿Quién viene tronando, con riendas flotantes,
en rápido, negro, fogoso bridón?
Del casco de hierro, del látigo rudo,
las hondas cavernas devuelven el son.
La espuma que baña del bruto el costado
parece la espuma nacida del mar:
el mar al fin halla reposo; el jinete
no puede en su pecho reposo encontrar.
Si acaso mañana terrible tormenta
furiosa agitase del mar la onda azul,
la calma ella fuera junto a esas borrascas
que en tu alma se agitan, ¡oh joven Giaour!
No sé, no, quién eres; mas odio tu raza,
y algo en ti miro que intenso lo hará;

y aunque eres aún joven, tu pálida frente
por fieras pasiones surcada ya está.
Clavados en tierra los ojos siniestros,
pasaste a mi lado cual negro huracán;
mas vi que eras uno de aquellos que deben
matar, o que evitan los hijos de Osmán...

Adelante, veloz siguió adelante,
mientras que absorto le admiraba yo;
y si bien, cual demonio de la noche,
al pasar junto a mí despareció,
su aspecto y ademán en mí dejaron
una impresión difícil de borrar,
y aun, del negro bridón, en los oídos
siento el terrible casco resonar.
Lo espolea; se acerca al precipicio
que sombra da a la mar que ruge al pie;
veloz le dobla, rápido se aleja,
y de mi vista al fin libre se ve.
Bien sé cuán importunos son los ojos
que se han fijado en el que huyendo va,
y que aun en las tinieblas de la noche,
de una estrella la luz es mucho ya.
Se aleja; pero dar una mirada
quiere, como si fuera la postrer,
y un momento le veo que detiene
el raudo galopar de su corcel;
un momento dar tregua a su fatiga
procura, y nuevas fuerzas recobrar;
se incorpora un momento en los estribos...
¿Qué mira en el umbrático olivar?

Brilla la luna nueva; en las mezquitas
aun tiembla de las lámparas la luz,
y aunque por la distancia sus disparos
y estruendo oír no deje el arcabuz (1),
pruebas dan esas vivas llamaradas
del celo del piadoso musulmán;
sí, que esta noche el Ramazán termina
y comienzan las fiestas del Bairán;
sí, que esta noche... Peró tú, ¿quién eres?
De faz torva, extranjero en el vestir.
¿Qué son a ti o a los tuyos estas fiestas,
ya para detenerte o para huir?...
Se detuvo; al principio revelaba
su faz leve temor, luego odio intenso;
de cólera fugaz no fué el rojizo
y súbito color y pasajero,
sino tornóse pálido su rostro,
cual mármol de un sepulcro, cuyo aspecto
aún más tétrico vuelve esa blancura;
e inclinada la frente, los siniestros
ojos velados, levantó su brazo
y agitó la cerrada mano, fiero,
cual si tuviera de seguir la fuga
o retornar, el ánimo suspenso;
mas de pronto, impaciente del forzado
reposo, y escarbando el duro suelo,
su corcel dió un relincho, y el jinete

---

(1) El Bairán lo anuncia un cañonazo disparado a la puesta del sol. Al instante se iluminan las mezquitas, y en toda la noche no cesan las descargas de armas de fuego de toda clase.

bajó la mano y empuñó el acero;
que en un instante el súbito relincho
le hizo salir de su soñar despierto,
como al grito de un bufo, el que dormita
se incorpora, de vago terror lleno.
De nuevo a su bridón clava la espuela;
adelante, adelante va de nuevo;
su vida está en peligro. Como el aire
hiende veloz el *jérrid* (1) si por diestro
brazo es lanzado, así el fogoso bruto
partió al sentir la espuela de su dueño.
Dobló el peñasco; del galope raudo
no se oye en la ribera ya el estruendo.
Ganó ya el precipicio; del cristiano
no se ven el crestón ni aire altanero.
Tan sólo fué un instante el que contuvo
el brioso corcel, rebelde al freno;
tan sólo se detuvo un breve instante,
como si por la muerte perseguido.
Más parecía que en aquel momento
hizo pasar por su alma, la memoria,
el soplo helado de años de recuerdos,
condensando en aquel rápido instante
toda una vida de penar acerbo,
de crímenes un siglo. Y el que ama,
el que odia o teme, en esos pasajeros
momentos, la amargura toda bebe

(1) El *jérrid* es una especie de jabalina turca que los jinetes arrojan con notable destreza y vigor. Es un pasatiempo favorito entre los musulmanes.

de lustros de dolor. Y él, en su pecho,
¿qué sentiría entonces, abrumado
por cuanto al corazón da más tormento?
¿Quién medirá la duración terrible
de aquella pausa de tan grave peso
en su destino?... Como tiempo, es nada;
mas fué una eternidad al pensamiento,
porque infinito, sí, como el espacio,
es ese pensamiento cuyo seno
sondea la conciencia, y en él halla
dolor sin nombre, ni esperanza, eterno...

Pasó la hora y el Giaour ya es ido...
¿Solo, acaso, partió? ¿Solo ha caído?
¡Ay de la hora aciaga en que viniera!
¡Ay de la hora en que partió! Enviado
por las culpas de Hassán, lo que antes era
palacio, en un sepulcro se ha trocado.
Vino, se fué, como el simún ardiente,
nuncio fatal de lobreguez y ruina,
a cuyo aliento asolador, la frente
hasta el mismo ciprés marchita inclina.
¡Árbol sombrío, permanece triste
cuando otros su dolor han olvidado;
el único constante, apesarado,
sobre los restos del que ya no existe!

La gran caballeriza está desierta;
desparecieron de ella los bridones.
De Hassán, en los salones,
ningún siervo se ve; sobre la yerta

y desnuda pared su tela extiende
la araña solitaria; en la florida
glorieta del harén ahora se anida
el murciélago vil; usurpa el buho
la atalaya de aquel que en otro tiempo
baluarte fué de su poder temido.
Vaga el perro salvaje, receloso,
cabe la fuente aullando, enfurecido
del hambre intensa, de la sed rabioso.
Las frescas linfas del marmóreo lecho
se han agotado; en su lugar malezas
y escombros hoy se miran. ¡Oh, cuán grato
era ver en la fuente
el juego de las aguas que aplacaba
el calor estival! El argentado
rocío, al ascender a gran altura,
en fantásticos círculos giraba,
esparciendo en el aire la frescura
y devolviendo su verdor al prado.
¡Cuán grato era el fulgor de las estrellas,
bajo un cielo sin nubes, esas bellas
ondas de luz acuosa
contemplar, y su dulce melodía
oír en la callada noche umbría!
¡Cuántas veces testigo esa cascada
fué de los juegos de la infancia pura
de Hassán, y en el regazo de su madre,
cuántas la frente reclinó cansado,
al rumor de esas ondas arrullado!
Luego, en su juventud, de una hermosura,
¡cuántas veces la voz en los sentidos

grata calma vertió cabe su orilla,
mezclándose del canto la dulzura
a los del agua armónicos sonidos!
Mas, ¡ay!, que del crepúsculo en la hora,
Hassán, en su vejez, junto a la fuente
no vendrá a reposar; ya la corriente
que la llenaba se agotó; la sangre
que hacía latir su corazón, vertida
fué también, y ya aquí la voz humana
no más se habrá de oír, de intenso odio,
de amor, venganza o de placer movida.
La triste última nota cuyo acento
llenó el aire, fué el fúnebre lamento
de una mujer, un grito de agonía;
desde el instante aquel en que extinguido
quedó el desgarrador, hondo quejido,
todo es silencio, todo paz profunda.
Se oye sólo golpear la celosía
cuando la agita el viento; mas en vano
rugirá el huracán, caerá la lluvia;
ya no la cerrará ninguna mano.
En medio de un desierto, a gran ventura
se tiene de un mortal hallar la huella
estampada en la arena; aquí un gemido,
el mismo acento del dolor, podría
despertar, como eco de consuelo,
un eco triste que decir parece:
«No todos han partido;
aún la vida aquí en uno languidece.»
Porque más de una cámara dorada,
en el palacio hermoso, todavía

no es de la soledad propia morada,
y en su interior, con paso perezoso,
avanzando va el genio de las ruinas
en su trabajo destructor; mas yace
en el umbral insólita tristeza.
Allí no se detienen ya un instante
faquir cansado ni derviche errante,
pues la hospitalidad que allí gozaban
despareció con súbita presteza;
ni tampoco el viajero fatigado
a compartir vendrá, cual don sagrado,
la sal y el pan. Cabe el palacio pasan
el rico, el pobre, sin tornar los ojos,
sin un saludo recibir. El día
que Hassán murió, también en su morada
murió la caridad, la cortesía.
Bajo ese techo, en otro tiempo asilo
siempre a todos abierto, ahora se albergan
hambre, desolación; de los salones
el huésped huye, el siervo del trabajo,
desde el fatal instante
que el sable de un infiel, de arriba abajo,
de Hassán hendió el turbante.

. . . . . .

Oigo rumor de pasos que se acercan,
mas no una voz que a mis oídos llegue;
se aproximan, distingo los turbantes,
y el yatagán en su argentada vaina.
Veo al jefe de la tropa; reconozco
que es un emir en su ropaje verde.
«—¡Hola! ¿Quién eres?—Que a Mahoma sigo,

con mi humilde zalema te lo digo.
—El peso que lleváis con tanto esmero,
cuidado extremo reclamar parece,
y sin duda preciosa carga encierra.
—Mi pobre barca ofrezco.—Tú has hablado
la verdad: desampara tu barquilla
y aléjanos al punto de esta orilla.
Deja la vela aún ferrada; el remo
maneja sólo, y a las altas rocas,
do duerme tan profunda cual sombría
el agua del canal, la barca guía.
Detente ahora..., así...; tu cometido
muy bien llenaste; fué la travesía
rápida, corta; mas, con todo, ha sido
éste el viaje más largo que una...»

. . . . . .

El bulto sumergióse con trabajo
y se hundió lentamente; la apacible
onda se fué rizando hasta la orilla.
Hundirse le miré; por un momento
me pareció en la calma superficie
notar inusitado movimiento;
era tan sólo el rayo de la luna
que en la tranquila onda jugueteaba;
con intensa atención seguí mirando
hasta que vi desvanecerse el bulto;
como una pedrezuela parecía;
menor fué siendo; cual blancuzca mancha
en el fondo lucir se le veía.
Al fin despareció. Ya su secreto
en lo profundo de las aguas duerme,

para siempre de todos ignorado,
excepto de los genios del abismo,
que, temblando en sus grutas de corales,
ni a las olas del mar lo han murmurado.

. . . . . .

Como al tender sus purpurinas alas,
de Cachemira en los floridos prados,
la mariposa, reina de la verde
primavera oriental, al niño incauto
a darle caza invita, y le conduce
más lejos cada vez, mientras volando
de flor en flor se aleja, y le fatiga,
remontándose al fin en el espacio,
y tras la inútil caza, palpitante,
el niño queda en lágrimas bañado,
así, viva, inconstante, arrobadora,
la hermosura también con sus encantos
al mancebo seduce, y ardoroso,
entre esperanzas y temores vanos,
porfiada lucha emprende, que comienza
ligero, alegre, y se termina en llanto.
Con el triunfo, al insecto y a la hermosa
les está igual destino reservado:
el capricho del hombre hace que pierda
la paz del alma la mujer, y en manos
del niño halla el insecto honda tortura.
Aquel juguete bello y admirado,
y perseguido con ardor intenso,
perdió en la posesión todo su encanto:
sus brillantes colores, su frescura,
se apagan de los dedos al contacto,

hasta que al fin, ajadas su belleza,
sus galas y esplendor, la misma mano
que lo apresara, con desdén lo arroja.
Rota el ala, o el pecho lacerado,
¿dó hallarán esas víctimas reposo?
¿Podrá el insecto alzarse en los espacios
con las quebradas alas, o, cual antes,
en rosa o tulipán se irá posando?
¿O podrá la belleza, marchitada
en una hora fatal, hallar amparo
o nuevas dichas en su edén perdido?
¡Oh, nunca! Insectos de colores gayos
alegres pasan sin posarse un punto
cabe el mísero insecto destrozado,
y la mujer, con lástima contempla
y compadece todo error humano,
mas no esas mismas faltas, que comparte
ella también; y guarda tierno llanto
para todo infortunio, mas no tiene
piedad para la hermana que ha pecado.

. . . . . .

El pecho delincuente,
de sombríos dolores hostigado,
al escorpión, de brasas rodeado,
aseméjase: en círculo candente
las llamas, en redor de su cautivo,
ciérranse, en tanto que es su ardor más vivo·
hasta que al fin, en medio
de su horrible tortura,
en ira ciego, el único remedio
halla en el dardo que le dió natura,

que en contra de enemigos ha nutrido,
cuyo veneno en vano nunca ha sido,
y si imparte un dolor todos los cura,
y lleno de furor con él se hiere.
Así el mortal que alienta, fatigado,
un corazón culpable, vive o muere
como escorpión de llamas circundado.
Y tal se agita el alma a que se aferra
remordimiento atroz; no ve en la tierra
propia mansión; le está vedado el cielo;
si tinieblas arriba sólo advierte,
¡ay!, desesperación halla en el suelo;
en torno, llamas; dentro, horrible muerte.

. . . . . .

Hassán, sombrío, de su harén se aleja;
ya no atrae la hermosura sus miradas;
su tiempo da a la caza, mas los goces
del cazador hallar no puede en ella.
No del harén Hassán antes huía
cuando morada en él Leila tenía;
mas Leila, ¿dónde está? ¿Ya, por ventura,
el serrallo no adorna? Hassán tan sólo
nos lo puede decir. Rumor extraño
afirma en la ciudad que esa hermosura
abandonó el harén la tarde aquella
en que del Ramazán el sol se puso
y en el alto alminar de las mezquitas
el brillo refulgente
de lámparas sin cuento proclamaba
que en las vastas regiones del Oriente
la fiesta del Bairán ya comenzaba.

Ella salió como si al baño fuera,
y dicen que buscóla Hassán en vano,
pues para huir las iras de su dueño
partió en disfraz de paje georgiano.
Dicen también que en la región distante
que el poder musulmán aun no ha sentido,
con el falaz Giaour le hubo ofendido.
Algo Hassán sospechó; mas tan amante,
tan bella y seductora parecía;
tanto fió también en el esclavo,
cuya traición la muerte merecía,
que se fué aquella tarde a la mezquita,
y luego al quiosco a celebrar la fiesta.
Los esclavos de Nubia, que el tesoro
que a ellos se fió tan mal guardaron,
a lo menos la historia así contaron.
Mas dicen otros que en aquella noche,
de la luna a la lumbre macilenta,
en un negro corcel, cabe la orilla,
pasar se vió al Giaour, que con sangrienta
espuela los costados destrozaba
del fogoso animal; mas solo iba,
y ni paje o mujer le acompañaba.

. . . . . .

¿Quién dirá de sus ojos el encanto?
Ved los de la gacela; su hermosura
auxilio prestará a la fantasía;
tan grandes, negros y de tal dulzura
y tanta languidez; pero irradiaba
un alma en cada rayo fulgurante
que su pupila húmeda lanzaba,

como la joya de Giamschid, brillante (1).
¡*Sí, un alma, un alma!*, y si el Profeta mismo
dijese que esa forma tan radiante
arcilla que respira sólo era,
¡vive Alah!, que mil veces *no* diría,
por más que yo estuviera
de Al-Sirat en el arco vacilante (2)
que cruza el infernal, rugiente abismo,
y del Edén las puertas ya se abriesen,
y con señas y voces peregrinas,
las huríes divinas,
sus glorias y sus dichas me ofreciesen.
Y de Leila, ¿quién pudo en las miradas
leer, y conservar intacta, pura,
esa creencia nuestra que asegura
que polvo nada más son las mujeres,
y juguetes sin alma, destinadas
a servir de un tirano a los placeres?
Contemplarla podrían
doctos muftis, y al ver sus ojos bellos,
mal su grado, a su vez confesarían
que una llama inmortal esplende en ellos.
En su fresca mejilla, sus colores

---

(1) El célebre y fabuloso rubí del sultán Giamschid. A causa de su esplendor se le nombra «La antorcha de la Noche», y también «La taza del Sol», etc.

(2) Al-Sirat es un puente más estrecho que el hilo de una tela de araña y más cortante que el filo de una espada, sobre el cual los musulmanes deben pasar para ir al Paraíso. Debajo se encuentra el infierno, donde caen los que no pueden cruzar el puente.

dejó el granado y esparció sus flores;
cuando de pie, y en medio a sus doncellas,
a todas eclipsándolas se hallaba,
si de su cabellera de azabache
las sueltas trenzas descender dejaba,
barrían el marmóreo, limpio suelo,
donde su planta breve
más blanca relucía que la nieve
de excelsos montes, antes que la altura
en que su origen tuvo abandonase
y el terrenal contacto la manchase.
¡Con qué nobleza el cisne majestuoso
en el agua se mueve! ¡Así en la tierra
la hija de Circasia se movía,
cisne de Franguestán maravilloso! (1).
Como el ave altanera
al oír de su imperio en la ribera
resonar de un extraño las pisadas,
con fiero orgullo la cabeza irguiendo,
las plumas erizadas,
las ondas con sus alas va batiendo,
así de Leila hermosa el albo cuello
se erguía también; de su belleza armada,
del audaz las miradas reprimía
y le forzaba a separar los ojos
de los encantos que ensalzar quería.
¡Cuánta gracia en su porte y gentileza!
¡Ay!, y en su corazón, ¡cuánta terneza
para aquel entre todos su escogido!...

---

(1) Franguestán : la Circasia.

¡Su escogido!... ¡Su amado!... ¡Hassán severo!
¡Ay! ¡Esa dicha para ti no ha sido!

. . . . . .

Hassán está de viaje; le acompañan
vasallos suyos, cual conviene a hombres,
de yatagán y de arcabuz armados.
También en son de guerra,
armado, a la cabeza marcha el jefe :
cuelga del cinturón la cimitarra
que se tiñó en la sangre del arnaute,
cuando del monte en la garganta estrecha
le opuso resistencia el enemigo
rebelde bando, y pocos regresaron
a sus hogares a contar la historia
de que el valle de Parne fué testigo.
Las pistolas que lleva a la cintura
pertenecieron a un bajá temible;
y aunque de finas piedras tachonadas,
brillando por doquier oro luciente,
hasta el audaz bandido
tiembla al fijar en ellas las miradas;
dicen que va en demanda de una esposa
más fiel que aquella hermosa
que abandonó su harén; pérfida esclava
que, al huir de su lado, su delito
aún más y más agrava,
pues le dejó por un Giaour maldito.

. . . . . .

El sol con sus postreros rayos baña
la colina, brillando en la corriente
del arroyo, cuya agua transparente

bendice el morador de la montaña.
El griego mercader aquí el reposo
puede encontrar, que en vano buscaría
en ciudades cercanas, donde mora
su tirano señor, y en las que tiembla
por la oculta riqueza que atesora.
Aquí reposa en paz, de nadie visto;
y esclavo en las ciudades populosas,
es libre en el desierto; aquí le es dado,
vertiendo en ella el vino prohibido,
contaminar la copa
que tocar al creyente está vedado.

. . . . . .

El tártaro que marcha a la cabeza
llegó al desfiladero; le distingue
una amarilla gorra. Lentamente,
por la estrecha garganta, uno tras uno,
el resto sigue en prolongada fila.
Encima yergue un monte su alta cresta,
en que el buitre voraz el pico apresta;
un festín esta noche se prepara,
que a los suyos hará dejar la cumbre
antes que el sol de la mañana alumbre;
abajo, en lo profundo, hay un torrente
que el calor estival ha desecado;
allí sólo ha quedado
un lecho pedregoso en el que crecen
pobres arbustos que después perecen.
A cada lado del sendero angosto
hay esparcidos bloques de granito,
que el tiempo, o que los rayos y tormentas,

han desprendido de las altas cimas
que entre brumas eternas desparecen;
porque ¿dó está el mortal que, despejado,
el Pico de Liakura ha contemplado?

. . . . . .

Al fin llegaron al pinar sombrío.
«¡*Bismillah!* (1). Ya el peligro aquí ha cesado;
se extiende a nuestra vista la pradera,
y podemos lanzar a la carrera
nuestros corceles», el chauz exclama.
Y apenas dice, de una bala el silbo
se oye, y sin vida rueda por el suelo
el tártaro que marcha a la cabeza.
Al punto la carrera comenzada
refrenan los jinetes; con presteza
saltan de sus corceles;
mas tres no emprenderán nueva jornada,
ni más en este mundo
han de montar en sus bridones fieles.
No se ve el enemigo; en vano pide
venganza el moribundo.
Desnudos los aceros, y aprestados
los terribles mosquetes, se reclinan
en sus monturas unos, resguardados
por los bridones, y procuran otros
de las cercanas rocas el abrigo,
y allí la hora del combate aguardan
sin que sucumban antes al certero
golpe de oculto, pérfido enemigo,

(1) *¡Bismillah!:* en el nombre de Dios.

que esgrimir faz a faz no osa el acero.
Sólo el sombrío Hassán ha desdeñado
echar pie a tierra; el único él ha sido
que prosiguió sereno,
hasta que del mosquete el estampido
y el brillo de su viva llamarada,
le hicieron ver que el enemigo bando
era ya dueño de la sola vía
que su breve escuadrón seguir podía.
Ardiendo en ira entonces, y erizada
la espesa barba, y de los fieros ojos
brotando llamas, dijo : «Aunque doquiera
las balas silban y la muerte impera,
en más graves encuentros ya me he visto.»
De la emboscada el enemigo sale
y a sus vasallos rendición intima;
pero de Hassán el ceño furibundo
es más terrible que contrario acero,
y ni uno sólo de su banda breve
el yatagán o el arcabuz depone,
ni vil perdón a demandar se atreve.
Más cerca cada vez el enemigo,
se presenta a la vista, y la sombría
arboleda dejando, hacia el contrario
en ademán guerrero se adelanta.
El lomo unos oprimen
de brioso corcel; mas ¿quién los guía?
¿Quién a su frente avanza y en la diestra
un arma blande de extranjera hechura?
«Es él, es él; le reconozco ahora;
en su pálida frente le conozco,

y en su mirada, si fatal, siniestra,
con que auxiliar a su traición procura;
y en su corcel, como azabache negro,
le conozco también; y aunque ahora viste
el traje de un arnaute, y renegado
haya su vil creencia, de la muerte
no se habrá de librar. ¡Gozo infinito!
¡Tu presencia, a toda hora apetecida,
hoy más que nunca sea bienvenida,
amante de mi Leila, infiel maldito!»
Cual río poderoso
en el seno del mar vierte impetuoso
el caudal de sus aguas; cual se mira
al irritado mar, contra la fiera
corriente, levantar la azul barrera
de su ondas; y el río se retira,
y entre espumantes olas retrocede,
mientras el mar de su furor no cede,
formando tumultuosos remolinos;
y ruge airado el viento,
y entre acuosos, lucientes torbellinos,
del abismo profundo el ronco acento
se oye estallar, cubriendo la tremente
ribera de una súbita blancura,
cuyo mismo esplendor causa pavura;
y como la impetuosa onda corriente
y las olas del mar, al acercarse,
con furibundo choque se repelen,
así también los bandos enemigos
que el hado, el odio y el furor impelen,
se encuentran, y con saña inextinguible

unos contra los otros se abalanzan
y arremeten con ímpetu terrible.
El áspero crujir de los aceros,
quebrándose al chocar; el estampido
de los mosquetes; los relinchos fieros
de los sueltos bridones; el silbido
de mortíferas balas; maldiciones,
gritos, golpes, gemidos de agonía,
ensordecieron con horribles sones
el valle que formado parecía
a devolver el eco melodioso
de pastoriles flautas y canciones.
Aunque pocos en número, reñida
y encarnizada aquella lucha era;
piedad ninguno espera,
ni concede ni pide a otro la vida.
¡Ah, con qué ardor los juveniles pechos,
en abrazos estrechos,
del amor aspirando las delicias,
se enlazan prodigándose caricias!
Mas ni el amante en su entusiasmo ardiente,
cuando las dichas obtener procura
que anhela concederle la hermosura,
se halla animado del fervor demente
con que enemigos que odio y furia ciegan
se acometen al verse, y con los brazos
forman tan duros y apretados lazos,
que nunca más a desligarse llegan.
Se ven, y ¡adiós! se dicen los amigos;
ríe amor de la fe; mas si la suerte
une al fin implacables enemigos,

no los separará sino la muerte.

. . . . . .

Roto hasta el puño el poderoso alfanje,
tinto en la espesa sangre que ha vertido,
pero estrechado aún en la cortada
mano que, de su brazo separada,
palpita al apretar aquel acero
que burló su valor; en dos partido,
rodando por el suelo su turbante;
jirones hecho el albornoz flotante
que desgarró la fiera cimitarra,
y rojo cual las nubes de la aurora
que, teñidas en púrpura sombría,
presagio son de tempestuoso día;
manchado en sangre cada arbusto y zarza,
en que flota un jirón del *palampore* (1);
destrozado de innúmeras heridas
el pecho, y con la faz vuelta hacia el cielo,
en el áspero, inculto, frío suelo
yace el vencido Hassán; los fieros ojos,
abiertos, fijan su mirar terrible
en su enemigo hasta en la misma muerte,
cual si a la hora que selló su suerte
sobreviviese un odio inextinguible;
y sobre ese cadáver reclinado,
aún de venganza el corazón sediento,
su contrario implacable, tan sombrío
como el que yace, inmóvil y sangriento,

(1) Chal que usan las personas de distinción.

en el áspero, inculto suelo frío.

. . . . . .

«Leila ya duerme bajo la onda clara;
mas él rojo tendrá su último lecho;
la sombra de ella, de mi acero guía
fué al traspasar de este felón el pecho;
al Profeta invocó, ¡vana esperanza!;
del Giaour no se opuso a la venganza.
A Alah invocó también; pero su acento
no fué escuchado, y apagólo el viento.
¡Oh!, necio musulmán, ¿cómo pudiera
no ser de Leila la plegaria oída,
y que la tuya Alah te concediera?
Yo espié la ocasión; ligué mi vida
con éstos cuya suerte yo comparto,
y al traidor sorprendí; mi obra está hecha,
y mi sed de venganza satisfecha;
y ahora parto...; mas, ¡ay, cuán sólo parto!»

. . . . . .

Resuenan a lo lejos las esquilas
de rumiantes camellos;
tras la alta celosía está la madre,
en el espacio fija la mirada.
Vió descender sobre los verdes prados,
de la tarde el rocío; vió, dudosas,
asomar las estrellas misteriosas.
«Ya el crepúsculo reina; ya se acerca
su séquito también.» Pero no pudo,
en la glorieta del jardín, en calma
permanecer más tiempo, y presurosa
la alta torre ascendió; la vista ansiosa

tendió por el espacio. «Por qué tarda?
¿Por qué ya no ha llegado? Sus corceles
son rápidos; no temen los rigores
del calor estival. ¿Por qué no ha enviado
a su novia el presente prometido?
¿Su corazón acaso se ha entibiado,
o perdió su corcel la ligereza?
Reproche injusto: un tártaro ya veo
en la cima del monte más cercano;
ya está en el valle; del arzón pendiente
trae el rico presente.
¿Cómo pude acusarle de tibieza
y de lento al corcel? Venga en buen hora:
su ardor y las fatigas de su viaje
retribuirán mi mano con largueza.»
Echó pie a tierra el tártaro en la puerta;
apena el débil, desmayado cuerpo,
tener podía; en su atezado rostro
angustia dolorosa se leía;
tal vez era cansancio; su vestido
está de sangre por doquier teñido;
acaso era la espesa que vertía
del bridón el costado. Silencioso,
debajo de su traje sacó entonces
aquel presente... ¡Oh, ángel de la muerte!
¡Es de Hassán la cimera, en dos rajada!
¡Su gorra, hendida; su caftán, sangriento!
«Señora, con terrible desposada
tu hijo se enlazó; si vida aliento,
no fué por la clemencia concedida,
fué sólo por enviar aquí esta prenda,

purpúreo gaje. ¡Paz a ese valiente,
cuya sangre el Giaour ha derramado!
¡La maldición sobre ese infiel descienda!»

. . . . . .

Un turbante esculpido en piedra tosca,
una columna entre silvestres hierbas,
en las que apenas a leer se alcanza
los versos del Corán que en la funérea
losa se graban, en el valle oculto
el sitio indican en que Hassán cayera.
El mejor musulmán allí reposa
que dobló las rodillas en la Meca,
y que el vedado vino despreciara,
o con la faz al templo santo vuelta,
repitió sus plegarias al solemne
grito de ¡Alah! (1). Mas, ¡ah!, por extranjera
mano ha caído en su nativo suelo;
pero murió empuñando con fiereza
el alfanje temido, aunque su muerte,
con sangre al menos, aún inculta queda.
Mas ya, amorosas, el brillante alcázar
del Paraíso le abren las doncellas,
y para siempre el cielo, que en los ojos
de divinas huríes se concentra,
le habrá de sonreír; ya se apresuran;
al aire agitan ya verdes enseñas,
y en dulce beso dan la bienvenida

---

(1) *¡Alah hu!:* palabras con que termina el muecín, desde la galería más alta, en el exterior del alminar, su convocación a la plegaria.

al que cual bravo abandonó la tierra:
¡que el que muere luchando con infieles
ha de gozar felicidad eterna!

. . . . . .

Mas tú, falaz Giaoūr, tú para siempre,
bajo la hoz de Mónkir (1) vengadora,
te habrás de retorcer, y de ese horrible
suplicio has de salir para, sin tregua,
vagar después cabe el candente trono
de Eblis (2) el precito; inextinguible
fuego arderá en tu corazón culpable,
y abrasará tus miembros; no hay oído
que pudiera escuchar, ni lengua existe
que a referir alcance la tortura
de ese infierno interior; pero a la tierra,
arrancado el cadáver de su fosa,
serás, primero, cual vampiro, enviado;
en tu país natal, horrible espectro
habrás de aparecer, y de tu raza
la sangre beberán sus secos labios.
Allí, a la media noche misteriosa,
de tu hermana y tu hija y de tu esposa
agotarás la fuente de la vida,
detestando el banquete abominado
a que estás condenado,
para nutrir con avidez creciente

---

(1) Mónkir y Nekir son los inquisidores de los muertos. El cadáver hace una especie de noviciado a su vista: prueba de antemano los tormentos infernales.

(2) Eblis es el Satanás de los orientales.

tu cadáver, si lívido, viviente.
Mas antes que tus víctimas expiren,
en el cruel demonio e implacable,
al padre y al hermano y al esposo
habrán de conocer; sus maldiciones
te han de dar todos; tú también a ellos
habrás de maldecir, y marchitadas
verás todas tus flores adoradas.
Mas una, una tan sola,
entre esas que tu crimen vil inmola,
de todas la más tierna y más querida,
al exhalar la vida,
te habrá de bendecir, «¡Padre!» diciendo.
Pero ese nombre, como brasa ardiendo,
tu corazón ha de cercar de llamas.
Mas debes acabar tu obra espantosa:
mirar desparecer la última rosa
de su fresca mejilla;
morir el alma que en tus ojos brilla,
y para siempre helada
la dulce luz de su húmeda mirada.
Entonces, con tus manos execrables,
arrancarás las trenzas adorables
de sus blondos cabellos;
prenda de tierno amor, un rizo de ellos
en vida conservabas, pero ahora
un recuerdo serán de tu agonía.
Destilando los labios palpitantes
y dientes rechinantes
la sangre de tus venas,
trémulo irás a tu mansión sombría,

a tu lúgubre asilo, y entre gulas,
entre alfitres y larvas asquerosas,
aullarás con la furia de un precito,
hasta que huyan con horror profundo
al mirar a un espectro más inmundo,
más espantoso que ellas, y maldito.
. . . . . .

«—¿Conocéis a ese monje solitario?
¿Cuál es su nombre? En mi nativo suelo
yo le he visto otra vez. Desde la hora
en que, cruzando el litoral desierto,
pasó como un relámpago, la espuela
clavando sin piedad en su ligero
corcel, han transcurrido luengos años.
Le vi sólo una vez, y fué un momento;
mas en su rostro tan profunda pena,
tan íntimo dolor estaba impreso,
que, visto, no es posible ya olvidarse.
Aun hallo en él ese fatal aspecto,
esa frente sombría en que la muerte
parece que estampó su horrible sello.
— Seis veces su carrera
en el próximo estío terminado
el año habrá, desde la vez primera
que llegó a este convento, en que ha buscado
seguro asilo; de expiar procura
alguna negra acción que no revela.
Mas nunca en nuestras preces vespertinas,
ni ante el sillón confesional le han visto
la rodilla doblar; ni cuando al cielo
el incienso o los cánticos sagrados

se elevan, devoción alguna muestra.
Siempre solo en su celda permanece,
en tristes pensamientos sumergido,
sin que su raza o fe se haya sabido.
De las regiones do Mahoma impera
le vimos arribar a esta ribera,
y al convento subir; pero otomano
no es en punto a raza, aunque cristiano.
Tan sólo por el rostro le creería
acaso un renegado arrepentido
de antigua, juvenil apostasía,
si evitar los altares no le viera,
sin que jamás al labio haya llevado
la hostia santa o el vino consagrado.
Ha hecho ricos dones al convento,
y así de nuestro abad ha conseguido
conciliarse el favor; mas ni un momento,
si prior yo fuese, habría permitido
que ese hombre extraño aquí permaneciera,
o pronto confinado yo le hubiera,
en celda angosta, a penitente vida,
en que halle con la muerte la salida.
Hablar en sus visiones se le oye
de jóvenes doncellas sepultadas
en el fondo del mar, de armas que chocan,
de enemigos que huyen, y de ofensas
vengadas y muslimes moribundos.
Se le ha visto de pie sobre alta roca,
cabe la mar, en actitud violenta,
como si, en su delirio, una sangrienta
mano recién cortada,

visible solamente a su mirada,
con signos misteriosos le llamase,
y una tranquila tumba le mostrase,
cual si en el hondo seno y silencioso
de la mar le invitara a hallar reposo.

. . . . . .

»La mirada que brilla bajo el negro
capuz es tan sombría cual ceñuda,
es extraterrenal; el fuego ardiente
que fulgura en el ojo dilatado
revela de su vida lo pasado;
aunque es su cambio de expresión frecuente,
e incierto su color, teme el extraño
esa mirada, pues descubre en ella
algo de misterioso, inexplicable,
que anuncia un alma activa e indomable,
a dominar nacida,
y a quien su oculta fuerza es conocida.
Y cual ave que agita inútilmente
las alas, y huir no puede la serpiente
que la está contemplando, bajo el peso
de esa fatal mirada, así otros quedan,
sin que a su influjo substraerse puedan.
El monje que en paraje solitario
le encuentra, de terror involuntario
se llena y alejarse de él procura,
cual si temor y crimen impartieran
su ceño y su sonrisa de amargura.
No con frecuencia sonreír se digna,
y al hacerlo se mira con tristeza
que del dolor es sólo la ironía.

¡Cómo su labio pálido se alza!
¡Cómo tiembla, e inmóvil luego queda,
cual si fuera por siempre! ¡Se diría
que sonreír de nuevo le han vedado
su desdén o dolor desesperado!
Y fuera así mejor; nacer no puede
del contento esa lúgubre sonrisa;
pero acaso sería más penoso
intentar descubrir qué sentimientos
animaron su faz en otros días.
El tiempo esas facciones
no en grado tan profundo ha endurecido,
que el bien no brille en ellas, confundido
a veces con el mal; rayos fugaces
indicios dan de dulces emociones
de un alma no del todo degradada,
ni por el mismo ardor de las pasiones
y más de un crimen de que está manchada.
El vulgo sólo ve la negra sombra
de actos culpables y condigna pena;
pero el atento observador descubre
un alma noble y una ilustre alcurnia;
y aunque en vano quizá se concedieron,
no fué vulgar morada
esa en que tales dones residieron,
y alterara el dolor, y acaso el crimen
pudo manchar con su hálito inflamable,
y con cierto temor inexplicable
se fija en esos hombres la mirada.
Apenas se detiene el caminante
cabe la humilde choza derruída;

pero la torre altiva que la guerra
o el raudo tiempo derribó por tierra,
aunque sólo una almena vacilante
en pie tuviere, sus miradas fija,
y cada arco que la hiedra enlaza,
cada pilar que se alza solitario,
testigo son de su pasada gloria,
y con muda expresión cuentan su historia.
Envuelto en su flotante vestidura,
por entre los pilares de la nave
con lentitud avanza, y se le mira
con terror. Las sagradas ceremonias
con torva faz contempla;
pero cuando en los ámbitos del coro
los monjes doblan, súbito se aleja.
Bajo el pórtico aquel, iluminado
por vacilante antorcha solitaria,
podéis verle; allí inmóvil se detiene
hasta que canto y preces han cesado,
los oye, sí, mas no une su plegaria.
Cabe ese muro a medias alumbrado
miradle : la cogulla atrás echada;
los rizos de su negra cabellera
sobre la frente pálida cayendo
en confusión, cual si enlazado hubiera
Medusa en ella las más negras sierpes
que su cabeza horrible están ciñendo;
pues de nuestro convento ha rehusado
los votos proferir, y su cabello
cual antes crecer deja,
aunque su traje al nuestro ha conformado.

Ricos son los presentes que su orgullo,
no la piedad, ha hecho a este convento,
que de su labio un religioso acento
jamás oyó. Mientras al cielo asciende
de los sagrados cantos la armonía
con más vigor, mirad esa sombría
y lívida mejilla que trasciende,
a pesar del aspecto empedernido,
desesperar profundo
a intenso orgullo unido.
¡Oh San Francisco! Del altar te aleja,
no sea que la cólera divina
con terrible señal se haga patente.
Si jamás revistió una forma humana
el ángel de tinieblas, ésa ha sido.
Por la esperanza que mi pecho abriga
de obtener el perdón de mis pecados,
ese aspecto, ese aire, ni a este suelo
su origen deben, ni tampoco al cielo.»

. . . . . .

Las almas tiernas al amor se inclinan,
pero su plena posesión no alcanzan;
son, para compartir sus amarguras,
tímidas harto, y el vigor les falta
para arrostrar sus tempestades fieras.
Sólo las fuertes, las altivas almas,
pueden sentir esa profunda herida
que ni aun el tiempo con su curso sana.
El tosco hierro que la mina encierra
debe pasar por la abrasante llama
antes que brillo su exterior alcance;

mas cuando entra en la candente fragua,
se funde y dobla, pero siempre el mismo.
La forma entonces se le da que plazca,
y a la defensa o al ataque sirve:
en la hora del peligro una coraza,
o contra el enemigo un fiel acero;
mas si la forma adquiere de una daga,
el que su punta aguce, ¡que se guarde!
Así de la pasión la fiera llama,
de la mujer las seducciones, pueden
trocar el fuerte corazón: cual blanda
cera le imprimen su destino y forma,
y lo que logran de él hacer no cambia;
mas doblarlo de nuevo no es posible,
y hecho pedazos mil, antes estalla.

. . . . . .

Si a gran dolor la soledad sucede,
cesar de padecer no es ya consuelo;
el corazón desierto acogería
con gratitud un vivo, intenso duelo
que tregua al solitario afán daría.
Lo que gozar con otro no se puede
fastidio engendra, y aun la dicha fuera
dolor también si no se compartiera.
Absorto un corazón siempre en sí mismo,
del odio se refugia en el abismo;
es como si un cadáver percibiese
bullir en torno los gusanos viles
y al contacto glacial se estremeciese,
sintiendo que se arrastran los reptiles
que ya en su destructor sueño pesado

en él van a cebarse, y no le es dado
alejar esos huéspedes sin cuento
que de su arcilla forman su alimento;
o cual si del desierto el ave amante,
que se desgarra el pecho palpitante,
queriendo con la sangre generosa
calmar el hambre que a su prole acosa,
sin que lamente abandonar la vida
que a los suyos transmite, al fin hallase,
después que el propio seno se rasgase,
desierto el nido y su familia ida.
La más intensa, íntima tortura
es inefable dicha y es dulzura
cabe este horrible, abrumador vacío,
esta espantosa soledad del alma,
este profundo hastío
del corazón que siente su ternura
morir por grados en estéril calma.
¿Quién estar condenado desearía
un cielo a contemplar siempre sereno,
sin nubes o sin sol? Mejor sería
oír con furia retumbar el trueno,
juguete ser del borrascoso seno,
que no, por escapar de la onda fiera,
después que el huracán se ha sosegado,
verse, de la fortuna en la ribera,
cual solitario náufrago arrojado,
y en silenciosa soledad sombría,
lejos de humanos ojos, lentamente
contemplarse morir... ¡Ah!, destrozado
más vale ser en áspera rompiente,

que no, día tras día,
lento morir en hórrida agonía.

. . . . . .

«—En paz tus días, padre, han transcurrido,
de tu rosario ya contando atento
las cuentas, o en tus preces sumergido.
Absolver de los otros los pecados,
de todo crimen o de culpa exento
tú mismo, y de ansiedades y cuidados,
excepto aquellos pasajeros males
a que estamos sujetos los mortales,
desde tu juventud hasta los días
de tu avanzada edad, tu lote ha sido.
Tú te juzgas feliz porque librado
te hallaste del furor de las pasiones,
cuyo retrato palpitante, vivo,
te hacen ver esos mismos penitentes
que sus secretas culpas y aflicciones
deponen en tu pecho compasivo.
Pocos mis años son; mas he apurado,
si muchos goces, más profundas penas;
pero entre amor y luchas compartida,
del negro hastío se libró mi vida.
Ora en estrecha liga con amigos,
o en medio de implacables enemigos,
del mundo, en el océano proceloso,
huí la languidez del vil reposo.
Ya que nada mi amor ni mi odio excita,
ni el orgullo me alienta o la esperanza,
preferiría ser el más horrible
insecto que en los muros se desliza

de una prisión, a verme condenado
mis días a pasar en apacible
contemplación monótona abismado.
Aunque un deseo ardiente de reposo
en el alma se oculta, no, no es este
el reposo que anhelo; mi destino
pronto habrá de colmar ese deseo,
y entonces gozaré paz verdadera,
sueño profundo sin las mil visiones
de lo que fuí, de lo que aun ser quisiera.
Por negras que tú juzgues mis acciones,
mi memoria es tan sólo ya la tumba
de dichas muertas, y hoy es mi esperanza
su destino seguir; hubiera sido
mejor morir cuando ellas me dejaron,
que entre males sin fin haber vivido.
No arredran a mi alma los temores
de incesante dolor, tortura intensa;
ni en voluntaria fosa
quise buscar ese reposo eterno
que más de un insensato con su mano
buscó en el mundo antiguo y el moderno.
Pero arrostrar la muerte no he temido,
y muy dulce en el campo de batalla
me hubiera sido sucumbir cual bravo,
no del amor, mas de la gloria esclavo.
Yo la he arrostrado, no por honra vana,
pues los laureles que el acero gana
o los que pierde, en nada los aprecio;
tras ellos otros corran, por el oro
que reciben, o en pos de alto renombre;

pero poned ante la vista mía
algo que para mí no tenga precio:
la doncella que adoro,
o el hombre que odie, y lleno de alegría
para salvarla, o dar al otro muerte,
al hierro y llamas opondré mi pecho,
desafiando las iras de la suerte.
No dudes, no, de la palabra mía:
sería repetir lo que ya he hecho.
¿Qué es la muerte? Despréciala el valiente;
el débil la huye, el infeliz la implora.
Mi vida torne a quien la dió; la frente
no al peligro doblé cuando potente
era y feliz... ¿Por qué temerle ahora?
. . . . . .

»La amaba, hermano...; no, ¡la idolatraba!...;
mas estas frías voces, ¿quién no puede
también usarlas? ¡Ah!, que yo la amaba
con hechos, no con frases, lo he probado...
Hay sangre en ese sable destrozado;
una mancha en su acero, que no cede
ni al influjo del tiempo; fué vertida
para vengar a aquella que su vida
por mí sacrificó: de aborrecible
hombre en el duro pecho e insensible
hervía... ¿Te estremeces?... Oye atento;
no dobles la rodilla; ese violento
acto no entre mis culpas se me cuente;
la absolución tú me darás de lleno.

»Siempre enemigo de tu fe, inclemente,
tan sólo el nombre oír del Nazareno

era a su corazón agrio veneno.
¡Ingrato y necio! Sin la espada fuerte
que blanden recias y adiestradas manos;
sin las heridas, sin la misma muerte
que, debida al acero de cristianos,
es la senda más breve, la más cierta
que al cielo lleva que Mahoma ofrece,
sus huríes tal vez aun le esperaran
del Paraíso en la cerrada puerta.
Yo la amaba; el amor se abre camino
do famélico lobo temería
su presa perseguir; duro destino
el del amor intrépido sería,
si un premio no alcanzara su osadía.
No importa cómo, ni por qué, ni dónde,
mas nunca inútilmente he suspirado;
aunque a veces, y en vano, con profundo
remordimiento, en mi alma he deseado
que ella jamás de nuevo hubiera amado.
Murió... ¿Cómo?... Decirlo no me atrevo,
pero escrito en la frente yo lo llevo.
En signos que ni el tiempo borrar puede,
verás en ella de Caín el crimen;
leerás la maldición; pero tu oído,
antes de condenarme, presta atento:
aunque la causa he sido,
acción mía no fué: como él yo hiciera
si a la fe prometida
faltado ella me hubiera;
infiel le fué, él la inmoló; me amaba;
yo a él, por ella, le arranqué la vida;

si ella su suerte mereció, si erraba,
erró por mí; cuando traición le hacía,
era por el amor que me tenía.
Me dió su corazón, dulce presente
que jamás conquistar puede un tirano;
y yo, ¡ay de mí!, que me afané, y en vano,
para salvarla, cuanto dar podía
le di yo entonces: al enemigo nuestro
(leve consuelo a mi aflicción furiosa),
con mi mano le abrí sangrienta fosa.
Ligera pesa sobre mí su muerte;
mas, ¡ay de la que amé!, el destino horrible
hizo de mí un objeto aborrecible.
Ya de él irrevocable era la suerte,
sellado su destino, y lo sabía;
del severo tahir fué prevenido.
Éste oyó resonar el espantoso
eco de ese fatídico estampido
que es de la muerte nuncio misterioso,
al ponerse la tropa en marcha, el día
que en el valle fatal caer debía.
Él murió en el tumulto del combate,
sin dolor ni agonía; dulce muerte:
un grito en que pidió al Profeta auxilio,
una plegaria a Alah, eso fué todo.
Reconocióme en medio de la lucha;
hacia mí se lanzó; lo vi tendido
a mis pies, y con ávida mirada
le contemplé yo atento
hasta verle exhalar su último aliento;
aunque furioso tigre semejaba,

por cazador robusto mal herido,
entonce él no sentía
ni una sombra tal vez de lo que siento.
Busqué en su rostro lívido, y en vano,
huellas de la agonía de su alma;
en cada rasgo de su faz sombría
tan sólo se leía
rabia, furor, mas no remordimiento.
¡Oh, qué no hubiera mi venganza dado
por hallar en su rostro moribundo
de su desperación rastro profundo!
Vano remordimiento haber leído,
tardío ya, en la hora en que ha perdido
la penitencia su poder fecundo,
y al cetro de la muerte todo cede;
y ni al alma librar de los terrores
de la tumba y sus dudas y temores,
ni consolarnos ni salvarnos puede.

. . . . . .

»Tiene el habitador de clima frío
sangre fría también, y no merece
su amor de amor el nombre; pero el mío
al torrente de lava se parece
que del Etna en los antros abrasantes
bulle hirviente; no sé de los amantes
el idioma, ni sé yo la hermosura
ensalzar, bendiciendo mis cadenas;
mas si del rostro súbita mudanza,
si la candente sangre de mis venas,
si el labio que convulso de amargura
una queja no lanza;

si un corazón que estalla en su violencia,
si de exaltada mente la demencia,
y de más de una acción el ardimiento,
y un acero dispuesto a la venganza,
y cuanto yo he sentido y cuanto siento,
amor indican, tal mi amor ha sido,
y en más de un hecho atroz se ha conocido.
Quejarme, suspirar, yo no podía;
sólo morir o poseer sabía.
Ahora muero, mas antes he gozado
la posesión de la que amé; el destino
bien puede hacer de mí lo que quisiere;
yo fuí feliz; a mi funesto sino,
¿debo culpar el mal que me he forjado?
¡Ah!, no; y aunque privado yo me viere
de todo, mas guardando mi energía,
a no ser por el triste pensamiento
de mi Leila inmolada,
dadme otra vez mezclada
con intenso placer honda agonía,
y de nuevo vivir y amar consiento.
Me aflijo, ¡oh padre!, no por el que muere,
sí por aquella que murió, y hoy sola
yace abrumada bajo errante ola.
¡Oh, si ella en fosa terrenal durmiere,
esta frente agitada y triste pecho
irían a partir su angosto lecho!
Era un ángel de vida; visión era
de luz y esplendor; la vi un instante
y en mi ser se encarnó, y adondequiera
que los ojos volvía, rutilante

se alzaba aquella forma peregrina,
del recuerdo la estrella matutina.

. . . . . .

»¡Oh!, sí; el amor es una luz del cielo,
chispa tal vez de la inmortal hoguera
que es dado compartir a los mortales
con ángeles; presente al triste suelo
de Alah para elevar hacia otra esfera
nuestros bajos deseos terrenales.
Con la piedad, el alma al cielo asciende;
mas del amor con el ardiente anhelo,
el cielo mismo a nuestro ser desciende.
Sublime sentimiento,
de la Divinidad misma emanado,
con que todo mezquino pensamiento,
depurado, en nosotros desparece;
rayo de Aquel que todo lo ha creado,
aureola de esplendor inusitado
que en redor de nuestra alma resplandece.
Sé que *mi amor* era culpable, y era
lo que así, con error, el mundo llama:
un crimen si tú quieres; mas proclama,
di que *su amor* no era un amor culpable.
Fué la luz de mi vida, verdadera,
constante; y extinguido su inmutable,
dulce claror, ¿quién me será ya guía,
en medio de esta triste noche umbría?
¡Oh, si brillara aún y me ofreciese
su luz, aunque a una muerte abominable
o al dolor más agudo condujese!
¿Por qué en el mundo ha de causar sorpresa,

si quien perdió su dicha en lo presente
y su esperanza en lo futuro, cesa
de ofrecer al dolor sumisa frente,
y culpa su destino en su demencia,
y se entrega, en su loco desvarío,
a esos actos de horror cuya violencia
agrega el crimen al dolor sombrío?
Este pecho que sangre, oculto, vierte,
ya nada tiene que temer del mundo;
al que contraria suerte
privó de cuanta dicha ha poseído,
¿qué le importa al abismo más profundo
haber ya descendido?
¡Oh anciano! Te parecen mis acciones
negras muy más que las del buitre fiero,
y leo en tus facciones
el horror que te inspiro;
mas si dejé regado mi sendero,
como esa ave fatal, de sangre y ruina,
también ejemplo de constancia fina
tomé de la paloma, porque expiro
sin nuevo amor, y fiel a aquel primero;
lección que aprovechar el hombre debe,
y de esos mismos seres enseñada,
que a desdeñar se atreve:
el pájaro que canta en la enramada,
el cisne que en el lago se recrea,
una tan sólo tienen prenda amada,
sin que trocarla en otra se les vea.
Enhorabuena el insensato ría
del pecho fiel que cambio no consiente;

comparta su alegría
con los que la inconstancia vil aliente.
No; yo no envidio sus variados goces,
y precio más el cisne solitario
que ese sin corazón hombre voltario;
y en mucho más la crédula doncella
que él engañó con fementidas voces
y abandonó después, burlando de ella.
Esa mancha a lo menos no ha caído
sobre mi nombre. ¡Oh Leila! Tuyo ha sido
del alma mía todo sentimiento:
crimen, virtud, felicidad, tormento;
mi esperanza, allá arriba; en este mundo,
mi único bien, mi todo. No; la tierra
en su ámbito no encierra
nada que se te iguale, amada mía;
o si existe ese ser, en vano existe.
Por cuantos soles hay en el profundo
espacio, contemplar no desearía
una mujer que imagen tuya sea,
y tus formas, no siendo tú, reviste.
Esos crímenes mismos que mis días
mancharon, y este lecho en que expirante
me ves, confirman las palabras mías.
Ya es tarde. De mi vida, ¡oh Leila!, fuiste
y eres aún el sueño delirante.

. . . . . .

»Ella murió, pero el vital aliento
respirando seguí; mas no vivía
humana vida; al corazón tenía
enroscada una sierpe que excitaba

al odio cada noble sentimiento.
Para mí cesó el tiempo, y me inspiraba
horror todo lugar, y con espanto
huía de la faz de la natura;
y todo lo que un tiempo fué mi encanto
revistió de mi alma la negrura.

. . . . . .

»El resto lo conoces
y mis crímenes todos, y una leve
parte de mi dolor; con pías voces
no me hables más de penitencia; en breve
ya ves que el mundo dejaré. ¿Sería
tu discurso piadoso,
aunque fuese verdad, tan poderoso,
que a deshacer lo hecho alcanzaría?
No me juzgues ingrato; mas mi pena
y este profundo duelo
no buscan en el ara su consuelo.
Adivina del alma el triste estado,
y tus discursos tanto más refrena
cuanta más compasión te haya inspirado.
Cuando a mi Leila vuelvas la existencia
perdón imploraré, y en ese día
al alto tribunal acudiría,
do se obtiene con misas la indulgencia.
Ve, ve donde la mano
de cazador tirano
robara a la leona sus hijuelos,
y trata de calmar su honda agonía;
mas no procures endulzar mis duelos,
o no te mofes de la pena mía.

»Allá en mi juventud, en las tranquilas
horas en que ligarse en lazo estrecho
anhelan los confiados corazones,
tuve en los frescos valles de mi patria...,
mas, ¡ah!, ¿le tengo aún?..., tuve un amigo;
a él este presente, cual memoria
de aquel afecto juvenil, envía,
y hazle, ¡oh padre!, saber la muerte mía...
Aunque almas donde sólo un sentimiento
reina, como en la mía, no consagran
a la amistad ausente
sino un rápido, breve pensamiento,
mi nombre, aunque manchado,
caro siempre le fué. Profetizado
había mi destino. ¡Extraña suerte!
Y yo me sonreía... ¡Ay!, entonces
sonreír yo podía, cuando hablaba
en él sagaz prudencia, y sus consejos,
a que atención jamás presté, me daba.
¡Cuán sus palabras yo recuerdo ahora!
Dile que se han cumplido
en mí sus predicciones; al saberlo
se habrá de estremecer, y desearía
tan profética voz no haber tenido.
Y dile que si en medio a la amargura
de una vida agitada,
a veces el recuerdo hube perdido
de aquellos días llenos de ventura
de nuestra juventud, en los tormentos
y el postrero tal vez de mi existencia,
trémulo el labio, hubiera procurado

su nombre bendecir; pero que el Cielo
tal vez se habría indignado
viendo al crimen rogar por la inocencia.
No le pido me exima de censura;
para herir la memoria del que ama,
hay en su corazón harta dúlzura.
¿Y qué tengo que hacer yo con la fama?
Tampoco pido que mi fin no llore;
esta plegaria fría
desdén semejaría.
¿Y acaso hay algo que mejor decore
la tumba de un hermano por la muerte
segado, que las lágrimas viriles
que la fiel amistad en ella vierte?
Dale este anillo, en otro tiempo suyo,
y dile lo que ves : un alma en ruina,
un cuerpo ya marchito, triste resto
del naufragio fatal de las pasiones;
un seco pergamino ya borrado,
hojas que arrastran rudos aquilones
y el soplo del dolor ha destrozado.

. . . . . .

»¡Ah!, no me digas, no, que sólo ha sido
fantasma que engendró mi fantasía;
no fué un sueño; es preciso haber dormido
para soñar, y yo, yo no dormía.
Quise, hermano, llorar, mas no podía;
que entonces, convulsivo, como ahora,
en mi abrasada frente palpitaba
mi cerebro; yo sólo demandaba
una lágrima ardiente; redentora

lágrima hubiera sido, y don precioso,
nuevo, desconocido: la anhelaba,
y aún de ella estoy sediento.
Más que mi voluntad, es poderoso
de desesperación el sentimiento;
más que tus mismas preces; no, no alcanza
a destruirlo tu piadoso acento.
Si acaso yo abrigase la esperanza
de eterna dicha, renunciara al cielo:
reposo, paz, no el Paraíso, anhelo.

»Fué entonces, padre, entonces que la tuve
ante mis ojos; otra vez vivía,
y en su blanco *simar* (1) resplandecía,
como al través de esa pardusca nube
brillar miro la estrella,
que contemplo yo ahora, cual miraba
otra que fulguraba
y aun resplancece más hermosa que ella.
Confusa veo su lumbre vacilante;
ha de estar mucho más obscurecida
en noche no distante.
Mas antes que esa estrella adorne el manto
nocturno, yo ese objeto, ya sin vida,
seré que a los vivientes cause espanto.

. . . . . .

»¡Oh padre!, ya mi mente desvaría,
pues emprende su vuelo el alma mía
al término fatal de su jornada.

(1) *Simar*: sudario.

Yo la vi, y olvidando mi pasada,
profunda, acerba pena en ese instante,
me arrojo de mi lecho,
hacia *ella* me lanzo, y, palpitante,
contra mi triste corazón la estrecho.
¡La estrecho!... Mas ahora, delirante,
¿qué es lo que oprimo yo contra mi pecho?
No es una forma que la vida agite,
no un corazón que junto a mí palpite;
pero esta forma que hacia mí se inclina
es, ¡oh bella!, tu imagen peregrina.
Mas ¿cómo tan cambiada
te encuentro, mi adorada,
que puedas a mis ojos presentarte,
y yo no pueda, dulce bien, palparte?
¿Qué importa que cual hielo se hallen fríos
los que de tu belleza encantos fueron,
si pueden estrechar los brazos míos
el solo bien que retener quisieron?
Mas, ¡ay!, que en ellos el vacío estrecho,
e inertes caen sobre el triste pecho...
¡Empero ella está allí! ¡Cuán silenciosa!
Erguida, en pie, con manos suplicantes
me está llamando; veo sus brillantes,
sus negros ojos, y su trenza hermosa.
¡Oh, bien sabía yo que no era cierto
que ella morir pudiera!...;
mas él..., ¡él está muerto!
Yo le vi sepultar en la cañada
en que mi brazo sucumbir le hiciera.
Mas él no viene; él, esa cubierta

con que la tierra le oprimió, pesada,
alzar no puede... Pero tú despierta;
¿cómo estás? Me dijeron que, inconstantes,
las ondas murmurantes
rodaban sobre el rostro que ahora miro,
sobre esas formas por que yo suspiro,
sobre ese bien que adoro... Me dijeron...
¡Ah, qué terrible historia refirieron!;
mi labio repetirla no podría.
Mas si esa historia es cierta, si tu fría
mansión, bajo la onda tumultuosa,
para pedir más apacible fosa,
abandonaste, entonces por mi frente
pasa tus dedos húmedos, y helado
su ardor por siempre quedará, y, piadosa,
pon tu gélida mano, dulcemente,
sobre este corazón desesperado.
Mas sombra, realidad, o lo que fueres,
de nuevo no te apartes de mi lado;
ten piedad; o si el vuelo al fin tendieres,
con tu alma arrebata el alma mía
lejos de esta mansión, triste, sombría,
allá donde no pueden
silbar los vientos ni las olas rueden.

. . . . . .

»Tal es mi nombre; tal mi historia ha sido;
a tu secreto oído,
confesor, he confiado mis dolores.
Gracias te doy por esa generosa
lágrima que te arranca mi tormento,
y que jamás hubiera yo vertido.

Sin nombre ni inscripción y sin honores,
mi cuerpo entierra en una humilde fosa;
sirva sólo una cruz de monumento,
sin que nada al viajero o peregrino
le invite a desviar de su camino.»

¡Murió! Mas de su nombre no ha dejado,
ni de su raza, huella ni memoria,
excepto lo que al monje que en su día
postrero le asistió, decir no es dado.
Esta incompleta historia
es cuanto el padre confesor sabía
de la que amó de amor tan verdadero,
y de aquel a quien muerte dió su acero.

Francisco Sellén.

(Cubano.)

LA NOVIA DE ABIDOS

Canto primero.

I

¿Habéis visto ese suelo delicioso
donde el ciprés y el mirto juntamente
vienen a ser emblemas misteriosos
de diversas hazañas de su gente?

¿Do la rabia del buitre carnicero
y el amor de las tórtolas que gimen,

ya inspiran el dolor más lastimoso,
ya exaltan el espíritu hasta el crimen?

¿Donde el cedro levanta su altanera
copa, y la viña extiende su sarmiento,
y siempre flores hay en la pradera
y nunca falta luz al firmamento?

¿Do las alas del céfiro, cargadas
de bálsamos y esencias olorosas,
se abaten en su vuelo, fatigadas,
sobre jardines de fragantes rosas?

¿Donde su fruto llevan más hermoso
el limón y el olivo, y se oye leda
y nunca muda en su cantar sabroso
la voz del ruiseñor en la arboleda?

¿Do la tierra con tintes delicados
y el cielo con purísimos colores,
aunque en brillo y matices varïados
compiten en belleza y en primores?

¿Donde muestra en espléndidas llanuras
su púrpura más viva el Oceano,
y las vírgenes son dulces y puras
cual las rosas que tejen con su mano,

y sin que cuadro tan hermoso asombre
nube ni mancha, todo es peregrino,
todo, excepto el espíritu del hombre,
lleva el sello de Dios, todo es divino?

Es el clima magnífico de Oriente;
y el sol, que tiene allí sus ojos fijos,
¿cómo puede mirar benignamente
las diversas hazañas de sus hijos?

Tristes como el adiós de dos amantes
que se apartan en tierna despedida
sus corazones son, y semejantes
los cuentos que ellos cuentan de su vida.

II

Asistido de esclavos numerosos,
de presencia arrogante, audaz y fiera,
armados cual conviene a valerosos,
solícitos, atentos y en espera
de una señal para partir ansiosos,
o detenerse si el señor lo impera,
en su diván, con porte sosegado,
el anciano Gaffir está sentado.

Un pensamiento fijo se revela
en su mirada, y aunque raramente
la seria faz de un musulmán no cela
lo que en el fondo de su pecho siente,
adiestrada a encubrir con gran cautela
todo, excepto el orgullo, ahora su frente,
pensativa y con vaga pesadumbre,
revela más que tiene de costumbre.

III

—Despejad, dejad libre este aposento.—
La comitiva desparece.—Hassén,
ordénale que venga aquí al momento
el jefe de la guardia del harén.—

Gaffir queda con su hijo solamente,
que está a su lado en actitud severa,
y de una seña o ademán pendiente,
el nubio que sus órdenes espera.

—Haroum, cuando esa gente ya distante
esté de los umbrales de la puerta,
¡ay de aquel que haya visto un solo instante
la faz de mi Zuleika descubierta!

Ve a buscar a mi hija en su aposento;
su destino he fijado, pero acorta
razones; no la adviertas de mi intento,
que a mí enseñarle su deber me importa.

—Oír, bajá, es obedecer—sumisa
frase con que responde el negro bravo;
y esta sobria respuesta es la precisa
que debe dar al déspota el esclavo.

Hacia la torre del harén se apresta
a partir el esclavo con su aviso,
cuando el joven Selim, con faz modesta,
rompió así su silencio de improviso,

después de una profunda reverencia,
los ojos bajos, con suave acento,
de pie, que de su padre en la presencia
antes muere un muslim que tome asiento:

— Padre — dice —, tu cólera desvía
de mi hermana y su negro guardador;
sabe que si hubo culpa, sólo es mía;
por tanto, que en mí caiga tu rigor.

Estaba tan hermosa la mañana,
que el torpe anciano duerme satisfecho,
o quien en rudo trabajar se afana;
yo no podría soportar el lecho,

y contemplar tranquilo y solitario
del mar tranquilo y de la tierra en calma
la varia escena y el paisaje vario,
sin tener nadie a quien abrir el alma.

Sin compartir con nadie mi alegría
fuera enojoso; de cualquier manera
que discurra mi vana fantasía,
la soledad me cansa y desespera.

Yo desperté a Zuleika; como sabes,
al sitio del harén más reservado
libre paso me dan todas las llaves,
y antes de haber siquiera despertado

los esclavos que guardan el recinto,
ya estábamos nosotros, sin recelo,

del bosque en el confuso laberinto,
señores de la tierra, el mar y el cielo.

Y allí nos detuvimos largo rato,
olvidados del curso de las horas,
con la historia de Leila, o con el grato
murmullo de las aguas bullidoras.

Hasta que el son del atambor guerrero
la hora me anuncia del Diván, y acudo,
llenando mi deber siempre primero,
a rendirle sumiso mi saludo.

Pero Zuleika, acaso descuidada,
aún en el bosque sola se pasea;
mas no te irrites padre: en la enramada
no entra jamás quien del harén no sea.

IV

—Hijo tú de una esclava, de una madre
cristiana con la leche amamantado,
en vano esperó ver en ti tu padre
algo digno de un hombre—dice airado

el bajá—. Cuando el brío o la pujanza
de tu brazo adiestrarse ya debiera
en el arco, en la flecha o en la lanza
y en domar al bridón en su carrera,

griego en el corazón, si no en la creencia,
vas a oír de las aguas el murmullo

y a observar con liviana complacencia
cómo las rosas abren su capullo.

¡Pluguiera a Dios que ese astro refulgente
que en la mañana miras con sosiego,
infundiera en tu pecho y en tu mente
una chispa divina de su fuego!

Tú, que vieras caer desmanteladas,
por el cañón cristiano combatidas,
esas almenas siempre respetadas
y con valor heroico defendidas,

y del gran Stambul el muro doble
caído ante los perros moscovitas,
sin dar por vida o muerte ni un mandoble
en las de Nazaret huestes malditas,

vete; esa mano, menos que de dama,
tome la rueca, no el acero fuerte;
y tú, Haroum, a Zuleika al punto llama,
y oye un consejo que un peligro advierte :

teme por tu cabeza; que en tu celo
no encuentre yo una falta que te pierda;
si así Zuleika suele tomar vuelo,
mira aquel arco bien; tiene una cuerda. —

V

Ni una palabra pronunció siquiera
el labio de Selim; ningún sonido,
que por lo menos perceptible fuera,
del anciano Gaffir llegó al oído.

Pero cada fruncir la adusta frente,
cada ademán, cada sarcasmo fiero,
le penetró más hondo y duramente
que de un cristiano el puntiagudo acero.

«¡Hijo yo de una esclava! ¡Torpemente
de cobarde acusarme sin reparo!
Insulto tan atroz, tan insolente,
a otro le hubiera ya salido caro.

»¡Hijo yo de una esclava! Él lo asegura;
y mi padre, ¿quién es?» Así seguía
el pensamiento su carrera obscura,
y más que rabia en su mirada ardía.

El anciano Gaffir clavó los ojos
en Selim, y tembló; que en su mirada,
revelando del alma los enojos,
apuntar vió la rebelión airada.

—Ven aquí, niño. ¿Te has quedado mudo?
Te observo y te conozco lo bastante;
pero hay empresas arduas, que yo dudo
te atrevas a llevar nunca adelante.

A tener tú más barba y más pujanza
y destreza en el brazo, yo vería
con gusto que rompieras una lanza
aunque hubiera de ser contra la mía. —

Y al pronunciar estos sarcasmos fieros,
torva la vista conservó clavada

de Selim en los ojos, que, altaneros,
le volvieron mirada por mirada.

Y a la vez, arrogantes y atrevidos,
los levantó a su padre, irreverente;
hasta que éste los suyos, abatidos,
torció a un lado con aire indiferente.

¿Y por qué? Lo sintió, mas no se atreve
a decírselo él mismo: «Mucho temo
que ese joven audaz su audacia lleve
hasta causarme algún dolor extremo.

»Desde el nacer le tuve antipatía,
mas su brazo ningún valor revela;
apenas en la caza lucharía
con el gamo o la tímida gacela.

»Mucho menos podría, valeroso,
lanzarse al campo de la lid reñida,
donde el varón entero y animoso
pelea por la fama y por la vida.

»Pero ni esa mirada, ni ese acento,
ni esa sangre mezclada con la mía
me inspiran confianza; mas atento
lo observaré de cerca noche y día.

»Un árabe no más es a mis ojos;
un cristiano rendido en la pelea,
que ante el desnudo alfanje cae de hinojos
y, falto de valor, cuartel desea.

»¡Ah! La voz de Zuleika, regalada,
como un himno de hurís llega a mi oído;
es mi hija predilecta, tan amada
cual la madre a quien yo tanto he querido.

»Es mi esperanza sin temor incierto;
mi Peris, bien venida en todo instante,
dulce como la fuente en el desierto,
que da frescura y vida al caminante.

»Tal eres de mi alma apetecida,
y no dará en la Meca el peregrino
ante el altar más gracias por su vida
que yo doy por la tuya, ángel divino.»

VI

Bella y gentil cual la mujer primera
que cayó del Edén en la morada,
cuando con risa dulce y placentera
escuchó a la serpiente embelesada,
cuya imagen terrible y lisonjera
tenía ya en su espíritu grabada,
y una vez seducida fué en mal hora,
para ser ella siempre seductora.

Luminosa como esas ideales
visiones que concede al desgraciado
la noche para alivio de sus males
cuando, en sueño de espíritus poblado,
vuelve a hallar entre dichas celestiales
el corazón al corazón amado,

y ve la prenda de su amor querida
en el cielo gozando eterna vida.

Suave como el lleno de ternura
recuerdo de un amor ya sepultado;
y tan dulce, tan cándida y tan pura
como el voto de un niño a Dios llevado;
tal era la preciosa criatura
hija de este bajá rudo, taimado,
quien la acoge con lágrimas, y tales,
que no poseen de dolor señales.

¿Quién no ha probado cuán insuficiente
es la palabra humana en su estructura
para fijar un rayo solamente
del celeste esplendor de la hermosura?
¿Y quién con el mirar lánguidamente,
el corazón sin brío, la figura
sin color, no declara con franqueza
toda la majestad de la belleza?

Y tal era Zuleika; así, radiante,
una aureola de encantos la envolvía
a ella desconocidos: la brillante
luz del amor, la cándida alegría
de la gracia, el espíritu, el semblante
respirando suave melodía,
el corazón que aúna el todo en calma,
¡y su mirada misma, que era un alma!

VII

—Zuleika, dulce hija mía;
es tanto lo que te quiero,
que de mi pena me olvido
en esta hora en que te pierdo,

cuando te mando que vayas
a morar bajo otro techo
y a vivir en compañía
de quien ha de ser tu dueño.

Es un hombre valeroso
que en el combate sangriento,
entre todos los más bravos,
ha ido siempre delantero.

Nosotros los musulmanes
no cuidamos de abolengo;
mas, sin embargo, la línea
de Carasmán, con el tiempo

no alterada, se conserva
ocupando el primer puesto
entre las huestes famosas
de los tamariotes fieros,

que conquistaron la tierra
que hoy ocupan, con su esfuerzo,
y han sabido mantenerla
con prudencia y con acierto.

Bástete saber tan sólo
que quien te quiere es un deudo
del bey Oghi: no es muy joven,
mas de sus años no hablemos.

Yo no querría tenerte
casada con un mozuelo;
tendrás espléndida dote
y, cuando sea mi yerno,

su poder juntando al mío,
miraremos con desprecio
el crudo firmán de muerte,
cuya vista infunde miedo.

Cuál puede ser el destino
reservado al mensajero
que nos traiga tal presente,
nosotros le enseñaremos.

Tú conoces, hija mía,
mi voluntad sin rodeos,
que es lo que saber conviene
a tus años y a tu sexo.

Por último, la obediencia
a mi vez te recomiendo,
que del amor el camino
te lo enseñará tu dueño. —

VIII

La virgen, silenciosa,
inclinó dulcemente la cabeza;

y si sus bellos ojos se llenaron
de lágrimas que ocultos sentimientos
seguir su curso libre no dejaron;
si, alternando el color en sus mejillas,
de pronto se cambiaron
tornándose de rojas amarillas,
convirtiéndose luego
la fría palidez en vivo fuego
cuando iban las palabras de su padre
penetrando cual flechas en su oído,
¿qué otra cosa podría ser en ella
que el temor virginal de una doncella?
¡Es tan bella una lágrima en los ojos
de una mujer hermosa,
que casi, por exceso,
teme el amor tocarla con un beso!
¡Y es tan dulce el rubor de la modestia,
que la misma piedad apenas siente
que desparezca de la casta frente!
Mas cualquiera que fuese la escondida
causa de aquella turbación, notada
por su padre, fué mal o no atendida;
y, dando una palmada,
mandó que le trajeran el caballo.
La pipa de oro y perlas guarnecida
dejó y, montando con gentil destreza,
al campo se encamina,
de moros escoltado y mamelucos,
donde sus tropas hacen ejercicios
de alfanje y de embotada jabalina.
El kislar solamente y los eunucos

quedan guardando alerta
del apartado harén la herrada puerta.

IX

Apoyada en la mano la cabeza,
sus ojos contemplaban las sombrías
y azules aguas que, en veloz corriente,
se levantan en ondas suavemente
llenando los sinuosos Dardanelos;
y en realidad, ni el mar ni la ribera
veía, ni aun siquiera
la comitiva del bajá, ocupada
en simulacro militar, corriendo
para partir en dos un cuero doble
con el alfanje, en diestra cuchillada;
ni distinguía el revolver gallardo
del jinete veloz que lanza el dardo;
ni oía, por el eco repetido,
de los roncos lelíes el bramido;
sólo estaba en la hija
del anciano Gaffir su mente fija.

X

En palabra ninguna prorrumpía
el labio de Selim; en un suspiro
a Zuleika enviaba el pensamiento,
y pálido e inmóvil, tristemente,
por entre la tupida celosía
de una reja, con aire indiferente,

siguió mirando silencioso y mudo.
Zuleika fijó en él una mirada,
y poco leer en su semblante pudo;
ella también sentíase apenada;
su dolor era igual, pero no el mismo;
la llama de su pecho candoroso
más dulce era y suave,
y el corazón, o débil o medroso,
le impide hablar, aunque el porqué no sabe.
Mas ya le era forzoso
explicarse, ¿y por dónde empezaría?
«Es extraño — la joven se decía —
que así se aparte de mi lado, esquivo;
ni yo alcanzo el motivo
de esa melancolía;
por distraerlo he de intentarlo todo
antes de separarnos de tal modo.»
Por tres veces cruzó pausadamente
la estancia, contemplando, silenciosa,
su mirar fijo y su abatida frente;
y luego, de una caja de perfumes,
tomó esencia purísima de rosa
y la esparció con profusión al viento,
desde el techo pintado de colores
al pórfido del rico pavimento.
Las gotas que la joven, placentera,
vertió jugando en su vistoso traje,
cual si llamarle la atención quisiera,
cayeron, sin sentirlas, en su pecho,
cual si fuera también de mármol hecho.
«Aun sigue en su tristeza y su desvío;

esto no puede ser, ¡oh Selim mío!»
Cuando así se decía, vió cercano
un canastillo lleno
de las mas bellas flores del Oriente.
«Otras veces gustaba de las flores:
tal vez le serán gratas igualmente
si llega a presentárselas mi mano.»
No bien cruzó ligera por su mente
esta infantil idea,
cuando fueron cogidas
las rosas y en guirnalda entretejidas;
y en el mismo momento
a los pies de Selim tomó ella asiento
y le dijo: —Un mensaje trae esta rosa
que el ruiseñor me envía
a calmar de mi hermano los pesares;
y dice que en la noche venidera
prolongará su canto apetecido
y de Selim regalará el oído;
y aunque su tono es algún tanto triste,
se ensayará esta vez en sus canciones
dándoles dulces notas de alegría,
y tiene la esperanza
de ahuyentar con su nueva melodía
y alterados acentos
esos tristes y obscuros pensamientos.

XI

¡Ay, cuánto soy desgraciada!
¡Ni tomar quiere mi flor!

¿Cómo, la frente inclinada,
estás sin decirle nada
a quien cifra en ti su amor?

¡Oh Selim, más que querido!
Dime tú si esa tristeza
de odio o temor ha nacido;
ven, y en mi pecho afligido
reclinarás tu cabeza.

Yo la calmaré gustosa
con besos, pues no han bastado
ni una palabra amorosa,
ni el ruiseñor, ni la rosa
que me había imaginado.

Sé que nuestro padre huraño
a veces está, y sombrío,
mas verte como él extraño;
bien conozco, y no me engaño,
que te trata con desvío;

¿pero no tienes mi amor?
¡Ah, ya comprendo! Es que el plan
del bajá te da dolor
porque te guarde rencor
ese bey de Carasmán.

Mas si eso llegara a ser,
te juro por el altar
de la Meca, si llegar
puede el voto de mujer
donde ella no puede entrar,

que será el proyecto vano,
aunque hagan esfuerzos grandes;
que sin que tú, tierno hermano,
lo consientas o lo mandes,
ni al sultán daré mi mano.

No habrá nadie que consiga
compartir mi corazón:
¿quién fuera entonces tu amiga,
quién mi guía en la fatiga
del alma y su confusión?

Ni los que pasados van,
días de apacible calma,
lo vieron, ni lo verán
los que a aquéllos seguirán,
que de ti se aparte el alma.

Hasta el crudo dardo fiero
de Azrael, que lo derrumba
todo, y divide certero,
que nos ha de unir espero,
dándonos la misma tumba. —

XII

Vida, respiración y movimiento
Selim recobra súbito; levanta
a la joven hermosa, que tenía
en modesto ademán arrodillada.

Su angustia y su dolor se disiparon;
sus penetrantes ojos luz derraman,

revelando confusos pensamientos
que hace tiempo en la sombra reposaban.

Como un arroyo largo tiempo oculto
por las espesas y caídas ramas
de los sauces del margen, de repente
sus limpias ondas a la lumbre saca;

como del seno de la negra nube
serpenteando el rayo se desata,
así, por entre las pestañas luengas,
viva en sus ojos centellea el alma.

Y ni al sonido del clarín guerrero
el corcel generoso de batalla;
ni el dormido león, a quien despierta
el imprudente perro andando a caza;

ni tirano a una lucha repentina
llamado por puñal que al golpe falta,
de súbito recobran en un punto
más vida convulsiva y arrogante

que Selim, escuchando esta promesa
desplegó de repente; y a las claras,
haciéndole traición, le salió al rostro
todo lo que antes reprimido estaba.

—Ya eres mía, Zuleika, para siempre;
mía, como lo han dicho tus palabras;
mía durante toda nuestra vida,
y quizás aun después de terminada.

Eres mía: ese santo juramento,
aunque es tuyo no más, a dos nos ata.
Sí; tú has sido prudente y cariñosa;
tu voto a alguno la cabeza salva.

Pero no temas; tu más leve rizo
respeto humilde de mi amor reclama;
y no hiciera yo agravio ni a un cabello
de esos con que tu frente se engalana,

por todos los tesoros que, escondidos,
la cueva de Istacar dicen que guarda.
Obscuras nubes se han amontonado
sobre mí, con horror, esta mañana;

duras reconvenciones han caído
sobre mi frente; de Gaffir, airada
la lengua, casi me llamó cobarde:
a tal punto llegó su injusta saña.

Mas ahora ya puede ser valiente
el hijo miserable de una esclava;
no te estremezcas, que estas mismas fueron
de su irónico labio las palabras.

Un corazón le mostraré altanero,
por más que no presumo de arrogancia,
que él no podrá domar ni con la lengua
ni con la mano de rigor armada.

¿Soy yo hijo suyo verdaderamente?
Quizás lo soy o lo seré mañana,

gracias a ti; mas quede por ahora
nuestra promesa entre los dos guardada.

Conozco al miserable que se atreve
a pedirle a Gaffir tu mano blanca,
que lo repugna: ni mayor riqueza
mal adquirida, ni alma más villana

se podrán encontrar juntas en uno,
en ningún musulmán de esta comarca.
¿No ha nacido en Egipto? Más infame
es que la de Isräel su torpe raza.

Pero dejemos esto; nadie sepa
lo aquí jurado; lo demás se encarga
de revelarlo el tiempo; yo y los míos
daremos de Osmán Bey cuenta sobrada.

Piensa que yo no soy lo que parezco:
para la lucha tengo amigos y armas;
estoy apercibido y se aproxima
el momento fatal de la venganza.

XIII

—¡Pensar que no eres tú lo que pareces!
Tristemente has cambiado; esta mañana
tierno y dulce te hallé como otras veces,
y ahora extraño te encuentro con tu hermana.

Mi amor, sin duda, te era conocido;
nunca fué menos, ni ser más podía:

verte y oírte, mi Selim querido,
y estar en tu agradable compañía;

y odiar la noche sin motivo alguno,
salvo porque en sus horas no te veo;
y contigo vivir, morir en uno,
tales son mis ideas y deseo;

y besar tus mejillas y tus ojos
y tus labios en plácido sosiego,
así...; más así no; tus labios, rojos,
parece que respiran ahora fuego.

¿Qué fiebre es la que corre por tus venas
que a mí también parece que me agita?
De rubor siento las mejillas llenas,
y el corazón más vivo me palpita.

Calmar, si estás enfermo, tus dolores;
velar por tu salud; de tu riqueza
cuidar, y compartir tus sinsabores
con amable sonrisa en la pobreza;

hacerlo por ti todo, en este mundo,
sin murmurar; contigo siempre unida,
menos cerrar tus ojos moribundos,
que antes a mí me faltará la vida;

ése es mi solo y anhelado objeto;
¿hacer puedo yo más, o qué más quieres?
Pero ¿a qué, mi Selim, tanto secreto?
¿Por qué las sombras a la luz prefieres?

No puedo imaginar lo que ello sea;
mas lo dicho es bastante, aunque no alcanza,
en sus estrechos límites mi idea,
eso de armas, amigos y venganza.

Creo que Gaffir debiera aquí presente
haber estado al juramento mío:
su enojo fuera inútil ciertamente,
y al cabo me dejara mi albedrío.

¿Puede extrañarse en mí que me resista
a hacer mudanza en existencia alguna?
¿A quién más que a Selim halló mi vista
casi desde el columpio de la cuna?

¿Ni a quién podrá mi espíritu sincero
anhelante buscar con más constancia
que al hermano, al asiduo compañero
de mi dulce retiro y de mi infancia?

¿Por qué no confesar mis sentimientos;
por qué no revelar con complacencia
estos puros, sencillos pensamientos
que empezaron a par de mi existencia?

¿Qué súbita mudanza ha sido ésta,
que así de la verdad quieres que huya,
cuando el hacerla siempre manifiesta
fué mi gloria legítima y la tuya?

¡Yo mostrarme a los ojos de un extraño!
Nuestro Dios, nuestra ley, nuestra creencia

lo prohiben y no quiero, en mi daño,
del Profeta faltar a la obediencia.

Antes acato con amor profundo
ese santo precepto y le bendigo;
porque toda la dicha de este mundo
a mí me deja con estar contigo,

y sintiera que así se me obligara
a casarme con un desconocido.
¿Pero a qué ocultar cosa tan clara,
y por qué el ocultarlo me has pedido?

Sé que el bajá con aversión te mira,
y con frecuencia, sin motivo alguno,
descarga en ti, colérico, su ira;
plegue a Alah que jamás tenga ninguno.

Mas yo no sé por qué siento en mi pecho
confuso el corazón y acongojado,
como si fuese un mal lo que hemos hecho
o fuera este misterio algún pecado.

Ya se descubre allá la cabalgada
y a mi padre que vuelve de la fiesta,
y temo de encontrar con su mirada;
dime, Selim, ¿qué turbación es ésta?

XIV

— Retírate, Zuleika, a tu aposento;
con Gaffir tengo que quedarme a solas

para hablarle en asuntos del Estado,
de firmanes, de impuestos y de tropas.

De las orillas del Danubio hoy mismo
han llegado noticias temerosas;
tanto el visir aclara ya sus filas,
que el infiel gracias le dará y no cortas,

aunque el sultán tiene el camino breve
para premiar hazañas tan costosas;
pero escucha: cuando oigas esta noche
del tambor el redoble, que convoca

al rancho y al reposo a los soldados,
Selim irá a tu retirada alcoba,
y del harén saldremos, al abrigo
del profundo silencio y de las sombras.

Vagar podremos por la fresca orilla
de la mar, sin recelo ni zozobra;
los altos muros que al jardín rodean
protegen nuestra cita a tales horas.

Nadie puede escalarlos para oírnos
o la plática dulce hacer más corta;
y si alguien se atreviera, en la cintura
llevo pendiente la cuchilla corva,

que ya probaron, por su mal, algunos
y para muchos más la tengo pronta;
tú sobrás de Selim, en esta noche,
ni oídas ni contadas, muchas cosas.

Confía en mí, Zuleika; no me temas;
tengo una llave del harén, y a solas...
— ¡Temerte yo, Selim! Tales palabras
nunca las he escuchado de tu boca.

— No me detengas más; tengo la llave,
y la guardia de Haroum, que te custodia,
ha recibido alguna recompensa
y la espera tener aún más cuantiosa.

A solas esta noche, de mi labio,
oirás entera mi ignorada historia,
mis proyectos, mis dudas, mis temores.
¡No soy lo que tú crees, Zuleika hermosa!

Canto segundo.

I

Recios andan los vientos
en las ondas del rápido Helesponto,
como en aquella noche de tormenta
en que el amor, arrebatado y ciego,
lanzó a la mar violenta,
para olvidarse de salvarlo luego,
al joven, al gallardo, al atrevido
amante en quien tenía su esperanza
la hermosa hija de Sesto.
¡Oh! Cuando él veía en lontananza
brillar la antorcha en la elevada torre,
en vano el fuerte viento,
las olas que espumosas se rompían

y las aves acuáticas graznando,
del peligro en la playa lo advertían.
Sobre su frente un día amontonadas
las nubes aplomadas,
y a sus plantas el piélago iracundo,
le vedaban lanzarse a la corriente;
ciego y sordo a presagios tan medrosos,
sus ojos no veían, ciertamente,
más que la antorcha del amor luciente;
única estrella cuyo brillo puro
él saludaba en aquel fondo obscuro;
ni entendía su oído más que el canto
de Hero en la opuesta orilla,
que así le dice en las revueltas olas:
«No separéis a los que se aman tanto.»
Esta historia es antigua; mas pudiera
el amor nuevamente a un joven pecho
darle brío a probar que es verdadera.

II

Recios andan los vientos,
y las ondas del rápido Helesponto
negras ruedan bramando en el profundo;
las pavorosas sombras de la noche,
caídas sobre el mundo,
cubren el monte y llano
donde ha corrido tanta sangre en vano;
esos campos desiertos, do crecía
de Príamo el imperio grande y fuerte;
esas tumbas sagradas,

reliquias que la muerte
sólo ha dejado allí como olvidadas;
sólo ecepto los sueños inmortales
que infundieron su encanto y poderío
a aquel anciano desvalido y ciego,
en un rincón de la escarpada Chío.

III

¡Ah! Yo que he recorrido estos lugares,
que he pisado la arena de esta playa,
que he cortado las ondas de estos mares;
yo quisiera cantar, llorar contigo,
¡oh poeta sublime!, y nuevamente,
fija en ti la memoria,
estos campos trazar de antigua historia,
creyendo que contiene cada otero
las cenizas de un héroe verdadero;
y que alredor de esta indudable escena
tu ancho Helesponto en su corriente suena,
como en tu oído resonó primero.
¿Quién es el que esto mira
y con helado pecho no te admira?

IV

La noche ya ha cubierto con sus sombras
la corriente raudal del Helesponto;
y aun no despunta allá por la suprema
cumbre del Ida la argentada luna
que iluminó los héroes del poema.

Ningún guerrero tacha de impostura
su dulce claridad; más los pastores
la bendicen aún, y sus rebaños
pacen tranquilos por el verde otero,
tumba de aquel caído al golpe fiero
de la dárdana diestra.
Esa imponente tierra amontonada
en torno de la cual corrió orgulloso
de Júpiter Amón el hijo ilustre,
que fué por las naciones levantada,
y por grandes monarcas coronada,
es hoy un montecillo solamente,
sin nombre conocido entre la gente.
Por dentro, ¡cuán estrecho es su recinto!
Por fuera, ¡sólo, acaso, el extranjero
puede decir el nombre del que encierra
ese montón de tierra!
Hasta el polvo, en verdad más duradero
que el mármol en las tumbas esculpido,
hasta tu polvo disipado ha sido.

V

Tarde, muy tarde esta noche
regocijará la luna
al pastor, y al marinero
quitará el temor que oculta.

Hasta entonces, en las rocas
no habrá faro que conduzca
el bajel extravïado
que con mar y viento lucha.

Ya las luces, esparcidas
por la bahía, una a una
se han extinguido, dejando
la obscuridad más profunda.

Sólo una lámpara luce
a estas horas: la que alumbra,
en la torre de Zuleika,
la habitación que ella ocupa.

Sí; tenue luz ilumina
esta estancia, sola y muda;
allí, sobre una otomana
de preciosa seda turca,

se ve el fragante rosario
de ámbar, que el aire perfuma
al pasar sus blancos dedos
sobre las cuentas menudas.

Aquí, ornado de esmeraldas
— ella no lo deja nunca —,
está el precioso amuleto
prenda de su madre, en cuyas

piedras hay versos grabados
del santo Corán, que endulzan
los pesares de esta vida
y dicha en la otra aseguran;

y junto al rosario turco
se ve un Corán con pinturas

de primorosos colores,
dignos del libro que ilustran,

e iluminados poemas,
obras de belleza suma,
que rescataron del tiempo
sabios persas con sus plumas;

y con estos pergaminos,
la voz no siempre tan muda,
en un cojín, olvidado,
está el laúd que ella pulsa;

y en torno a la cincelada
lámpara, que el todo alumbra,
en jarrones de la China
preciosas flores se juntan;

de Irán las más ricas telas,
los perfumes que tributa
Schiraz, todo cuanto puede
causar complacencia alguna

al alma o a los sentidos,
cierra esta morada, en suma;
mas cierto aire de tristeza
hay en todo lo que anubla.

¿Cómo el hada peregrina,
que alegra con su hermosura
esta mansión, no está en ella
en una noche tan cruda?

VI

Deslizándose en la sombra,
envuelta en un manto negro,
que los más nobles tan sólo
usan como privilegio,

para resguardar del frío
de la noche el casto pecho,
que es a Selim más querido
que la luz del mismo cielo,

con pie tímido Zuleika
atraviesa el bosque espeso,
callada, como su guía,
cuyos pasos va siguiendo.

De súbito se estremece
cada vez que a sitio abierto
sale y oye entre las ramas
el gemido de los vientos,

hasta que al cabo, llegando
a un conocido sendero,
comienza a latir más libre
el corazón en su pecho.

A su taciturno guía
la joven sigue en silencio;
y aunque sin cesar la incita
a volverse atrás el miedo,

¿cómo podrá separarse
de Selim en tal momento,
ni el labio reconvenirlo,
si no sabe cómo hacerlo?

VII

Por fin llegan a una gruta
que abrió la naturaleza
y que la mano del hombre
fué agrandando entre las peñas.

Allí el laúd armonioso
solía pulsar Zuleika,
o del Corán embeberse
en los preceptos y reglas.

Vagando la fantasía
por las regiones etéreas,
soñaba en el Paraíso
sin comprenderlo su idea,

y sin saber dónde el alma
de la mujer, cuando deja
el cuerpo, va, que decirlo
no se ha dignado el Profeta;

mas la de Selim tendrá
su mansión segura y cierta;
aunque no alcanzaba cómo
en las delicias supremas

de aquel mundo venturoso
podría él estar sin ella,
sin la que ha querido tanto
en la vida de la tierra.

¿Qué otro ser tan cariñoso
habitar con él pudiera?
¿Ni qué hurí sabrá cuidarlo
con tal ternura y fineza?

VIII

Desde hace poco que estuvo
la última vez en la gruta,
algo en su interior cambiado
encuentra; y será, sin duda,

que las sombras de la noche
alteran y desfiguran
las formas de los objetos
que a otra luz de aspecto mudan;

pues la lámpara de bronce
esparce luz tan confusa,
que no se parece al rayo
del sol que en el cielo alumbra;

mas en un rincón, sus ojos
raros objetos vislumbran
armas allí amontonadas
que no las ha visto nunca.

No son armas como aquellas
que el turco en las guerras usa,
sino de formas extrañas
en hoja y empuñadura.

Una de ellas está roja:
un crimen quizás denuncia.
¿Puede verterse la sangre
sin que haya crimen o culpa?

También hay sobre la mesa,
y como olvidada, alguna
copa que no es de sorbete;
y tales cosas, ¿qué anuncian?

Vuelve los ojos y mira
a Selim, y su figura
halla en todo tan cambiada
que, «¿Es el mismo?», se pregunta.

IX

Su rico traje ha dejado,
y en vez del albo turbante,
ciñe la frente arrogante
revuelto chal encarnado;

ni el damasquino puñal
se distingue en la cintura,
con piedra en la empuñadura
digna de corona real;

del tahalí hasta el suelo baja
un alfanje turco, y solas,
sin adorno, dos pistolas
asoman entre la faja;

y una blanca y rozagante
capa de sus hombros cae
suelta, como esas que trae
de abrigo el candiota errante;

debajo, su vestidura,
con placas de oro adornada,
sobre el pecho está cerrada
cual si fuera una armadura;

las grebas, que a las rodillas
nudo estrecho ciñe y ata,
son de reluciente plata,
y lo mismo las hebillas.

Si del mando la energía
no brillase en su mirada,
y en su voz acentuada
y en su porte y bizarría,

se creería, desde luego,
cualquiera, que indiferente
mirara su continente,
que era un marinero griego.

X

—Que yo no soy—te decía—
lo que aparentaba ser,

y ahora podrás conocer
que mi labio no mentía.

Lo que te voy a contar
no pasó por tu cabeza :
si es realidad, su certeza
otros la han de lamentar;

sería inútil afán
querer mi historia encubrir;
yo no podría sufrir
el verte esposa de Osmán;

si tu labio, en mi aflicción,
no me hubiera revelado
la gran parte que me has dado
en tu tierno corazón,

callara mi duelo impío,
y por nada de este mundo
yo te dijera el profundo
secreto que guarda el mío.

No te hablaré de mi amor :
el tiempo te lo hará ver,
y el riesgo que he de correr
te lo probará mejor;

pero, ante todo, tu mano
a ningún hombre has de dar :
con nadie te has de casar,
Zuleika; no soy tu hermano.

XI

—¡No eres mi hermano! ¡Dios mío!
¡Oh, desdice esas palabras;
di que no es cierto, y no abras
en mi pecho ese vacío!

Sola en el mundo, un lamento,
no una maldición impía,
tendré siempre para el día
que alumbró mi nacimiento.

¡Ay, ya he perdido tu amor!
¡Cuán bien la melancolía
que mi corazón sentía
presagiaba este dolor!

Mas, aunque tu amor concluya,
mira en mí lo que antes era:
tu hermana, amiga sincera;
tu Zuleika, siempre tuya.

Para matarme sospecho
que aquí tal vez me has traído;
si en mí vengarte has querido,
¡hiere este desnudo pecho!

La misma muerte me agrada
con todo su horror profundo,
más que vivir en el mundo
sin ser ya para ti nada;

nada, y aun quizás peor;
pues explicarme consigo
por qué es Gaffir tu enemigo
y te tiene tal rencor.

¡Ay de mí! Pobre inocente,
soy del mismo Gaffir hija,
que con fiereza prolija
te trató tan duramente.

Si no soy tu hermana, acaba
con mi vida, si la quieres;
y si más clemente fueres,
mándalo y seré tu esclava.

XII

— ¡Mi esclava! No, vida mía;
yo lo soy tuyo; mas calma
esas angustias del alma
y en mi cariño confía.

Te juro por el divino
altar de nuestro profeta,
que tu suerte está sujeta
para siempre a mi destino.

Y sea este pensamiento
bálsamo para la pena
que tu dulce pecho llena;
yo tendré tu juramento.

¡Así puedan del Corán
los versos que hay en mi acero
dirigir el golpe fiero
que a los dos nos salvarán!

Preciso es cambiar, de grado,
el nombre dulce a tu pecho;
pero nuestro nudo estrecho
no se ha roto, se ha ensanchado.

Aunque en Gaffir he tenido
un enemigo cruel,
mi padre fué para él
lo que yo para ti he sido.

Gaffir dió muerte a su hermano,
pero perdonó mi infancia
y adormeció mi arrogancia
con un artificio vano.

Me educó, no tierno y fino,
con solicitud sincera :
como si Caín hubiera
educado a su sobrino;

espiándome sin cesar
como a un leoncillo enjaulado
que el hierro muerde irritado
y lo puede quebrantar.

La sangre arder siento en mí
de mi padre, y por tu amor

hoy contendré mi furor,
pero he de marchar de aquí.

Mas antes, Zuleika mía,
préstame atención un rato,
y oirás en breve relato
de Gaffir la alevosía.

XIII

Cómo llegaron al odio
las disensiones primeras
que tuvieron nuestros padres,
convirtiéndose en contiendas;

si fué el amor o la envidia
la causa de todas ellas,
ni yo he llegado a saberlo
ni importa que no se sepa.

En corazones altivos,
la más leve negligencia
basta a alterar el reposo
y a despertar la soberbia.

De Abdallah el brazo fuerte
fué vencedor en la guerra,
y su gloria llegó a punto
que aun en cantos se celebra.

Las fieras hordas rebeldes
de Paswan aun hoy recuerdan

cuán poco grato tal huésped
les fué cuando estuvo entre ellas.

Pero relatar su muerte
es sólo lo que interesa,
efecto triste del odio
de Gaffir y saña fiera,

y el cómo tuve noticia
de mi nacimiento, cierta;
noticia que me ha devuelto
mi libertad toda entera.

XIV

Cuando Paswan, orgulloso,
después de años de exterminio,
a la postre por el mando,
y por la vida al principio,

de Widia dentro los muros
se fortificó atrevido,
nuestros bajás se juntaron
para afrontar el peligro.

Los dos hermanos, iguales
en calidad y destino,
condujeron sendas tropas
con mando aparte y distinto.

Al viento dieron las colas
de caballo a un tiempo mismo,

y de Sofía en los muros
pronto estuvieron reunidos.

Alzaron las blancas tiendas
en los lugares contiguos
que les fueron designados.
¡Para uno, vano designio!

Mas ¿a qué tantas palabras?
En vaso fatal servido,
y preparado por orden
secreta de Gaffir mismo,

un veneno, como su alma
sutil, apenas bebido,
sacó a Abdallah de este mundo
y envióIo al Paraíso :

al volver de caza un día
por el cansancio rendido,
para atemperar el cuerpo
tomaba un baño tranquilo,

ajeno de que la saña
de un hermano, el más indigno,
a calmar su sed tuviese
tal brebaje prevenido.

Sirvióle el vaso un infame
ganado para el delito,
y no bebió más que un trago;
tampoco era más preciso.

Si dudas, cara Zuleika,
de la verdad de mi dicho,
llama a Haroum, y de sus labios
oirás el relato mismo.

XV

Cometido el negro crimen,
y Paswan casi domado,
se ganó bien fácilmente
de Abdallah el bajalato.

Tú no sabes lo que puede,
en nuestro Diván de sabios,
procurarse con el oro
para el hombre más villano.

De Abdallah los mil honores
llegó a obtener quien manchado
estaba con la aun caliente
sangre de su propio hermano.

Es verdad que para ello
casi agotó el mal ganado
tesoro, que prontamente
rellenó después, avaro.

¿Quieres saber de qué modo?
Recorre esos mustios campos
y pregunta al que los labra
qué saca por su trabajo.

El motivo que tuviera
el usurpador no alcanzo,
para dejarme con vida
y educarme en su palacio:

el pesar y la vergüenza,
el remordimiento acaso,
y el poco temor de un niño
débil y de aliento falto;

o el deseo de adoptarme
por hijo, pues no le ha dado
ninguno el Cielo; una intriga
o un capricho me salvaron.

Pero nunca en paz vivimos:
él altanero y airado
de continuo, y yo la sangre
de mi padre recordando.

XVI

Dentro de su misma casa
tu padre enemigos tiene:
no todos los que comparten
el pan con él le son fieles.

Si a éstos, de mi nacimiento
el secreto descubriese,
los días, las mismas horas
de Gaffir fueran muy breves.

Ellos sólo necesitan
un corazón que los lleve
y una mano que señale
lo que ejecutar quisiere.

Pero Haroum sabe o sabía
esta historia solamente,
que, después de tantos años,
ha de terminar en breve.

Él se crió en el palacio
de Abdallah, do estuvo siempre
ejerciendo en el serrallo
el mismo cargo que hoy tiene.

Él vió morir a mi padre;
mas un esclavo, ¿qué puede?
¿Dar a su señor venganza?
¡Demasiado tarde a veces!

¿O preservar a su hijo
de correr la misma suerte?
Este segundo partido
tomó como más prudente.

Y cuando Gaffir, soberbio,
gozaba el triunfo solemne,
lo mismo por sus victorias
que por sus hechos aleves,

a sus puertas me condujo
desvalido e indigente;

y no fué vano su ruego,
porque a él mi vida se debe.

A todos mi nacimiento,
y a mí más especialmente,
se ocultó, y así seguro
quedó Gaffir para siempre.

Nuestros lejanos dominios
del Danubio en la corriente
dejó por fin, y a esta parte
de Asia vino a establecerse,

no trayéndose consigo
más que Haroum, que oculto tiene
el misterioso secreto,
y de quien él nada teme.

Y el nubio cree que el secreto
del tirano es, solamente,
una cadena pesada
que el cautivo rompe alegre,

y todo me lo ha contado;
así el justo Alah concede
instrumentos al delito,
pero nunca amigos fieles.

XVII

Duro a tu oído, Zuleika,
será escuchar tales cosas;

pero más duro y penoso
es el resto de mi historia.

Aunque mi lengua lastime
tu ternura candorosa,
yo necesito decirte
la verdad entera toda.

Yo te he visto estremecerte
al mirar mi extraña ropa,
y, sin embargo, es un traje
que he llevado antes de ahora

y que he de usar todavía,
pues el vestirlo me importa.
Este simple marinero,
a quien fe juró tu boca,

es un jefe de piratas,
de esas tan terribles hordas
que tienen su vida y leyes
en sus damasquinas hojas.

Al oír sus aventuras
terribles y valerosas,
más pálidas tus mejillas
se tornarán de congoja.

Estas armas que aquí miras
son de mi valiente tropa;
las manos que las manejan
están cercanas y prontas.

Para mis rudos soldados
llenas están esas copas;
luego que las han bebido,
no se acuerdan de Mahoma.

Nuestro divino profeta
a sus esclavos perdona
que en sólo gustar el vino
sean infieles a su dogma.

XVIII

¿Y qué hacerme? Aquí tratado
como un proscripto, el deseo
de vagar a mi albedrío
los agravios me infundieron.

En el vicio abandonado,
por no dar a Gaffir miedo,
del caballo y de la lanza
me gustaron el manejo,

aunque a menudo, ¡oh Mahoma!,
¡cuán a menudo, ¡ay!, en pleno
Diván, el déspota inicuo
me escarnecía riendo,

como si mi flaca mano,
por poca afición a ello,
rehusara mandar la brida
o empuñar el fuerte acero!

Siempre a la guerra iba solo,
y aquí, a manera de preso,
me dejaba obscurecido,
con Haroum por carcelero,

entre eunucos y mujeres,
sin la esperanza en el pecho
de adquirir gloria y renombre
en tan vergonzoso encierro.

Y luego tú, mi Zuleika,
cuyo trato y amor tierno,
aunque enervando mi alma,
me servía de consuelo,

también tú me abandonaste:
a Brusa te condujeron,
para esperar en seguro
de la batalla el suceso.

Haroum, que veía mi alma
desfallecer bajo el peso
de la inacción, decidióse
a romper mi cautiverio;

y aunque con temor, dejóme
libre por un corto tiempo,
con promesa de hacer antes
que el de Gaffir mi regreso.

La lengua en vano intentara
expresar el gozo inmenso

que sentí la vez primera
que mis ojos libres vieron

del sol la radiante lumbre,
y la tierra, el mar y el cielo,
como si todo mi espíritu
penetrara por entre ellos.

Y todas las maravillas
descubrieron de su seno;
sólo una palabra puede
explicar tal sentimiento.

¡Era libre! Ni aun tu ausencia
ya atormentaba mi pecho.
¡Del mundo, del cielo mismo,
me creía entonces dueño!

XIX

La barca de un moro amigo
me alejó de esta ribera;
deseaba ver esas islas
del mar, corona de perlas.

Una a una las vi todas;
pero cómo y dónde empieza
mi reunión con esa gente,
para no apartarme de ella,

cuando llevemos a cabo
nuestra comenzada empresa

ya te lo diré, y la historia
quedará entonces completa.

Es verdad que es gente ruda,
sin ley, de toscas maneras,
en la ira desenfrenados
y de condición violenta.

Todas las razas humanas,
y también todas las sectas,
un lugar siempre en sus filas
han encontrado y encuentran.

Sus palabras son muy francas
y sus manos son muy prestas,
y al mandato de su jefe
nunca falta la obediencia.

Tienen un alma templada
para todas las empresas;
que nunca ven con los ojos
del temor nada en la tierra.

La amistad los une a todos,
la lealtad en todos reina,
la venganza a los que mueren
su fatal consuelo presta.

Estos son los instrumentos
aptos para mis ideas,
y aun para algo más. A todos
los he estudiado de cerca,

y hay algunos que del vulgo
se distinguen por sus prendas:
yo me aconsejo de un Franco,
notable por su prudencia.

Y los hay también que tienen
aspiraciones supremas.
De la partida del Lambro,
los patriotas que aun quedan

aquí entre nosotros gozan
la libertad por que anhelan;
y a menudo rodeando
el fuego de la caverna,

disputan sobre sus planes
o fantásticas quimeras
de libertar a los pueblos
de la opresión en que penan;

que alivian sus corazones
hablando de esa halagüeña
igualdad que el hombre nunca
ha conocido en la tierra.

También grande amor mi pecho
a la libertad profesa,
y en mi enojoso retiro
he suspirado por ella.

XX

¡Déjame, como el antiguo patriarca,
del Océano errar en la llanura,

o en la tierra, tan sólo en la comarca
del tártaro habitar en paz segura!
Mi tienda, a orillas de la mar; mi barca,
de las olas venciendo su bravura,
valen más para mí que los serrallos
y las ciudades llenas de vasallos.

Por mi valiente potro conducido,
o la vela en el líquido elemento,
el desierto cruzando enardecido,
o el mar en alas del ligero viento.
¡Salta do quieras, mi alazán querido!
¡Deslízate con vago movimiento,
errante a tu capricho, barca mía!
En esto sólo cifro mi alegría.

Pero sé tú, Zuleika compasiva,
la estrella que me guíe en mi camino,
la paloma que venga, con la oliva,
el arca a serenar de mi destino;
si no hay paz en la vida fugitiva,
sé en sus borrascas iris peregrino,
luz que anima en la tarde, entre oro y grana,
con profético rayo la mañana.

Benditas cual la voz del almuedano
en la Meca llamando al fiel creyente;
suaves como un acento sobrehumano,
que lágrimas arrancan dulcemente;
gratas, así como en país lejano
resuena en el oído del ausente

el canto alegre del país natío,
tus palabras serán al pecho mío.

En estas islas, en la más lejana,
para ti tengo una mansión hermosa,
como el edén en su primer mañana,
siempre bañada en luz, siempre olorosa;
allí serás la reina soberana;
mi corazón, mi mano vigorosa
y aceros mil, en bélico arrebato,
matarán, destruirán a tu mandato.

Asistido de fieles compañeros,
y a mi lado, Zuleika seductora,
los despojos de reyes extranjeros
adornarán a quien mi pecho adora;
los largos años del harén enteros,
pasados en pereza abrumadora,
se olvidan con peligros y alegrías
como éstas, que ya son las glorias mías.

No ciego por demás, mi verdadera
condición desconozco y mi destino;
peligros mil contemplo por doquiera,
pero también un solo amor divino.
Tú serás, mi querida compañera,
quien me haga dulce el áspero camino,
aunque el ceño me muestre la fortuna
o amigos falsos la traición reuna.

Dulce es soñar que en tenebroso día,
en las horas más negras de amargura,

cuando todo se cambia y se varía,
yo te he de hallar tan candorosa y pura.
Sea tan firme tu alma cual la mía,
que yo tomaré de ella la ternura,
y unidos en la pena o el contento,
confúndanos en uno el pensamiento.

Una vez libre, luego a la cabeza
voy a marchar de mi aguerrida gente,
todos amigos, con marcial franqueza,
y enemigos de todo lo existente.
Si bien de la fatal naturaleza
no hace más que seguir por la pendiente,
el hombre sangre sin piedad derrama,
hace una soledad y paz la llama.

Yo como todos mi destreza o brío
desplegar necesito sin tardanza;
pero más tierra dominar no ansío
que la que el largo de mi sable alcanza.
Conozco de la astucia el poderío,
mas hoy conviene usar de la pujanza;
del engaño y la astucia nos valdremos
cuando grandes ciudades habitemos;

esas funestas cárceles sociales,
do perderse aun pudiera tu alma pura;
que son al corazón menos fatales
los peligros que el vicio y su dulzura.
La mujer más que el hombre, en ciertos males,
cuando el dolor, la muerte o desventura

han herido a su amante, seducida
por los placeres, del honor se olvida.

¡Oh, lejos tal sospecha!... No, ninguna
mancha caerá en tu nombre inmaculado;
mas la vida es un juego de fortuna,
y nada que ganar aquí ha quedado,
y hay mucho que perder, sin duda alguna:
temo perderte a ti, dueño adorado,
por el poder de Osmán o la severa
voluntad de Gaffir, que nadie altera.

Todos estos fantásticos temores
va a disipar el favorable viento
que esta noche prometen los amores
a mi vela en el líquido elemento;
y a los que ellos dispensan sus favores
ningún peligro altera en su contento:
si van por un camino trabajoso,
sus corazones quedan sin reposo.

Mis trabajos serán dulces con verte,
como lo son de nuestro amor los lazos;
todo clima es hermoso con tenerte;
nuestro mundo se encierra en nuestros brazos.
Que combata mi nave el viento fuerte;
más estrechos serán nuestros abrazos,
y oirás, al exhalar mi último aliento,
un ruego por tu vida, no un lamento.

No de los elementos la horrorosa
guerra al amor aflige ni lo altera;

enemigos con fuerza más dañosa
tiene la sociedad, falsa y artera.
Allí está la montaña pedregosa
que puede detener nuestra carrera;
aquí sólo hay un hórrido presagio;
allí, terribles años de naufragio.

Lejos de mí el sombrío pensamiento
que bulle en las tinieblas de mi mente;
este tiempo que corre, este momento,
nuestra evasión impide o la consiente.
Pocas palabras quedan de mi cuento,
y bastará una tuya solamente
para librarnos a ambos de la furia
con que Gaffir y Osmán venguen su injuria.

XXI

Cumpliendo lo prometido
volví en la época fijada,
para salvar la cabeza
y el concepto de mi guarda.

Pocos lo oyeron; ninguno
dijo la menor palabra
de mi excursión a la isla,
ni se supo de ello nada.

Desde entonces, aunque ausente
estoy de mis camaradas
y pocas veces ahora
duedo abandonar la playa,

ni han emprendido ni emprenden
ellos cosa de importancia
sin que me den cuenta de ella
y yo mande ejecutarla.

Yo formo el plan y reparto
los despojos y ganancias;
ya es tiempo de que sus riesgos
y sus trabajos comparta.

Mas harto estoy molestando
tu oído con mis palabras;
el tiempo corre, y dispuesta
en la mar está mi barca.

Detrás de nosotros, sólo
dejaremos miedo y rabia
y el impotente deseo
de una terrible venganza.

Osmán, con su comitiva,
debe de llegar mañana,
y hay que romper esta noche
tu cadena con audacia.

Si quieres salvar al bey,
y aun quizás con ello guardas
la vida de quien te diera
la tuya, vente a mi barca.

Si a pesar del juramento
de mi secreto, espantada,

quieres retractarte ahora
de tu promesa espontánea,

yo aquí me quedo, Zuleika,
no a ver esa boda infausta,
sino a arrostrar el peligro
que mi cabeza amenaza. —

XXII

Inmóvil Zuleika, y muda,
a esa estatua parecía
de la madre dolorosa
que, concentrada en sí misma,

al perder toda esperanza
quedó en piedra convertida:
un trasunto, aunque más joven,
era de la Niobe antigua.

Mas antes, ¡ay!, que sus labios
ni sus ojos todavía
pudieran hablar palabra
o mirar a quien los mira,

tras de la enrejada puerta
del jardín, que relucía,
se vió una antorcha a lo lejos
y otra y otras en seguida.

— Huye; aunque no eres mi hermano,
eres aún más... ¡Dios te asista! —,

dijo, como quien despierta
de angustiosa pesadilla.

Extendiéndose a distancia,
entre la arboleda umbría,
las tenebrosas antorchas
despiden su luz rojiza.

Y no sólo ellas relumbran,
sino también, prevenida,
en cada mano derecha
desnuda una espada brilla.

Este tropel, ya se para,
ya se vuelve, ya camina
en busca, y las relumbrantes
luces y espadas agita.

Y detrás de todos ellos,
blandiendo el sable con ira,
Gaffir, de cólera ciego,
rayos de enojo fulmina.

Ya se acercan presurosos,
ya a la cueva se aproximan.
¿Servirá a Selim de tumba,
quizás, esta gruta misma?

XXIII

Él permanece intrépido y tranquilo.
— Ha llegado — le dice — ya el momento

del peligro, y muy pronto habrá pasado.
Un beso, mi Zuleika; es el postrero.

Todavía mi gente valerosa,
que no se encuentra de la playa lejos,
oír bien puede esta señal a punto
y ver brillar de esta pistola el fuego.

Pocos son, y será el trance arriesgado;
pero no importa, hagamos un esfuerzo. —
Y saliendo a la puerta de la gruta
dispara un tiro que repite el eco.

Zuleika ni siquiera se estremece,
ni llora ni prorrumpe en un lamento;
la desesperación dejado había
frío su corazón, sus ojos yertos.

— No me oyeron los míos ni se acercan,
y si llegan a echar mano a los remos
será tan sólo para ver mi muerte,
que aproximarse mis contrarios siento,

por el tiro sin duda aquí guiados.
Sal de la vaina, formidable acero
de mi padre, que nunca te empuñara
en tan desigual y extraño duelo.

Adiós, Zuleika; aléjate del sitio
del combate, o retírate allá dentro
en lo más apartado de la gruta;
que quieran ofenderte a ti no temo,

pues el enojo de Gaffir contigo
se deshará en palabras y no en hechos;
mas pudiera alcanzarte alguna bala
perdida, o de algún sable el golpe incierto.

¿Por qué tiemblas? No temas por tu padre;
en la contienda moriré primero
que se cruce su espada con la mía,
aunque fué él mismo quien vertió el veneno,

aunque con mofa me llamó cobarde;
¿mas contra todos quedaré indefenso?
¡No, vive Dios; que tiemblen por su vida,
fuera de él, cuantos salgan a mi encuentro!—

XXIV

Ganó de un salto la arenosa playa,
y el primer enemigo con quien topa
queda a sus pies, cabeza convulsiva
y tronco que palpita y sangre brota,

y otro cae después; pero de cerca
enemigos sinnúmero lo acosan,
y él se abre paso de derecha a izquierda
y casi llega a las cercanas olas.

Ya aparece su barca a una distancia
de cinco remos, y su gente pronta
rema con un vigor desesperado;
¿podrá aún salvarle tan bizarra tropa?

Su pie desliza en el primer escollo;
sus camaradas, rápidos se arrojan
a la bahía; las espadas brillan
en medio de la espuma de las olas.

Mojados, duros y furiosos luchan
por alcanzar la tierra. ¡Ya la tocan!
Llegan... Tan sólo, para más estrago,
la sangre de Selim el mar colora.

XXV

De las balas y el acero
libre, o apenas herido,
Selim, cercado y rendido,
tocaba por fin el mar.
Allí, cuando el pie dejaba
la arena, y la mano fuerte
da el postrer golpe de muerte,
¡ay!, se detuvo a mirar.

Su vista la busca en vano,
y esta mirada, esta pausa,
van a ser quizás la causa
de su muerte o perdición.
En medio de los peligros,
cuán lentamente se aleja
la esperanza, si lo deja,
de un amante corazón.

Daba la espalda a las olas,
detrás estaba su gente,

cuando silbó de repente
una bala, y se hizo oír
una voz que así decía:
«Que reciba tal castigo
el insolente enemigo
que se atreve con Gaffir.»

¿Quién pronuncia estas palabras?
¿De quién es la carabina
que esta bala repentina
hace en el aire silbar?
¿Quién la dirige tan cerca
y con tino tan certero?
¡Ay!, es la tuya, hombre fiero,
asesino de Abdallah.

El padre, pausadamente,
en cruelísima tortura,
devorando su amargura
tu odio infame deploró;
el hijo, sacrificado
por el mismo odio funesto,
alcanzó su fin más presto,
más pronta muerte encontró.

De su pecho a borbotones
salta la sangre caliente,
y del piélago rugiente
la espuma llega a enturbiar.
Si sus labios exhalaron
algún penoso gemido,

fué ahogado por el bramido
de las olas de la mar.

XXVI

Las nubes van disipando
la mañana lentamente,
y de la lucha reciente
pocos despojos se ven;
y los gritos que turbaron
a media noche la umbría
y silenciosa bahía,
han cesado ya también.

Pero aún del combate quedan
señales, rotas espadas,
y en la arena señaladas
huellas y manos al par;
manos con las convulsiones
del que abandona la vida,
alguna antorcha extinguida
y un bote suelto en la mar.

Y enredado entre las algas
de la escabrosa marina
que hacia el abismo se inclina
hay roto un blanco alquicel:
partido está en dos pedazos,
con una mancha sangrienta,
que no borra, turbulenta,
la onda pasando sobre él.

¿Dónde está quién lo llevaba?
Si queréis llorar, por cierto,
sobre su cadáver yerto,
id, buscadlo más allá;
allí, en la playa arenosa,
donde el oleaje bravo,
después de doblar el cabo,
su carga ha dejado ya.

Grazna el pájaro marino
sobre su presa en el viento,
y detiene el pico hambriento
en su vago revolar;
porque agitado el cadáver,
a veces, por la onda hinchada,
de su movible almohada
la cabeza suele alzar.

Su mano, en un movimiento
que ya no es el de la vida,
parece que, en lid reñida,
aun intenta acometer,
ya levantándose en alto
por la corriente agitada,
ya abatiéndose, arrastrada
por la onda al descender.

¿Qué importa que este cadáver
guarde una tumba viviente?
El pájaro que inclemente
va esa forma a desgarrar,

sólo robará su presa
a un pequeñuelo gusano;
nadie ha de buscar en vano
su tumba para llorar.

Aquel corazón amante,
aquellos ojos que tanto
vertieron de amargo llanto
en su fosa sepulcral;
aquel corazón fué roto,
aquellos ojos cegaron;
antes que los de él dejaron
de ver la luz celestial.

XXVII

Un confuso alarido de quebranto
se oye del Helesponto en las orillas;
las hembras tienen en los ojos llanto
y pálidas los hombres las mejillas.

¡Zuleika! Último vástago precioso
del abolengo de Gaffir brillante;
tarde llegó tu destinado esposo,
ni vió, ni podrá ver ya tu semblante.

¿El eco no llegó de las querellas
a advertir tristemente tus oídos?
A la puerta llorando las doncellas,
del Corán los cantores compungidos,

los esclavos, que esperan, silenciosos,
los ayes en la casa mortuoria,

los gritos en el viento lastimosos
que le digan al fin tu triste historia.

Tú no llegaste a ver, Zuleika tierna,
caer mortal a tu Selim amado;
desde que él te dejara en la caverna,
quedó en tu pecho el corazón helado.

Él era tu esperanza, tu alegría,
tu amor, tu todo, y al mirar su suerte,
al ver que salvación para él no había,
tal pensamiento te causó la muerte.

Diste un grito feroz, desesperado,
y todo en muda calma quedó luego;
paz a tu corazón despedazado;
paz a tu virginal tumba y sosiego.

¡Oh venturosa tú, que de este mundo
perdiste lo peor tan solamente!
Tu dolor, aunque grande, aunque profundo,
fué tu primer dolor, niña inocente.

¡Feliz tres veces tú, que no has tenido
que sentir o temer nunca el tormento
de la ausencia, del odio embravecido,
del orgullo, del cruel remordimiento!

Estas ansias, que rayan en locura;
ese gusano, que está siempre en vela,
que no muere jamás; esa amargura,
que no se extingue nunca ni consuela;

esas tristes ideas y horrorosas,
que el día turban con opacas nieblas,
la noche con fantasmas pavorosas,
que odian la luz y temen las tinieblas;

que en su vuelo tristísimo y constante
sombrías en el pecho se amontonan
y el corazón desgarran palpitante,
¡ay!, ¿por qué no lo acaban y abandonan?

¡Mal hayas, jefe crudo e inexorable!
La frente cubres de ceniza en vano
y te ciñes un saco miserable:
a Selim y Abdallah mató tu mano.

Mesa la barba y llora en furia insana
tu noble orgullo, tu tesoro cierto:
la que al verla el sultán fuera sultana;
la novia destinada a Osmán, ha muerto.

De tu edad la esperanza lisonjera,
resplandor del crepúsculo en tu ocaso,
lucero que antes, ¡ay!, que se pusiera,
el Helesponto iluminó a su paso.

¿Quién apagó su luz tan delicada?
La sangre que has vertido te responde;
si gritas: ¿Dónde está mi hija adorada?,
el eco triste te contesta: ¿Dónde?

XXVIII

En el triste lugar de mil sepulcros,
cuyas losas de mármol su blancura
muestran veladas por la sombra obscura
del ciprés siempre lleno de verdor,
siempre lleno de vida en su tristeza,
y aunque no se marchita, rama y hoja
el sello llevan de eternal congoja,
cual la de un solo y desdichado amor;

en este bosque obscuro de la muerte,
en sitio que no pierde su verdura,
pálida rosa, solitaria y pura,
se abre con lozanía singular;
parece que la tiene allí plantada
el extremo dolor con débil mano,
y es tan tenue, que el soplo más liviano
de viento la podría deshojar.

Mas en vano tormentas la combaten,
y manos aún más crudas que el invierno
tal vez la arrancan de su tallo tierno,
que a la mañana vuelve a florecer;
un celestial espíritu cultiva
la planta, con sus lágrimas la riega
y al soplo de los céfiros la entrega,
abierta siempre y en el mismo ser.

Bien dicen las doncellas de Helesponto
que no es flor de la tierra, ciertamente,

la que desprecia, y su rigor no siente,
la tempestad con sus enojos mil;
la que florece, sin estar cubierta
por la enramada, en el invierno frío,
y aunque el sol no la halague en el estío
y le niegue sus aguas el abril.

Para ella canta en la callada noche
un pájaro invisible; no se sabe
de dónde viene aquella voz suave:
tan aéreo y tan dulce es su cantar;
dulce como el laúd de las huríes;
sería un ruiseñor, mas la garganta
de éste, aunque triste y dolorosa canta,
no sabe tales notas modular.

Los que oyen este pájaro no pueden
aquel sitio dejar, y allí, entretanto,
quedan vertiendo de los ojos llanto,
como llagados de imposible amor.
Y es tan dulce ese lloro que derraman,
y es su pesar de tan liviano peso,
que sienten que tan plácido embeleso
venga a romper el matutino albor.

Y aun quisieran seguir en vela y llanto;
pero al rayar la luz del claro día
se extingue tan celeste melodía,
y algunos han llegado a imaginar
— sin ser vituperables, tanto engañan
los sueños de los jóvenes amantes —

que el pájaro, en sus notas penetrantes,
el nombre de Zuleika hace sonar.

Del ciprés que da sombra a su sepulcro
parte, y queda en el aire confundido
de esta palabra líquida el sonido,
tan vago como un eco celestial;
y la pálida rosa solitaria
que sirve a este sepulcro de ornamento,
allí tiene apacible nacimiento
sobre su misma tierra virginal.

Una tarde una losa allí pusieron
y no hallóla en su sitio la mañana;
no se concibe que una fuerza humana
la pudiera a la playa conducir;
porque cuentan que fué encontrada donde
cayó Selim, batido fuertemente
por la mar, que arrastróle en su corriente
y santa tumba le negó al morir.

Dicen que en el silencio de la noche
una cabeza pálida, ceñida
con un turbante, viene, dolorida,
en esta blanca piedra a reposar;
y a este mármol, yacente en la ribera,
que el mar continuo en su furor maltrata,
«La almohada del sepulcro del pirata»
llaman los que frecuentan el lugar.

En el sitio en que fué primeramente
esta piedra mortuoria colocada,

crece, por el rocío regalada,
la fresca rosa en su eternal verdor;
tan fríamente cándida y tan pura
cual las tiernas mejillas de la hermosa
que conceda una lágrima piadosa
a esta historia tristísima de amor.

José Núñez de Prado.

(Continúan en el tomo II las poesías de Byron.)

FIN DEL TOMO PRIMERO

ERRATAS ADVERTIDAS

Pág.	Línea.	Se lee.	Debe leerse.
11	10	traduce los	traduce dos
37	12-13	John Endicott	*John Endicott*
37	14-15	Giles Corey	*Giles Corey*
60	5	el honor	el horror
72	7	brilla inmudable sobre el raudo fondo	brilla inmutable sobre el raudo vuelo
88	3	tus instintos	tus instantes
97	18	FANATOPSIS	TANATOPSIS
99	2	acaso y	pisa acaso y
218	5	pulsar	pulsas

ÍNDICE

Páginas

Dedicatoria 5
Introducción 7

Sara Hower Adams.

Cerca de Dios, traducida por J. B. Cabrera 55

José Addison.

Placeres de la imaginación, por Ramón Ramírez..... 57
La inmortalidad, por Antonio Gironella..... 60

Mark Akenside.

Lo sublime en los objetos naturales y morales, por José Luis Munárriz..... 62

Tomás Bayley Aldrich.

Oriental, por M. S. Pesquera..... 63

Ricardo Alison.

Canción, por M. S. Pesquera..... 66

Bernardo Barton.

Al mar, por Miguel Antonio Caro..... 67

William Blake.

El girasol, por A. Balbín de Unquera..... 68

Páginas

Horacio Bonard.

Todo por Jesús, por J. B. Cabrera 69

John Bowring.

Dios, por Alberto Lista..... 72
Los goces del hogar, por Miguel A. Caro..... 76

María Gowen Brooks.

Contrariedad, por M. S. Pesquera..... 78

Isabel Barret Browning.

Soneto, por Enrique Díez Canedo 79

Roberto Browning.

Memorabilia, por Enrique Díez Canedo..... 80
La duquesa muerta, por Enrique Díez Canedo..... 81

William Cullen Bryant.

El cadáver del salvaje, por Francisco Sellén 84
Estaciones para amar, por V. de Arana..... 86
El valor del tiempo, por Francisco Amy 88
El sol de mayo, por Miguel A. Caro..... 90
La voz del otoño, por Miguel A. Caro..... 91
La patria americana, por Miguel A. Caro 93
Los héroes del setenta y seis, por Miguel A. Caro..... 95
Himno de la ciudad, por Miguel A. Caro 96
Tanatopsis, por Ignacio Mariscal..... 97
A un ave acuática, por Francisco Amy..... 101
La muerte de las flores, por Francisco Amy 103
Lincoln, por Francisco Amy..... 105
Canto de las estrellas, por Aurelio Querol..... 106

Roberto Burns.

A una liebre herida, por M. S. Pesquera..... 109
Juan Anderson, por M. S. Pesquera..... 110

Páginas

Canción, por H. L. de Vedia..... 110
Lamentación, por H. L. de Vedia..... 112
La ausencia, por H. L. de Vedia..... 118
El aduanero, por H. L. de Vedia..... 121
Fragmento, por H. L. de Vedia..... 122
Canción, por H. L. de Vedia..... 123
El convite al campo, por H. L. de Vedia..... 125
El adiós de María Whitsford, por Enrique L. de Vedia y Goosens..... 127
Orillas del Don, por Enrique L. de Vedia y Goosens..... 128

Byron.

Tristeza, por José Joaquín Borda..... 131
El primer beso de amor, por César Conto..... 132
Fragmento escrito para después de la boda de miss Chaworth, por Ángel Avilés..... 135
A M..., por M. S. Pesquera..... 135
A M. S. G., por Abigail Lozano..... 136
A María, al recibir su retrato (anónimo)..... 138
Óscar de Alba, por Teodoro Llorente..... 139
La lágrima, por Gregorio Gutiérrez González..... 152
El recuerdo, por Ángel Laso de la Vega..... 155
Al Rvdo. J. T. Becher, por E. Godínez..... 155
La oración natural, por Ignacio Mariscal..... 157
Inscripción en la tumba de un perro de Terranova, por M. Bolaños Cacho..... 160
Versos escritos en una calavera que formaba una copa, por Antonio Ledesma..... 162
Recuerdos, por Teodoro Llorente..... 163
El pasado, por Antonio Sellén..... 165
¿Llorarás sobre mi tumba?, por César Conto..... 166
En el álbum de una señorita, por José María Heredia..... 167
Versos escritos en el golfo de Ambracia, por José María Heredia..... 167
La virgen de Atenas, por A. Lozano..... 168
El huerto de las rosas, por Juan Valera..... 169

Páginas

Despedida, por Teodoro Llorente..... 171
A una señora que lloraba, por E. Godínez..... 172
A un corazón de cornerina roto, por E. Godínez..... 172
La cadena y el laúd, por J. A. Calcaño..... 173
A una dama que me preguntaba el origen del amor, por Antonio Chocomeli Codina..... 174
A Ginebra, por Jaime Martí Miquel..... 174
¡Adiós!, por Domingo Díaz Granados..... 175
A Augusta, por Teodoro Llorente..... 178
A Isabel, por José de Urcullu..... 180
A Baltasar, por Mercedes Matamoros..... 181
Un sueño, por Teodoro Llorente..... 183
Tinieblas, por Vicente W. Querol..... 193
Imitación de lord Byron, por J. J. de Mora..... 197
A ***, por Antonio Sellén..... 198
Estancias, por Antonio Chocomeli Codina..... 200
Adiós a Inglaterra, por César Conto..... 201
La mujer, por Jaime Martí Miquel..... 210
Imitación de lord Byron, por J. J. de Mora..... 212
El último canto en Grecia, por César Conto..... 213
Lirios del Rhin, por V. de Arana..... 215
A Yantea (Dedicatoria del poema *Childe-Harold)*, por A. Lozano..... 216
La peregrinación de Childe-Harold (Canto primero), por Antonio Ledesma..... 218
El adiós de Childe-Harold, por M. de la Peña..... 224
España en la guerra de Independencia: 1809, por Miguel A. Caro..... 236
A Inés, por Teodoro Llorente..... 260
La Gaditana, por M. de la Peña..... 260
El canto del Suliota (fragmento del Canto segundo), por M. de la Peña..... 268
Fragmento del Canto tercero, por Antonio Chocomeli Codina..... 272
A orillas del Rhin (del Canto tercero), por M. de la Peña..... 273

Páginas

El gladiador moribundo (fragmento del Canto cuarto), por Rafael Tamayo..... 276
Al mar (fragmento del Canto cuarto), por Casimiro del Collado..... 278
El Giaour (fragmento de una historia turca), por Francisco Sellén..... 281
La novia de Abidos, por José Núñez de Prado..... 340

Erratas advertidas..... 415